

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año X - n° 19
septiembre de 2021-febrero de 2022

Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre la clase trabajadora, el movimiento obrero y las izquierdas, tanto a nivel nacional como internacional, propiciando el análisis comparativo. Es editada por el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI), con sede en Buenos Aires.



La cobertura temática de la revista *Archivos* está centrada en el examen histórico e historiográfico, pero a la vez es amplia e interdisciplinaria: procura abarcar la trayectoria de la clase trabajadora, el movimiento obrero y el mundo de las izquierdas desde los distintos aportes de las ciencias sociales y la producción académica, los cuales incluyen, además de la historia, la sociología, la ciencia política, la antropología, la filosofía, los estudios de género y la crítica literaria, entre otros.

La revista *Archivos* está dirigida a un público conformado por investigadores, docentes, profesionales, graduados y estudiantes de Historia, así como de otras disciplinas sociales.

Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda se encuentra indizada en el **Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas**, en **SCOPUS**, **ERIH PLUS** (European Reference Index for the Humanities and Social Sciences), en el catálogo 2.0 de **Latindex**, en **CLASE** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, dependiente de la UNAM), en el **DOAJ** (Directory of Open Access Journals) y en la **REDIB** (Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico). También es parte de las siguientes bases de datos, indexaciones y directorios: **EuroPub**, **Journal TOCs**, **MALENA** (CAICYT), **BASE** (Bielefeld Academic Search Engine), **CIRC** (Clasificación Integrada de Revistas Científicas, de España), **MIAR** (Matriz de Información para el Análisis de Revistas, Universitat de Barcelona), **BIBLAT** (Bibliografía Latinoamericana en revistas de investigación científica y social, UNAM), **BINPAR** (Bibliografía Nacional de Publicaciones Periódicas Registradas), **REDLATT** (Red Latinoamericana del Trabajo y Trabajadores), **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales) y **LatinREV** (Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades de FLACSO Argentina).



Los trabajos publicados están bajo la licencia Creative Commons 4.0 International (Atribución - NoComercial - CompartirIgual) a menos que se indique lo contrario.

Entidad editora: Centro de Estudios Históricos
de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI)
Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6° 65
(C1020ADH) CABA - Argentina
Sitios web: www.archivosrevista.com.ar
www.cehti.org
Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com
Facebook: CEHTI - RevistaArchivos
Twitter: @ArchivosRevista
Instagram: [cehti.revistaarchivos](https://www.instagram.com/cehti.revistaarchivos)

ISSN 2313-9749 • ISSN en línea 2683-9601
Impreso en Imprenta Dorrego, Av. Dorrego 1102 - CABA
Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina)

Secretarios de Redacción

Hernán Díaz

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Diego Ceruso

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Comité Editor

Cristian Aquino

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Sabrina Asquini

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Alejandro Belkin

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Hernán Camarero

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Laura Caruso

(Universidad Nacional de San Martín –
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Natalia Casola

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Diego Ceruso

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Hernán Díaz

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Mercedes López Cantera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Martín Mangiantini

(Instituto Superior del Profesorado Joaquín
Victor González – Universidad de Buenos
Aires – Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Leandro Molinaro

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Ezequiel Murmis

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Antonio Oliva

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Lucas Poy

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Alicia Rojo

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Gabriela Scodeller

(Universidad Nacional de Cuyo – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Silvana Staltari (1979-2021)

(Universidad Nacional de Tres de Febrero –
Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Paula Varela

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Consejo Asesor

Marcel van der Linden

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Ricardo Melgar Bao (1946-2020)

(Instituto Nacional de Antropología e
Historia, México)

Rossana Barragán

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Victoria Basualdo

(Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Reiner Tosstorff

(Johannes Gutenberg, Universität Mainz,
Alemania)

Victor Jelfets

(Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia)

Cristina Viano

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Silvia Simonassi

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Nicolás Iñigo Carrera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Gilles Candar

(Société d'Études Jaurésiennes, Francia)

Massimo Modonesi

(Universidad Nacional Autónoma de México,
México)

Sebastian Budgen

(Historical Materialism, Reino Unido)

Rodolfo Porrini

(Universidad de la República, Uruguay)

Daniel James

(Universidad de Indiana, Estados Unidos)

Bernhard H. Bayerlein

(Ruhr-University Bochum – The International
Newsletter of Communist Studies, Alemania)

Sergio Grez Toso

(Universidad de Chile, Chile)

Gabriela Águila

(Universidad Nacional de Rosario – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Claudio H.M. Batalha

(Centro de História Social da Cultura,
Universidad Estatal de Campinas, Brasil)

Julio Pinto Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Carlos Herrera

(Université de Cergy-Pontoise, Francia)

Immanuel Ness

(City University of New York, Estados Unidos)

Omar Acha

(Universidad de Buenos Aires – Consejo Nacional
de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Argentina)

Rolando Álvarez Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Alejandro Schneider

(Universidad de Buenos Aires – Universidad
Nacional de La Plata, Argentina)

David Mayer

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Índice

Presentación <i>Hernán Camarero</i>	7
En memoria de Silvana Staltari <i>por Ezequiel Murmis y Mercedes López Cantera</i>	9
Dossier: “Izquierdas, feminismos y movimiento de mujeres del Cono Sur en la historia reciente”	
“Contigo aprendí...”. Notas para una agenda de investigación sobre izquierdas y feminismos en el pasado reciente <i>por Natalia Casola y Cristina Viano</i>	17
Primavera, verano, primavera. Los ciclos de luchas feministas y la izquierda uruguaya <i>por Ana Laura de Giorgi</i>	21
Las bolcheviques. Izquierda partidaria y movimiento de mujeres en la Argentina reciente <i>por Natalia Casola</i>	43
Izquierda popular y feminismo en un cruce de caminos: el Espacio de Mujeres del Frente Popular Darío Santillán <i>por Cristina Viano</i>	65
Sobrevivir, resistir y luchar. Las comunistas durante la década de los 80, en Chile <i>por Javiera Robles Recabarren</i>	87

Artículos

- Filosofía, historia y marxismo. Aportes desde el debate
Sartre - Merleau-Ponty
por Maximiliano Basilio Cladakis 111

Tramas: Cooperativismo e izquierdas en la primera mitad del siglo XX

- El Partido Socialista y El Hogar Obrero. Un análisis de las
primeras experiencias cooperativas en el cambio de siglo
por María Natalia Rabasa 133
- Entre la reproducción del capitalismo y la preparación de la revolución:
el anarcosindicalismo catalán ante el cooperativismo (1900-1939)
por Jason Garner y José Benclowicz 157

Intervenciones

- Sobre las ideas socialistas en el Río de la Plata en el siglo XIX
por Hernán M. Díaz 179

Crítica de libros

- Carlos Aguirre y Charles Walker, *Alberto Flores Galindo.
Utopía, historia y revolución*,
por Hernán Camarero 191
- Carlos Miguel Herrera, *En vísperas del diluvio: el gremialismo
socialista ante la irrupción del peronismo*
por Santiago Regolo 195
- Martín Bergel, *La desmesura revolucionaria. Cultura y política
en los orígenes del APRA*
por Leandro Sessa 198
- Juan Dal Maso y Ariel Petrucelli, *Althusser y Sacristán.
Itinerarios de dos comunistas críticos*
por Ignacio Cognigni 201

Presentación

Con este número, *Archivos* inicia su décimo año de existencia. Avanzar hacia el cumplimiento de una década nos produce mucha satisfacción. Poner en pie este proyecto implica un enorme trabajo. Este esfuerzo se incrementó conforme a los nuevos desafíos propuestos: nuestra colección de libros, las jornadas internacionales que venimos realizando junto a distintas unidades académicas, la fundación del CEHTI, la inauguración de nuestra sede y biblioteca, la conformación de la asociación civil, la creciente inserción en instituciones internacionales y los avances en el proceso de indexación de la revista, cuyos últimos logros fueron la incorporación al Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (CAICYT-CONICET) y a SCOPUS (una de las más importantes bases y catálogos de revistas científicas del mundo). Detrás de todas estas iniciativas el objetivo fue siempre el mismo: intentar aportar a una elaboración y reflexión global de la historia social, política, intelectual, cultural y de género de las izquierdas, la clase trabajadora, el movimiento obrero, la teoría marxista, el pensamiento crítico, la cultura socialista y los feminismos, en la Argentina y en el mundo. El inminente aniversario nos invita a construir un balance de lo recorrido hasta el momento y las perspectivas a futuro. Lo iremos haciendo próximamente, también, como una contribución a la historiografía de nuestros campos y disciplinas.

Dentro de los intereses de la revista, los estudios de género, acerca de la historia de las mujeres y sobre los feminismos, en vínculo con el devenir de las izquierdas, la clase trabajadora y el movimiento obrero, han tenido una importancia decisiva. Publicamos decenas de artículos y críticas de libros concernientes a estos enfoques y temáticas, en donde escribieron referenciadas autoras. No sólo en las páginas de *Archivos*,

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.322>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

sino también en las actividades del CEHTI, se debatieron los entrecruzamientos entre género y clase, las militancias femeninas, la historiografía de las mujeres, el feminismo socialista y la Teoría de la Reproducción Social, las tradiciones de combate a la dominación heteropatriarcal, la dimensión de la masculinidad, la lucha por el derecho al aborto y el universo de las disidencias sexuales. Ya habíamos dedicado dos dossiers específicos sobre varios de estos temas. En este tercero, que publicamos en el presente número, se abordan los vínculos entre el movimiento de mujeres, el feminismo y las izquierdas en las últimas cuatro décadas, tomando como casos los países de Cono Sur latinoamericano.

Estos temas también estuvieron presentes en las “III Jornadas internacionales de historia de los/as trabajadores/as y las izquierdas”, que el CEHTI y *Archivos* organizó, con el aval de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, del 7 al 11 de junio de este año. A pesar de habernos visto obligados a hacerlas de modo virtual, en el difícil contexto de la pandemia, quedamos muy conformes con el resultado. Las Jornadas tuvieron un carácter multitudinario, en base a 28 mesas de gran amplitud en los tópicos tratados, la discusión de 225 ponencias de investigadores/as provenientes de un centenar de universidades y centros académicos del país y del exterior y la presencia de varios miles de asistentes. La reciente edición de sus actas demuestra la relevancia alcanzada por un evento que viene adquiriendo reconocimiento en nuestras áreas temáticas y disciplinarias y en otras contiguas: la participación de prestigiosos colegas en sus deliberaciones da cuenta de ello.

En la organización de este congreso, como en muchas de las actividades del CEHTI y *Archivos*, colaboró nuestra querida compañera y amiga Silvana Staltari. Desplegó esta actividad hasta veinte días antes de su fallecimiento, a pesar de la terrible enfermedad que la aquejaba, mientras luchaba por aferrarse a la vida. Su compromiso con este proyecto fue enorme y está bien evocado en las páginas que siguen, dedicadas a su memoria. Conocimos a Silvana en 2012, cuando se iniciaba en los caminos de la investigación y despuntaba sus intereses por la historia de las izquierdas. Nos sentimos orgullosos de haber transitado con ella algunos de sus itinerarios de formación y consolidación profesional, compartiendo la pasión por el desarrollo del espacio que dio vida a la revista *Archivos* y el CEHTI. El dolor y la tristeza es inmensa. Pero esto no puede opacar la alegría por haberla conocido. A ella le queremos dedicar el presente número.

Hernán Camarero
Director

En memoria de Silvana Staltari



Silvana Andrea Staltari (1979-2021), integrante del CEHTI y la revista *Archivos*, falleció a sus 42 años el pasado 27 de junio tras una dura pelea contra el cáncer que duró poco más de tres años. Colega, amiga y compañera adorable, Silvana trabajó, como pudo, hasta sus últimos días. Queremos reconocer su labor profesional como historiadora en estas páginas, al calor del cariño, el amor y el compromiso con el cual actuó en relación a sus semejantes y a su práctica en la investigación.

Su camino en el universo de la historia se inició en el Instituto Superior del Profesorado “Dr. Joaquín V. González”. Ese paso le abrió las

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.323>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

puertas de la enseñanza que la llevaron durante años a ponerse al frente de innumerables cursos en escuelas secundarias públicas y privadas y en la Universidad Nacional de Lanús. Continuó sus estudios en la Universidad Nacional Tres de Febrero, en donde obtuvo la Licenciatura y, posteriormente, la Maestría en Historia. Hasta estos días, Silvana se encontraba realizando su tesis doctoral en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, bajo la dirección del Dr. Hernán Camarero.

A lo largo de su carrera definió su tema de investigación, objeto de estudio y recorte temporal en los que trabajó en sus distintas etapas de formación: el análisis de la política del Partido Comunista (PC) durante la década peronista (1946-1955). Comenzó a interesarse por el comunismo argentino en la carrera de grado, en donde planteó las bases de su interrogación acerca de aquel fragmento de la realidad sociohistórica: si el peronismo obtuvo el apoyo mayoritario de la clase obrera, ¿qué sucedió con el vínculo que esta tenía con uno de sus principales representantes en las etapas previas a 1945-1946? Esa primera pregunta general –que refleja el espíritu científico, aquel que se asoma desde la duda, la incerteza o el vacío para elaborar respuestas producto de la interpretación, aquel que se construye desde la imaginación creativa y artesanal– fue ganando densidad y afinándose con el crecimiento profesional de Silvana.

La tesis de licenciatura fue el primer trabajo en el que expuso sus aportes (Staltari, 2014a). Allí se centró en el estudio de los posicionamientos del partido frente a la política social desarrollada por el gobierno, en tanto entendió que la misma era una de las dimensiones en las que se jugó la construcción de los apoyos de las masas trabajadoras y el surgimiento de una identidad peronista. Para realizarlo, se centró en el análisis del XI Congreso partidario, el cual fijó las bases del accionar comunista en aquellos años y cuyo texto se convirtió en un insumo nodal de sus investigaciones. El foco puesto en la demagogia y en la falta de experiencia de una “nueva” clase obrera, la diferenciación entre sectores reaccionarios y progresistas, fueron algunos de los elementos que llevaron al PC a alternar una política de apoyo a las medidas favorables a la clase obrera en combinación con el rechazo a aquellas nocivas, política que tenía como objetivo evidenciar la naturaleza contradictoria del peronismo y atraer así a trabajadores y trabajadoras. La pesquisa sumó su aporte al demostrar que el PC no había quedado estático por su paso por la Unión Democrática, sino que inauguró, tempranamente, su política de acercamiento al peronismo en general y a la clase obrera identificada con este en particular.

La continuación de este trabajo la llevó a explorar en la maestría los posicionamientos y las prácticas políticas del mismo partido pero en

el período siguiente, recortado entre 1955 y 1962, es decir, durante la autodenominada “Revolución Libertadora” y el posterior gobierno radical de Arturo Frondizi (Staltari, 2017). Se trata de una de las líneas menos conocidas de su recorrido ya que, pensando en su doctorado, eligió seguir dedicándose a los años peronistas. Sin embargo, la tesis presentada significó un gran aporte para la sistematización de los lineamientos principales del comunismo ingresando a la segunda mitad del siglo XX a través de un enfoque centrado en las rupturas y continuidades de su política tras el corte de 1955. Advirtió allí que el planteo frentista aplicado tras el golpe de Estado reproducía esquemas ya elaborados en ocasión del ascenso de Perón, lo cual puede ser una de las claves para comprender el retorno de Silvana hacia esos orígenes.

Hacia 2015, su camino profesional dio un salto. El deseo de continuar con la investigación se combinó con su participación en la gestación del espacio que luego se constituyó como CEHTI. Activa, siempre atenta y bien predispuesta a las necesidades que surgieron en los primeros años de construcción de este proyecto, se puso a cargo del diseño de los boletines informativos, de la coordinación y difusión de las actividades junto a otros y otras compañeros/as, y se sumó constantemente a diversas iniciativas del colectivo, especialmente a la creación de la Biblioteca-Archivo del centro de estudios. La solidaridad con sus compañeros y compañeras y su dedicación fueron un sello inalterable en el rol que jugó como una de las fundadoras de este espacio y de la asociación civil.

La experiencia adquirida en la profesión y el lazo entablado con los y las colegas del CEHTI le permitió bucear con mayor profundidad las características que asumió la intervención del comunismo, adentrándose en la complejidad que implicaba la adopción de diversas formas de interpelación y en las dificultades que afrontó por ello la militancia encargada de difundir el marxismo leninismo en las filas del peronismo obrero (Staltari, 2014b). Y, en ese problema, Silvana encontró el proyecto para su doctorado. ¿Cuál fue el proceder del PC en el mundo sindical que se formó a partir del ascenso de Perón? ¿Cómo desarrolló su estrategia sindical a partir de 1946? Más aún, ¿cuál había sido esa estrategia entre 1943 y 1946? Esta última pregunta guió el análisis que realizó sobre la manera como el golpe militar interrumpió el crecimiento que el comunismo venía sosteniendo en los sindicatos desde décadas previas. Sopesando factores endógenos y exógenos, el estudio realizado se fijó en los intentos del PC por contrarrestar esa situación a partir del análisis de distintos niveles de su intervención, desde la creación de instituciones que aglutinaran a sectores opuestos al gobierno, el restablecimiento de las funciones de las organizaciones sindicales en las que tenían presencia y el trabajo de base al interior de los espacios laborales, los cuales resultaron infructuosos (Ceruso y Staltari, 2018).

En base a esta evaluación, el último avance que pudo publicar estuvo dedicado a los cambios de la estrategia sindical del comunismo tras el triunfo de Perón en 1946 y la forma en que estos se aplicaron en los gremios en los que el PC tenía mayor incidencia, como fue el caso de la carne, textil, metalúrgico, alimentación, construcción y vestido, entre otros. De este modo, se ocupó de estudiar un terreno inexplorado, caracterizado por la transición efectuada por el sindicalismo comunista, desde la defensa de la independencia de los sindicatos en el gobierno militar de 1943-1946 hasta la disolución de estos para reforzar la unidad de las bases y estrechar lazos con los y las trabajadores y trabajadoras peronistas a partir de 1946 y de los lineamientos del XI Congreso partidario. El pasaje hacia la integración en los sindicatos reconocidos estatalmente se construyó como una dimensión relevante para entender no solo los términos de la construcción de la hegemonía peronista en el mundo obrero sino también para esclarecer algunos aspectos de la tensa relación que caracterizó, en las décadas siguientes, el vínculo entre el peronismo y las izquierdas en esa arena (Staltari, 2019).

Hasta el último de sus días, Silvana trabajaba en un balance de las formas que adoptó la estrategia de Frente Popular en la década peronista, diferenciando su aplicación en los distintos espacios, principalmente el de la política nacional y el del movimiento obrero. Ese estudio, que pronto saldrá publicado, miraba el otro lado del eclipse. Silvana miraba, como hacemos el resto de sus compañeros y compañeras, la historia de quienes perdieron, de quienes sufrieron desplazamientos, persecuciones, encarcelamientos, despidos, sanciones; en suma, represalias de diversa índole. Silvana rastreaba dónde estaban, dónde estuvieron los sectores que no fueron parte de las victorias, qué hacían, cuáles eran sus móviles y fundamentos, realizando su trabajo de hormiga con espíritu crítico y, sobre todo, pasión por lo que hacía. A pesar de las complicaciones de salud, Silvana se aferró a la investigación y esa impronta está y seguirá estando en quienes la hemos acompañado durante estos tiempos dolorosos.

Colega, amiga, compañera, te extrañaremos y trataremos de mantener la llama viva de tus búsquedas, de tu línea de investigación, tus interrogantes y tus enfoques. A pesar del dolor indeleble, nos quedan tus aportes a la historiografía en general, a la historia de los y las de abajo en particular y la potencia de la construcción colectiva en nuestro espacio. Hasta siempre, Sil.

Ezequiel Murmis y Mercedes López Cantera

Referencias

- Staltari, S. (2014a). Los falsos apóstoles contra la demagogia peroniana: el Partido Comunista frente a la política social del peronismo, *Investigaciones y Ensayos*, 60, pp. 459-490.
- Staltari, S. (2014b). El Partido Comunista frente al peronismo: estrategia y tácticas políticas, 1945-1955, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, III (5), pp. 11-30.
- Staltari, S. (2017). *El Partido Comunista de la Argentina frente al peronismo, 1955-1962: posicionamientos y prácticas políticas*. Tesis de maestría (inédita), Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- Ceruso, D. y S. Staltari (2018). El Partido Comunista argentino y su estrategia sindical entre 1943 y 1946, *Izquierdas*, 39, abril, pp. 110-130.
- Staltari, S. (2019). El Partido Comunista Argentino: su planteo sindical en los primeros años del gobierno peronista (1946-1948), *Historia Regional. Sección Historia*, ISP n° 3, Villa Constitución, XXXII (41), julio-diciembre, pp. 1-15.

DOSSIER:

**Izquierdas, feminismos y movimiento de mujeres
del Cono Sur en la historia reciente**

“Contigo aprendí...” Notas para una agenda de investigación sobre izquierdas y feminismos en el pasado reciente

Resulta imposible comenzar a presentar este dossier sin hacer referencia al contexto de producción en el cual se enmarca y sus efectos sobre las relaciones de género. A escala mundial y como nunca antes en la historia del capitalismo, la pandemia de covid-19 ha puesto de relieve el rol sistémico del trabajo de cuidado sostenido mayoritariamente por mujeres. Y no nos referimos solamente al intensificado trabajo dentro de las casas y el agotamiento que conlleva la feroz reconversión productiva al teletrabajo, presentado en forma edulcorada como “trabajo en pantuflas”, sino también al trabajo en los comedores sociales y en los barrios donde el hambre y la desocupación golpea con fuerza y donde son las mujeres las que continúan poniendo el cuerpo (redobladamente), como las cientos de Ramonas Medina.¹ Justamente cuando la marea verde parece extenderse por América Latina, cuando el feminismo se ha transformado en un movimiento social de masas internacional, el tándem capitalismo/pandemia configura el escenario para un nuevo agigantamiento de las brechas de género y las desigualdades de clase históricamente constituidas.

1. Ramona Medina era militante de la organización La Garganta Poderosa en la Villa 31 de Retiro. Murió de covid-19 en mayo de 2020 luego de haber denunciado durante semanas la falta de agua en la villa, una condición esencial para el cuidado durante la pandemia.

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.321>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - Compartir Igual)

Interpeladas y a la vez atravesadas por el contexto de características distópicas y la incertidumbre por el futuro, buscamos recuperar en la historia del pasado reciente conosureño experiencias que contribuyan a pensar el presente. Este dossier, entonces, es resultado de la convicción de que el encuentro entre marxismo y feminismo constituye un marco inescindible para la transformación social en clave emancipatoria.

En nuestra región, aún con distintos ritmos e intensidades, la historiografía con enfoque de género ha crecido notablemente en los últimos años proponiendo, no sin dificultades, un proceso de revisión y reescritura de carácter global. Esta historiografía se interesó en reponer a las mujeres en la Historia y la Historia a las mujeres, en comprender el significado de los sexos y los géneros y las razones de las desigualdades establecidas entre ambos.

Dentro de esta trama, destacamos los avances en el campo de estudios de las izquierdas en los años 70 y el lugar de las militancias femeninas en ellas; y también la aparición más reciente de trabajos preocupados por recuperar las huellas del feminismo, de su larga y discontinua historia y de las genealogías que lo surcan y que contribuyen, sin dudas, a comprender que su potencia, extensión y transversalidad actual es tributaria de las experiencias pioneras. Que dialoga con ellas, que aprende de ellas y, más aún, que no podría explicarse sin adentrarse en esa historia. Sin embargo, especialmente en la historiografía argentina, poco se ha dicho sobre los enlaces entre los feminismos y las izquierdas desde el período que se abre con la transición a la democracia hasta el presente, a pesar de que los vínculos tanto teóricos como en el plano de las luchas concretas han sido constantes. Nuestra propuesta apunta a colocar los primeros mojonos para intervenir en esa vacancia. El objetivo es colaborar en la reconstrucción de esas ricas trayectorias, que hablan de tensiones, sin dudas, pero también de encuentros y experiencias comunes que muchas veces fueron interpretados injusta y simplificadaamente como un “matrimonio infeliz”.

¿Cuánto el feminismo impactó en las izquierdas partidarias y autonomistas en los países de nuestra región? ¿En qué medida las izquierdas contribuyeron con la circulación de las ideas feministas en los sectores populares? ¿Qué entendían las izquierdas por feminismo? ¿Qué dificultades del orden político, pero también cultural debieron sortear las mujeres marxistas para reivindicar la necesidad de pelear por sus derechos como mujeres, primero, y para abrir una agenda dentro de sus organizaciones, después? ¿Quiénes fueron esas militantes que abrieron camino? ¿Con qué lecturas, bagajes, argumentos? ¿Qué batallas públicas y privadas debieron librar para ganarse un lugar en igualdad con los compañeros de militancia? Estas son algunas de las preguntas que nos atravesaron (y acompañaron) para pensar el presente dossier.

El conjunto de trabajos que podrán leer a continuación propone una línea de indagación centrada específicamente en la relación entre izquierdas, feminismos y movimiento de mujeres en los países del Cono Sur. La elección de Uruguay, Argentina y Chile resulta deliberada porque permite pensar los procesos tanto en sus aspectos comunes, por ejemplo el desembarco de las ideas feministas en las izquierdas promediando los años 80, así como en sus especificidades. Por caso, la configuración del campo de las izquierdas en cada país ha sido diferente atendiendo a procesos de características locales que impiden nombrarla en un sentido unívoco. El peso de las estructuras partidarias y de las distintas corrientes del marxismo; de la influencia social alcanzada; de su capacidad para conformar alianzas más o menos amplias, son datos que también fueron determinando el modo de ingreso, circulación e integración de las ideas feministas en cada país.

De este a oeste abrimos el dossier presentando el caso de Uruguay a cargo de Ana Laura de Giorgi que reconstruye de manera sugerente y panorámica las genealogías del feminismo de izquierda entre la década de 1980 y la actualidad. En su artículo, la autora demuestra que el feminismo uruguayo fue construido en gran medida por mujeres que provenían de la izquierda, que mantenían su preocupación por la desigualdad de clase, pero que también centraron energías para denunciar y revertir la desigualdad de género. Por un lado, la experiencia del Frente Amplio y de los partidos que lo componen se transforma en la referencia central para transitar un recorrido no exento de tensiones, desplantes e indiferencias. Por otro, la emergencia más reciente de un feminismo renovado, radical y autónomo que desafía la moderación de los espacios partidarios.

El artículo de Natalia Casola analiza las vinculaciones entre las izquierdas partidarias, el feminismo y el movimiento de mujeres en Argentina entre finales de la última dictadura militar y los años 90. En su artículo demuestra que, lejos de la simplificación que ubica a la izquierda como un todo en controversia con el feminismo, cada organización encontró una manera de sostener las luchas de las mujeres en concordancia con sus estrategias políticas en el orden general. Para esta reconstrucción toma los casos del Partido Comunista (PC), Partido Comunista Revolucionario (PCR), Movimiento al Socialismo (MAS) y Partido Obrero (PO).

Cristina Viano se preocupa por adentrarse en los procesos de construcción del feminismo popular en el espacio de la izquierda autonomista que emerge en el contexto de las luchas contra el neoliberalismo y la rebelión social del 2001 en Argentina. Su eje es la problematización de la experiencia del Espacio de Mujeres que nació en el 2003 en el seno del mundo piquetero y adquirió densidad y fortaleza en una organización

multisectorial, el Frente Popular Darío Santillán, donde se conjugaron planteos y prácticas que apuntaron, no sin dificultades ni contradicciones, a un horizonte prefigurativamente feminista y antipatriarcal.

Pasando a Chile el trabajo de Javiera Recabarren Robles reconstruye la militancia de las mujeres comunistas durante la dictadura militar de Pinochet, poniendo énfasis en las luchas sostenidas durante la década de 1980. La autora presenta el repertorio amplio de modalidades que tuvo la militancia femenina en el marco del PCCh, a pesar de que el partido no se reivindicaba feminista. Una de las principales originalidades del texto es la reconstrucción de la división y jerarquización sexual de la militancia en el marco del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Por último queremos subrayar los nexos entre la producción académica y el activismo político y social que han constituido una marca de origen en el hacer de la historia del pasado reciente y determinan, al menos parcialmente, su propio sentido de existencia. Y que en esa dirección aspiramos a que nuestros estudios permanezcan estrechamente vinculados al movimiento amplio feminista y de izquierda, y no se pierdan en una academización sin vasos comunicantes con la experiencia viva.

Natalia Casola y Cristina Viano

Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de Rosario

Primavera, invierno, primavera. Los ciclos de luchas feministas y la izquierda uruguaya

Ana Laura de Giorgi

Universidad de la República, Uruguay
analauredgiorgi@gmail.com
ORCID: 0000-0002-4304-6514

Título: Spring, winter, spring. The feminist struggle cycles and the Uruguayan left wing

Resumen: La relación entre la izquierda y el feminismo ha sido de encuentros y desencuentros. Este diálogo entrecortado también ha impactado en los estudios sobre uno y otro proyecto emancipatorio. Los estudios sobre la izquierda se han centrado en múltiples aspectos pero prácticamente no han considerado las ideas y prácticas feministas que emergieron en el seno de la izquierda. Por su parte, los estudios sobre los feminismos han tomado la misma distancia: se han estudiado organizaciones e ideas como si no tuvieran vínculo alguno con la izquierda. Este artículo tiene como principal objetivo comprender al feminismo en esa relación, analizando el caso uruguayo donde resulta imprescindible considerar ambos proyectos de forma conjunta, principalmente para los 80, pero también en la actualidad.

Palabras clave: feminismo – izquierda – ciclos feministas – Uruguay

Abstract: The relationship between left and feminism has been one of encounters and misencounters. This uneasy dialogue has also impacted on studies on both projects. Studies of the left have focused on multiple aspects but have

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.327>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - Compartir Igual)

hardly considered the feminist ideas and practices that emerged within the left. Studies on feminisms have taken the same distance: organizations and ideas have been studied as independent of the left. The main objective of this article is to understand feminism in this relationship, analyzing the Uruguayan case where it is essential to consider both projects together, mainly for the eighties, but also today.

Keywords: feminism – left wing – feminists cycles – Uruguay

Recepción: 6 de julio de 2021. **Aceptación:** 10 de agosto de 2021

* * *

Introducción

Durante los 70 y 80 en América Latina emergió un movimiento feminista habitado en gran parte por aquellas mujeres que provenían de la izquierda, que mantenían su preocupación por la desigualdad de clase, pero que centraron energías en denunciar y revertir la desigualdad de género. En Uruguay, este contingente de feministas autodenominadas “de izquierda” fue el protagonista del periodo posdictadura y, aunque reconfigurándose en sus espacios de circulación y modos de intervención, es uno de los principales desafíos para la izquierda uruguaya hasta la actualidad.

Este texto busca reconstruir una larga historia de encuentros y desencuentros entre el feminismo y la izquierda en Uruguay. Una relación que no ha sido acompañada por las investigaciones realizadas sobre los 80, los 90, los 2000, sobre la izquierda o sobre el feminismo. La historia política y la ciencia política se han detenido en grandes eventos históricos o en los actores protagonistas, como sucedió con la década del 80 en la que prima una visión anclada fundamentalmente en la negociación entre elites políticas y militares. Algunos estudios críticos de las miradas clásicas de la transitología permitieron visibilizar las disputas de sentido sobre la democracia y la política (Lesgart, 2003; Rico, 2005) y aunque seguramente lo sospecharon, no se detuvieron a analizar el rol del feminismo en dicho proceso.

Con respecto a las investigaciones que refieren a la izquierda uruguaya luego de la dictadura, el campo de la historia prácticamente no ha producido estudios sobre este período. Por su parte, otras investigaciones se han concentrado fundamentalmente en la trayectoria política del Frente Amplio (FA) y en las adaptaciones de esta coalición a las reglas de la competencia electoral (Garcé y Yaffé, 2005; Yaffé, 2005).

Estas permiten comprender la redefinición de estrategias político-electorales y el paulatino corrimiento hacia el centro en el espectro

ideológico en el marco de la competencia electoral bajo el lema FA. Sin embargo, han prestado poca atención a los procesos de discusión interna sobre otros asuntos más allá de la estrategia electoral y de la agenda del “cambio estructural”. La reconstrucción sobre el debate respecto a los sentidos de la izquierda ha quedado pendiente, justamente cuando para varios actores dentro del campo de la izquierda resulta imprescindible incorporar nuevas ideas como la de los derechos humanos o la igualdad de género.

Lo que Karin Grammatico (2005) señala para los 70, respecto de la no consideración del feminismo argentino como parte de las propuestas de cambio social, puede señalarse también para los 80 en Uruguay y además extenderse en el tiempo. Si el feminismo no es considerado como parte de la discusión política de la izquierda, rápidamente puede ser concebido como un fenómeno de despolitización que anuncia la llegada del neoliberalismo y el posmodernismo. Analizar los aportes del feminismo de izquierda implica cuestionar justamente esta última mirada.

Algunos aportes sobre los estudios históricos del feminismo arrojan pistas sobre esa relación, aunque no ha sido el foco de atención. Algunos trabajos analizan trayectorias de las militantes feministas y señalan la llegada al feminismo desde la izquierda (Pedro, 2010). El trabajo de Costa (1988) sobre las feministas brasileñas señala cómo el despliegue de aquellas ideas y la organización en grupos de reflexión pudieron concretarse desde un feminismo “bien comportado” que, en el contexto de la dictadura, la izquierda no consideró amenazante.

Trabajos como los de Grammatico (2005) y Trebisacce (2010, 2011, 2013a, 2013b), sobre el feminismo argentino son antecedentes significativos para analizar la relación entre izquierda y feminismo. Esta literatura es una referencia además para considerar los espacios sociales y partidarios del feminismo no como entidades absolutamente separadas y a las feministas que transitan entre ambos como sujetos con agencia que deciden por aquella estrategia y no como mujeres instrumentalizadas por los partidos políticos.

Parece indudable que el feminismo ha quedado fuera de la historia política reciente local y al margen de los estudios de la izquierda. También que la relación con la izquierda desde los estudios feministas siempre ha sido un tema latente. Resulta entonces necesario analizar el feminismo inscripto en el campo de la izquierda y visibilizar las iniciativas feministas como parte del proceso de discusión de la propia izquierda. Este artículo realiza un largo recorrido buscando reconstruir los distintos momentos feministas de la izquierda y las interpelaciones mutuas a lo largo de cuatro décadas en Uruguay.

Primavera democrática

La transición democrática durante la década del 80 fue el momento de emergencia del feminismo en el Uruguay, dado que, a diferencia de los países vecinos, casi no se contaba con antecedentes en la etapa previa a la dictadura. Similar a lo sucedido en otros países de la región (Feliú, 2009; Pedro, 2010; Pieper, 2010; Richard, 2001), el feminismo fue surgiendo en el marco de un amplio movimiento de mujeres que integraba el llamado “bloque opositor” a la dictadura cuyo principal propósito era la derrota del terrorismo de Estado. La invocación del feminismo fue una apuesta principalmente de las mujeres que pertenecían a la izquierda frenteamplista o tenían vínculos cercanos con ella.¹ Las principales organizaciones sociales feministas que se transformaron en referencia mantuvieron estrechos vínculos con la izquierda, sus referentes eran dobles militantes y no integraron en sus filas a ninguna feminista de los partidos tradicionales.

Las dos organizaciones sociales feministas principales fueron el Grupo de Estudios sobre la condición de la mujer en Uruguay (Grecmu) y Cotidiano. Ambas fungieron como espacios de encuentro y formación para las feministas de la época y editaron las dos publicaciones feministas insignias como fueron *La Cacerola* y *Cotidiano*. Las dos eran organizaciones sociales, pero con fuertes vínculos con la izquierda uruguaya. En Grecmu, su fundadora Suzana Prates no participaba

1. En Uruguay, el término izquierda incluye a las organizaciones que confluyeron en el Frente Amplio fundado en 1971, una coalición de ideas y tradiciones que ha logrado construir una identidad propia y que desde sus inicios reunió a cristianos, socialistas, comunistas, trotskistas y grupos de centro escindidos de los partidos tradicionales. El Frente Amplio de la posdictadura se reconstituyó con los mismos grupos fundadores que habían logrado sobrevivir (Partido Socialista, Partido Comunista del Uruguay, Partido Demócrata Cristiano), con los que se rearticulaban bajo nuevas denominaciones (como el Partido Socialista de los Trabajadores antes PRT) y con nuevas agrupaciones que se integraron como el Partido por la Victoria del Pueblo de tradición anarquista y el Movimiento Nacional de Liberación - Tupamaros (MLN-T). Aunque el FA ha tenido escisiones, principalmente la de 1989, y han surgido nuevas agrupaciones políticas que se definen como de izquierda, el Frente Amplio ha continuado incorporando nuevos grupos y es la principal fuerza política de izquierda. En las últimas elecciones de 2019, partidos que podrían considerarse a la izquierda del FA como Asamblea Popular o el Partido de los Trabajadores, obtuvieron 19.700 votos y 1.300 respectivamente, frente al casi millón de votos del FA. La opción de centro producto de la escisión de 1989 alcanzó nada más que 20.500 votos. Es decir que desde su fundación la izquierda uruguaya se reúne bajo el lema Frente Amplio, no quedando opciones competitivas de izquierda fuera del FA y por eso los términos izquierda y Frente Amplio suelen abordarse como expresiones de un mismo fenómeno político.

políticamente en los espacios partidarios pero brindaba continuamente talleres en el Frente Amplio. También lo hacían dos importantes figuras como Graciela Sapriza, que participaba en la Comisión de Mujeres del FA, y Silvia Rodríguez Villamil, quien además del FA fue fundadora de la Comisión de Mujeres del Partido Comunista. En Cotidiano un número muy importante de dobles militantes, en su mayoría del Partido por la Victoria del Pueblo pero también del Partido Comunista, lideraban la novel organización feminista.

A su vez, en las organizaciones partidarias que integraban el Frente Amplio se conformaron grupos de mujeres a partir de la iniciativa de feministas con amplia circulación por las organizaciones sociales. En el Partido Comunista se conformó hacia 1986 una Comisión de Mujeres integrada por quienes se autodenominaron “feministas” e integraban organizaciones sociales. Además de la Comisión de Mujeres del PCU, que fue la más visible, se conformó el grupo de mujeres del Partido Socialista (PS), el del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP) y el del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), junto a figuras importantes como la de Puyesky, del Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP), y Margarita Percovich, de la Izquierda Democrática Independiente (IDI) y luego Vertiente Artiguista (VA). Todos estos grupos de las izquierdas conformaron la comisión general de mujeres del Frente Amplio. Ninguna de las feministas que impulsaron espacios orgánicos de mujeres participaron exclusivamente de ellos, sino que todas ejercieron de un modo u otro la doble militancia.

El feminismo de izquierda incluyó a personas con pertenencia a estructuras partidarias y a organizaciones sociales feministas. Como ellas recuerdan se conformó un “enjambre de abejas” que circulaban entre un espacio y otro y que realizaron un enorme esfuerzo por articular izquierda y feminismo. Un feminismo que se presentó como refundacional y tomó distancia de las vertientes “liberales” o “reformistas”, términos utilizados tanto para denominar a las iniciativas de principios de siglo como las desplegadas por el gobierno de turno del Partido Colorado. Así emergió un feminismo que se autodenominó “de izquierda”, “socialista” o “revolucionario” con una gramática propia delimitada por la cercanía con la política partidaria, especialmente con la izquierda.

Una de las primeras movilizaciones masivas de mujeres en el Uruguay de los 80, titulada justamente “las mujeres van de frente”, fue liderada por las feministas frenteamplistas para hacer visible una nueva agenda de demandas en torno a las primeras elecciones de 1984. Esta movilización convocó a unas 100.000 mujeres y tuvo un alto impacto en la prensa ocupando la portada de varios diarios y semanarios. Era la primera vez que una manifestación de mujeres convocaba a un número tan alto de manifestantes. Fue una marcha de mujeres, pero también

vale recalcar que fue una marcha de mujeres del Frente Amplio, no de todas las mujeres, y así la primera gran movilización masiva de mujeres en el Uruguay se desplegó con los colores rojo, azul y blanco.

Esta movilización no sólo demostró el contingente feminista, sino los límites que la fuerza política en la que muchas habitaban o simpatizaban imponía, ya que una de las medidas propuestas para aquella campaña electoral fue prohibida, aquella que solicitaba “democracia en el hogar”. Específicamente se consignaba: “Lucha contra el autoritarismo en todos los frentes: democracia en el hogar. Tareas domésticas compartidas entre TODOS los miembros de la familia que estén en condiciones de realizarlas, independientemente de su sexo” (Informe de la Sub comisión de Programa sobre la condición de la mujer del FA, 1985). Esta medida fue rechazada por el Comando Electoral de la fuerza política alegando que podría considerarse una invasión de la privacidad de los hogares.

La discusión sobre la opresión de género se dio en el marco de la dicotomía democracia-autoritarismo que delineó gran parte de los debates políticos de la época (Lesgart, 2003). La discusión sobre los autoritarismos permitió avanzar y visibilizar otros autoritarismos, como los ejercidos en el espacio doméstico. La chilena Julieta Kirkwood, ampliamente leída en el Uruguay, señaló explícitamente cómo la “experiencia cotidiana concreta de las mujeres es el autoritarismo” (Kirkwood, 1984, p. 7). En un texto emblemático, de la misma autora, *El feminismo como negación del autoritarismo* (1983), Kirkwood señaló cómo el autoritarismo de las dictaduras se había sostenido en un autoritarismo social, que tampoco la izquierda había logrado contestar.

La politización de lo personal fue sin dudas una apuesta de este feminismo que tenía su propia versión de “lo personal es político” con la consigna “democracia en la casa”. Aquí se buscaba discutir el estatus político de lo doméstico y al mismo tiempo visibilizar las injusticias políticas que allí se cometían. El autoritarismo denunciado tenía que ver con una desigual distribución de la carga de tareas domésticas fundamentalmente bajo lo que se señaló como “división sexual del trabajo” o “trabajo invisible”.

El feminismo de izquierda, principal vertiente feminista de los 80, comprendió la desigualdad de género desde el fenómeno del trabajo, ampliando los sentidos del trabajo y comprendiendo todas aquellas tareas no asalariadas imprescindibles también para la reproducción del capital. Así la comprensión de la opresión de género partía del corazón del marxismo, del fenómeno del trabajo (no del deseo o las identidades), pero tenía como principal objetivo señalar los vacíos dejados por el marxismo, perspectiva que se había “detenido en la puerta del hogar”.²

2. De Barbieri, *Fem*, vol. 4, n° 17, 1981, p. 7.

Esta no fue una mera sublevación con respecto al trabajo reproductivo –que puso en evidencia su centralidad, como en la actualidad señala Federici (2014, p.102)–, sino que se realizó un esfuerzo intelectual más que importante por explicar tempranamente la funcionalidad del trabajo invisible para la economía capitalista. Investigadoras, sociólogas, historiadoras inauguraron toda una corriente de investigaciones para demostrar este fenómeno, mientras que desde las revistas feministas se ensayó la divulgación de estas ideas con el objetivo de contestar la idea de naturaleza de ciertas tareas de cuidado.

Esta lectura de la opresión de la mujer en una clave marxista que impulsaron las feministas en Uruguay permitió comprender las funcionalidades del “trabajo reproductivo”, pero siempre desde un esquema en el que la mujer fue visualizada como madre y esposa, y desde un esquema en el que la heterosexualidad apareció casi como natural. La opresión era concebida como la desigual distribución del trabajo reproductivo y las expectativas, puestas en los compañeros, lo que sin dudas supuso regulaciones y autorregulaciones constantes.

Las feministas de izquierda en aquellos tiempos desplegaron una fuerte crítica al orden de género y realizaron un llamado específico a los hombres, especialmente a los compañeros –políticos y afectivos–, aquellos que habían decidido “sacar a las mujeres de la cocina para hacer la revolución y luego las habían devuelto de la revolución a la cocina”.³ Durante los primeros años de la recomposición democrática el clima político de altas expectativas no instó a realizar grandes impugnaciones. Las nuevas formas de hacer política debían convivir armoniosamente con aquellas viejas y, además, también existían expectativas sobre las posibles transformaciones de estas últimas. Desde el Partido Comunista surgió una nueva consigna: la del “partido habitable”, que dio cuenta explícitamente de la necesidad de revisar algunos mandatos militantes. La idea de que la izquierda debía ser habitable se hizo extensiva a otros espacios y la nueva política del feminismo era una clara respuesta a esa necesidad.

El feminismo vinculado al campo de la izquierda en sus primeros pasos argumentó y defendió el discurso democrático de la época que resignificó la democracia como régimen ideal para una política de construcción colectiva. En esta etapa no se consideró a las estructuras partidarias y los mecanismos eleccionarios como instancias patriarcales, respecto a lo que nada se podía hacer, ni se pensó que la democracia era una “farsa”, como sucedía en gran parte de los planteos del feminismo de la segunda ola, fundamentalmente en Estados Unidos.

En tonos distintos se tomó distancia de las posturas exclusivistas

3. Mercedes Sayagués, *Aquí*, 7 de marzo de 1984, p. 14.

con respecto a los partidos y a los compañeros, fundamentalmente de aquellas asociadas al feminismo radical. La apuesta al diálogo implicó el despliegue de un discurso no combativo de un “feminismo menos estridente”, un feminismo cooperador. Las altas expectativas en la nueva política fueron elementos centrales para configurar una praxis feminista cercana a los imaginarios y prácticas de la izquierda uruguaya.

La estrategia feminista cooperadora no siempre dio buenos resultados, sobre todo por el esfuerzo afectivo e intelectual que implicó realizar el “entrismo feminista”, como decían algunas, en la izquierda. Con los años también aumentó la frustración con la democracia, con las expectativas de cambio y con los espacios de la política tradicional. Entonces, fue cada vez más recurrente el llamado al grupo chico y a contestar algunas prácticas políticas que las feministas también habían reproducido y que en el epílogo de la década comenzaron a repensar.

Invierno y repliegue

Hacia fines de la década del 80 comenzó a delinearse una nueva etapa política para el feminismo de izquierda en Uruguay. Una etapa que se inició con sentimientos de cansancio, hartazgo y desilusión con la izquierda partidaria y con la democracia. Una etapa de enfriamiento y repliegue junto con la reconfiguración de las prácticas políticas feministas de acuerdo al primer contexto desmovilizador de los 90 y de algunas nuevas expectativas generadas con respecto a la posibilidad del triunfo electoral del Frente Amplio hacia los 2000.

En 1989, a pesar de la gran movilización de lo que se conoce como la campaña del “voto verde” liderada por tres mujeres referentes del movimiento de derechos humanos, Uruguay no logró derogar la Ley de Caducidad que impedía juzgar a los responsables del terrorismo de Estado y este tal vez sea el evento que condensa e inaugura la desilusión que experimenta la izquierda de los 90 a los que se suman la caída del Muro de Berlín, la derrota de Nicaragua, la ruptura del Frente Amplio, la crisis del Partido Comunista y el ascenso del Partido Nacional al gobierno con una propuesta neoliberal.⁴

En paralelo a estos grandes eventos, en filas feministas, los “resi-

4. En lo que respecta a la crisis del FA, en 1989 se produce una escisión de los sectores más moderados de la coalición en un contexto en donde la moderación parecía el único camino posible para el triunfo electoral. Este hecho significó un golpe simbólico para una fuerza política que había hecho de la unidad una de sus principales fortalezas. La crisis del Partido Comunista a principios de los 90 fue otro hecho político que afectó al FA, una crisis desatada por los efectos de la crisis del PCUS y de la renovación a nivel local, cuyo puntapié inicial fue la revisión del concepto “dictadura del proletariado”. Hacia 1992 un partido que ostentaba un caudal

duos de insatisfacción” (Costa, 1988) crecieron de forma constante. La democracia no había traído tantas oportunidades de discusión de nuevas agendas, sino más bien la restauración de viejos liderazgos y formas de hacer política tradicional. En distintos ámbitos, el término “restauración” daba cuenta de que la promesa sobre la nueva política no se había cumplido (Remedi, 2016, p. 174). Los nuevos actores del momento discutían de forma constante cuánto era necesario “transar, negociar y adaptarse al sistema” (Sempol, 2014, p.137).

Si la democracia había incumplido promesas, los actores protagónicos de este proceso, en el caso uruguayo, sin duda habían sido los partidos políticos, incapaces de brindar mayores oportunidades de participación política a las mujeres. La tan ansiada democracia había retornado, pero ni una mujer había ingresado al Parlamento en 1985. Para las siguientes elecciones de 1989 la preocupación continuaba siendo la misma por parte de las feministas que no habían podido observar ningún avance en materia de representación o discusión sustantiva y constataban en los espacios partidarios la “reproducción de lógicas patriarcales”.⁵

La decepción con los partidos políticos fue fundamentalmente con la izquierda, con aquel espacio al que se le habían destinado tantas energías y parecía comportarse de forma similar a los partidos “reformistas”. Para fines de los 80 la denuncia del autoritarismo se expandió hacia la propia izquierda, una izquierda autoritaria, con “esquemas”, con “cocinas”, con “autoritarismos”, como señala el documento de las feministas del PCU, dominada por lo que llamaban una “ideología masculina”.⁶

En el contexto de esta desafección, comenzó a surgir un enojo específico con las estructuras y los compañeros. Aquel discurso que señalaba que sólo la izquierda podría alojar las ideas feministas y que se debía apostar al diálogo constante fue suspendido y se dio paso a la denuncia de la exclusión, las lógicas patriarcales, el machismo de los compañeros, la doble moral y los discursos oportunistas en torno a la cuestión de la mujer sin mayores transformaciones. El nuevo hombre nuevo no era más que una utopía y el machismo, una realidad que alcanzaba a todos y que igualaba a los hombres en una condición antes difícilmente imaginada y menos enunciada. En *Cotidiano*, en 1989, Lupe Dos Santos señaló el cansancio respecto a “los hombres que luchan a brazo partido

de 500.000 militantes quedó reducido a una mínima expresión de 5.000 y en medio de una crisis financiera, político y afectiva. Ver Lanza (2013).

5. *La Cacerola*, año 5, n° 8, diciembre de 1988, p. 3.

6. “Al fin todos estamos hablando de política”, s/f, firmado por Silvia Rodríguez Villamil, Alma Espino, Graciela Duffau, Nadia Delgado, Victoria Szchumacher, Celia Ruiz.

contra la injusticia y en sus casas reproducen los roles burgueses más recalcitrantes que combaten”.⁷

A principios de los 90 habían tomado distancia de Cotidiano varias feministas, y lo mismo había sucedido en Grecomu. Algunas comisiones de mujeres dentro de los partidos se desintegraron, como ocurrió con la Comisión de Mujeres del PCU y la del PVP, o dejaron de funcionar por falta de integrantes, como la Comisión de Mujeres del Frente Amplio y la Comisión de Mujeres del PIT-CNT. De estas comisiones centrales para el feminismo de izquierda, en ningún caso se puede identificar una fecha concreta que date su desintegración, así como tampoco fue noticia o registrado en ningún ámbito el alejamiento de sus integrantes.

Si bien el impacto más importante en el alejamiento lo tuvieron los espacios partidarios y sindicales, esto también afectó a las organizaciones sociales feministas, ya que las dobles militantes no sólo se alejaron de los espacios partidarios sino también de los sociales. Se fue procesando un repliegue que implicó un alto grado de desmovilización y el ingreso a una etapa de invisibilidad del feminismo durante los 90.

Mientras el Partido Nacional gobernaba durante los 90 y siendo constante la impermeabilidad de la izquierda al feminismo, la estrategia “de masas” quedó en suspenso o al menos no fue priorizada. Un buen número de aquellas feministas que integraban el enjambre de abejas que colocaba al feminismo de forma simultánea en varios ámbitos se replegó en su militancia y otras pocas destinaron energías a incidir a nivel gubernamental en algunos espacios donde se renovaron expectativas. Este fue el caso de la intendencia de Montevideo, en donde el Frente Amplio triunfó en 1989 y hacia donde algunas redireccionaron las energías para incidir a nivel de las políticas del gobierno local (Johnson, 2000).

Al impulso de aquellas que habían permanecido dentro del Frente Amplio, como Margarita Percovich, y de quienes aunque no integraban la orgánica del FA igualmente tenían vínculos y buscaron incidir, en el gobierno capitalino se creó la Comisión de la Mujer. Desde esta instancia se generaron iniciativas que permitieron la participación en ciertas áreas, sobre todo a partir de la figura de la experta en ciertos asuntos. La agenda feminista se fue compartimentando y la militancia feminista se fue transformando en un activismo especializado en torno a ciertas temáticas (Johnson, 2000), como violencia, aborto y participación política.

Las feministas continuaron asistiendo a los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe (EFLAC), pero al mismo tiempo dedicaron energías a las conferencias internacionales, incorporaron “el lenguaje de Ginebra” para ejercer presión y luego replicarla en los Estados sobre los acuerdos logrados (Grauer, 2020, pp.110,158). Como señala Sapriza

7. *Cotidiano*, año II, n° 31, marzo de 1989, p. 7.

(2015, p. 951), fueron años dedicados a monitorear a los Estados, a desarrollar nuevas herramientas para la presión política, la negociación y el cabildeo.

Al interior del Frente Amplio, a mediados de la década del 90 se creó la Unidad Temática por los Derechos de las Ciudadanas, cuyo nombre da cuenta de la perspectiva desde la que era abordada la construcción social de la diferencia sexual. El enfoque central fue así el de una democracia debilitada, quedando relegado aquel discurso que denunciaba un sistema desigual en términos socioeconómicos y un orden de género funcional a él. Aquellas pocas que integraron esta unidad durante casi dos décadas completas destinaron energías a fortalecer mujeres en las bases en un contexto de una organización que desconocía el rezago, se negaba sistemáticamente a aplicar el mecanismo de la cuota para mejorar la representación de las mujeres e impulsaba mujeres claramente alejadas del movimiento feminista.

El Frente Amplio llegó al gobierno en 2005 con un amplio respaldo ciudadano de 51,67% de los votos. En el discurso de asunción de Tabaré Vázquez, el novel presidente comenzó su alocución invocando a los “uruguayos y uruguayas”, una frase que para el momento fue extremadamente conmovedora y auspiciante ya que nombraba a quienes suelen quedar invisibilizadas en el discurso universal de la ciudadanía. Si hay un asunto central para el feminismo en estos primeros años de gobierno del Frente Amplio es el del aborto, tanto por las expectativas como por las decepciones que generaron las dificultades de su aprobación.

Durante doce años,⁸ las feministas en las organizaciones sociales y aquellas pocas que resistían en la interna partidaria desplegaron diversas estrategias para que la interrupción del embarazo fuera legal o no fuera penalizada. Las mayorías legislativas que disponía el Frente Amplio tanto en el primer gobierno de Tabaré Vázquez como en el segundo de José Mujica resultaron insuficientes para políticas de la “nueva agenda de derechos” que se consideraron siempre secundarias.

Como señala Verónica Pérez (2019), el movimiento feminista no lograba movilizar grandes contingentes ni desplegar grandes acciones de protesta, por lo que su estrategia fue la de una “políticas de alianza” y un intenso lobby. Una Coordinadora Nacional, denominada primero “por la Defensa de Salud Reproductiva” y luego “por el Aborto Legal”, se integró con otras organizaciones como la Universidad de la República, la central sindical y los movimientos de derechos humanos, afrodes-

8. Alcanzar la aprobación de esta norma llevó en total 27 años en Uruguay, dado que el primer proyecto se presentó en 1985, pero fue a partir del 2002 que por primera vez los proyectos pasaron a ser discutidos en las cámaras legislativas

cientemente, juveniles y LGBT, para aunar esfuerzos (Johnson, Rocha y Schenck, 2015; Pousadela, 2016).

Esto también fue posible gracias a una moderación del discurso feminista, cuyo punto clave fue la Conferencia de El Cairo, desde la que comenzó a plantearse el aborto legal como parte de la salud reproductiva de la mujer y los derechos reproductivos como derechos humanos básicos. A partir de allí, el aborto fue planteado como una demanda ciudadana y no como un reclamo únicamente feminista. Sin embargo, varios proyectos entre 2002 y 2011 fueron presentados y dejaron en evidencia la obstinación de las feministas y la falta de certezas del frenteamplismo que libraba el voto “a la conciencia”, y no a la disciplina partidaria como suele pasar con este partido.⁹

Finalmente el aborto en Uruguay fue aprobado en 2012, pero dos hechos históricos quedan en el archivo feminista de la desilusión: el presidente Tabaré Vázquez interpuso un veto parcial sobre los artículos que habilitaban la despenalización del aborto en uno de los momentos más autoritarios del gobierno progresista, y el Frente Amplio, teniendo la mayoría absoluta en ambas cámaras, no aprobó el proyecto por sí mismo y realizó concesiones que muy lejos estaban de la agenda feminista.

En 2013 se aprobó también el matrimonio igualitario. Al igual que lo sucedido con la aprobación de la interrupción voluntaria del embarazo, el matrimonio igualitario fue una demanda enmarcada en un lenguaje de derechos que permitió considerar la universalidad de las propuestas y un asunto de ciudadanía. En este caso las resistencias a la interna de la fuerza política fueron un poco menores respecto a la discusión sobre la interrupción voluntaria del embarazo, aunque igualmente no se contó con un apoyo público por parte de los principales integrantes de la elite gobernante y algunas figuras importantes como José Mujica o Eleuterio Fernández Huidobro expresaron más de una vez su menosprecio a esta causa política o directamente su homofobia.

En 2017 se modificaron artículos del Código Penal que introdujeron la figura del femicidio como agravante del homicidio y la Ley Integral de Violencia basada en género. Finalmente en 2018, un año antes del ingreso al período de campaña electoral se aprobó la Ley Integral para personas Trans. Las últimas leyes se dieron en un contexto distinto, como fue el de un gran crecimiento del movimiento feminista y de la diversidad sexual, y del estrechamiento del campo de posibilidades para su aprobación en el marco del crecimiento de la reacción conservadora y posible salida del Frente Amplio del gobierno.

Las políticas aprobadas se concretaron durante los gobiernos pro-

9. Sobre el largo proceso de discusión parlamentaria de los proyectos sobre el aborto en Uruguay ver Pérez (2019), Johnson, Rocha y Schenck (2015).

gresistas y fueron el resultado de un trabajo desde el movimiento social que amplió su política de alianzas en el campo social, contó con algunas aliadas clave dentro del recinto legislativo (Sempol, 2014) y moderó su discurso administrando con discreción la denuncia de un orden de género heteropatriarcal. Las resistencias del Frente Amplio, por su parte, parecen haber significado un incentivo para trabajar por la impugnación del orden de género fuera de la fuerza política o desde otras prácticas.

Primavera feminista

La nueva agenda de derechos del progresismo convivió y fue superada por movimientos sociales que pusieron en la calle los temas de agenda, que hicieron posible su visibilización, que generaron condiciones de escucha desde la elite gobernante y al mismo tiempo permitieron discutir los límites del Estado como único responsable de los cambios sociales. Desde principios del siglo XXI la calle fue tomada en fechas concretas por parte de integrantes del movimiento feminista y gay-lésbico, mostrando una capacidad de movilización que superó a la capacidad de movilización de la izquierda.

La Marcha de la Diversidad, denominación que adquirió lo que previamente había sido la Marcha del Orgullo Gay, continuó siendo una fiesta pero también se erigió como un espacio de confluencia de quienes buscaban alterar el orden establecido o frenar las iniciativas conservadoras. En 2014 la Coordinadora de la Marcha de la Diversidad decidió incorporar en su consigna el rechazo a la baja de la edad de imputabilidad penal que se plebiscitaba junto a las elecciones generales. Esto fue un hito que mostraba la importancia política de este movimiento y la capitalización política que de él se podía realizar.

El feminismo también volvió a la calle, al principio con un contingente de mujeres muy escaso, pero que igualmente marca el inicio de un nuevo ciclo de protesta feminista. La discusión sobre el aborto fue un momento clave para el despliegue en el espacio público de una intervención que buscaba expresar su descontento. La campaña de la mano que vota fue un primer indicio. Una estrategia de protesta comportada, que no utilizaba ninguna parte sexualizada del cuerpo, sino una mano de cartón que votaba una ley que los parlamentarios no querían votar, pero también un dispositivo muy efectivo para hacer visible al feminismo durante la discusión (Vacarezza, 2020, p. 44).

La mano que vota se hizo presente en varias instancias, desde las gradas de las cámaras durante la discusión hasta diversos espacios públicos; entre los más significativos cabe señalar el domicilio de Tabaré Vázquez, en torno al cual se llevó una mano gigante un 8 de marzo del 2006 ante las declaraciones amenazantes sobre su voluntad de vetar

la ley en caso de aprobarse y otros “amaneceres naranjas”, durante la discusión del nuevo proyecto en 2012. Estas fueron instancias puntuales pero que hicieron visible al feminismo en la calle y que además acercaron a una nueva generación de jóvenes feministas acumulando indignación particularmente con el Frente Amplio.

Durante la discusión en Diputados, un mes antes de que se aprobara finalmente el proyecto, Mujer y Salud en Uruguay (MYSU), una de las organizaciones feministas protagonistas de este debate, realizó una intervención en las afueras del Palacio Legislativo, en la que se hicieron presentes mujeres desnudas con sus cuerpos pintados de naranja bajo la consigna “Ellos ponen las condiciones, nosotras ponemos el cuerpo”. Tal vez esta acción representa el momento más álgido de la protesta feminista en las dos décadas que transcurren entre los 90 y los dos mil. Una instancia de resurgir irreverente feminista que, rodeando a un tema específico, se cierra con la promulgación de la ley, pero que siendo una victoria más que agrisulce lega a otras generaciones la sospecha cada vez más creciente sobre los límites del frenteamplismo y una praxis feminista hacia los partidos y el Estado.

Mientras el Frente Amplio gobernaba, fueron surgiendo un repertorio de nuevas organizaciones sociales preocupadas por la desigualdad social en su más amplio sentido. Organizaciones que impugnaban el disciplinamiento heterosexual y denunciaban la violencia hacia las disidencias sexuales y de género, organizaciones de mujeres afrodescendientes que emergieron denunciando el patriarcado y el racismo y nuevas organizaciones feministas que en su gran mayoría además de antipatriarcales y antirracistas se definieron anticapitalistas.

En su mayoría estas nuevas organizaciones fueron fundadas por mujeres muy jóvenes, entre los 20 y 30 años, con experiencia militante en otros movimientos, fundamentalmente en el movimiento estudiantil y cuyas primeras preocupaciones feministas emergieron con la campaña por el aborto y fueron reforzadas en el contacto de los feminismos de la región, particularmente por la asistencia a los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina (Grabino y Menéndez, 2014). Se trataba de organizaciones que se autoproclamaban autónomas y convocaron a tener una praxis feminista propia, fuera de los códigos de la política tradicional. Escribieron y apostaron a construir una nueva práctica del “entre-mujeres” que impugna la “mediación patriarcal” (Gutiérrez, Sosa y Reyes, 2018).

A diferencia de las feministas de los 80, la práctica de la autoconciencia se transformó en una referencia de los nuevos modos del devenir feminista y una búsqueda de ir a la raíz de los problemas. Lo que en los 80 había sido una consigna poco traducida a las prácticas (De Giorgi, 2020), la idea de “lo personal es político”, emergió como un nuevo sím-

bolo para quienes reivindicaron y reivindican politizar la experiencia personal. La dinámica del pequeño grupo se transformó en un modo de la praxis feminista de esta nueva etapa, en la que unas pocas jóvenes feministas politizan sus experiencias personales y crean sus propios espacios de formación tomando clara distancia del saber experto “de género” y de los espacios académicos (Gargallo, 2019).

Estas iniciativas se desplegaron en el marco de una crítica a las instituciones y a los espacios mixtos, y fundamentalmente a organizaciones feministas orientadas a la incidencia en el Estado. Textos como el de Silvia Federici (2014), sobre la discusión de los 90 en torno al feminismo y su relación con los organismos internacionales a propósito de la Conferencia de Beijing, fueron referenciados de forma recurrente y trajeron al escenario uruguayo un debate sobre la autonomía del movimiento feminista con una fuerza que no había tenido en el momento de su surgimiento, como había sucedido en otros países latinoamericanos.

A partir de 2015 ese movimiento feminista “por abajo” que se venía gestando se hizo visible en las movilizaciones callejeras, impulsadas por la marcha Ni una Menos en Argentina. Las movilizaciones del 8 de marzo en los años 2016, 2017, 2018, 2019 y 2020 fueron cada vez más masivas y expresaron un resurgir del movimiento feminista que volvió a la calle y además buscó intervenir el espacio público desde otras prácticas. En los últimos años, los 8 de marzo fueron sin estrado, sin micrófono, con fogata en el medio de la avenida principal, con performances e intervenciones artísticas que claramente tomaban distancia de los modos tradicionales de ocupar la calle y con una constante discusión sobre si marchar o no con “los compañeros”.

El feminismo cooperador de aquella transición democrática se reconfiguró a partir de nuevas organizaciones que proponían “cambiarlo todo”. Impugnaciones a la política formal, a los buenos modales democráticos construyeron un repertorio de protestas feministas dentro del feminismo que provocaron sin dudas conflictos, pero también ampliaron la polifonía y sobre todo los márgenes para la irreverencia. Aquella consigna de los 80, “democracia en la casa y en la cama”, retornó con un ímpetu más disruptivo para gritar ahora “revolución en la casa y en la cama”.

Una radicalidad feminista se hizo el lugar que antes no había podido o querido alcanzar, tal vez, porque se terminó aquel mandato de ser dignas y decentes para obtener el reconocimiento progresista (Gargallo, 2014, p.54) o porque la “patrulla ideológica de la izquierda” (Costa, 1988) sobre el feminismo perdió aquel efecto amenazante de antaño. El término “autonomía” se hizo cada vez más protagonista y fue utilizado de forma recurrente para dar cuenta de espacios y encuentros feministas que tomaban clara distancia con el mundo sindical y partidario, particularmente con la izquierda frenteamplista.

Se realizaron encuentros de mujeres emulando los encuentros argentinos, emergieron nuevas organizaciones y se constituyó una red de organizaciones denominada Coordinadora de Feminismos que nucleó a organizaciones de mujeres que no priorizaba la estrategia de lobby hacia el Estado ni la incidencia en las políticas públicas. Los últimos años fueron tiempos de irreverencia, de renovación de votos con la utopía y de marcar el momento político como un “tiempo de rebelión” (Minervas, 2019).

Cabe señalar además que esta autonomía, con respecto a la izquierda partidaria, no implicó un alejamiento de la preocupación por la desigualdad de clase, sino lo contrario, ya que se transitó por una complejización de la lectura sobre la opresión de género y se expandió una mirada anticapitalista. Una nueva biblioteca feminista acompañó este proceso con los textos de Silvia Federici como referente principal y otras latinoamericanas que focalizan la atención en el trabajo asalariado y la propiedad privada como mecanismo destructor de los lazos comunales y la implantación del orden de género (Gutiérrez Aguilar, Salazar y Tzul, 2016; Lugones, 2014; Tzul Tzul, 2018).

La propuesta de “parar el mundo” con el Paro Internacional de Mujeres o la de poner “la vida en el centro” se erigió como una propuesta feminista anticapitalista que buscaba restarle energías a la lógica del capital. En este sentido, una izquierda feminista creció y se expandió fuera del Frente Amplio, caducando así aquella amenaza de los 80 sobre la autonomía feminista y su deriva pequeñoburguesa. El término “feminismo popular” comenzó a circular mucho más en estos espacios autónomos que en los frenteamplistas.

Este tono irreverente y el despliegue de una praxis feminista por fuera de la izquierda partidaria y sindical son una marca identitaria de esta primavera feminista, pero no la única ya que luego también surgieron nuevas organizaciones y grupos feministas dentro de las estructuras tradicionales. Esto sucedió ante el influjo del movimiento general que interpeló a varias mujeres en distintos espacios y luego al crecimiento de la reacción conservadora que amenazó y amenaza con frenar y desarmar los dispositivos de la nueva agenda de derechos.

Las nuevas generaciones de feministas frenteamplistas se iniciaron en la desilusión, o la vergüenza, del veto de Tabaré Vázquez, pero también en un contexto feminista que les transmitió la suficiente confianza como para hacer de ello un motivo para permanecer y luchar, dentro de límites muy estrechos, intentando ampliar los márgenes de tolerancia del frenteamplismo hacia el feminismo. En los últimos años se realizaron nuevos encuentros de mujeres frenteamplistas, se creó La Comité, un espacio orgánico declarado feminista y algunas nuevas feministas se incorporaron a sectores políticos que integran el partido. Todo ello

sucedió al influjo del movimiento feminista, más que a cambios producidos internos.

Las transformaciones feministas dentro de la izquierda partidaria parecen haber ocurrido fundamentalmente dentro de los espacios gubernamentales cuando el FA era gobierno y desde una institución nueva, el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), cuya principal misión fue la de administrar y revertir la desigualdad social. Un nuevo espacio de construcción política y de “vuelta al terreno” en un proceso que integró a un gran contingente de jóvenes feministas, militantes por la diversidad sexual y antirracistas que ampliaron los sentidos de la desigualdad mientras la estudiaban y la intervenían, y mientras toleraban a los propios compañeros de la fuerza política que no consideraban aquella agenda dentro de las prioridades de la izquierda.

Las pocas que habitan el feminismo frenteamplista, aunque tienen muchísimo vínculo con el movimiento social, no tienen doble militancia, como sucedía en los 80. Resisten siendo feministas y frenteamplistas entre mujeres, se arman su pequeño grupo, desde el que predicán y buscan desplegar otras prácticas políticas, que las llaman “más amorosas”. No les gustan los grupos “solo de mujeres”, en los que “se aburren”, pero gestionan igualmente un grupo pequeño de sostenimiento emocional, es decir que se milita con varones y se conversa entre mujeres (feministas). Aunque no hay referencias autorales al “entre-mujeres”, su práctica de resistencia en los espacios patriarcales se parece bastante a aquella desplegada en los grupos autónomos.

Su espacio social de referencia suele ser un nuevo ámbito de coordinación que surgió en 2017 como es la Intersocial Feminista. Esta es una propuesta que, a diferencia de la Coordinadora, propone y legitima la praxis feminista hacia los espacios mixtos, es decir compuestos por varones, y realiza una estrategia de coordinación y demandas hacia el Estado, particularmente en lo que refiere a las políticas contra la violencia hacia las mujeres. La Intersocial afecta e interpela particularmente a la central sindical, que no sin dificultades incorporó en su discurso y en su orgánica planteos feministas, como sucedió claramente el 1 de mayo del 2021.

El desafío para el feminismo frenteamplista es el de hacer realidad la declaración de “antipatriarcal” aprobada en el congreso partidario. Una declaración que no se ha traducido en ninguna medida concreta, pero que oficia como plataforma discursiva para demandar la paridad en los cargos políticos. Así la disputa por los espacios de poder y por lograr una participación igualitaria en términos de representación absorbe todas las energías de las feministas frenteamplistas y obtura las posibilidades de ampliar la discusión feminista hacia otro registro más estructural que permita discutir el orden de género en su complejidad toda.

Apuntes finales

El “matrimonio infeliz”, el “amor no correspondido”, las incompatibilidades y los desamores entre el feminismo y la izquierda son una parte muy importante de la historia del feminismo en Uruguay, al menos desde la posdictadura hasta la actualidad. Lo primero a destacar de esta tensión es la búsqueda del encuentro en su primera etapa, ese esfuerzo político y afectivo que un importante grupo de feministas realizaron en los 80 al calor de las nuevas expectativas por la renovación de la izquierda. Aunque este esfuerzo no arrojó los resultados esperados, permitió la emergencia de un feminismo de izquierda que se nutrió de las ideas y prácticas de esta última. Esto implicó el despliegue de un feminismo que hizo centro en la preocupación por la desigualdad de clase, pero que al mismo tiempo moderó su irreverencia frente al patriarcado.

Herederas de una cultura de izquierda que les había permitido emanciparse de su horizonte doméstico, las feministas desplegaron una praxis dentro de los marcos de la cultura de izquierda. A pesar de toda la estrategia cooperadora hacia el Estado y los partidos, el feminismo de izquierda fue muy poco escuchado. Los 80 finalizaron con un amplio repertorio de desilusiones a diversa escala, pero una de ellas fue la de la constatación de la poca tolerancia feminista de la izquierda partidaria.

Aquellas feministas que continuaron militando fueron pocas y lo hicieron fuera de la izquierda partidaria y bajo una nueva estrategia, enfocada en la demanda de políticas hacia temas concretos. Para ello elaboraron un discurso anclado en los derechos, y no tanto en la denuncia de un sistema opresor, y aprendieron a tejer alianzas en un contexto político más que inhóspito, no sólo de los 90 neoliberales, sino de una izquierda que había virado hacia el centro y no tomaba riesgos en aras de llegar al gobierno.

Fue durante los gobiernos del progresismo que se concretó lo que se conoce como “nueva agenda de derechos”, un repertorio de políticas cuyo público principal fueron las mujeres y las disidencias sexuales. La nueva agenda de derechos se transformó en un símbolo de la era progresista, pero fue un resultado de la presión del movimiento social y de algunas aliadas frenteamplistas que, obstinadas, resistían en la intemperie. En esos años, las calles comenzaron a inundarse de furia y fiesta, entre la Marcha de la Diversidad y el 8 de Marzo, mientras la izquierda partidaria perdía abruptamente su capacidad de movilización y de ser un referente para la utopía del cambio social.

No cabe duda de que los avances en materia de políticas públicas que intervienen sobre el orden de género se realizaron durante los quince años de gobierno frenteamplista, pero al mismo tiempo la izquierda partidaria demostró los límites que ofrecía para promover un cambio

cultural profundo y alterar sus prácticas políticas. Las nuevas generaciones de militantes feministas entonces encuentran poco atractivo aquel espacio que ni siquiera se ha atrevido a postular una candidata mujer a la presidencia.

Si en el primer ciclo feminista las feministas marxistas integraban y militaban todas adentro del Frente Amplio, en este último ciclo eso dejó de suceder. Un repertorio amplio de organizaciones se enuncia como anticapitalistas y antirracistas denunciando un sistema de opresión racista y heteropatriarcal mientras el frente amplismo ocupa simbólicamente el lugar del reformismo. Todavía se renuevan energías en aquellas que intentan educar a los compañeros al interior del FA, pero la izquierda partidaria es una maquinaria expulsora de rebeldías feministas. Esta nueva primavera feminista es mucho más calurosa y revoltosa que su antecesora, y por tanto deja planteada la interrogante de si habrá o no repliegue a un nuevo invierno.

Referencias

- Costa, A. (1988). E viável o feminismo nos trópicos? Resíduos de insatisfação. São paulo, 1970, *Cadernos de Pesquisa*, 66, 63-69.
- De Giorgi, A.L. (2020). *Historia de un amor no correspondido. Feminismo e izquierda en los ochenta*. Sujetos Editores.
- Federici, S. (2014). Rumbo a Beijing ¿Cómo las Naciones Unidas colonizaron el movimiento feminista? *Revista Contrapunto*, 87-96.
- Feliú, V. (2009). ¿Es el Chile de la post-dictadura feminista? *Estudios Feministas*, 17 (3), 701-715.
- Garcé, A. y J. Yaffé (2005). *La era progresista. Fin de Siglo*.
- Gargallo, F. (2014). *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).
- Gargallo, F. (2019). *Reflexiones en torno a ideas y prácticas del entre-mujeres a principios del siglo XXI*. Librería La Cosecha.
- Grabino, V. y M. Menéndez (2014). Como cuentas de collar. Colectivos de mujeres y feminismos en Uruguay. *Contrapunto*, 5, 23-45.
- Grammático, K. (2005). Las mujeres políticas y las feministas en los tempranos setenta: ¿Un diálogo (im)posible? En A. Andújar *et al.* (comps.), *Historia, género y política en los 70*. Feminaria Editora, pp. 19-38.
- Grauer, D. (2020). De la clase a los derechos. Movimiento feminista y Frente Amplio, disputas y transformaciones en la izquierda en Uruguay, 1984-2004. Tesis de maestría. Universidad de la República.
- Gutiérrez, R., N. Sosa e I. Reyes (2018). El entre mujeres como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal, *Revista Heterotopías*, 1, 1, 1-15.

- Gutiérrez Aguilar, R., H. Salazar y G. Tzul (2016). Leer el siglo XX a contrapelo. Constelaciones de historias comunitarias de luchas por territorios y autogobierno en Bolivia y Guatemala. *El Apantle. Revista de Estudios Comunitarios*, 2, 61-100.
- Johnson, N. (2000). *The right to have rights: gender politics, citizenship and the state in Uruguay*. Tesis doctoral. Queen Mary and Westfield College, University of London.
- Johnson, N., C. Rocha y M. Schenck (2015). *La inserción del aborto en la agenda político-pública uruguaya, 1985-2013. Un análisis desde el Movimiento Feminista*. Cotidiano Mujer.
- Kirkwood, J. (1983). *El feminismo como negación del autoritarismo*. Material de discusión FLACSO, n° 52, Santiago de Chile.
- Kirkwood, J. (1984). *Feministas y políticas*. Material de discusión FLACSO, n° 63, Santiago de Chile.
- Lanza, F. (2013). La crisis del partido comunista uruguayo (1989-1992). Tesis de Maestría. Universidad de la República, Uruguay.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*. Homo Sapiens.
- Lugones M. (2014). Colonialidad y género. En Y. Espinosa, D. Gómez, y K. Ochoa, *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Universidad del Cauca-Popayán.
- Minervas (2019). *Momento de paro. Tiempo de rebelión. Miradas feministas para reinventar la lucha*. Minerva Colectivo de Mujeres.
- Olea, C. (comp.) (1998). *Encuentros, (des)encuentros y búsquedas. El movimiento feminista de América Latina*. Flora Tristán.
- Pedro, J. (2010). Narrativas do feminismo em países do Cone Sul (1960-1989). En J. Pedro y C. Wolff, *Gênero, feminismos e ditaduras no Cone Sul*, pp. 115-137. Editora Mulheres.
- Pérez V. (2019). *La política del aborto legal en América Latina*. Tesis doctoral. Universidad Torcuato Di Tella, Argentina.
- Pieper, J. (2010). Forging feminisms under dictatorship: women's international ties and national feminist empowerment in Chile, 1973-1990. *Women's History Review*, 19 (4), 613-630.
- Pousadela, I. (2016). Nadie más se calla. El movimiento de mujeres y el proceso de ampliación de la ciudadanía en Uruguay, 1985-2015. *Encuentros*, 9 (1), 71-94.
- Remedi, G. (2016). Transiciones/traslaciones: recorrido personal y ensayo retrospectivo de los estudios literarios en los 80. En C. Demasi y A. De Giorgi (comps.), *El retorno a la democracia: otras miradas*, pp. 169-197. Fin de siglo.
- Rico, A. (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la posdictadura. 1985-2005*. Trilce.
- Richard, N. (2001). La problemática del feminismo en los años de la transición en Chile. En D. Mato (comp.), *Estudios latinoamericanos sobre*

- cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, pp 227-239. Clacso.
- Sapriza, G. (2015). "Nos habíamos amado tanto". Años revueltos, mujeres, colectivos y la pelea por el espacio público. *Estudios Feministas*, 23 (3), 939-958.
- Sempol, D. (2014). *Transiciones democráticas, violencia policial y organizaciones homosexuales y lésbicas en Buenos Aires y Montevideo*. Tesis doctoral en Ciencias Sociales. Universidad Nacional General Sarmiento, Argentina.
- Trebisacce, C. (2010). Una segunda lectura sobre las feministas de los 70 en Argentina. *Conflicto Social*, 3 (4), 26-52.
- Trebisacce, C. (2011). Un análisis de las narrativas construidas por las feministas de ATEM 25 de noviembre, en los 80, sobre el feminismo local precedente. En II Jornadas del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género, La Plata, Argentina. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4898/ev.4898.pdf.
- Trebisacce, C. (2013a). Encuentros y desencuentros entre la militancia de izquierda y el feminismo en la Argentina. *Estudios Feministas*, 21 (2), 439-462.
- Trebisacce, C. (2013b). Un fantasma recorre la izquierda nacional. El feminismo de la segunda ola y la lucha política en Argentina en los años setenta, *Sociedad y Economía*, 24, 95-120.
- Tzul Tzul, G. (2018). Sistemas de gobierno comunal indígena: la organización de la reproducción de la vida. En M. Meneses y K. Bidaseca (eds.), *Epistemologías del Sur: Epistemologías do Sul*, pp. 385-396. Clacso.
- Vacarezza, N. (2020). La mano que vota. Visualidad y afectos en un símbolo transnacional del movimiento por el derecho al aborto en el Cono Sur. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, 35, 35-57.
- Viano, C. (2014). Voces (des-encontradas) en los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina. *Revista Digital de la Escuela de Historia*, 6 (11), 49-68.
- Yaffé, J. (2005). *Al centro y adentro. La renovación en la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*. Linardi y Risso.

Las bolcheviques. Izquierda partidaria y movimiento de mujeres en la Argentina reciente

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires, Argentina - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas -
Instituto Interdisciplinarios de Estudios de Género -
Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas
nataliacasola@hotmail.com
ORCID: 0000-0003-2107-6840

Título: The Bolsheviks. Party left and women's movement in recent Argentina

Resumen: En los últimos años el interés por estudiar la historia del movimiento de mujeres y del feminismo en Argentina ha registrado un sensible crecimiento. Si bien se ha avanzado en el conocimiento sobre la experiencia de diversos colectivos, agrupamientos y demandas específicas, poco o nada se ha escrito sobre el papel de los partidos de izquierda en esos procesos, a pesar de que han estado presentes en la mayoría de las luchas. Este artículo se propone comenzar a resolver esa vacancia. Para ello propone una revisión panorámica acerca de las posiciones y formas de vinculación de cuatro partidos de izquierda (PC, PCR, MAS y PO) con el movimiento de mujeres.

Palabras clave: partidos de izquierda – movimiento de mujeres – feminismo – Argentina

Abstract: In recent years, interest in studying the history of the women's movement and feminism in Argentina has grown significantly. Although there has been progress in understanding the experience of various groups, and specific

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.328>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

demands, little or nothing has been written about the role of left-wing parties in these processes, despite the fact that they have been present in most of the struggles. This article aims to begin to resolve that vacancy. To do this, she proposes a panoramic review of the positions and forms of linkage of four left-wing parties (PC, PCR, MAS, and PO) with the women's movement.

Keywords: left parties – women's movement – feminism – Argentina

Recepción: 25 de marzo de 2021. **Aceptación:** 3 de julio de 2021

* * *

El presente artículo busca establecer cuándo y cómo la cuestión en torno de la opresión femenina comenzó a ser problematizada dentro de los partidos de izquierda en Argentina y qué políticas y prácticas militantes construyeron. “Mujeres”, en el contexto de este trabajo, significa visibilizar sus luchas específicas y, por lo tanto, adoptar una perspectiva especial desde la cual reconsiderar las historias partidarias.

Este trabajo se centra en las experiencias del Partido Comunista (PC), el Partido Comunista Revolucionario (PCR), el Movimiento al Socialismo (MAS) y el Partido Obrero (PO), poniendo énfasis en el período posterior a 1983. Se trata de cuatro partidos con formas de organización similares, tributarios de la tradición leninista; esto es, la convicción en el papel director que debe cumplir el partido de la clase obrera en el proceso revolucionario, la constitución alrededor de un programa y la conformación de una estructura piramidal de cuadros profesionales regulada internamente por los mecanismos del centralismo democrático. A pesar de las profundas diferencias de estrategias y de las rivalidades existentes entre estalinistas, maoístas y trotskistas, esos elementos, sumados a la pertenencia común a una cultura de izquierda y la adscripción a un horizonte socialista como meta final, nos permite pensarlos en conjunto.¹ Sin embargo, en el terreno de las reivindicaciones específicas de las mujeres observamos similitudes, pero también trayectorias distintas. Analizar esas diferencias significa reconocer el proceso histórico y, por tanto, dinámico de las definiciones sobre la opresión femenina, así como de las alteridades identitarias y la construcción de lazos de solidaridad en el marco de las alianzas con otras organizaciones de mujeres.

En Argentina, las reivindicaciones de las mujeres en los partidos de izquierda se expanden casi al mismo tiempo que se conforman la mayoría

1. En un futuro podría completarse el cuadro incorporando las experiencias del Partido Intransigente (PI), de importante gravitación en los años 80, y del Frente de Izquierda Popular (FIP), partido que, entre otras cosas, en 1983 impulsó la formación del primer Sindicato de Amas de Casa de la República Argentina (SACRA).

de las agrupaciones feministas.² Durante las décadas de 1980 y 1990 el diálogo con el feminismo se desarrolló atravesado por desconfianzas y, también, por influencias recíprocas no siempre reconocidas como tales, pero que contribuyeron a conformar un movimiento de enorme radicalidad. Y si bien las tensiones eran patentes, lo que justifica la visión que pone de un lado al feminismo y del otro a la izquierda, lo cierto es que cada partido resolvió de modo diferente su vinculación con el movimiento de mujeres. Se intentará demostrar que tales diferencias reflejaban aspectos de sus estrategias políticas y de sus propias culturas partidarias.

Este artículo constituye una primera aproximación a un tema sobre el cual no hay investigaciones previas; incluso, salvo algunas excepciones, ni siquiera existe bibliografía suficiente sobre ninguno de los partidos en el período estudiado.

En la primera parte, se reconstruyen aspectos del contexto y se abordan los debates entre el feminismo y la izquierda partidaria poniendo el foco en los elementos comunes de la experiencia. Luego, se realiza un repaso por las trayectorias de cada partido enfatizando en sus particularidades. Para ello, se utilizan fuentes documentales tales como prensas partidarias, volantes y documentos congresales y entrevistas de historia oral que permiten confrontar, cruzar y pensar los puentes entre el pasado y el presente.³ Dado el carácter exploratorio del artículo y el acotado espacio, he decidido seleccionar solo algunas voces representativas, dejando afuera múltiples experiencias que, sin duda, contribuirán en el futuro a ofrecer un análisis de mayor complejidad.

El movimiento de mujeres en ascenso. Feministas y marxistas

Existe acuerdo en ubicar el ascenso del movimiento feminista en Argentina en la década de 1980, acompañado por el contexto de democratización y confianza en las reformas políticas como vía para construir una sociedad con mayor igualdad y equidad. Desde luego, las luchas de las mujeres no eran nuevas y se remontaban al siglo XIX. Una profusa bibliografía recorre sus luchas, con sus avances y retrocesos. Lo nove-

2. Dejamos explícitamente a un lado las militancias en los 70 porque su análisis requeriría otro espacio.

3. Este artículo fue escrito en medio de la pandemia de covid-19 con los archivos cerrados a la consulta pública. Me he valido de fuentes disponibles en internet, de mi archivo personal y de la generosidad de los y las colegas. Quedará para un futuro próximo una exploración más exhaustiva. Respecto de las entrevistas cabe resaltar que las mismas fueron realizadas en el contexto de la llamada “cuarta ola” del feminismo, la conformación del movimiento #Ni una Menos y la aprobación de la Ley de Aborto Legal.

doso de lo acontecido en los años 1980 fue que el movimiento feminista, con toda la batería de planteos propios de la llamada “segunda ola”, consiguió una visibilidad pública inédita que logró, en articulación con las organizaciones de mujeres preexistentes, arrancar varias conquistas al Estado y poner en pie espacios de deliberación amplios, que devenirían centrales para entender su potencia política en la actualidad. ¿Quiénes eran las mujeres que capitanearon el cambio? Como varias investigaciones registraron, el feminismo de la década de 1980 se nutrió de experiencias distintas: a los minúsculos grupos de los años 1970 se unieron las militantes exiliadas que comenzaron a retornar al país y que habían tomado contacto con estas ideas en otras latitudes (Bellucci, 2014, p. 242; Franco, 2009). También confluyeron mujeres de los partidos políticos tradicionales y otras que en el decenio anterior habían participado de las organizaciones revolucionarias y que encontraron en el feminismo un espacio de intervención desde donde reconstruir sus militancias (Seminara y Viano, 2009).

Entre 1976 y 1983 las feministas habían logrado sostener un mínimo nivel de organización aglutinadas a partir de campañas específicas que aprovechaban las fisuras de la política propugnada por la dictadura militar sostenida en un discurso familiarista (Felitti, 2010; Grammático, 2019). La mayoría de las demandas no eran nuevas y recogían el legado de la década anterior. Sin embargo, ya en el contexto de la democratización y la expectativa en la capacidad de reforma de las instituciones, el feminismo comenzó a redireccionar su actividad en la demanda al Estado, sin abandonar la política de formación de grupos de concienciación, que había sido su principal acción en los años 1970 (Trebisacce, 2019). Ese cambio de orientación se manifestó en la ocupación del espacio público, acción que le permitió ganar mayor visibilidad y establecer acuerdos y alianzas con un arco político amplio, que no necesariamente se reconocía feminista. En ese marco, fueron varias las reivindicaciones que consiguieron un lugar en la agenda pública nacional: la reforma de la patria potestad, el derecho al divorcio vincular, la necesidad de establecer políticas orientadas a alcanzar la equidad entre varones y mujeres en las instituciones y la demanda de intervención más fuerte por parte del Estado para asistir la problemática de las mujeres.

Las novedades que introdujeron se abrieron camino en un contexto en el cual los principios de la sociedad patriarcal aun gozaban de buena salud. Si bien las demandas enunciadas en clave de democracia y derechos humanos aceptaban los debates y tendía puentes de diálogo, la presencia del feminismo todavía resultaba radical y perturbadora. Sus propuestas eran recibidas por muchas mujeres como un cuestionamiento a sus propias existencias como madres y esposas.

No obstante, la fortaleza que comenzaba a adquirir ese movimiento

quedó plasmada, primero, en la conformación en diciembre de 1983 de la Multisectorial de la Mujer, un espacio donde convergían feministas, mujeres de los partidos políticos y sindicatos, y en la constitución de numerosos grupos, como ATEM 25, Lugar de Mujer, entre otros (Tarducci, 2019). A partir de 1986 comenzaron a organizarse los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) que, con el paso de los años, devinieron en la principal instancia para el contacto amplio de las mujeres de todo el país y de todos los espacios políticos (Alma y Lorenzo, 2009).⁴

En ese contexto, de conformación y desarrollo del movimiento de mujeres, las militantes de los partidos de izquierda no quedaron al margen. Como había ocurrido en el pasado, el diálogo entre las feministas (en plural) y las marxistas (también en plural) discurría no sin tensiones. Si bien convergían en luchas callejeras, actos y manifestaciones, a la hora del debate solían mirarse con desconfianza y militar agendas paralelas.

Las feministas solían sospechar de todo acercamiento de las mujeres de los partidos como un intento de cooptación. En contraposición, solían organizarse a contrapelo de los modos jerárquicos que adoptaban y reivindicaban los partidos. Si bien muchas de las feministas no eran reacias al marxismo como tradición teórica, sí lo eran a las estructuras partidarias.

Como afirma Alicia Schejter, quien sostuvo una doble militancia en su condición de militante feminista en ATEM y militante socialista en el Partido Obrero: “en el feminismo leíamos autores marxistas. Leíamos a Engels o a las feministas marxistas. Había una crítica del capitalismo desde el feminismo, pero había una negación a los partidos, a las estructuras partidarias”.⁵

Desde el punto de vista de los partidos de izquierda la cuestión planteaba diversos dilemas. A grandes rasgos, podría decirse que la polémica con las agrupaciones feministas se concentraba en torno de dos puntos: 1) si la especificidad de la opresión femenina justificaba un tipo de militancia separada o si, en cambio, contribuía a dividir a la clase trabajadora y 2) qué lugar debían ocupar las demandas de las mujeres como una totalidad en la agenda revolucionaria.

En este sentido, la izquierda de los años 1980 y 1990 fue permeable a los planteos del incipiente movimiento de mujeres, lo que puede interpretarse como un reconocimiento, no explicitado, de que el feminismo había logrado transformarse en una actriz política con incidencia. Sin embargo, siguió predominando una visión que sospechaba de toda

4. El primer encuentro de mujeres se gestó el 23 y 25 de mayo de 1986 en el Centro Cultural San Martín.

5. Entrevista a Alicia Schejter, febrero de 2021. Alicia fue militante del Partido Obrero desde 1982 y de ATEM desde 1984.

reivindicación feminista como “burguesa”, o “correa del imperialismo”, epítetos que servían más para cancelar y archivar la discusión que para desarrollar una posición socialista. De igual modo, existía un fuerte temor al impacto que las reivindicaciones feministas podían tener en las filas obreras. Este temor al “divisionismo” los condujo, en ocasiones, a adoptar posturas conservadoras y evitar el abordaje de problemáticas no relacionadas directamente con el ámbito público y laboral. Podría decirse que la crítica a lo que hoy denominamos “sororidad” se tradujo en la resistencia a reconocer que al interior de la propia clase era necesario “ajustar cuentas”. Aunque con notables diferencias entre organizaciones, continuó primando un enfoque que comprendía la opresión de clase como la madre de todas las otras formas de opresión, desconociendo, en algunos casos, los esfuerzos que las feministas marxistas en otras latitudes venían haciendo por pensar el problema.

Por consiguiente, cuando los partidos de izquierda elaboraban discursos dirigidos a las mujeres, estos apuntaban prioritariamente a las trabajadoras, pobres y excluidas, a la vez que no perdían oportunidad de remarcar las distancias que las separaba de las mujeres de la clase enemiga. Ciertamente no eran debates nuevos, pero se renovaban en un contexto de ampliación para la audibilidad de esta problemática.

Pero más allá de estos elementos en común que permiten agrupar a los partidos de izquierda dentro de una misma familia política, considero que en las prácticas concretas del movimiento de mujeres existían diferencias. Como veremos a continuación, cada organización expresó, a su modo y siguiendo sus propias tradiciones partidarias, una manera de abordar la articulación entre partido y movimiento social y de resolver el contenido programático para orientar la actividad.

El Partido Comunista

La militancia comunista entre las mujeres tiene una larga historia que se remonta, por lo menos, a la década de 1930 y que le valió una experiencia que, al comenzar los años 80, no tenía ningún otro partido de la izquierda. Desde 1947 la organización partidaria había seguido un modelo bifronte: por un lado, contaban con células femeninas coordinadas por una Comisión cuya principal función era el seguimiento en los sindicatos y, por otro, tenían una militancia territorial extendida por todo el país que era canalizada a través de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA).⁶ Si bien desde el punto de vista estatutario la UMA

6. La UMA había sido fundada el 17 de julio de 1947, anteriormente habían formado parte de la Unión Argentina de Mujeres (UAM). Para un análisis de su militancia véase Valobra (2005) y Casola (2014).

era una organización abierta —como lo eran todas las organizaciones de masas impulsadas por el PC— su conducción permaneció en manos del comunismo.

A lo largo del tiempo, las umistas había ido afinando sus propuestas y formas de dirigirse a las mujeres. Cuidadas de no ahuyentarlas, sensibles a la existencia de prejuicios contra el comunismo, las mujeres de la UMA alentaban a las obreras y amas de casa a organizarse sin entrar en colisión con los idearios de feminidad y domesticidad predominantes. La apelación a la maternidad en términos políticos les permitía radicalizar los reclamos de las mujeres e interpelar al conjunto de la sociedad al poner en evidencia que las trabajadoras eran las más oprimidas. Desde el punto de vista de las alianzas, las mismas eran muy amplias en consonancia con los lineamientos del Frente Democrático Nacional o búsqueda de acuerdos con sectores considerados progresistas.

Durante la última dictadura militar, la UMA se transformó en un paraguas para numerosas militancias y a mediados de 1982 se erigió en la organización dirigente del movimiento de amas de casa que protagonizó las luchas contra los aumentos de precios. Gracias a esas protestas, en los años siguientes un conjunto de organizaciones de mujeres comenzó a estructurar el reclamo por salario y jubilación para las amas de casa.

A partir de 1984 y, sobre todo, desde 1986, la matriz “maternalista” comenzó a convivir con otra, en sintonía con la emergencia del feminismo en la arena pública. Comenzó a cuestionarse abiertamente la división sexual del trabajo y se incorporaron temáticas como la violencia machista, el aborto y el placer sexual. Hacia el final de la década adoptaron la categoría género y comenzaron a explicar la opresión femenina a partir de la existencia del patriarcado.⁷

El PC participó desde el inicio en los espacios de confluencia de agrupaciones de mujeres que, poco a poco, devenían en movimiento. Sin embargo, las tensiones con las lógicas del feminismo se manifestaron rápidamente. María Inés Brassesco,⁸ por entonces responsable de la Comisión Femenina del PC, ilustra algunos aspectos de tales tensiones:

N.C.: ¿Participaron desde el Primer Encuentro Nacional de Mujeres?

M.I. B: Participé en nombre del Partido porque yo todavía estaba en la Comisión Femenina. [...] Fue un buen encuentro, pero creo que su gran defecto fue que eran mujeres fuera de

7. *Aquí Nosotras*, n°105, mayo-julio de 1990.

8. María Inés Brassesco comenzó su militancia en el PCA en 1969. Fue delegada textil y se destacó tanto en el ámbito sindical como barrial en La Matanza. Desde 1985 tomó la tarea de reorganizar la militancia comunista en el frente de mujeres.

sus estructuras de partidos políticos, sindicatos, incluso fuera de su ubicación de clase. Y no estuvieron muy democráticas porque el partido invitó a toda una delegación de cubanas, que era todo un homenaje que estuvieran las cubanas, y no las dejaron subir. Y en eso siempre fui audaz y las subí de prepo. Es que eran las copetudas que cuando querían un viaje a Unión Soviética te venían a hablar, pero después hacían estas cosas.⁹

Como puede verse, aparece en el relato la idea de que el feminismo por su propia concepción, su interpelación a todas las mujeres sin distinción política ni de clase, de alguna manera eclipsaba marcaciones que eran centrales para la política de la izquierda. En su relato, al llamarlas “copetudas”, reproduce una simplificación muy propia del contexto, respecto del feminismo como “burgués”, sin distinguir grupos y vertientes. De igual modo, resulta interesante que en su enunciación admite prácticas que separaban al feminismo de la izquierda: “las subí de prepo”, “siempre fui audaz”, remite a lógicas de imposición que eran, justamente, uno de los puntos que levantaban una barrera entre unas y otras.

Y fuimos al segundo [Encuentro], después vino Rosario que fue el más grande. [...] Pero hubo manifestaciones muy jodidas. Nosotras fuimos en tres colectivos, no, en esa época se viajaba en tren y en tres vagones estaba lleno de mujeres que iban con la UMA, el grueso era UMA de los barrios y muy pobres, con sus hijos, y entonces las feministas empezaron a criticarlas porque cambiaban a los pibes, y después, viste, qué se yo, a las dirigentes les daban los hoteles y a la gente pobre las mandaban a las escuelas.¹⁰

Es poco probable que movilizaran la cantidad de compañeras que afirma si consideramos que para 1989 los ENM aun tenían dimensiones pequeñas. También es llamativo el señalamiento respecto a la existencia de prejuicios sobre las mujeres pobres cuando, precisamente, el Encuentro de Rosario inauguró la guardería “Así crecemos” para colaborar con las mujeres que viajaban juntos a sus hijos e hijas (Alma y Lorenzo, 2009, p. 61). Justamente por eso, lo que importa destacar del relato es hasta qué punto existía desconfianza hacia las feministas caracterizadas como mujeres burguesas desinteresadas por los problemas de las clases populares.

Pese a las diferencias enunciadas por María Inés Brassesco, que

9. Entrevista a María Inés Brassesco, noviembre de 2018.

10. *Ibidem*.

luego pasaría a militar directamente en la UMA junto a otras destacadas militantes como Angélica Mendoza y Clara de Franco, el discurso del PC en la década del 80 se modernizó notablemente, lo cual puede atribuirse al intercambio con el feminismo y a la agenda sostenida en los Encuentros Nacionales de Mujeres.

Sin embargo, la transformación de la UMA no se debía únicamente al contacto con el feminismo. Dentro del partido, existía un clima adecuado para la reformulación de ideas. El XVI Congreso de 1986 había marcado el inicio del llamado “viraje revolucionario” que, entre otras cosas, sostenía la necesidad de “revolucionar” a la UMA porque entendía que su política se movía excesivamente en el campo del reformismo. Para ello reorganizó las funciones de la Comisión Femenina buscando que tuviera mayor influjo sobre la UMA. Entre otras cosas, se indicaba abandonar el arco de alianzas que tradicionalmente habían cimentado para acercarse a otras mujeres de la izquierda, en consonancia con la política de Frente de Liberación Nacional y Social. Esa orientación desató un proceso muy conflictivo porque entraba en colisión con las umistas que no eran militantes del PC y con las comunistas que lo sentían como una intervención a sus militancias. De acuerdo con Brassesco, los dirigentes del partido, antes de reorganizar el trabajo hacia las mujeres, ya esperaban que pudiera generar conflictos con la UMA:

Una de las primeras conversaciones que tengo con Julio Pereyra –que no era mal tipo, pero era patriarcal– entonces dice: “mirá María Inés, nosotros cambiamos la Comisión Femenina porque dentro de poco hay que ver qué se hace con la UMA, porque es reformista [...], porque éstas dentro de poco nos piden anticonceptivos”.¹¹

La referencia a los anticonceptivos es evocada como expresión de los reparos que tenía el partido respecto del avance de las ideas feministas. Inversamente, la adopción de la perspectiva de género invitaba a las militantes a pensar la opresión de las mujeres al interior de la propia clase y del propio partido, subvirtiendo el mantra de no dividir a los trabajadores.¹² Ese proceso de confrontación, condujo a la autonomización total de la UMA en 1992. *Aquí Nosotras*, en una nota firmada por Nuria Pérez Jacky, anunciaba el alejamiento en un tono que no ocultaba la hondura del conflicto.

11. *Ibidem*.

12. “Hacia dónde va el movimiento de mujeres”, *Aquí Nosotras*, n° 105, mayo-julio de 1990, pp. 14-15.

La autonomía que propone la UMA se compatibiliza con la necesidad de un referente político en cuya articulación no se apueste al utilitarismo táctico del Movimiento. Su discurso va develando la retícula que oculta y reproduce la segunda posición de la mujer en los partidos políticos de pertenencia; se hace visible el poder, como segmento particularmente recortado para ella, y la contradicción entre el potencial de su práctica concreta y su escasa participación en lugares de decisión.¹³

La crítica era furibunda. Se acusaba al PC y, en rigor, al conjunto de los partidos de hacer un uso instrumental de las demandas de las mujeres, mientras internamente mantenían formas de desigualdad. Sin embargo, es probable que las críticas fueran expresión de un desacuerdo mayor con la evolución de la política de partido.

Pese a todo, en los años 90 muchas militantes comunistas continuaron organizándose en el marco de la UMA. La inercia, los lazos afectivos y cierta desorganización interna en el partido pueden ayudar a comprender por qué volvían a la organización primaria. A mediados de esa década el PC fundó la Cátedra Libre de Estudios de Género como una manera de reorganizar su trabajo luego de la ruptura de la UMA.

El Partido Comunista Revolucionario (PCR)

La “cuestión de la mujer”, como se la denominaba entonces, fue formalmente reconocida por el PCR en el año 1972, en el marco de su II Congreso. Desde entonces, existieron células femeninas coordinadas por una comisión a cargo de Clelia Íscar. El objetivo fundamental era organizar a las trabajadoras tanto en el campo como en la ciudad. Diez años más tarde, en octubre de 1982, en el contexto de las luchas de las amas de casa contra los aumentos de precios, impulsaron la conformación de Amas de Casa del País (ACP), una agrupación plural desde el punto de vista partidario, pero que con el tiempo quedó identificada con el PCR.¹⁴ Su constitución, en el contexto del declive de la dictadura militar, fue importante porque contribuyó a visibilizar el rol de las amas de casa en cuanto trabajadoras no remuneradas, permitió retomar los debates sobre el salario doméstico que se habían dado en los años 1970 y organizar una campaña alrededor de salario y jubilación. El enfoque hacia la problemática de las mujeres heredaba el modelo organizativo del PC: conformación de células femeninas para el seguimiento del

13. “UMA, una mirada ideológica”, *Aquí Nosotras*, n° 108, septiembre de 1992, p. 19.

14. “No compre los jueves”, *Nueva Hora*, n° 384, 1 de octubre de 1982.

mundo del trabajo y la construcción de una organización de masas y políticamente plural para trabajar en los barrios.

Amas de Casa se ajustaba a la línea del PCR que afirmaba que la revolución en Argentina debía ser democrática-popular, agraria y anti-imperialista en marcha ininterrumpida al socialismo, lo que suponía la construcción de frentes de lucha con criterio de amplitud. Este enfoque, llevado a la lucha territorial encarada directamente por ACP explica que hubiera presencia de radicales y posteriormente, también, de peronistas en sus filas. De acuerdo con la actual dirigente Laura Delmonte:

Amas de Casa expresaba la línea que estábamos buscando, de unidad en un frente único con otras mujeres que no eran comunistas revolucionarias, que tenían otro perfil entendiendo que la opresión es lo común.¹⁵

El planteo de Amas de Casa interpelaba especialmente a las mujeres de los barrios populares y lo hacía buscando politizar los roles tradicionales vinculados al trabajo doméstico.

El PCR no se consideraba feminista, y sostenía, como otros partidos de izquierda, que la lucha de las mujeres debía integrarse en un combate revolucionario que tenía como sujeto al proletariado. Sin embargo, esta visión inicialmente aditiva, en el sentido de sumar a las mujeres como aporte a un gran frente de lucha, también se expresaba como temor a dividir a la clase trabajadora, lo cual, en ocasiones, se tradujo en la justificación de ciertas conductas machistas. Se trataba de reparos que atravesaban a todas las organizaciones de izquierdas y que ayudan a explicar por qué algunas problemáticas fueron incorporadas más tardíamente. Por ejemplo, Rosa Nassif, una de las dirigentes más reconocidas del PCR, rememora los reparos que existían dentro del partido para problematizar las violencias machistas de los propios militantes varones.

Se planteaba si era correcto que una compañera dijera en la asamblea que su marido la golpeaba, porque eso podía dividir el movimiento, cómo se iba a decir eso si incluso podía ser un dirigente el golpeador. Se logró ganar a la dirección del movimiento y a Juan Carlos Alderete para que las compañeras pudieran plantear en las asambleas que eran golpeadas. [...] Por primera vez en la Escuela Amarilla pusieron un cartel

15. Entrevista en línea a Laura Delmonte, septiembre de 2020. Se incorporó al PCR en Rosario durante la última dictadura militar. Es psicóloga social y milita en el frente de mujeres desde la década de 1980.

que dice “el compañero que golpea a una compañera no es un compañero”.¹⁶

En el abordaje de tales violencias fue fundamental el aporte de las psicólogas sociales, una profesión en la que el PCR tenía tradición. María Conti, quien fuera secretaria de la sede porteña de la Escuela Pichon Rivière y miembro de la Comisión Nacional de Mujeres del partido, cumplió un papel fundamental en la incorporación de la problemática al interior del partido y luego en la Corriente Clasista y Combativa (CCC).

Con relación al movimiento de mujeres que comenzaba a cobrar forma en la transición democrática, el PCR participó activamente en su constitución. En las jornadas relacionadas con la conmemoración del 8 de marzo desde 1984 sostuvo presencia en el marco de la Multisectorial y muy tempranamente fueron receptivos a los espacios que se abrían alrededor de las iniciativas del feminismo y sus vínculos internacionales. En 1985 viajaron a Nairobi para participar del Congreso Mundial de las Mujeres y, al regresar, se integraron a la comisión encargada de organizar el Primer Encuentro de Mujeres en 1986.

Y comenzaron a funcionar los encuentros, y nuestra principal alianza fue con el feminismo tradicional... Alianza en unidad y lucha, por supuesto, porque en ese momento estaba muy agudizada esta cuestión de la “práctica política” o la “práctica del feminismo” entonces había debates muy profundos, el feminismo hizo todo un camino en politizarse y ya no podemos hablar del feminismo burgués como única línea, como era en ese debate.¹⁷

Esa participación temprana en los ENM le permitió al PCR ocupar rápidamente una posición estratégica dentro de las comisiones organizadoras. A diferencia de otros partidos de izquierda, desde el inicio defendieron el carácter deliberativo pero no resolutivo de los ENM en función de sostener la amplitud política. Esta posición le valió la confrontación tanto con el feminismo como con el resto de la izquierda al defender la posibilidad de que las mujeres católicas se expresaran dentro del Encuentro. Al respecto, mientras el partido defendía el aborto legal y lo integraba en su programa político, no ocurría lo mismo en las organizaciones territoriales porque disputaban las bases directamente con las mujeres católicas (Viano, 2014, p. 59).

16. “Las raíces históricas y los debates actuales en el movimiento de mujeres y feminista”, charla virtual a cargo de Rosa L. Nassif, organizada por el Partido del Trabajo y del Pueblo de Córdoba el 7 de agosto de 2020.

17. Entrevista a Laura Delmonte.

A partir de 1994, la formación de la Corriente Clasista y Combativa (CCC) transformó la militancia del PCR y afianzó el trabajo con las mujeres sobre todo en los barrios más humildes. Desde entonces, el PCR comenzó a movilizar masivamente a los ENM. Como ocurría también en otros partidos, los Encuentros funcionaban como el pivote alrededor del cual giraba gran parte de la actividad anual. ACP, la construcción del Movimiento de Mujeres de la CCC y la apertura de las llamadas Casas de la Mujer para atender la problemática de la violencia fueron los puntales para afianzar esa militancia, sobre todo en el interior del país.

El Movimiento al Socialismo

La reflexión en torno de la opresión femenina estuvo presente tempranamente en la corriente morenista. Como han demostrado Trebisacce y Mangiantini (2015), las ideas feministas ingresaron en el PST a inicios de la década del 70 por influencia del Socialist Workers Party (SWP) de Estados Unidos. La novedad respecto de cualquier otro abordaje realizado por la izquierda de la época radicaba en el reconocimiento de los elementos subjetivos y de las relaciones interpersonales como significativos para explicar la situación subordinada de las mujeres. Pese a ello, existía dificultad para encontrar un equilibrio entre las propuestas del feminismo, transversales a todas las mujeres, y la centralidad de la cuestión de clase, que tendía a regresarlos a interpelar exclusivamente a las mujeres trabajadoras. Esa tensión fue arrastrada en la década siguiente.

Durante la dictadura militar los debates en torno de la cuestión de la mujer ganaron precisión y mayor densidad teórica. En 1979, durante el exilio colombiano, país donde se encontraba el núcleo dirigente, se elaboró un documento firmado por Mercedes Petit y Carmen Carrasco titulado “Mujeres trabajadoras y marxismo”. Este escrito definió la orientación oficial del PST, y luego del MAS, respecto de la temática. En él se afirmaba que “las tareas de la liberación de las mujeres como tales son democrático-burguesas, históricamente se plantean con el comienzo del capitalismo y pertenecen a todas las clases”. De esta caracterización se desprendía la necesidad de acompañar esas luchas en su conjunto, sin perder de vista que: “ninguna lucha democrática [...] va objetivamente contra el capitalismo [...] pueden adquirir una dinámica anticapitalista [...] [pero] dependerá de su contexto, programa y dirección” La conclusión era acompañar la lucha de todas las mujeres, pero con un programa clasista dirigido a las trabajadoras “para movilizarlas hacia la toma del poder” (Carrasco y Petit, 1979), lo cual, en la práctica, inevitablemente, las haría entrar en colisión con la perspectiva del feminismo independiente.

En 1982 el PST cambió su nombre y fue renombrado como Movimiento al Socialismo (MAS) para sortear la proscripción y conseguir la legalidad necesaria para presentarse a elecciones. Durante la campaña electoral las demandas de las mujeres estuvieron muy presentes comenzando por la fórmula electoral que llevó a Luis Zamora y Silvia Díaz como candidatos a la presidencia y vicepresidencia, respectivamente. En aquellos meses prácticamente en todos los barrios los volantes del MAS hacían referencia a las mujeres que llevaban en sus listas buscando, explícitamente, interpelar a las amas de casa y trabajadoras: “Vote por un medio salario por hijo menor de 18 años y por el derecho al divorcio”,¹⁸ “Vecina: asegure con su voto la presencia de una mujer luchadora en el municipio”,¹⁹ entre otras consignas a tono. Aunque en el fragor de la reorganización partidaria la Comisión Femenina había dejado de funcionar, las reivindicaciones específicas de las mujeres estaban completamente integradas al trabajo del partido y, aun con límites, posibilitaba el ejercicio autorreflexivo sobre el tema.

Con la recuperación de la democracia, la celebración del 8 de marzo quedó incorporada al calendario de conmemoraciones de lucha. Ya hemos dicho que la jornada de 1984 fue central para la constitución del movimiento de mujeres. En aquel año fue la Multisectorial la que logró mayor convocatoria en la Plaza de los dos Congresos. En esa ocasión, sin embargo, el MAS no adhirió a esa marcha y en cambio se sumó a una jornada en Plaza de Mayo convocada por artistas en homenaje a las Madres de Plaza Mayo. Desde entonces, todos los años el partido comenzó a organizar la conmemoración del 8 de marzo alrededor de actividades propias que se desarrollaban en los distintos locales.

La cuestión volvió a adquirir mayor organicidad a partir de 1986, luego del primer Encuentro Nacional de Mujeres. El MAS participó con una pequeña delegación que, junto con el PC en el marco del Frente del Pueblo, impulsó la organización de un Encuentro Nacional de Mujeres Trabajadoras (ENMT) que finalmente se realizó en marzo del año siguiente. De cara a los preparativos de ese Encuentro, el MAS volvió a reunir a la Comisión Femenina y a editar un boletín específico con el nombre “Mujeres”, para darle mayor sistematicidad y contenido a la participación. Ese año las actividades fueron muy numerosas y las tuvieron como protagonistas en la Comisión Promotora del ENMT. Resulta interesante reconstruir los vericuetos de la realización de este encuentro de mujeres con eje en las trabajadoras, porque permite analizar gran parte de las tensiones presentes en el movimiento de mujeres; por un lado, habían sido las feministas quienes más habían impulsado la rea-

18. Volante “A la mujer trabajadora”, octubre de 1983.

19. Volante del barrio Lago del Bosque, octubre de 1983

lización del primer ENM; pero inmediatamente tanto el arco partidario como el sindical se hicieron eco de ese espacio para replicarlo a su manera y con sus modos, muchos de los cuales alimentaban los reparos de las feministas cuando acusaban a las “políticas” de “aparatear”.²⁰

Desde entonces, el MAS participó de todos los ENM focalizando su intervención en los talleres vinculados, sobre todo, a trabajo y sindicalismo. Asimismo, alentó la conformación de comisiones de mujeres en los cuerpos de delegados de los sindicatos donde tenían presencia y pugné por la incorporación de reclamos específicos.

Quizás la mayor originalidad la tuvieron en el plano del movimiento por los derechos de las disidencias sexuales y la conformación de grupos de la corriente Alternativa Socialista por la Liberación Sexual (Bellucci, 2020, pp. 52-59). Esta experiencia merece un análisis específico porque, puesta en contexto, muestra una radicalidad que no tuvo ninguna otra organización de la izquierda, y que, en algunos casos, tampoco tenían las organizaciones feministas cuando solían rehuir a la cuestión del lesbianismo. Desde luego, la conformación de esta corriente no expresaba necesariamente que el conjunto del partido abrazara esta política, pero sí muestra que al menos formalmente el MAS era receptivo a incorporar demandas de sectores que eran marginados socialmente a causa de su orientación sexual.

Sin embargo, los límites de esa libertad de organización se manifestaban en una cantidad de prejuicios sostenidos en la supuesta necesidad de no “espantar a la clase obrera”. Nora Ciapponi, una de las referentes más reconocidas del MAS recuerda:

Mirá, [...] como no existía un debate al respecto de forma permanente, los prejuicios existían. O sea, yo conozco varios compañeros que las mismas compañeras de sus lugares de militancia le buscaban novia a un compañero que claramente era gay, entonces todo eso los llevaba de alguna manera a esconder su sexualidad. Todo eso tuvo sus contradicciones y en la posdictadura, con todo lo que traía la dictadura de prejuicios y de toda la importancia de que se hacía más ideología que política real, y que como la clase obrera rechazaba, “había que ser cuidadoso”, todos esos prejuicios se tuvieron como parte de las contradicciones que la misma organización tenía...²¹

Esta anécdota muestra cierta adaptación del partido a las posiciones

20. Circular interna n° 156, 7 de octubre de 1986.

21. Entrevista a Nora Ciapponi, septiembre de 2020. Militante del PST desde su formación. Entre otras cosas, fue candidata a vicepresidenta en 1973.

más conservadoras por temor a quedar aislados respecto de los trabajadores. En cierto sentido, las reivindicaciones de las mujeres eran mucho más fáciles de sostener cuando transitaban lugares ya legitimados: reclamos para proteger a las madres trabajadoras, para conseguir mayor paridad en los sindicatos o cualquier otra medida que, de paso, coadyuvaba con la finalidad del partido de reclutar nuevos militantes.

Yo cuando volví de estar afuera [...] quería ir a una regional [...] Y elijo San Martín, Tres de Febrero y ahí al poco tiempo [...] tenía la regional llena de personas de distintas sexualidades. Es decir que se iban a pasando el dato de que en esta regional iban a estar tranquilos. Con total desprejuicio se fue logrando que los temas de sexualidad también se discutiesen con los obreros. [...] Y todo eso se pudo hacer demostrando que el prejuicio estaba en nosotros y no en la clase obrera. Había que explicar que esto es así y nada más.²²

Para analizar el MAS debe tomarse en cuenta que entre 1988 y en 1992 se produjeron rupturas y fraccionamientos. La cuestión sobre la organización de las mujeres, entonces, vuelve a reaparecer durante los años 1990 ya bajo otras denominaciones políticas, además del propio MAS: el Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS) y el Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST), partidos nuevos que, a pesar de los balances críticos, heredaron la sensibilidad hacia la problemática de las mujeres y las disidencias.

El Partido Obrero

El primer nombre del Partido Obrero fue Política Obrera. Debió renombrarse en 1982 para poder conseguir la legalidad partidaria y presentarse a elecciones sorteando los decretos de proscripción que la dictadura mantuvo vigentes hasta el final.

Al igual que el PST, también consideraba que la clase obrera era el sujeto prioritario de la revolución socialista. Por tanto, la principal tarea del partido era crecer en su seno, proponiendo un programa que trabajara por reivindicaciones inmediatas, pero sin perder de vista su necesaria articulación con un programa máximo. Esta caracterización los llevará por mucho tiempo a estructurar un trabajo político fundamentalmente en el frente universitario, el fabril y posteriormente el barrial.

Con relación a la problemática de las mujeres, el PO fue el partido de izquierda que más tardíamente comenzó a abordarla. Salvo algunas referencias esporádicas, entre 1964 y 1993 no existió reflexión siste-

22. *Ibidem*.

mática al respecto. En los años 1970 sostuvieron reivindicaciones como el derecho al aborto legal y la protección a la maternidad, pero que no iban acompañadas de mayor producción teórica ni acciones concretas.²³ Tampoco las mujeres militantes instalaron esos debates. La agenda política de la organización estaba pautada en torno de otros debates y la cuestión de la mujer no fue abordada teóricamente. Podría pensarse que existía una autorrepresentación de igualdad que funcionaba como un bloqueo para pensar la cuestión feminista en su interior. De alguna manera, aquella militancia revolucionaria de los 70 puede pensarse como la forma preponderante que cobró la ruptura femenina con los roles tradicionales (Vasallo, 2009).

A partir de 1983 el contexto comenzó a presentar modificaciones acompañado de la irrupción pública del feminismo. En 1984 el PO participó en la Multisectorial de Mujeres que organizó la primera manifestación pública por el 8 de marzo, pero en los siguientes años las demandas específicas volvieron a desaparecer de la agenda política del partido. Las acciones más cercanas fueron el apoyo y participación en las movilizaciones por la ley de divorcio vincular y la campaña sostenida por la liberación de la presa política Hilda Nava de Cuesta, ambas cuestiones abordadas desde lo que el partido denominaba como “libertades democráticas”.

El debate en torno de la “cuestión de la mujer” irrumpió recién en 1993. Desde entonces, se inició una etapa de construcción de una línea de intervención propia para el movimiento de mujeres que culminó en 1998 con la creación del Plenario Autoconvocado de Trabajadoras (PdT).

El puntapié inicial lo dio una militante de Tucumán, Lucía Ferreira, cuando envió al correo de lectores de *Prensa Obrera* un informe muy pormenorizado donde reivindicaba las dinámicas y los contenidos de los Encuentros Nacionales de Mujeres y criticaba al partido por la poca atención y hasta la subestimación que hacía de los mismos.²⁴ Número tras número, esta sección del periódico se fue poblando de voces que escribían para opinar sobre el tema, lo que muestra hasta qué punto el informe había tocado una fibra sensible en las filas militantes. Finalmente, la cuestión saltó a las páginas centrales de la prensa partidaria lo que denotaba que la dirección del PO había resuelto sentar una posición oficial sobre el tema. En aquel escrito, el dirigente Daniel Blanco afirmaba que existía una doble opresión de la mujer, como trabajadora y como esclava del hogar. Pero, luego, repetía (e interpretaba) lo que

23. “El Papa, la píldora y la familia”, *Política Obrera*, 2 de septiembre de 1968; “El aborto: un derecho democrático”, “Ser madre soltera ¿también se reprime?” y “Discriminación laboral”, *Nueva Generación*, n° 6, junio de 1980, pp. 17-18.

24. “Sobre el VIII Encuentro Nacional de Mujeres”, *Prensa Obrera*, 6 de julio de 1993, p. 8.

Engels había escrito respecto a cómo las relaciones capitalistas tenían como involuntaria virtud socavar la estricta división del trabajo sexual. Sin embargo, al no reconocer que justamente esa esclavitud doméstica era ejercida por varones, desdibujaba la especificidad de la opresión femenina. La cuestión volvía a remitirse a que la liberación de la mujer:

solo se logrará con la abolición de clases [...] y cuando el nivel de las fuerzas productivas haya alcanzado un grado tal de desarrollo que permita que el conjunto de las tareas económicas de las familias que esclavizan a la mujer sea absorbidas por la sociedad socialista.

Luego remataba:

sostenemos que no existe una cuestión estrictamente femenina y que las reivindicaciones de la mujer se deben unir con la lucha de los demás explotados, en contra de los explotadores de ambos sexos.

Respecto del feminismo, Blanco afirmaba:

El PO debe desenmascarar el contenido burgués de estos movimientos y sus limitaciones insalvables para alcanzar la liberación de la mujer dentro del marco capitalista, denunciando además que su política de división de los explotados solo puede favorecer a la dominación burguesa de la sociedad.²⁵

No obstante, la nota, al mismo tiempo que ponía palabras a la delimitación con el feminismo, abría una fisura: afirmaba que la política hacia la mujer debía ser incorporada como debate del VI Congreso del partido y sugería votar un plan de acción que debía incluir “la creación de una Comisión Central encargada del trabajo sobre la mujer.”²⁶

Este cambio, no del todo reconocido como tal, nos permite mostrar que el crecimiento del movimiento de mujeres y del feminismo lograba permear a los partidos políticos llevando los debates al interior de las organizaciones.

Desde entonces, el PO se dio a la tarea de intervenir en los ENM, pero con la línea de delimitación del “feminismo burgués” y de crítica a los métodos de deliberación sin instancias resolutorias. Asimismo, fue tomando fisonomía una lectura que criticaba la caracterización de

25. “Sobre el movimiento de liberación de la mujer”, *Prensa Obrera*, 10 de noviembre de 1993, pp. 8 y 9.

26. “Bases para una política revolucionaria”, *Prensa Obrera*, 24 de noviembre de 1993.

la mujer como una totalidad oprimida. En su lugar, se hacía hincapié exclusivamente en las trabajadoras.

Como hemos dicho anteriormente, el rechazo a pensar la opresión de las mujeres en su conjunto les impedía reconocer el sexismo como un componente que al interior de la propia clase funcionaba como un elemento de desigualdad. Entre las mujeres, todavía predominaba la desconfianza hacia el feminismo y seguía primando la visión de la militancia socialista como única vía para lograr la emancipación integral de todas las mujeres.

Mónica Urrestarazu, quien sí tenía contacto con las ideas feministas, lo cuenta de la siguiente manera:

Empecé a hablar con mis compañeras e introduje la cuestión de la doble o triple jornada-explotación-militancia como una suerte de explicación para poder desnaturalizar, o al menos cuestionar, eso que parecía como inamovible. Al principio me costó mucho convencerlas, pero enseguida me di cuenta de que si eliminaba el enunciado “en el feminismo se habla de...” e iba a los bifés, me entendían mejor. Y así fue.²⁷

Pese a estas dificultades, hacia 1995 la llamada “cuestión de la mujer” ya tenía un lugar ganado dentro del partido. Sin embargo, el abordaje todavía era espasmódico. Se aceleraba en los meses en que se llevaban a cabo los ENM y luego volvía a retirarse de la agenda partidaria. Ese año la caracterización de los ENM comenzó a cambiar y pasaron a ser valorados en forma positiva y a reconocer que en muchos talleres se sostenían posiciones radicalizadas y claramente antigubernamentales.²⁸ También la problemática del aborto comenzó a ocupar mayor espacio en la reflexión. Si bien el reclamo por este derecho tenía larga trayectoria en el partido, nunca había sido debatido en profundidad. Nora Biaggio, dirigente del gremio docente, comenzó a perfilarse como una de las militantes en la que recaía la responsabilidad de abrir un proceso de organización partidaria hacia las mujeres.

El año 1997 fue bisagra para la política del partido hacia las mujeres por varios motivos. En primer lugar, retomaron la tradición de conformar comisiones de apoyo de esposas e hijos a determinadas luchas sindicales. Los casos más emblemáticos fueron los conflictos de los choferes de Transportes del Oeste (TDO) y de la editorial Atlántida. La organización

27. Entrevista a Mónica Urrestarazu, enero de 2021. Mónica comenzó a militar en el barrio de Parque Patricios a mediados de la década de 1990. En su juventud había militado en el PST donde se conectó con ideas del feminismo.

28. Virginia Villanueva, “El «Encuentro Nacional de Mujeres» se radicaliza”, *Prensa Obrera*, 7 de noviembre de 1995.

explícita de las mujeres habilitaba un proceso de politización y empoderamiento que, aun enmarcado en la legitimidad de los roles tradicionales, permitían fisurar el ámbito privado y restituir los sentidos sociales de la maternidad y las tareas de cuidado. Como recuerda Ileana Celotto:

La comisión de mujeres de Atlántida la conformamos justamente frente a la situación de un cierre de fábricas. Compañeras mujeres que en realidad nunca habían salido a hacer una actividad militante, no eran activistas, no eran delegadas, la mayoría ni siquiera trabajaba pero que después del paso por la comisión de mujeres, pasaron a ser otras.²⁹

Fue precisamente esta caracterización la que comenzó a crear las condiciones para la construcción del Plenario Autoconvocado de Trabajadoras al año siguiente. Finalmente, en 1997, el PO determinó el inicio de un proceso de territorialización de su militancia que se plasmó en el objetivo de apertura de doscientos locales en todo el país en el marco de la promoción de una Asamblea Nacional de Trabajadores ocupados y desocupados para construir un plan de acción conjunto.

Como puede apreciarse, toda la política del partido en ese año creaba mejores condiciones para la participación de las mujeres. La territorialización de la militancia iba acompañada de una feminización que no podía ignorarse.

Ya a inicios de 1998 el PO comenzó a organizar a las mujeres de los barrios para la participación de las movilizaciones del 8 de marzo, jornada en la que hizo su presentación pública el PdT.

El PdT no fue concebido como una agrupación autónoma del partido, sino como fracción de mujeres del PO, con participación de independientes. Esto quiere decir que las mujeres podían sumarse sin ser del Partido Obrero, pero al hacerlo, aceptaban que la línea era definida por el partido.

Desde entonces, el PO profundizó la militancia territorial y en el año 2000 esa tarea se tradujo en la creación del Polo Obrero, denominado así justamente como proyección de un “polo” de concentración de trabajadores. Esa herramienta posibilitó un crecimiento inédito de las filas partidarias que tuvo impacto también en el frente de mujeres. Como había ocurrido con la experiencia en las comisiones de esposas, la intervención entre las desocupadas permitía una reapropiación específica del programa del movimiento de mujeres posibilitando un proceso de politización con características propias.

29. Entrevista a Ileana Celotto, febrero de 2021. Comenzó su militancia en la Juventud de Política Obrera en 1973. Militó en diversos frentes. Actualmente es Secretaria General de la Asociación Gremial Docente de la UBA.

Algunas conclusiones

En las últimas décadas del siglo XX los partidos de izquierda incorporaron, cada uno a su tiempo y con tonalidades propias, muchas de las demandas que venía sosteniendo el movimiento de mujeres y el feminismo en particular, cuyas presencias se tornaron patentes en los años 1980. En este artículo se buscó mostrar que con el final de la dictadura militar en 1983 el diálogo entre la izquierda partidaria y el feminismo se desarrolló atravesado por tensiones y desconfianzas, pero también por influencias recíprocas no siempre reconocidas como tales. Mirado de conjunto, la expansión del feminismo fue un fenómeno que abrió grietas y debates al interior de los partidos de izquierda. Si, inicialmente, es posible pensar, como lo hacían las feministas, que hicieran un uso instrumental de las demandas, en todos los casos, la propia experiencia fue transformando a las militantes que abrazaron las luchas con sinceridad y contribuyeron a democratizar sus organizaciones. A la inversa, la izquierda cumplió un rol fundamental en la circulación de las reivindicaciones de las mujeres en los sindicatos y en los barrios más pobres, lo que modificó la composición de clase del movimiento. Estas experiencias aún deben ser estudiadas en profundidad para establecer periodizaciones más precisas y dar cuenta de la variabilidad regional, descentrando las narrativas organizadas desde la militancia porteña. De esta primera exploración surgen numerosas preguntas y temáticas que organizan una agenda de investigación profusa y prometedora. En primer lugar, resta profundizar el trabajo desarrollado por cada partido y determinar sus derroteros en el tiempo. Analizar, por ejemplo, el abordaje que han hecho de distintas problemáticas tales como el lugar del trabajo doméstico, por la paridad en las instituciones, contra las violencias, las campañas por el aborto legal, entre otras que atravesaron al movimiento de mujeres en aquellos años. En otro plano, nos preguntamos por la especificidad de las militancias femeninas dentro de los partidos: las formas de reparto de cargos y de poder simbólico entre varones y mujeres; la existencia y problematización de las dobles y triples jornadas; de las violencias entre militantes, de la homofobia, entre muchas otras cuestiones relacionadas con la experiencia personal de las militancias de izquierdas. De conjunto, tenemos por delante una línea de investigación que permitirá entender los recovecos de un recorrido conflictivo, contradictorio, con muchas idas y vueltas, pero decisivo para permitir la democratización de las estructuras partidarias, revolucionar las militancias y ampliar las nociones actuales de lo que entendemos por socialismo.

Referencias

- Alma, A. y P. Lorenzo (2009). *Mujeres que se encuentran. Una recuperación histórica de los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina (1986-2005)*. Feminaria.
- Bellucci, M. (2014). *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo*. Capital Intelectual.
- (2020). *Orgullo, Carlos Jáuregui. Una biografía política*. Crítica.
- Carrasco, C. y M. Petit (1979), Mujeres trabajadoras y marxismo, pp. 250-253. Disponible en <http://phl.bibliotecaleontrotsky.org/archivo/mv02nee/mv02nee-16cp.pdf>.
- Casola, N. (2014). Con “m” de mamá: las militantes comunistas y la Unión de Mujeres Argentinas durante la segunda mitad del siglo XX, *Amnis*, n° 13. <https://journals.openedition.org/amnis/2093>.
- Felitti, K. (2010). Sexualidad y reproducción en la agenda feminista de la segunda ola en la Argentina (1970-1986), *Estudios Sociológicos*, XXVIII, 84.
- Franco M. (2009). El exilio como espacio de transformaciones de género. En AA.VV., *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en Argentina*. Luxemburg.
- Grammático K. (2019). Los años de la dictadura. En M. Tarducci, C. Trebisacce y K. Grammático, *Cuando el feminismo era mala palabra. Algunas experiencias del feminismo porteño*. Espacio.
- Seminara L. y C. Viano (2009). Las dos verónicas y los múltiples senderos de la militancia: de las organizaciones revolucionarias en los años 70 al feminismo. En AA.VV., *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en Argentina*. Luxemburg.
- Tarducci, M. (2019). Los años 80. En M. Tarducci, C. Trebisacce y K. Grammático, *Cuando el feminismo era mala palabra. Algunas experiencias del feminismo porteño*. Espacio.
- Trebisacce, C. (2019). Los años setenta. En M. Tarducci, C. Trebisacce y K. Grammático, *Cuando el feminismo era mala palabra. Algunas experiencias del feminismo porteño*. Espacio.
- y M. Mangiantini (2015). Feminismo, diversidad sexual y relaciones sexoafectivas disidentes. Apuestas y tensiones en el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) entre 1971 y 1975, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 4, 7, 101-120.
- Valobra, A. (2005). La UMA en marcha. El Partido Comunista Argentino y las tradiciones y estrategias de movilización social en el primer gobierno peronista : el caso de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA), *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 30, 60.
- Vasallo, M. (2009). Militancia y transgresión. En AA.VV., *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en Argentina*. Luxemburg.
- Viano, C. (2014). Voces (des)encontradas en los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina. *Paginas*, 6 (11), 49-68. <https://doi.org/10.35305/rp.v6i11.29>

Izquierda popular y feminismo en un cruce de caminos: el Espacio de Mujeres del Frente Popular Darío Santillán

Cristina Viano

Universidad Nacional de Rosario, Argentina - Asociación de Historia Oral de la República Argentina -
Centro Latinoamericano de Investigaciones en Historia Oral y Social -
crisviano@gmail.com
ORCID: 0000-0003-4143-6356

Título: Popular left and feminism at a crossroads: the Darío Santillán Popular Front Women's Space

Resumen: ¿Cómo se ha producido el enlace entre izquierdas y feminismos en un territorio distinto al de los partidos de cuño marxista leninista? Este artículo se interroga sobre la experiencia desplegada por el Espacio de Mujeres que nació en la Anibal Verón y se prolongó y multiplicó posteriormente en el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) para analizar cómo y de que modos se fueron abriendo paso desobediencias que aunaron un cuestionamiento al orden de género patriarcal y al orden capitalista al interior de un movimiento socioterritorial multisectorial habitado principalmente por desocupados.

Palabras clave: militancia – espacio de mujeres – feminismo – antipatriarcal

Abstract: How the link between the left and feminism developed in a territory other than that of the Marxist-Leninist parties? This article is about the experience displayed by the “Women's Space” whose origin was the Anibal Veron and wich expanded in the Darío Santillán Popular Front. Our research analyzes how and what ways disobedience that joined a questioning of order patriarchal

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.329>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - Compartir Igual)

gender and the capitalist order within a multisectoral socio-territorial movement inhabited mainly by unemployed people.

Keywords: militancy – women’s space – feminism – antipatriarchal

Recepción: 28 de julio de 2021. **Aceptación:** 14 de agosto de 2021

* * *

Algunos y algunas que se plantean como anticapitalistas no incorporan la lucha antipatriarcal y muchos feminismos sostienen que la pelea no es contra el capitalismo, sino primero contra el patriarcado [...] Nosotras queremos un feminismo que nos involucre a todos y a todas, que sea combativo, activo, antipatriarcal, anticapitalista, en las calles y por el cambio social.

Espacio de Mujeres del FPDS, 2007

¿Qué caminos debemos recorrer para poder explicar que el feminismo es, por primera vez en su historia, un movimiento social de masas en Argentina que posee la capacidad de atravesar partidos, sindicatos, movimientos sociales, espacios barriales y educativos, que ejerce un influjo modulador en la cultura, que interpela al sistema judicial y político, pero también a la vida íntima, personal y social? Este interrogante, que deviene del corazón del presente instalado como centro de gravedad, reclama vincularse a otros, cuyo intento de respuesta anima las páginas que siguen.¹ Sabemos que la actual situación fue posibilitada por innumerables experiencias, entre las que se cuentan sin duda las de las izquierdas; ahora bien, ¿cómo se ha producido el enlace entre izquierdas y feminismos en un territorio distinto al de los partidos de cuño marxista leninista? Nos preocupamos por acercarnos a una experiencia pionera: la del Espacio de Mujeres (EM) que nació en la Anibal

1. Quiero manifestar mi fuerte agradecimiento al conjunto de mujeres que en dos momentos muy distintos compartieron sus historias, ya sea a través de entrevistas o en conversaciones, diálogos e intercambios más informales. Algunas aparecerán con su nombre y apellido y otras identidades serán resguardadas. Las primeras entrevistas se realizaron en 2011 y 2012, las últimas en 2021, ante un grabador entonces y por medio de una pantalla ahora. Las más antiguas devienen de encuentros grupales (realizados en colaboración con Mariana Bortolotti) gestados por propia decisión de las entrevistadas. Y no solo; ellas escogieron los lugares donde realizarlas y también quiénes participaban; todas activistas del FPDS de extracciones sociales y franjas etarias diversas.

Verón y se prolongó y desarrolló posteriormente en el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) para analizar cómo y de qué modos se fueron abriendo paso esas desobediencias que aunaron un cuestionamiento al orden de género patriarcal y al orden capitalista al interior de un movimiento socioterritorial multisectorial habitado principalmente por desocupados. Experiencia de un EM que llevó a toda una organización a asumirse antipatriarcal y feminista, aun cuando, como veremos, ello constituyó un proceso complejo e inacabado, al tiempo que un horizonte a promover hacia adentro y hacia afuera.

Salir a las calles: feministas y movimiento de mujeres

La coyuntura abierta por la transición a la democracia en los años 80 constituyó un renovado escenario para que el pequeño feminismo de las catacumbas que sobrevivió en dictadura y esa contracultura subterránea que promovió se pudieran manifestar abiertamente. En ese período, el protagonismo de las mujeres supuso entre otras acciones la salida del movimiento feminista a las calles y que muchos asuntos considerados históricamente de naturaleza privada ingresaran al espacio público. Una significativa materialización la encontramos el 8 de marzo de 1984, cuando la reinaugurada democracia abrazaba a los distintos colectivos de mujeres convocados por la Multisectorial de la Mujer a movilizarse por primera vez para celebrar esa fecha en el espacio público. Ese acto fue representativo del vínculo trazado entre feministas y mujeres que no se asumían como tales, entre mujeres que provenían de partidos políticos, gremios, asociaciones femeninas, organismos de derechos humanos y agrupaciones feministas, que con muchas reuniones previas lograban trabajosos acuerdos para poner un mojón en la interlocución con el estado e inaugurar así la construcción de una nueva agenda (Grammático, 2020).

Desde entonces se fue configurando, no sin obstáculos, un panorama de organización y de planteo de demandas y se lograron obtener importantes avances en el acceso a derechos. Consensuar los reclamos hacía que las demandas más radicales tuvieran que dejarse para momentos más adecuados, pero los grupos feministas pertenecientes o no a la Multisectorial los agitaban sostenidamente (Tarducci, 2019). También se sentaron las bases para los nuevos lenguajes y categorías con que más adelante se pondría nombre a situaciones silenciadas y extendidas por las que atravesaban las mujeres. Había asomado a la acción colectiva una generación de feministas (hoy son las “históricas” o “pioneras” del movimiento) que se caracterizó por haber tenido acceso (en su mayoría) a una importante capacitación cultural y profesional. Ese activismo se plasmó en heterogéneas instancias organizativas: tanto

en la conformación de incipientes ONG, centros académicos y espacios de articulación como en experiencias marcadamente autónomas; sin embargo en los 80 eran muy pocas.

Los 90 implicaron un cierto estancamiento del impulso con que venían del período anterior, al tiempo que comenzaron a hacerse evidentes algunas de las diferencias que agitaban a distintos (y pequeños aún) colectivos de mujeres feministas, lo cual redundó en un proceso de fragmentación y atomización. Sin embargo, cuando el neoliberalismo arreciaba en América Latina –bajo gobiernos elegidos democráticamente– comenzaba el proceso de ensanchamiento y diversificación del movimiento amplio de mujeres y del feminismo. Para entonces la chilena Margarita Pisano (y tantas otras voces en el período) en el marco del VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe de El Salvador (1993) de modo vociferante sentenciaba: “No haré política con mujeres racistas, clasistas, homofóbicas, o que no defiendan el derecho al aborto, no haré política con mujeres que adhieren al modelo neoliberal, porque el proyecto político de esas mujeres borra y negocia con el patriarcado nuestra potencialidad de cambio civilizatorio” (Morróni, 2006, p. 91). Expresaba la posición de las “autónomas” en el conflicto con las “institucionalizadas”; debate que si bien no tuvo la misma profundidad y significación en Argentina, sí sus reverberaciones y herencias, sus vasos comunicantes; pero nos interesa recuperarlo porque manifiesta una crítica al feminismo que pudo (y puede) dialogar e incluso integrarse a la gramática neoliberal colocando una demarcación muy clara en la posibilidad de generar acuerdos.

Entretanto, y como respuesta a la salvaje lógica neoliberal imperante, se gestaban en distintos espacios del territorio nacional novedosas experiencias de autoorganización que, surgidas de las más duras condiciones de vida, lograban construir espacios de resistencia alternativos al modelo dominante. Fue desde allí desde donde se moduló (principalmente) una doble transformación: la del movimiento amplio de mujeres y la del movimiento feminista. Conforme los movimientos sociales y las acciones de protesta se multiplicaban hacia la segunda mitad de la década del 90 y se convertían en una referencia constante de la vida cotidiana, las mujeres adquirían un intenso protagonismo en ese ciclo de conflictividad social que surgía en distintas regiones del país, dotando de nuevos registros simbólicos y políticos a un conjunto de organizaciones con contenidos ideológicos y políticos muy heterogéneos. Ampliación y diversificación pueden ser vocablos adecuados para marcar algunas de esas transformaciones que se operaron en el movimiento de mujeres cuando avanzaba la década y la altísima concentración de la riqueza, la desocupación masiva, la precarización laboral y el empobrecimiento sistemático mostraban su fase más dura.

En términos de composición de clase, una nota distintiva fue el desborde de la antes mayoritaria participación de mujeres de sectores medios. Esa transformación ininterrumpida hasta hoy ha sido denominada por Laura Masson (2007) como “feministas en todas partes” y ha supuesto derivas de distinta naturaleza, ya que no solo las mujeres que comenzaron a nutrirlo daban cuenta de una gran heterogeneidad social y cultural sino que también las organizaciones que las albergaban se expandieron en modalidades y número y tendieron a configurar un universo más ancho y con límites más difusos. Esa connotación que se insinuaba en el feminismo adquiriría una potencia plena en el movimiento amplio de mujeres.

De modo que, en torno a la rebelión del 2001, los movimientos sociales que habían surgido en los 90 estaban poblados mayoritariamente por mujeres; y ello no significó una mera presencia numérica o un simple dato a registrar, sino que dotaban de nuevos registros simbólicos y políticos a un conjunto de organizaciones muy heterogéneas. Es decir, al tiempo que crecía el protagonismo de las mujeres al interior de distintos movimientos sociales, ellas los transformaban, resignificaban y en ese proceso se transformaban a sí mismas no sin dificultades ni contradicciones. Como una nota sobresaliente dentro de distintos movimientos sociales y políticos se construían espacios de mujeres que cobraban fuerza y visibilidad (Viano, 2020). De esta heterogeneidad creciente del movimiento de mujeres tenemos claras evidencias en los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM). En Salta en el 2002 la presencia de piqueteras, assembleístas, sindicalistas, campesinas, indígenas, trabajadoras de fábricas recuperadas marcaba la consolidación de nuevas expresiones del activismo de las mujeres (Di Marco, 2011).

El puente que nos parió. De la Anibal Verón al Frente Popular Darío Santillán

Apenas se produjo la Masacre de Avellaneda que desató el gobierno peronista de Eduardo Duhalde el 26 de junio de 2002, la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Anibal Verón (CTDAV) difundió una declaración dirigida a “todos los hombres y mujeres de nuestro pueblo”. Denunciaba los fusilamientos por la espalda, la criminal represión estatal sobre el movimiento piquetero y el regreso de los métodos del terrorismo de Estado, pero también desplegaba sus líneas de acción.

Como contraparte de tanta mentira, cualquier cronista o ciudadano que se acerque a nuestros barrios se encontrará con una intensa labor comunitaria: guarderías, comedores, centros de panificación, talleres de trabajo y capacitación de oficios... Se toparán con asambleas democráticas cada semana,

con talleres de formación y de educación popular... En esto estaban Maxi, en el MTD de Guernica, y Darío, en el Barrio La Fe del MTD de Lanús... en medio de la miseria y la opresión sembramos dignidad y rebeldía.²

En la segunda mitad de los 90 los movimientos piqueteros se constituyeron en protagonistas centrales de la protesta y la movilización popular. En ese universo, la Verón, creada en el 2000 como coordinadora de lucha autónoma, independiente del Estado, de la iglesia, los sindicatos y de los partidos políticos, se perfiló como representativa de una línea dura y no dialoguista distinta del “brazo piquetero” que estimulaban otras izquierdas partidarias. Nucleaba Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD) que adoptaban los nombres de los territorios en los que nacían. Estaba integrada principalmente por los MTD de Lanús, Solano, Florencio Varela y Almirante Brown; aunque rápidamente cada MTD tomó distintos rumbos. La autonomía, la horizontalidad y la democracia directa fueron principios rectores compartidos.³

Desde el asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, el 26 de cada mes el puente Pueyrredón se cortaba. Y allí envueltas en el humo de gomas quemadas algunas mujeres comenzaron a hacer su propia asamblea. Un grupo pequeño que venía muy estimulado por los debates del XVIII Encuentro Nacional de Mujeres (ENM) en Rosario tomó la iniciativa, frente a la mirada hostil de algunos de los compañeros que participaban de la coordinación de la Verón (Partenio, 2008). La mayoría no se reconocía como feminista, aunque ese no era el caso de Celina Rodríguez Molina,⁴ una de las impulsoras de la iniciativa: “Nuestras consignas eran «Trabajo, dignidad y cambio social» [...] Veía en esas compañeras lo que a mí me había pasado en el 88 cuando yo no entendía... si yo había entendido, a pesar que era línea dura de la lucha de clases solamente, por qué no lo iban a entender las compañeras” (Duanes y Korol, 2016, p. 259).

2. CTDV, 30 de junio de 2002. <https://frentedariosantillan.org/index.php/category/archivo/2000-2004/>

3.. El MTD Solano fue el impulsor principal y por ese tiempo produjo una serie de intervenciones (en clave autonomista y situacionista) junto al Colectivo Situaciones pero en las que estaban por completo ausente los planteos y perspectivas de acción que aportarían las feministas al espacio. Luego de la Masacre de Avellaneda se retrajo al trabajo territorial y no participó en los cortes de los 26.

4. Celina provenía de la militancia de los años 70 en el Peronismo de Base-Fuerzas Armadas Peronistas. Ya en los 80 tomó contacto con grupos feministas autónomos y espacios de derechos humanos y a través de distintas experiencias y vínculos comenzó un trabajo de articulación entre feminismos y marxismos, en la Cátedra Virginia Bolten en La Plata y en el grupo Las Azucenas del que fue una de las socias fundadoras.

¿Hablás en las asambleas? ¿Participás en los lugares de decisión de tu movimiento? ¿Quiénes son los que llevan la palabra? ¿En qué te sentís agredida por ser mujer? ¿Sabés cómo cuidarte en tus relaciones sexuales? ¿Decidiste sobre tu maternidad? ¿Te parece importante que haya un espacio de mujeres dentro de los MTD Anibal Verón? Estas fueron algunas de las preguntas que lanzaron a sus propias compañeras para incentivar el debate; es que la mirada a veces indiferente, a veces renuente que acompañaba a ese grupo no sólo era la de los varones sino también la de muchas compañeras de militancia. En un universo donde las urgencias cotidianas eran tantas, ¿cuánto tiempo nos vamos a “frenar” a charlar? recordaba haber pensado una entrevistada. Ya fuera porque había que organizar la olla o porque había que responder a una represión, siempre había “algo más urgente”. Sin embargo allí estaban esas compañeras que sembraban inquietud con sus preguntas y sostenían la necesidad de hacerse un tiempo para “juntarse y conversar”; así como hacían el esfuerzo para tener un espacio de formación: “bueno, hagamos el esfuerzo para juntarnos las mujeres”. Carina plantea:

Había compañeras de todas las edades. Yo creo que las compañeras con una definición y una claridad de que había que organizar el espacio de mujeres eran las compañeras más grandes, pero un montón de compañeras jóvenes se fueron sumando y era como muy poderoso esto de “nos juntamos, nos sentamos en el puente y conversamos”. Ese proceso fue generando mucha adhesión y muchas compañeras sumándose pero si yo tengo que pensar en las compañeras que referenciaban el espacio, eran todas compañeras que tenían una experiencia militante previa, ¿no? Algunas compañeras de los 70 y algunas compañeras de la lucha más de los 80, de principios de los 90.⁵

Interesa recuperar de este relato el vínculo, el enlace cooperativo que puede apreciarse entre mujeres de distintas generaciones que traen al puente cargas experienciales diversas para ponerlas en una acción común. Pero también la significación que la entrevistada atribuye a las “compañeras más grandes” donde la franja etaria indica no simplemente una cuestión biológica sino un mayor recorrido militante. Militancias que se van transformando al calor de intercambios con grupos y mu-

5. Carina Lopez Monja se sumó a la Verón desde el MTD de Almirante Brown, cuando era estudiante, apenas un mes después de la Masacre de Avellaneda, luego al FPDS. Hoy tiene 39 años, es periodista y politóloga y madre de dos gemelos de cuatro años. Forma parte de una radio comunitaria del Frente en la Villa 2124 de Barracas. Entrevista de 2021.

jeros feministas con las que van realizando aprendizajes y generando contactos.

Cuando asumió Néstor Kirchner el puente se seguía cortando por justicia por Darío y Maxi y por todo un conjunto de urgencias y reclamos. En una reunión con el nuevo presidente a la “que van todos compañeros, está la foto ahí. Son todos varones los que van...” (Carina) vuelven con la promesa de investigar la masacre, pero también con el pedido de “che bueno, aflojen un poco, paren de cortar el puente”. Un sector de la Verón cede y allí se produjo una fractura donde, durante un breve lapso, “empezaron a salir dos Anibal Verón a la calle. Ellos se llamaban Anibal Verón, nosotros nos llamábamos Anibal Verón”. Las diferencias, donde se pusieron en juego modos de funcionamiento y el posicionamiento frente al gobierno nacional, originaron dos líneas: por un lado, el MTD Anibal Verón que teniendo como eje al Partido de Florencia Varela agrupaba también a organizaciones territoriales de otras zonas del Gran Buenos Aires; y por otro lado, a los MTD organizados en torno a lo que se constituiría a principios de 2004 como Frente Popular Darío Santillán.⁶ Esas divisiones y reacomodamientos pueden enmarcarse en una trama de fragmentación que se torna muy acusada en diferentes organizaciones piqueteras a partir del 2003 con la asunción de Néstor Kirchner (Svampa, 2009).

El FPDS nació entonces a partir de la confluencia de organizaciones piqueteras, varias de ellas autonomistas, de organizaciones estudiantiles (con fuerte presencia en Rosario, Tucumán, Neuquén y Córdoba), obreras, un incipiente sector rural y grupos de intelectuales y trabajadores de la cultura de La Plata y Buenos Aires y por activistas de las redes de trueque y organizaciones vecinales, principalmente del noroeste. Si bien es complejo trazar la geografía del mosaico de organizaciones que lo compusieron, sí debemos destacar que un fuerte peso cuantitativo y cualitativo lo ocuparon las organizaciones de desocupados o piqueteras de Buenos Aires (Díaz Lozano, 2019). También la distancia que estableció con la izquierda partidaria, que prolongaba una tradición forjada en la Verón.

6. Si el surgimiento del Frente coincidió con el inicio del gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007), su derrotero posterior lo hizo con el despliegue hegemonizado por la configurada vertiente kirchnerista al interior del peronismo. Y así como la Verón sufrió su primera fractura por el posicionamiento duro o dialoguista con Kirchner, la existencia del FPDS –y más en general las organizaciones piqueteras y territoriales– se estructuró en buena medida en función del posicionamiento que tomaban con el gobierno. En el período que abordamos (2004-2013) el FPDS se ubicó en un campo autónomo desplegando posiciones críticas hacia el gobierno. No obstante, el proceso de fragmentación fue un acompañante permanente de su existencia y en 2013 se dividió en dos: el FPDS y el FPDS Corriente Nacional.

Carina relata ese proceso de transformación de una coordinadora piquetera a constituirse como una organización multisectorial:

Nosotros éramos una organización exclusivamente piquetera de trabajo de los barrios, de MTD y empezamos la articulación con centros de estudiantes, algunas agrupaciones estudiantiles, algunos grupos culturales, bueno, compañeras feministas que eran parte de la organización pero que su militancia más prioritaria era la de género y que tal vez participaban de otros colectivos... Empezamos a abrirnos a un debate que en ese momento llamamos multisectorial... nos dimos todo un debate sobre esto, que multisectorial no eran muchas clases sociales, sino que tenía que ver con que el sujeto de lucha no estaba solo en los barrios, en el piquete y en el sector más humilde de la clase trabajadora por decirlo rápido, sino que también los estudiantes cumplían un rol fundamental, las organizaciones feministas cumplían un rol fundamental, los trabajadores “en blanco”, “asalariados”...

El espacio de mujeres pervivió y se prolongó desde la experiencia de la Verón a la del FPDS, aunque lo cierto es que allí adquirió proyección, densidad, definición y mayor alcance práctico y organizativo. Ahora bien, es válido preguntarnos dadas las características del Santillán: ¿cómo se desarrolló esa experiencia al interior no solo del Frente sino dentro de los distintos espacios que lo integraron?

La asumida multisectorialidad del Frente también reverberó en la reconfiguración del Espacio de Mujeres, donde pueden identificarse distintas proveniencias y presencias: las de mujeres de los barrios vinculadas a las tomas de tierras y luchas por los planes sociales, las de mujeres jóvenes que se suman desde la militancia estudiantil universitaria y mujeres de edades diversas pero con militancia política en los 70, en grupos de derechos humanos posdictadura, o vinculadas al activismo feminista (Partenio, 2008). Advertimos asimismo que entre las jóvenes universitarias hay hijas de militantes setentistas que han militado en organismos de derechos humanos (H.I.J.O.S., principalmente) y también muchas otras impactadas por la rebelión del 2001 y sus estelas sucesivas.

Adelantemos que de modo semejante al movimiento feminista, cuya historia no puede trazarse de manera lineal y sin fisuras, contando solo avances y acumulaciones, dentro del FPDS la brecha que intentaron abrir las mujeres no supuso tampoco, ni aún entre las mismas mujeres, un camino sencillo u homogéneo.⁷ Asumirse como feministas y las

7. Vislumbrar cómo se cuele la reproducción de lógicas de poder patriarcal al interior

definiciones frente al aborto entran en esa consideración. Pero no solo ello, como veremos.

Un camino recorrido y por recorrer: antipatriarcales y feministas

Ningún intento de trazar el derrotero del FPDS puede obviar ese 2007 cuando se declaró “antipatriarcal”. Fueron la primera organización socio-territorial o aún política en hacerlo. Mara,⁸ por entonces estudiante de antropología, considera que ello fue

un punto de partida para poder trabajar en serio, [...] no nos quedemos en la consigna única y que seduce al resto de las organizaciones.... creo que veníamos como muy sueltas, yo me acuerdo que muchas veces hablaba de “los y las” y los compañeros me miraban y se reían ... decirnos como antipatriarcales nos habilita por ahí a poder empezar a discutir todo eso que decían. Pero no es que hay algo garantizado por llamarnos de tal o cual forma.

Un punto de partida al que tampoco fue sencillo arribar, digámoslo. El FPDS ya había realizado dos campamentos nacionales de formación política con participación mixta, cuando el EM convocó al “primer campamento nacional de formación en género”, “para y desde las mujeres”, a principios del 2007 en Glew. Allí se discutió la idea y desde entonces se abocaron a la producción de cartillas formativas que se distribuyeron en las distintas organizaciones del Frente de cara al Plenario Nacional de la organización en Mar del Plata. El objetivo era plantar la discusión sobre “patriarcado/capitalismo/feminismo”.

Carina, que no pertenecía al EM, desnuda con mucha sinceridad sus recuerdos sobre ese momento. En ellos aparecen entremezcladas sus reflexiones y sus sentimientos pasados y actuales.

Costaban mucho las definiciones. Después hubo un click, ya con Venezuela como horizonte pudimos ir recuperando algunas cuestiones de debate y de definición política mucho más claras, la construcción de poder popular, el socialismo del siglo XXI... Fueron como cosas que marcaron fuerte a la organización, pero

de la organización nos permite identificar una común matriz que atraviesa tanto a las mujeres del FPDS como a las militantes de las izquierdas partidarias del período (al respecto ver el artículo de Casola en este mismo dossier).

8. Entrevista de 2012. Mara había comenzado a militar desde muy chica en barrio Ludueña y en grupos de mujeres cuando se sumó al Pampillón y al EM del Frente, de donde se alejó hacia fines de 2012, por cuestiones personales.

las compañeras plantean en el debate definir a la organización como antipatriarcal, la primera discusión fue... “está bien pero no le vamos a dedicar tantas horas al debate, compañeras. No tenemos tanto tiempo para ustedes”...Era horrible... Se inició con esa actitud... con esa actitud tan complicada por parte de los varones y algunas mujeres, pero permitió abrir una etapa nueva en la organización, ¿no? Yo creo que es eso.

También recuerda que, después del debate en que se toma la definición, se encuentra con las compañeras del EM “gritando de felicidad” y sostiene que entonces no pudo dimensionar lo que implicaba para ellas y para la organización, que pudo entenderlo mucho tiempo después. Habían dado la disputa y la habían ganado. Pero

en una organización con determinadas prioridades, jerarquías, varones que hablan siempre, pocas compañeras que hablan... Las compañeras dieron una pelea, la respuesta fue mala... La respuesta no fue “sí compañeras, discutamos”. La respuesta fue mala y las compañeras se la bancaron igual, la sostuvieron y la ganaron.

No obstante, ese día las compañeras del EM no lograron que se aprobara una declaración a favor del aborto legal, seguro y gratuito. Esa propuesta generó una intensa controversia a pesar del empeño que pusieron en fundamentarla. Y si bien decidieron retroceder a la espera de ir generando otras condiciones de comprensión, no se fueron sin nada en ese importante terreno: arrancaron el compromiso de impulsar el debate sobre la despenalización del aborto en los distintos sectores y organizaciones del Frente.

En ese plenario también se resolvió garantizar la participación orgánica igualitaria entre varones y mujeres a través de la atención de niños/as durante las diferentes actividades de la organización y cumplir con los cupos de participación en actividades de formación; potenciar la lucha antipatriarcal a través de la multisectorialidad del FPDS; mantener el Espacio de Mujeres pero a la vez impulsar instancias mixtas que incluyeran diferentes identidades de género. También generar espacios donde los varones pudieran compartir problemáticas; modificar el lenguaje de canciones que significaran insultos para la mujer; incorporar en los documentos públicos y conversaciones las terminaciones “os/as” para referirse a “compañeros y compañeras” y trabajar sobre la contención de mujeres que padecieran violencia doméstica (Cross y Partenio, 2011, p. 199).

Distintas entrevistadas sostuvieron que declararse antipatriarcal no fue pensado solo para compañeras con interés en trabajar las temáticas

de género o para el espacio de mujeres de distintos territorios sino más bien como componente de la política y de las relaciones cotidianas al interior de la organización toda, como un modo de generar una política hacia adentro de la organización y también una clave identitaria hacia el afuera. No obstante ello, manifestaban una fuerte preocupación por no quedar escindidas de la organización; avanzar en tareas de género y hacerse militantes que trascendieran lo específico y “poder pertenecer a todas las discusiones y todos los ámbitos dónde estamos”.⁹

La siguiente anécdota es muy reveladora. Cuando un grupo del Santillán integrado por once varones y cuatro mujeres visitó Venezuela, ciertas características del Frente eran muy conocidas y cuando llegaron, el reclamo para compartir las experiencias del Espacio de Mujeres se hizo muy potente. Lo paradójico fue que las compañeras que viajaron no pertenecían al Espacio de Mujeres ni se sentían feministas y debían responder sobre las prácticas de la organización en distintos medios de comunicación. La experiencia del EM del Frente se había convertido ya en una referencia que había trascendido las fronteras nacionales.

Nuestras canciones, la mística de los encuentros [...]. Ellas venían de hacer el Primer Encuentro Nacional de Mujeres en Venezuela y estaban sorprendidas en realidad de cómo la organización Frente Darío Santillán no tenía tan presente el tema de género como a ellas se lo habían contado.¹⁰

¿Qué rol les correspondía desempeñar a los varones del Frente en la lucha antipatriarcal?¹¹ Para empezar, formar parte de procesos de formación. Los siguientes campamentos nacionales se convirtieron en mixtos con la inclusión de “los compañeros”. Ello generó no pocos debates en torno al cupo, al cumplimiento en la asistencia y al rol que se

9. Entrevista colectiva, 2011.

10. Entrevista colectiva, 2011.

11. Algunos militantes del frente participarían de la formación de la organización Varones Antipatriarcales. El colectivo, que no formó parte del Frente, nació en La Plata en el año 2009 y en el 2011 se replicó en Rosario. Bajo la consigna “Ni machos ni fachos” hicieron una de sus primeras apariciones en las calles de La Plata vistiendo polleritas el día de la no violencia contra las mujeres. Desde la Educación Popular, trabajaron en talleres y Encuentros Nacionales con el objetivo de cuestionar sus privilegios, sus prácticas y las masculinidades que se construyen en una sociedad patriarcal. “Nos proponemos antipatriarcales como horizonte, como perspectiva y como proceso”; es en el desafío de desandar la categoría de varones donde “aunamos nuestras prácticas contra el patriarcado y sus opresiones”, sostenían. Si mantuvieron articulaciones varias, compartieron espacios físicos de reunión, instancias de formación y coordinaciones ante la agenda feminista y LGBTI.

desempeñaba en ellos. Algunos reclamaron mayores cuotas de representación y dieron discusiones intensas hacia adentro. También pidieron que los varones que eran referentes participaran de esas instancias.

Otro problema recurrente lo constituyó la elección de tareas internas. Distintas entrevistadas admiten que costaba reconocer que ello suponía también una cuestión atravesada por el género.

Me acuerdo una discusión con la regional de Jujuy, todos los años los que se terminaban proponiendo para el estudio eran compañeras y los compañeros siempre tenían alguna tarea más importante que hacer o algo más importante, siempre, siempre se terminaba delegando en esas compañeras para poder encargarse de esos espacios, y a la hora de plantearlo como un problema y de visibilizarlo... (se escucha un sonido que remite a la queja).¹²

Una suerte de marca constitutiva destaca: trabajar desde la práctica misma “con las particularidades que nos atravesaban por ser mujeres” y a ello se abocaron en las distintas regionales después del Plenario. En ese recorrido debieron enfrentar distintos mecanismos de descalificación sobre ciertas decisiones generadas en el EM que no siempre eran bien recibidas por los varones militantes (y también por otras mujeres). “¿Dónde se tomó esa definición?”, “esa acción no es representativa del conjunto de la organización”, “se mandan solas”, “son inorgánicas”, fueron algunas de las formas que ello asumía, sobre todo ante temas de gran complejidad, como por ejemplo en las intervenciones que propiciaban ante situaciones de violencia machista al interior de los movimientos, o también en relación a la militancia en favor de la legalización del aborto, considerablemente resistida dentro de las organizaciones (Fabbri, 2019, p. 160).

La política performativa no solo alcanzaba a las definiciones anti-patriarcales sino también a las intenciones de promover el feminismo dentro de la organización. Nuestro trabajo de campo con militantes de algunos de los principales núcleos configuradores del FPDS en Rosario¹³ nos indica que prácticamente ninguna de las mujeres que los integró llegó directamente desde el feminismo a la militancia en el frente. Hacerse feministas fue gestándose desde la organización que las contenía, de manera gradual y no sin dificultades y resistencias. Aunque

12. Entrevista colectiva, 2011.

13. Nos referimos a la agrupación estudiantil Santiago Pampillón-El Grito, que se desarrolló fuertemente en las facultades de Humanidades, Ciencia Política y Psicología de la Universidad Nacional de Rosario y al Movimiento 26 de Junio de Barrio Moreno.

también admitieron que la existencia del EM, que fue cobrando forma y desarrollando experiencia, atrajo a muchas otras voluntades al Frente y a sus organizaciones de base. Pichu¹⁴ recuerda que: “Cuando yo me asumí feminista, porque también fue un pase, esto del patriarcado al feminismo... De una postura en contra de la opresión a un lugar por la positiva más programático y de cuestionamiento más estructural”.

Convoca a nuestro presente el registro del armado de “Mala Junta”¹⁵ y cómo discutían con compañeros la pertinencia o no de construir un colectivo que se definiera feminista frente a la alternativa de denominarse colectivo de géneros o espacio de géneros.

Y nosotras decíamos no... poniendo la discusión del sujeto del feminismo y también la posibilidad de activar desde otras identidades que no sean solo la de mujer y ahí sí me acuerdo la discusión y que salimos a defender la palabra feminismo. Que era necesario para nosotras un posicionamiento político como organización que ya no solo teníamos que reivindicarnos antipatriarcales, sino reivindicar la construcción desde el feminismo ... estamos hablando de esto, hace 11 años nomás, pero otra vida semántica... Otro mundo semántico... espacios de géneros no daba, el feminismo es un posicionamiento sobre esos géneros, sobre las relaciones de esos géneros y eso es lo que también queríamos salir a disputar.¹⁶

Pudimos entrever que los relatos de “conversión” son muy frecuentes de encontrar entre mujeres que se denominan feministas (en este caso feministas populares o feministas en la izquierda popular, según distintas intervenciones) y que ello se presenta como un camino recorrido y a recorrer, como un devenir no exento de dudas y complejidades en el cual se destaca una suerte de cambio que va desde el interior y se proyecta hacia el afuera, hacia lo social y político y fundamentalmente que ello cobra sentido a través de lo que se ha denominado “lenguaje de las emociones”. También advertimos que la generación de identidades colectivas actuó como un refuerzo organizacional brindando mayor

14. Se trata de Pilar Escalante, quien comenzó su devenir militante en el Frente Estudiantil Santiago Pampillón en la Facultad de Ciencia Política de la UNR, luego volcado fuertemente en el socorrismo durante ocho años. Actualmente se desempeña como Subsecretaria de Políticas de Igualdad del Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación. Entrevista, 2021.

15. Así sin s. Ese nombre fue adoptado por el EM de Rosario. En un período posterior al analizado –con el armado de Patria Grande– se retoma el nombre y se pluraliza como “Malas Juntas”.

16. Entrevista a Pilar Escalante, 2021.

cohesión al grupo, sobre todo al interior de una organización como esta que hizo de la identidad todo en centro de debates, construcción y prefiguración.

En el movimiento la presencia de las mujeres fue mayoritaria de manera constante y, a medida que en los núcleos barriales del Frente se fueron complejizando las actividades comunitarias en relación con las necesidades y condiciones generadas por el contexto político y económico más amplio, pero también como fruto de esa articulación multi-sectorial, ello implicó un traspaso de lógicas “piqueteras a territoriales”. Entonces las iniciativas se multiplicaron incluyendo capacitaciones en oficios, salud, talleres recreativos y culturales para jóvenes, niños/as, jornadas de formación política y en feminismo entre otros (Díaz Lozano, 2019, pp. 68-69).

Sin embargo, la participación de las mujeres en los barrios era altamente discontinua: “se retiran, vienen, se van”, indica una entrevistada.

Otra característica predominante son los hogares monoparentales con jefa de hogar mujer (Partenio, 2008). El de Lita era uno de ellos. En vísperas de la inauguración de un espacio barrial en Moreno y del anuncio público del nombre que tomaría desde el 2011 el EM en Rosario: Colectivo Feminista Mala Junta, nos reunimos con un grupo. De las mujeres provenientes del barrio Moreno, Lita fue la más participativa. Cuando les preguntamos si habían militado antes de sumarse al Frente, de su relato emergió una constelación de situaciones y valoraciones; por una parte la construcción que hace sobre esas y esos militantes que provienen de otros sectores sociales, también su propia historia familiar y los debates que mantiene con sus hijos. Señaló que no tiene marido pero sí hijos y que uno de ellos (su hijo) se molestó por su entrada al movimiento, pero que luego también se integró. Ella tuvo mucho que ver en ello: “andá conmigo al movimiento y vas a ver que ahí vas a estar bien como estoy yo”, recuerda haberle dicho una y otra vez.¹⁷ El caso de Lita representaba algo “distinto” dado que en otros hogares de las compañeras

los maridos no quieren saber nada con que estén en una organización, con que discutan problemáticas de género. Partiendo

17. La vida de Lita se vio conmovida muy pronto cuando el 2 de enero de 2012, su hijo (el Mono) fue asesinado junto a dos militantes más (Jere y Patom) en una cancha de fútbol que la organización había construido para que los jóvenes pudieran salir de las esquinas, de la droga, de las “cocinas”, de los barras, de las bandas, de los punteros. En diciembre los tres habían participado del campamento nacional de jóvenes del FPDS. El triple crimen de Barrio Moreno o la Masacre de Moreno –primero cubierta como “ajuste de cuentas”– se convirtió en un caso paradigmático de la ciudad de Rosario para visibilizar el narcotráfico y la connivencia político-judicial y policial.

de que se vayan de la casa a una asamblea, con los cuatro o cinco crios, que “quién los cuida y después me los traés sucios, no me das el mate cuando llego de hacer las changas” y demás, eso es como la mayor de las limitaciones, digamos.¹⁸

Subraya que en el barrio el “puterío” que hace que se supiera qué pasaba dentro de cada casa no estimulaba la participación de las mujeres, sobre todo el que se acercaran a contar sus problemas. Más dificultoso resultaba aún que lo hicieran las más jóvenes del barrio; “sobre todo porque son madres desde los 14, 13, 15. A los 19 ya van a tener dos hijos y esto ya hace que por lo general no se acerquen al Movimiento o se acerquen muy de por fuera”.

En la organización apareció con mucha claridad el desafío que se les planteó a estas mujeres con la división sexual tradicional del trabajo y del trabajo militante en líneas más generales. Para armar los locales ellas se pusieron a hacer las “tareas pesadas”, agarraron palas y cucharas, aprendieron a hacer mezcla y se sentaron a discutir con los varones. Lita volvió sobre una idea fuertemente internalizada en muchas mujeres: “No sabíamos hacer nada nosotras... de albañilería no entendíamos, yo siempre pensé que eso era un trabajo de hombre y yo ahora me doy cuenta que no”. Interesa destacar como asocia el “saber” a las tareas que se asignan a los varones. El camino de la experiencia colectiva con otras le mostró su error; aún a costa de su propia sobreexplotación. Porque esas mujeres que estaban “en todos lados” sumaron a las tareas de cuidado, sostenimiento y reproducción comunitaria muchas otras que les eran bastante ajenas pero necesarias. Tanto la distribución como el reconocimiento de las tareas fueron motivo de debate y reconfiguración aunque no siempre con alcances suficientes para equilibrar las desigualdades de género, aun cuando éstas eran conocidas y reconocidas conforme los procesos de discusión y formación fueron alcanzando mayor profundidad y extensión.

Interesa destacar que cuando se conformaron los espacios de mujeres en el FPDS una consigna de uso extendido era “cuando una mujer avanza, ningún hombre retrocede”. Casi una década más tarde, la interpelación hacia los varones se fue transformando hacia expresiones como “varón bonito es el que cuestiona sus privilegios”. Retomando un planteo de Espinosa (2008), Fabbri (2019, p. 181) insiste en que con el tiempo se fue desplazando la idea de “armonía”, complementariedad y no amenaza hacia los varones (“ningún hombre retrocede”), que se

18. Entrevista colectiva, diciembre de 2011. Después del asesinato de su hijo, Lita se abocó a luchar por justicia. Luego de la resolución del juicio (en diciembre de 2014) se alejó de la militancia.

transmitía inicialmente hacia una progresiva interpelación y cuestionamiento directo hacia los varones en general y hacia los compañeros militantes en particular, en tanto portadores de privilegios de género.

El trabajo que desplegaron las mujeres para poner en discusión cuestiones públicas, privadas y políticas fue incesante. A ello no escapó un tema “pesado” si los había y los hay: el aborto. Distintas voces han admitido que costó mucho en la organización. Aun cuando en los espacios estudiantiles del frente la discusión parece haber cobrado ribetes más sencillos, durante largos años no se tomaba como un eje de significación. La siguiente anécdota que aporta Pichu¹⁹ es muy reveladora:

Teníamos un volante escrito por Luciana Seminara que tenía un ovillo de lana con dos agujas que decía “Ni para tejer escarpines, ni para abortar”. Que lo teníamos en el armario de militancia. Cuando yo empecé a militar ya había un toco de esos volantes, los sacábamos para fechas específicas... los militábamos un par de días, y los volvíamos a guardar. O sea, estaban y nunca se gastaban y nunca se reeditaba esa línea, pero bueno, entonces en un momento nos dimos un proceso de discusión –esto debe haber sido 2009, ponele, 2008, 2009– de reafirmación de posicionamiento por el derecho al aborto.²⁰

Distintos registros indican que cundió el estado de alarma dentro del Frente cuando el EM osó sacar las primeras declaraciones favorables al aborto. El argumento “las compañeras del barrio te matan” fue uno de los esgrimidos. Incluso más, cuando se organizó la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, el Frente no fue parte de ella. Fue una larga discusión hacia adentro y primero se posicionó el EM, luego lo trataron sucesivos plenarios para decidir entrar a la Campaña y formar parte de la Campaña. Para ello habían pasado algunos años desde el 2005.

Cuando comenzaba la nueva década, algunas compañeras de Mala Junta que habían conocido la experiencia pionera de la Colectiva Feminista La Revuelta de Neuquén comenzaron a armar un dispositivo de socorrismo en Rosario en articulación con militantes de ATE, de Socialismo Libertario y con algunas médicas residentes que conocían.

19. Entrevista, 2021.

20. Interesa señalar que la entrevistada comete un acto fallido al atribuir la autoría de ese volante a Seminara. Fallido comprensible y explicable ya que esa militante había librado una intensa y temprana batalla dentro del Pampillón-El Grito por la concurrencia a los ENM y por la legalización del aborto. Incluso más, hacia el 2006 se había alejado –temporariamente– de la agrupación, entre otras diferencias, por el tratamiento desfavorable de cuestiones de género.

Ello fue discutido como Frente y se sopesaron los riesgos legales que podía implicar. Por ello, muy inicialmente no decían a qué organizaciones pertenecían. Pero sí hubo una decisión orgánica para que las compañeras participaran, aunque fue un trabajoso proceso donde hubo que construir y discutir mucho.

En uno de los primeros acompañamientos que realizaron en Rosario (a una compañera de una organización política cercana), le pidieron a una militante del Frente si podía extenderles una receta de misoprostol y se negó. Todavía era un momento en el cual las recetas se hacían a nombre de varones, por lumbalgia y con muchos recaudos. Y no les quedó más remedio que salir a recorrer farmacias para conseguirlo sin receta.

En un congreso de la FUA, cuando el dispositivo tenía ya “contundencia”, a Pichu le presentaron un compañero de otra regional: ella se dirigía a intervenir en un panel de género y él en uno de movimientos sociales. Cuando le dijo que era socorrista la “chicaneó”, diciéndole pequeño burguesa y que “las compañeras del barrio no abortan”. El relato de la controversia que sostuvieron brevemente es muy clarificador de las perspectivas que forjaban algunos militantes sobre las mujeres de los sectores populares. Ella le espetó entonces:

Sí, mirá, las compañeras del barrio abortan porque yo las acompaño...vos no sabés lo que pasa, tus compañeras sí abortan, pero no te lo pueden decir a vos. Lo que pasa es que vos las dejás solas. Por suerte estamos nosotras que las acompañamos, pero tus compañeras abortan y yo las ayudo a ocultártelo.

¿Condenadas al éxito?

Hay experiencias muy representativas cuantitativamente del conjunto social, pero hay otras, como el caso del FPDS que, a pesar de haber constituido un movimiento relativamente pequeño, si lo comparamos con otras expresiones socio-territoriales del período, son significativos porque algunos de sus despliegues pueden irradiar mucho más allá de sí mismos tal como lo hizo la innovadora experiencia del EM. Ideario y práctica al que las Condenadas al éxito, una banda de diez mujeres platenses del Santillán, le puso cuerpo, letra y música y dispersó en marchas, encuentros, fiestas y campamentos. Como aquel estribillo que al ritmo de “A desalambrar” de Daniel Viglietti se permitieron cantar entre muchas otras de sus creaciones y adaptaciones impugnadoras del patriarcado y decididamente feministas: “Aborto legal, aborto legal / que este cuerpo es mío, no es tuyo ni de él / ni del fiolo, ni del cura, ni del patrón, ni del juez”.

Nos hemos aproximado a la experiencia desplegada por el EM que nació en el seno de una coordinadora piquetera dura como la Verón y encontró mayor alcance, potencia y desarrollo en una organización territorial multisectorial como el FPDS. Destejimos sus hilos organizacionales, su genealogía y particularmente sus prácticas y definiciones en el período que llega hasta 2013 connotado por la autonomía y la abstención de participar en actividades electorales.

Una organización toda (y no solo el EM) que fue pionera en declararse antipatriarcal y feminista, sin ninguna duda. Sin restar mérito alguno a ello, hemos tratado de marcar que esas definiciones, promovidas por el EM, se constituyeron no en un punto de llegada sino fundamentalmente en un horizonte a conquistar también hacia dentro de la organización. Por ello, y valiéndonos principalmente de testimonios de militantes del Frente mostramos cómo emergieron tensiones y dificultades; no fue un camino sencillo, lineal ni concluido.

Por otra parte, ningún balance que intente dar cuenta de la articulación entre izquierdas y feminismos puede obviar el papel fundamental que en el derrotero argentino ha jugado la experiencia metabolizada por las mujeres a lo largo de los ENM. La muy conocida expresión “no volvés igual” y otras similares adquirieron potencia plena (también) para las mujeres del Frente, pertenecieran o no al EM. Los intercambios que se produjeron con otras organizaciones y movimientos sociales latinoamericanos han sido muy relevantes: no solo los encuentros feministas latinoamericanos, sino el tejido de relaciones con el Frente Nacional Campesino Ezequiel Zamora de Venezuela y especialmente las experiencias que pudieron obtener en los viajes de formación a los campamentos del Movimiento Sin Tierra de Brasil, de los cuales las mujeres traían “las discusiones más feministas”. También debemos jerarquizar el rol de las mujeres que con su empecinamiento empujaron la conformación del EM. Esa tarea inicial encontró interlocutoras sensibles en otras generaciones, en mujeres de distintos sectores sociales y con variados recorridos de vida. Ello marcó un exitoso camino donde se conjugaron transmisiones, apropiaciones, creaciones y persistencias.

Valoramos como una herramienta imprescindible de acceso a esa experiencia las voces de las mujeres del Santillán; la mayoría de ellas integrantes del EM. A partir de internarnos en sus relatos pudimos entrever que lo que las vinculaba al Frente no era solo la naturaleza de las reivindicaciones que se agitaban en su interior sino la forma en que se tramitaban y agenciaban colectivamente. Y ello acontecía particularmente en el EM. Tal vez convenga insistir en el hecho de que las entrevistadas dieron sentido a sus experiencias a través del relato; ese acto las estimuló a pensarse, a pensar una trayectoria y una historia; la propia y la común del colectivo. Un dato no menor es que en las entre-

vistas afloró el cuestionamiento hacia el lugar de las mujeres al interior de Frente y que ello no aconteció por nuestra particular insistencia, no vimos allí intentos de ocultamiento sobre la vida interna de la organización. Si pudimos vislumbrar con claridad cómo las mujeres que alimentaron el EM bregaron por relaciones intergéneros o bien igualitarias o por una división del trabajo militante no jerarquizada sexualmente, al tiempo que construyeron nuevas agendas no solo hacia afuera sino que fundamentalmente interpelaron a sus propios compañeros relanzando su protagonismo en innovadoras claves.

El EM primero de la Verón y luego del FPDS constituye una expresión muy acabada de un proceso que devino persistente y transformador en Argentina: la creación de espacios de mujeres dentro de distintos movimientos socio-territoriales y políticos. Podrá argumentarse que ello no era nuevo y que distintas organizaciones políticas en el pasado más cercano o más lejano lo habían ensayado: desde el Partido Comunista (Casola, 2014) al peronismo en los años 40 (Barry, 2009) o el Partido Comunista Revolucionario en los 80 pasando por la experiencia de distintas organizaciones de la nueva izquierda de los años 70. En éstas fue particularmente notorio que los objetivos estaban dirigidos principalmente a incorporar mujeres obreras y de sectores populares, que ello había sido una decisión de las cúpulas de las organizaciones y que las mujeres que los integraron (en los casos de la Agrupación Evita de Montoneros y del Frente de Mujeres del PRT-ERP) no creían que debiera realizarse un trabajo específico con las mujeres. Asimismo había cierta reticencia a participar de un espacio que las devolvía a una actuación separada y que entraba en tensión con la pregona igualdad entre compañeros (Noguera, 2021).

Estos rasgos nos permiten establecer una distancia entre aquellos intentos y los que analizamos en este artículo, ya que tanto por el grado de generalización como por las prácticas y definiciones que comienzan a habitarlos y cobrar fuerza podemos sostener que se trata de experiencias que suponen un conjunto de rupturas y a distintas profundidades en relación con todas las ensayadas en forma precedente. La rebelión destituyente del 2001 fue una bisagra. Y allí fueron las mujeres las que realizaron un gesto fundante; se hicieron cargo de producir espacios de reproducción colectivos, saltaron masivamente del confinamiento doméstico desacoplado del régimen salarial y sobre esa trama se montó luego la economía popular que contribuyó a corroer la legitimidad política del neoliberalismo. Aquel ciclo no puede comprenderse sin el protagonismo femenino (Gago, 2019). Tampoco la experiencia del FPDS. Fue la agencia de las mujeres la que impulsó la creación de esos espacios. Esas mujeres comenzaron a dirigir sus cuestionamientos también a sus propios compañeros de militancia.

Una entrevistada sostuvo que “hay que tener la humildad de asumir que una sigue aprendiendo a lo largo de los años, por más años de militancia que tenga y más experiencia y más viejo, vieja que sea... Y yo creo que eso... que el feminismo... cuando el Frente Darío Santillán se define antipatriarcal era revolucionario, ¿no? No había ninguna organización todavía con tanta claridad. Pero poder trabajarlo, el aborto por ejemplo, discutirlo con la última compañera de un barrio popular, se dio con la revolución de las pibas... No se dio antes”. Pero ello fue posible, advertimos, porque el camino ya estaba sembrado.

Bibliografía

- Barry, C. (2009). *Evita Capitana. El partido Peronista Femenino, 1949-1955*. Eduntref.
- Casola, N. (2014). Con “m” de “mamá”: las militantes comunistas y la Unión de Mujeres Argentinas durante la segunda mitad del siglo XX. *Amnis*, 13. Disponible en <http://journals.openedition.org/amnis/2097>. DOI: <https://doi.org/10.4000/amnis.2097>.
- Cross, M.C. y F. Partenio (2011). ¿Cuál cambio social? construcción de vínculos políticos en un espacio de mujeres piqueteras. *Punto Género*, 1, 4. Disponible en <http://hdl.handle.net/11336/8461>.
- Díaz Lozano, J. (2019). *Mujer bonita es la que sale a luchar: Experiencias de vida de mujeres participantes del Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacional de Berisso*. Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1800/te.1800.pdf>.
- Di Marco, G. (2011). *El pueblo feminista. Movimientos sociales y lucha de las mujeres en torno a la ciudadanía*. Biblos.
- Duanes L. y C. Korol (2016). Las mujeres del Frente. Relato a dos voces: Celina Rodríguez Molina y Adriana Pascielli, la Tana. En C. Korol (comp.), *Feminismos populares. Pedagogías y políticas*. América Libre-Chirimbo-te-El Colectivo.
- Espinosa, C. (2008). Cuando una mujer avanza ningún hombre retrocede o ¿hasta dónde llega la ideología de la armonía? IX Congreso Argentino de Antropología Social. Universidad Nacional de Misiones, Posadas.
- Fabrizi, L. (2019). *La co-producción de narrativas feministas como método-proceso para el desprendimiento androcéntrico*. Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Tinta Limón.
- Grammático, K. (2020). El 8 de marzo de 1984. Notas para una historia reciente del feminismo argentino. En K. Grammático, A. Valobra y D. D'Antonio (comps.). *Historia de las mujeres en la acción política. De la revolución rusa a nuestros días*. Imago Mundi.

- Masson, L. (2007). *Feministas en todas partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*. Prometeo.
- Morroni, L. (2006). Constitución del Movimiento Feminista Latinoamericano y del Caribe en torno al debate “autónomas” vs. “institucionalizadas”. Actos performativos e identidad. Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Rosario.
- Noguera, A. (2021) Las chichises se organizan: militancia en los frentes de mujeres del PRT-ERP y Montoneros (Córdoba, 1973-1974). *Anuario*, 34. Escuela de Historia, UNR. Disponible en <http://anuariodehistoria.unr.edu.ar/ojs/index.php/Anuario/index>.
- Partenio, F. (2008). *Género y participación política: Los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina*. Informe final del concurso “Las deudas abiertas en América Latina y el Caribe”. Programa Regional de Becas CLACSO. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2008/deuda/partenio.pdf>.
- Svampa, M. (2009). Postfacio. En M. Svampa y S. Pereyra. *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Biblos.
- Tarducci, M. (2019). Los años 80. En M. Tarducci, C. Trebisacce y K. Grammatico, *Cuando el feminismo era mala palabra. Algunas experiencias del feminismo porteño*. Espacio.
- Viano, C. (2020). El movimiento feminista tiene historia: una mirada desde el Encuentro Nacional de Mujeres. En K. Grammatico, A. Valobra y D. D’Antonio (comps). *Historia de las mujeres en la acción política. De la revolución rusa a nuestros días*. Imago Mundi.

Sobrevivir, resistir y luchar. Las comunistas durante la década de los 80, en Chile

Javiera Robles Recabarren

Universidad Nacional de La Plata, Argentina
libertad.recabarren@gmail.com
ORCID: 0000-0001-7132-3286

Título: Survive, resist and fight. Women communists during the eighties, Chile

Resumen: En el presente artículo se propone abordar la contribución de las mujeres comunistas durante el período de la “Política de rebelión popular de masas” del Partido Comunista de Chile. Atendiendo a la ausencia historiográfica sobre el estudio de las mujeres comunistas en Chile, serán analizadas fuentes orales de antiguas militantes del partido y su brazo armado, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, como también de los organismos de derechos humanos, sindicatos y organizaciones populares.

Palabras claves: historia oral – género – militancia comunista

Abstract: In this paper I going to reflect about the contribution of the oral history and the gender perspective by the study of the militancy communist history in Chile for the policy of Mass Popular Rebellion of the Communist Party. Attending to the historiography absence about the study of the women communist in Chile, will be analyzed the oral source of the women was member of the communist party and its armed arms, the Frente Patriótico Manuel Rodríguez, as well as the participation of communist women in human rights organizations, trade unions and other organizations.

Keywords: oral history – gender – communist militancy

Recepción: 1 de julio de 2021. **Aceptación:** 14 de agosto de 2021

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.330>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - Compartir Igual)

* * *

Introducción

El Partido Comunista de Chile (PCCh) constituyó una de las fuerzas políticas de mayor importancia en el escenario político y social del país durante el siglo XX. Su origen obrero en las oficinas salitreras, su presencia en el mundo popular y la temprana decisión de disputar cargos de representación política hicieron del PCCh un actor gravitante en los cambios sociales, proceso culminado con el triunfo de la Unidad Popular (UP). En consecuencia, la ruptura institucional provocada por el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y los diecisiete años que se prolongó la dictadura tuvieron consecuencias muy profundas en la militancia comunista y en su proyecto político, lo que provocó un proceso de reflexión interna sobre las estrategias para recuperar la democracia.

El artículo presentado a continuación se inscribe en un largo proceso de reflexión e investigación sobre las militancias comunistas en un período específico de la dictadura chilena y la historia del PCCh, el período de la “Política de rebelión popular de masas” (PRPM).¹ Fue en septiembre de 1980 cuando el Secretario General del PCCh, Luis Corvalán, anunció, en un discurso en Moscú por el X aniversario de la UP (1982), la PRPM que validó todas las formas de lucha, incluida la armada. Un prolongado debate de tres años precedió a este anuncio, que marcó un antes y un después en la historia del partido. Tras esta oficialización, el Equipo de Dirección Interior del PCCh articuló el Frente Cero, estructura que concretaría la PRPM, realizando entre 1980 y 1983 acciones audaces de mediana envergadura, a cargo de equipos operativos formados militarmente en el país (Bravo, 2017). No fue hasta diciembre de 1983 cuando la orgánica militar, el brazo armado del partido, pasó a llamarse Frente Patriótico Manuel Rodríguez (Robles y Vidaurrazaga, 2021, p. 16).

En este complejo escenario también se inscribe la historia de las mujeres que se abocaron a la militancia comunista durante la década de los 80. La irrupción de la protesta en las calles controladas por la fuerza militar, los apagones en las poblaciones de las ciudades, el fuego de la barricada y la denuncia pública de las violaciones a los derechos

1. Este artículo es resultado de la tesis “Violencia política y género. Estudio de la militancia de mujeres comunistas durante el período de la Política de Rebelión Popular de Masas (1980-1990)”, con la que obtuve el grado de magister en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata en 2019. Así como también de las reflexiones a partir de la escritura de la tesis “Mujeres comunistas: entre la política armada, las ollas comunes y la defensa de los derechos humanos (Chile, 1978-1990)” para el grado de doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata.

humanos perpetradas por la dictadura fueron todas expresiones de la aceleración del tiempo histórico que se comenzó a vivir durante los 80. En ese contexto, junto con el desmantelamiento del modelo de desarrollo chileno y de la instalación del marco institucional para uno nuevo, las mujeres comenzaron a tejer nuevamente los lazos que les permitirían no sólo sobrevivir, sino también enfrentarse a la dictadura mediante todas las formas de lucha reconocidas como válidas.

En consecuencia, el trabajo presentado a continuación busca documentar la participación de las mujeres durante la década de los 80, prestando especial atención a las prácticas políticas de las comunistas a través del análisis de entrevistas realizadas por la autora y por el Archivo Oral del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. En un primer apartado dialogará en torno a la producción historiográfica sobre el Partido Comunista, las mujeres y la década del 80, las fuentes orales y el género. En un segundo momento se entregarán elementos contextuales de la década, sobre las condiciones políticas, económicas y sociales del país, como también las organizaciones y espacios de participación levantados por las mujeres en el período.

Finalmente, se analizarán las trayectorias políticas y militantes de las comunistas, buscando relevar su agencia política tanto al interior del partido, como también en los espacios desde donde se articularon políticamente. ¿Cómo las comunistas se inscribieron en la irrupción de los movimientos sociales de la década del 80?, ¿desde qué lugar fueron partícipes de la sobrevivencia y resistencia en dictadura?, ¿de qué manera sus trayectorias de vida están tejidas en una historia colectiva de luchas? Son algunas de las reflexiones que cruzarán este artículo con el propósito de historizar y repensar las militancias de las comunistas en la trama narrativa de los movimientos de mujeres del período.

Las fuentes, el género y la oralidad

La escritura y los sentidos sobre el pasado reciente chileno han sido parte de disputas que aún perduran en la sociedad chilena. Desde cómo nominar al período, hasta si debiese ser un contenido a enseñar en las escuelas del país. Hoy, después del 18 de octubre de 2019, día de la revuelta política y social que inició un proceso destituyente/constituyente del país, las formas de pensar el pasado también fueron trastocadas, provocando nuevas disputas por/de las memorias y cambios en las condiciones de decibilidad y audibilidad.

A partir de la década del 2000 hasta la fecha las investigaciones sobre el pasado reciente chileno han visto un impulso prolífero. Tesis de grado y posgrado, proyectos de investigación y jornadas de historia han contribuido desde diversas aristas de análisis al campo historiográfico.

El estudio sobre el PCCh y el papel que jugó durante la UP, la transición y en la década del 90 son parte del aporte de la academia a la historia de los/as comunistas chilenos/as.

Los estudios sobre la historia reciente del PCCh han tenido una gran contribución por las investigaciones de Rolando Álvarez. Sus aportes fundamentales se vinculan al estudio del *recabarrenismo* como cultura política del PCCh, como también al análisis del origen y desarrollo de la PRPM (Álvarez, 2008, 2009 y 2011) a través de un acucioso estudio de los documentos internos del partido (Álvarez, 2003 y 2008; Álvarez y Bravo, 2006).

Los estudios sobre la política militar del PCCh también fueron tributarios del desarrollo del campo de la historia reciente. Publicaciones que van desde el estudio de las discusiones a nivel de la dirección política sobre el viraje político del PCCh y que decantó en la creación de su brazo armado, el FPMR; el análisis sobre su estructura, la cultura política de su militancia durante el período, los antecedentes políticos del aparato armado, así como publicaciones sobre el estudio del órgano de difusión oficial del FPMR, *El Rodriquista* (Martínez, 2004; Bravo, 2017; Pérez, 2008; Rojas, 2011). Por otra parte, los trabajos sobre el papel que jugaron los comunistas en la guerrilla nicaragüense, a través del estudio de la militancia internacionalista (Álvarez y Bravo, 2006; Bonnefoy, Pérez y Spotorno, 2009; Carrera, 2010; Pérez, 2013; Olivares, 2017), también han sido significativos en los estudios sobre la política militar del PCCh.

A pesar de lo prolífico del campo de la historia reciente de las últimas décadas, las mujeres en la historiografía sobre el PCCh y su política militar, como también en una perspectiva integradora con otros movimientos sociales del período, continúa manteniéndose en los márgenes. En la historiografía no sólo es invisibilizada la participación de las mujeres, sino que se ha construido un tipo de narración que reproduce la diferencia sexual donde el valor de lo registrable se encuentra en aquellas labores y espacios masculinizados.

El “problema de la invisibilidad” de las mujeres en la historia, cómo fue categorizado por Joan Scott (1992), opera en un doble sentido en la historiografía: tanto en la invisibilización por la ausencia de fuentes históricas que hablen de las mujeres, como también en las consecuencias que tiene la propia subjetividad del historiador/a que opera al no considerar relevante la información que sí existe y que alude a los elementos sexo-genéricos del desarrollo histórico. En sus palabras, la autora alude a que “no es la falta de información sobre la mujer, sino la idea de que tal información no tenía nada que ver con los intereses de la «historia», la que condujo a la invisibilidad de las mujeres en los relatos del pasado” (p. 44). En el propio proceso de escritura es relevado el rol de los hombres en la historia y las labores masculinizadas, omitiendo

de forma sistemática a las mujeres de los acontecimientos históricos y de los registros oficiales.

En este escenario de carencia historiográfica, la labor de pioneras investigadoras en sus tesis de pre y posgrado ha permitido explorar el estudio de las mujeres en la política armada del PCCh y en el FPMR (Lecourt, 2005; Fernández-Niño, 2009a, 2009b; Rojas, 2011; Salgado, 2014; Idini, 2005). Investigaciones donde la relectura desde el género y la construcción de fuentes orales son piedra angular de sus análisis.

Las fuentes orales son uno de los pilares en el presente artículo: sus narraciones, la forma de enunciar su pasado en un acto de rememoración y articulación de la experiencia vivida. Narración construida siempre desde el presente de enunciación y en diálogo con el/la entrevistador/a. Las entrevistas realizadas por mi autoría fueron construidas a partir de contactos entregados por los círculos más cercanos de las entrevistadas. Tener un “pase” de confianza fue fundamental para acceder a que las mujeres se sentaran a narrar sus experiencias de militancia clandestina, con toda la carga simbólica que aún existe sobre el PCCh y el FPMR. No fueron pocas quienes no accedieron a dar entrevistas, ya sea por temor a la apertura de causas judiciales o por la opción al silencio, entre otras posibles causas. Asimismo, fueron analizadas tres entrevistas realizadas por el Archivo Oral del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos –en adelante Archivo Oral–, centro de documentación que desde su fundación ha contribuido a la construcción de fuentes orales.

Pero ¿en qué radica la decisión de tomar fuentes orales como parte fundamental del corpus de este artículo? Principalmente esta decisión se tomó por dos razones: el acceso a fuentes y la potencialidad analítica de la historia oral. Con relación a la primera, las escasas fuentes que existen sobre las mujeres comunistas durante el período, sobre todo las que estuvieron en el FPMR o en la tarea militar del PCCh, exigió un esfuerzo de triangulación y de relevamiento de documentación mayor, junto a la producción de las fuentes orales.

Por otra parte, la segunda razón radica en el hecho del objetivo de la investigación. Pues cuando el objetivo es poder documentar las subjetividades, las diferencias, la vida cotidiana y la cultura, las fuentes orales se hacen un imperativo. No es sólo en tanto posibilidad de acceso a la fuente –que, por cierto, es importante–, sino las particularidades que la oralidad nos entrega para el estudio de la historia.

En este sentido, no es menor plantear aquí que la potencialidad de la historia oral abre la posibilidad de rastrear las huellas que dejaron los hechos del pasado en las memorias de los sujetos. En cómo recuerdan, olvidan y construyen sus narrativas sobre el pasado. Las fuentes orales, construcción entre historiador/a y entrevistado/a, intenciona un tiempo y espacio en que los sujetos ponen en sentido el tiempo vivido (Portelli,

1991, p. 5). Ordenan, clasifican y silencian mediante la participación del entrevistador/a mediante sus preguntas y acotaciones. De ahí que su entrecruce con la perspectiva de género y feminista permita fijar la mirada en aquellas huellas que dejó el desenvolvimiento histórico y no sólo advertir las “marcas heroicas” de la historia (Collin, 1996, p. 124).

La crisis de los 80 y las organizaciones de mujeres

La imposibilidad de cubrir la necesidad básica de alimentarse para miles de familias durante la dictadura se acentuó particularmente durante la década de los 80, llegando a cifras de pobreza y seguridad alimentaria dramáticas. El correlato de la instalación de un nuevo modelo de acumulación fue la cesantía, la pobreza, el hambre y el miedo generalizado. Shock neoliberal sólo posible de realizar en un contexto dictatorial o de gobiernos autoritarios, como fue el caso de Inglaterra con Margaret Thatcher y Ronald Reagan en Estados Unidos, que comenzaron a implementar medidas en el mismo periodo.

El desmantelamiento del modelo de desarrollo chileno estuvo movilizadno sólo por la necesidad de reconfigurar las relaciones de producción con el fin de asegurar la acumulación y concentración del capital en una elite, sino a su vez para transformar la vida del trabajador/a, la clase. Con el objetivo de asegurar el equilibrio de las variables macroeconómicas, la dictadura y los funcionarios civiles hipotecaron los indicadores asociados a la microeconomía, donde el empleo pasó a ser una variable marginal en el diseño de las políticas públicas (Orellana, 2020; Schkolnik y Teitelboim, 1988).

Ahora bien, aquel momento bisagra que significó la década para la historia reciente chilena es posible periodizarla a partir de 1977, momento en que se comenzó a vivir un viraje hacia la institucionalización de la dictadura. Anunciado por el propio dictador en un acto el 11 de septiembre de ese año, Pinochet (1977) presentó un plan que contempló tres etapas para llegar a consolidar una democracia “autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación social” (p. 13). La primera etapa de *recuperación* fue iniciada en 1973 comandada por las Fuerzas Armadas y de Orden. La segunda etapa de *transición* se enfocó en la creación de un nuevo marco político institucional. Por último, la etapa de *normalidad constitucional*, donde se devolvería el poder político a la sociedad civil en el marco de una democracia autoritaria y restringida.

El plan de institucionalización se materializó en reformas y cambios: modificación del sistema tributario (1977 y 1984), a la reforma del sistema bancario (1975 y 1984), creación e implementación del Plan Laboral (1979) y un nuevo sistema de pensiones basado en la capitalización

individual: el sistema de AFP (1981), la ley de amnistía (1978), junto a otras leyes asociadas al uso de suelo o el Programa de Erradicación de Campamentos (1979) dependiente del Ministerio del Interior, entre otros decretos-leyes sancionados en el período, junto con la Constitución de 1980.

Paralelamente el país vivió dos crisis profundas y consecutivas en medio del período de transformación y de represión radical. La crisis del petróleo de 1975, que afectó significativamente al país producto del shock neoliberal, y la crisis de la deuda vivida entre 1981 y 1984. Para 1988, según Clarisa Hardy (Hardy y Legassa, 1989), la clasificación de la pobreza arrojaba que el 10% de la población vivía en la pobreza crítica, el 25% en la indigencia y el 45% en la pobreza, situación que se profundizaba en la capital. De cada diez niños/as, cerca de la mitad padecía algún grado de desnutrición infantil, 79% de las mujeres en edad de procrear se encontraban bajos los estándares de peso mínimo durante los primeros años de los 80 (Bruey, 2018, p.73). En ambas crisis el desempleo alcanzó un 20% y 30% de la fuerza de trabajo (Schkolnik y Teitelboim, 1988, p. 21).

Ante la ausencia de Estado, desmantelado el aparato público –salud, educación, servicios básicos como luz y agua, y programas de seguridad social– las familias se vieron enfrentadas a asumir la sobrevivencia en un escenario donde los sindicatos y los partidos políticos estaban prohibidos, espacios de organización que hasta ese entonces canalizaban las demandas sectoriales.

A propósito de esto último, y como bien apunta Viviana Bravo (2017), la refundación neoliberal no sólo implicó la precarización de la sociedad, sino también una transformación en la sociabilidad y cultura del trabajo, en las subjetividades de la clase trabajadora: aspectos del orden de los afectos, de la dignidad trastocada por la dictadura, que pueden ser identificados en los trabajadores del Programa Especial de Empleo creado a partir de 1975, como fue el Programa de Empleo Mínimo (PEM) y Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POHJ).

Condiciones laborales precarias, de explotación extrema, para trabajadores que en algún momento fueron empleados textiles, obreros de la construcción, inscritos en sindicatos con una larga historia y reconocimiento. Con extensas jornadas laborales, el salario era menos de un tercio del mínimo legal, el que ya se encontraba por debajo de los ingresos para asegurar la subsistencia (Hardy y Legassa, 1989, p. 67). A modo de ejemplo, en 1984 el ingreso mínimo familiar llegó a tener la mitad del poder adquisitivo de 1974, pero con un aumento entre 1982 y 1985 de 183% del agua y del 215% de la electricidad (ibídem).

En este escenario las mujeres estuvieron presentes en las jornadas de protesta, en las cocinas colectivas, en las poblaciones y en las

universidades, en los partidos en clandestinidad y en los organismos de derechos humanos. No en pocas ocasiones la interseccionalidad de las experiencias de las mujeres estuvo presente en sus prácticas políticas, las subjetividades se nutren, no son estáticas y se construyen del entrecruce de múltiples variantes, el género, la clase, la raza, entre otras. Las mujeres eran trabajadoras, madres, militantes políticas y estudiantes, también feministas y campesinas. Y la toma del espacio público durante la década tuvo rostro de mujer, ellas fueron parte del movimiento generalizado que fue corriendo los límites de la dictadura.

Las primeras agrupaciones que se levantaron fueron en defensa de la vida ante la tortura, la cárcel, los y las desaparecidas y el exilio. Así se formó en setiembre de 1973 el Comité de Ayuda a los Refugiados, el siguiente mes se creó el Comité de Cooperación para la Paz de Chile (COPACHI), antecedentes de la Vicaría de la Solidaridad, que fue uno de los espacios más importantes de la defensa de los derechos humanos durante la dictadura. Amparado por el Arzobispado de Santiago, la Vicaría fue un espacio de protección y sociabilidad para cientos de familiares que acudían por ayuda.

En 1975 fue fundada la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD) con participación de mujeres familiares de los diferentes partidos de izquierda perseguidos. Sin embargo, con las detenciones masivas y la desaparición de los miembros de dos direcciones del PCCh en 1976, no fue escasa la presencia de las comunistas en la organización con fuerza desde ese momento. La relación entre trayectorias políticas previas en los partidos de izquierda de sus dirigentas –en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Partido Socialista (PS) o el PCCh–, fue un vínculo que repercutió en las formas de luchas de los organismos, en sus estrategias, en las tensiones internas y también en las formas de recordar.

La primera presidenta de la AFDD en 1977 fue la militante comunista Sola Sierra, quien antes del Golpe de Estado fue la encargada nacional de mujeres del Comité Central de las Juventudes Comunistas (JJCC), espacio donde organizó encuentros nacionales de mujeres militantes y simpatizantes. Trayectorias que nos hablan de la política específica hacia las mujeres desde el partido que, más allá de no adscribir al feminismo, desarrolló una política de masas reconociendo en ellas un sujeto histórico relevante en el proceso revolucionario.

En el caso de Sola Sierra, con una vasta experiencia política, fue una de las impulsoras de una de las primeras acciones públicas y masivas de resistencia contra la dictadura: la toma del edificio de la CEPAL y una huelga de hambre durante diez días de veinticuatro mujeres y dos hombres pertenecientes a la AFDD.

El cuerpo de las mujeres fue un medio de lucha para la denuncia,

poner el cuerpo, su cuerpo, se transformó en una herramienta política, en las calles exigiendo justicia o encadenándose en el ex Congreso Nacional en Santiago (1979). Al interior de las filas del PCCh, en el Frente de Derechos Humanos integrado fundamentalmente por mujeres,² ellas promovieron este tipo de estrategias políticas de carácter más insurreccional. Vilma Rojas, quien antes del golpe de Estado fue diputada por Antofagasta, perteneció al Frente de Derechos Humanos y relató cómo sus compañeros se oponían a realizar acciones públicas de esa envergadura, y cómo fueron las compañeras quienes corrieron los límites para vencer el miedo (Lecourt, 2005, p. 59; Robles, 2020).

Posteriormente se forman la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos, (AFEP), la Agrupación de Familiares de Presos Políticos (AFPP), la Asamblea de Derechos Humanos, entre otros organismos de derechos humanos. En todos estos espacios las mujeres fueron las protagonistas: defendiendo la vida, exigiendo justicia y construyendo memoria (Illanes, 2012, p. 111).

En paralelo, durante el período de las organizaciones económicas populares, el trabajo reproductivo ejercido desde lo colectivo y el trabajo no remunerado comenzaron a sostener las casas de miles de chilenos/as. En otras palabras, una economía solidaria fue lo que posibilitó a miles de familias sobrevivir y resistir a las consecuencias del *shock neoliberal*. Con el amparo de la iglesia católica, la población pudo levantar iniciativas populares que permitían suplir las necesidades básicas, como fue la alimentación. Cabe mencionar que en estas organizaciones la militancia comunista también participó activamente. En las ollas comunes, las brigadas de salud, los colectivos de viviendas y organización de allegados, los comedores populares y el “comprando juntos”.

Asimismo, al calor de las jornadas nacionales de protesta de 1983, fue acuñada la consigna “Democracia en el país y en la casa”, condensando la perspectiva feminista de la lucha contra la dictadura. Durante ese año se levantó el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH 83),³ tomando el nombre y la historia de lucha de las sufragis-

2. Una de las razones de la distribución por género de las agrupaciones se encuentra en lo generalizada del ejercicio represivo de la dictadura. A modo de ejemplo, según el Informe Retting del total de víctimas 94% fueron hombres y un 6% mujeres, por tanto, quienes quedaron para dar testimonio y reclamar por sus familiares, fueron fundamentalmente mujeres (Hiner, 2015, p. 257).

3. El Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena surgido en el año 1983 adoptó el nombre del MEMCh histórico activo durante los años 1935 y 1953. Fue integrado por diversas agrupaciones de mujeres con el fin de luchar contra la dictadura con las banderas del feminismo. La socióloga y politóloga Julieta Kirkwood (1936-1985), considerada una de las teóricas feminista más importante en el Chile reciente, fue una de sus fundadoras.

tas de los 30. Mujeres por la Vida también se articuló y convocó a una gran diversidad de mujeres opositoras. Ambas agrupaciones ocuparon un lugar fundamental en la disputa del espacio público y en la toma de las calles, en la denuncia y en la acción creativa para acabar con la dictadura, especialmente durante las jornadas de protesta nacional (1983-1986). Entre sus intervenciones más importantes se encuentran el Acto en el Teatro Caupolicán de 1983, la marcha Somos Más de octubre de 1985 en denuncia de las violaciones a los derechos humanos, como también todas las conmemoraciones del 8 de marzo, entre otras manifestaciones (Valdés, 1993, p. 50).

Las mujeres en tanto trabajadoras, estudiantes, dueñas de casa o militantes políticas, con no menos tensiones entre agrupaciones y disputas con/entre los partidos de izquierda tradicionales como el comunista –imposible no mencionar en esta línea la crítica de Julieta Kirkwood hacia los partidos de izquierda y sus prácticas machistas (1986)–, fueron parte de la militancia en dictadura. Por otra parte, también la violencia que vivían muchas en sus relaciones de pareja, la violencia institucional y estructural a la que estaban enfrentadas se tradujo en que la decisión de organizarse implicara una ruptura en las relaciones sexo-genéricas dominantes. Nadie les entregó ese espacio, lo disputaron en la vida cotidiana, en los partidos, en las universidades, en las agrupaciones de trabajadores. La “democracia en el país y en la casa” fue una consigna que cruzó las vivencias de las mujeres independiente de su trinchera de lucha. Para las comunistas no fue diferente.

Las comunistas y la interseccionalidad de luchas

La trayectoria militante y la propia historia de vida de Francisca Rodríguez condensa algunas de las cuestiones planteadas anteriormente, la interrelación de las estrategias de lucha como mujer comunista. Al momento de la entrevista Francisca continuaba militando en el PCCh y se desempeñaba como directora nacional de la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI), proveniente de una familia comunista, comenzó su trabajo partidario en las Juventudes Comunistas.

Durante el gobierno de la Unidad Popular fue parte de la Comisión Femenina de las JJCC y parte del Departamento Juvenil de la CUT. Durante los primeros años de la dictadura trabajó clandestinamente en la articulación de los organismos de derechos humanos, en el trabajo de solidaridad y de reconstrucción de las redes de apoyo, en los años más complejos en cuanto represión hacia el PCCh. Posteriormente deja la clandestinidad para incorporarse al trabajo político con su esposo en la Confederación Nacional Sindical y Campesina Ranquil, donde

organizó en el año 1979 el Primer Encuentro de Mujeres Campesinas, donde llegaron alrededor de 300 campesinas.⁴

El trabajo que había ahí no había un trabajo que estuviera dirigido específicamente a las mujeres, no, yo siempre tenía mis grandes discusiones eran con mi compañero, porque yo le decía que eran tan machistas, no, que parece que, que, que no tenían esa proyección de mirar hacia las mujeres.⁵

La relación entre el género, la clase y el trabajo político se cruzan, la disputa interna por legitimar las organizaciones de las mujeres, válidas y necesarias en sus propias demandas y particularidades, fue una tensión que no sólo se presentó en el mundo sindical donde comenzó a trabajar Francisca. Tal como relata en la entrevista, la militante da cuenta de cómo las mujeres las consideraban un complemento necesario para poder convocar a los campesinos a la organización. Sin embargo, ante la oportunidad de realizar encuentros nacionales, ella junto a compañeras de otros partidos políticos –como fue el socialista–, se abocaron en ahondar en las problemáticas de las mujeres, construyendo un espacio de debate y organización entre mujeres.

Luego de Ranquil pasó a ser parte de la Coordinadora Nacional Sindical, también en el frente de mujeres, apuntando a la organización de las trabajadoras. En su narración reconoce la importancia que tuvo su trabajo en clandestinidad en la comisión de solidaridad, en la planificación de la huelga de hambre de 1977 de la AFDD y su aprendizaje de la experiencia militante de Vilma Rojas. Esta acumulación de capital político, sobrellevando las tensiones internas del partido y externas con otras organizaciones, colaboraron posteriormente en las alianzas con otros movimientos sociales:

Pero la lucha callejera fue muy fuerte, no, fue, fue increíble, eh nosotras nos forjamos en la calle e hicimos una unidad muy grande para crear movimientos como “Somos Más” por ejemplo con las feministas. Porque el movimiento feminista irrumpió en esos momentos y generó sin duda una nueva cultura de mujer, nosotras tenemos que reconocer que el feminismo, te

4. El Archivo Nacional, a través del Fondo Archivos Mujeres y Género, ha documentado sobre el movimiento de mujeres de la dictadura y sobre la Comisión Nacional Sindical. Para ver más: https://www.archivonacional.gob.cl/616/w3-article-93709.html?_noredirect=1 (visto por última vez el 2 de septiembre de 2021).

5. Entrevista a Francisca Rodríguez Huerta, Archivo Oral, 22 de octubre de 2015.

digo tan comprometido con la lucha libertaria de los pueblos, genera en el país una cultura de mujer nueva, no.⁶

La experiencia militante de Francisca da cuenta, precisamente, de la dificultad que existe de pensar por separado y sin interrelación la diversidad de expresiones organizativas que coexistieron durante los 80. De alguna forma, fueron las militantes quienes tejieron una política de alianzas amplia e insurreccional con las fuerzas opositoras, la cuestión de género era un elemento que las unía a pesar de las diferencias.

Sin embargo, al interior tenían que seguir disputando los espacios y defender su lucha en tanto trabajadoras, campesinas y militantes. Durante 1982 Francisca había pasado a formar parte de la Comisión Nacional Campesina e impulsaron un simposio ese año. En el marco de esa instancia trabajaron en la elaboración de un documento: “El sindicalismo para las mujeres del campo es un desafío”.

Presentar ese documento fue una batalla...estuvimos como quince días discutiéndolo con las organizaciones, nos revisaban hasta la última coma “no, pero es que, es que es muy puntudo, es que hay que andar con cuidado” [...] Y el último día cuando ya estábamos listas, aprobado el documento, veníamos saliendo y él, un compañero, que falleció, dice “pero que les quede claro, esto es mientras dura la dictadura, porque después las mujeres tienen que volver a la casa a cuidar sus hijos, a preparar las mermeladitas, a hacer la comida” . O sea, esa era la mentalidad que había, lo que no sabía es que no tenía vuelta atrás esto, no.⁷

El reconocimiento de las disputas internas y de cómo las mujeres militantes desafiaron los límites del género con sus prácticas políticas, su experiencia y el posicionamiento político desde su lugar como mujeres comunistas no fue algo sólo de los espacios sindicales. Es el caso de los organismos de derechos humanos, como bien relata Gracia –militante del PCCh desde niña, proveniente de una familia comunista, quien al momento de la entrevista continuaba militando en el partido–, quien luego de la detención de su hermano militante del Frente Cero,⁸ pasó a formar parte de la AFPP. Con la distancia existente entre el momento de la narración y los acontecimientos vividos, en el tiempo de la narrativa

6. Idem.

7. Idem.

8. El Frente Cero fue el antecedente del brazo armado del PCCh durante de 1983, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

de la entrevista, Gracia realizó una evaluación crítica sobre cómo ellas vivieron la política en dictadura:

Te puedo decir de las compañeras de los detenidos desaparecidos, de los ejecutados políticos, porque yo después estuve en ese frente, en los presos políticos. Ahí las compañeras entraban a militar, defendían a sus compañeros que estaban presos, salíamos a la calle a las marchas, se encadenaban las compañeras, miles de manifestaciones. Los compañeros salían en libertad y tenían que volver al claustro. Y entonces eso nosotras lo conversábamos con las compañeras, pero ellas no rompían esa barrera. Y producto de eso mismo, es que porque además la mujer ahí surgía y se sentía empoderada y muy presente y eran otras, eran figuras, eran consideradas para la sociedad y cuando sus compañeros salieron en libertad, volvieron al claustro, ¿y qué significó? Muchas separaciones, mucho, ya no entendían y las compañeras tenían que buscar volar, si ya habían volado una vez, era imposible que les cortaran las alas de nuevo. Ha sido una trayectoria bastante significativa.⁹

En el caso de las mujeres, a pesar de sus propias trayectorias militantes previas, haber sido protagonistas de la/su historia no se podía borrar simplemente con el fin de la dictadura. No fueron pocos los compañeros que no comprendieron la profundidad del cambio. La militancia de las mujeres y su protagonismo trastocaron la forma de hacer política, tejieron rebeldías, en las calles se encontraron unas a otras luchando contra la muerte: con las feministas, las socialistas, las trabajadoras, las pobladoras.

Cabe mencionar que, durante la segunda mitad de la década del 70, especialmente a partir de 1977 el PCCh estaba viviendo un fuerte proceso de discusión interna. Producto de ese largo proceso, durante los primeros años de la década del 80, el PCCh ya había realizado el reconocimiento de todas las formas de luchas como válidas, entre ellas la armada. La PRPM se había puesto en marcha.

Mientras tanto las y los militantes comenzaron a refinar sus estrategias de propaganda armada, desde una orgánica compartimentada y de trabajo clandestino. En este contexto fue que Alicia, proveniente de una familia comunista de larga data, entró a militar a las Juventudes Comunistas (JJCC) apenas cumplió la edad para ingresar y, como en el caso de las anteriores entrevistadas, también continuaba militando cuando narró sus experiencias en la entrevista. De ese período recuerda cómo enfrentaron las crisis económicas, en un Valparaíso azotado por

9. Entrevista a Gracia, 8 de febrero de 2018.

la pobreza, y de las que también vivió sus consecuencias cuando su padre, único sustento de la familia, fue detenido. Su madre, junto a sus cinco hermanos, sobrevivieron a través de las redes de solidaridad. La experiencia límite del hambre fue vivida en primera persona.

Alicia rememora las acciones que, como Unidades de Combate de las JJCC, realizaban en las poblaciones de Valparaíso. Ante la pregunta de cómo se vivió la crisis en los cerros de la ciudad, relató:

En las poblaciones sí. Ponte tú, en Valparaíso lo que siempre fue, lo que salvaba caleta la olla, era el pescado. El pescado era súper barato, porque los viejos salían a pescar. Ponte tú, pero el acceso a la leche, a la harina, acceso en el invierno al gas, a la parafina, nada. Entonces si nosotros abríamos, inclusive una vez me acuerdo, cerca de mi casa todavía, que casi mi papi me cacheteó, que cómo era posible. Yo vivo... en Agua Santa, por ahí bajaban todos los camiones cargados se dan toda la vuelta, bajaban todos los camiones cargados con leche, con yogures, qué se yo. Y se paraban los camiones con barricadas y a los choferes los bajábamos con pistola en mano. Abríamos la hueá y la población entraba y se robaba todo lo que había dentro de los camiones.¹⁰

Las acciones estaban destinadas a suplir las necesidades de las personas, como justicia popular se robaba para dar a quienes lo necesitaba. El PCCh continuaba vinculando su trabajo político, en este caso político militar, al trabajo de masas con las poblaciones. Por otra parte, la forma de recordar y responder la pregunta sobre la pobreza en Valparaíso es respondida con el relato de las acciones que buscaron remediar la situación, narración entrecruzada por el hacer colectivo, su desarrollo político como militante y sus propias experiencias.

Las pobladoras, sujetos políticos fundamentales en la construcción de la ciudad actual, en las tomas de terrenos y en la construcción de comunidad, también transitaron en diversos espacios: entre la clandestinidad y el trabajo comunitario. Es el caso de Ema, habitante de El Montijo, antigua toma de terreno de la actual comuna de Cerro Navia en Santiago. Su historia está mediada por su participación en la toma y por su militancia durante los 70 y en la clandestinidad.

Ema, quien no se encontraba militando al momento de entregar testimonio, recordó el proceso de formación de la olla común, de la acción colectiva entre sus vecinas para ir en ayuda a los más necesitados, para suplir las necesidades más básicas a través de la solidaridad

10. Entrevista a Alicia, 23 de agosto de 2013.

y el levantamiento de economías populares. Sobre la gestión de la olla común y la represión que continuó con el Golpe de Estado, recuerda:

[Las raciones diarias eran] 270, 250 y era de lunes a viernes, sábado y domingo olvídate, el lunes llegaban todos muertos de hambre, todos porque las mamás no tenían trabajo, los maridos tampoco, no tenían para cocinar, entonces tenían que los cabros salían a pedir cualquier cuestión y llegaban el día lunes muertos de hambre, había que darles más comidita, había que darles un fondo extra el día lunes, para poder darles más, fue duro, muy duro, yo creo que ese fue el preámbulo del Golpe Militar.

¿Por qué se... después del Golpe esta olla común no siguió funcionando después del Golpe de Estado?

No po, porque llegaron los milicos nos hicieron tirar todo, nos dieron vueltas las, nos rompieron los tarros, los tambores con aceite, mezclaron el aceite con la harina, no hicieron los fideos, los pisaban, los molieron, no sirvió para nada, entonces nada, y más encima se llevaron detenida a las que estaban de turno ese día y esas algunas hablaron, se llevaron a la otra y a la única dirigente que no se llevaron en ese momento fue a mí, yo estaba en Valparaíso en la casa de una cuñada. Soy la única persona que no se llevaron en el momento en que desarmaron toda la olla común.¹¹

En su trabajo militante realizó diversas acciones, especialmente como enlace y como encargada de finanzas de su estructura. Si bien en la entrevista realizada por el Archivo Oral del Museo de la Memoria no ahonda en detalle sobre su labor militante, entrega algunos antecedentes que permiten visualizar la experiencia política en una de las poblaciones más pobres de Santiago y cómo era vivida la represión en los sectores populares: los allanamientos constantes, la persecución y la violencia institucionalizada como una realidad cotidiana. Asimismo, permite dar cuenta la importancia que tuvo la iglesia para la protección de los y las militantes y opositores y como espacio de comunidad en tiempos donde estaba prohibida la reunión.

Yo estuve clandestina, estuve mucho tiempo clandestina, mi hermana, con su marido, también pasaron a la clandestinidad porque estaban en la radio clandestina que tenía el Partido, entonces se llevaron a, con ella pasamos los tres a la clandestinidad y trabajé clandestinamente mucho tiempo, después me

11. Ema del Carmen Alegría Vera, Archivo Oral, 21 de noviembre de 2016.

fui a trabajar a la iglesia, hicimos, me acuerdo, una reunión y ver todo lo que estaba pasando en la iglesia Oscar Romero y nos rodearon los milicos, olvídase. Hicimos un hoyo, era de tierra, porque era una caseta. Caseta eran no más esas iglesias, hicimos hoyo y por ahí salíamos porque los milicos no, porque por la puerta principal estaban todos esperándonos.¹²

La militancia en las poblaciones se vivió entre la resistencia cotidiana, la sobrevivencia y en la preparación de la barricada. El conocimiento de la población, del tejido social, permitió que las y los militantes pudieran sobreponerse al miedo, porque finalmente era la comunidad quien los/las cuidaba. Era el cura que abría las puertas de la iglesia, la monja que curaba las heridas, la vecina que abría la puerta para cobijarlos o les daba una taza de té para pasar el frío en las noches de protestas. Esas experiencias de clase y género estuvieron entrelazadas en la construcción identitaria como comunistas.

Al otro lado de la barricada, en el trabajo que realizaron las mujeres en la política militar del PCCh y que formaron parte del cuerpo del FPMR, tuvieron que afrontar una serie de dificultades asociadas al género y las formas en que se construyó la diferencia al interior de la organización. Tomar en consideración también que, en un partido con larga tradición y cultura política fundada en la vía no armada al socialismo, los desplazamientos simbólicos que comenzaron a operar en la construcción identitaria del FPMR, como parte de un proceso de valorización de lo militar por sobre lo político, impactaron también en las relaciones sociales y en la construcción de nuevas subjetividades políticas dentro del PCCh.

Tomando el uso de la categoría analítica de la división sexual del trabajo realizada por Jules Falquet (2007), los principios de separación y jerarquización del trabajo también operaron dentro de la militancia política, especialmente en los espacios más militarizados como el FPMR. A modo de ejemplo, para comprender desde dónde se situaron las militantes y las dificultades que tuvieron que sortear, el principio de separación se aplicó de la siguiente manera: las labores asociadas al aseguramiento, logística, enlace y atención médica eran labores altamente feminizadas.

En algunas ocasiones, como se refirió anteriormente, las militantes eran ubicadas para cumplir algunas de las labores de aseguramiento con el fin de demostrar su capacidad y compromiso genuino por la lucha. En la mayoría de los casos, las militantes desempeñaron esas labores acatando las órdenes de los mandos superiores, sin dar mayor

12. Idem.

importancia a la división de tareas y respondiendo cabalmente con lo comandado.

Efectivamente, es posible que las mujeres en mandos medios o altos hayan sido una excepción. Pese a todo, las militantes ocuparon las labores que no fueron pensadas para ellas. Y los trabajos altamente feminizados, que sin ellos era imposible mantener a flote cualquier organización política clandestina, partido, guerrilla o guerra, los cumplieron a cabalidad. Tal es el caso de las labores de enlaces o falsificación de documentos, trabajos realizados principalmente por mujeres. Alicia luego de exiliarse en 1986, y de ser atendida por meses en un hospital traumatológico de la RDA, fue designada a un curso de formación político-militar en Cuba en la especialidad de falsificación de documentos y ejerció su oficio en el PCCh cuando era necesario regularizar la documentación de no pocos/as militantes en los primeros años de la transición política.

Es el caso de Mónica,¹³ antigua militante del PCCh en Rancagua y secretaria de profesión, por disposición del FPMR fue formada en la falsificación de cédulas de identidad, pasaportes y todos los documentos que eran necesarios. Y la historia de Carmen, antigua militante del PCCh y también secretaria, fue enviada a Cuba para estudiar el oficio de falsificación y fabricación de documentos en clandestinidad y fue la encargada de la documentación del FPMR en Santiago (Iturriaga y Quijada, 2012, p. 94). Los relatos de Alicia, Carmen y Mónica narran la labor silenciosa, de extrema compartimentación y soledad que significó la elaboración de la documentación para el aseguramiento de la militancia del FPMR.

En paralelo, el principio de jerarquización se presentó en la valoración de aquellas actividades y tareas de carácter operativo, propaganda armada y acciones altamente militarizadas. Si para el PCCh el trabajo de masas seguía constituyendo el punto central de la PRPM, en su brazo armado comenzó a perder relevancia. La puesta en valor de “lo militar” por sobre lo político fue creciendo,¹⁴ reconfigurando la jerarquización y valoración de las funciones dentro del FPMR.

De ahí que las tareas feminizadas fueron implícitamente menos valoradas que las labores masculinizadas. Las labores que escapaban

13. Entrevista a Mónica, Rancagua, 6 de septiembre de 2018.

14. Pamela, quien fue militante del FPMR, en su narración se refirió a los cambios que sufrió la organización: “yo siento que dentro del Frente no había una buena formación política porque si no, no se hubiesen cometido los errores que se cometieron, ahí se soslayó la parte política y se le dio mucho énfasis a los fierros, a la cosa militar, por eso es que hubo la división. Por ejemplo, cuando se sale una parte del FPMR de la estructura, nos negaban la información, o sea tú no sabías en qué lado estabas” (Iturriaga y Quijada, 2012, p. 113).

del ideal del sujeto de la revolución: armado y dispuesto al combate, la imagen del Che Guevara combatiendo, quedaban abajo en la jerarquía. La construcción de “lo femenino” y “lo masculino” en el FPMR tuvo su correlato en el grado de responsabilidades y funciones que ejercieron diferenciadamente hombres y mujeres, así como también el peso simbólico de transgredir esas barreras invisibles.

Así como Alejandra Oberti (2015, p. 209) analizó cómo las organizaciones de la nueva izquierda produjeron tecnologías de género que delimitaron las significaciones de ser “un hombre” o “una mujer”, otorgando sentidos y significaciones sociales a los géneros, el FPMR también elaboró sus propios mecanismos para significar a las y los militantes. La construcción social de la diferencia en una organización político-militar tuvo como elementos comunes el fuerte componente moral de su labor, la construcción de un ideal revolucionario que apeló a un neutral masculino y sujeto representante de una ética revolucionaria superior.

En el trabajo clandestino en Chile, el cumplimiento de las labores “feminizadas” tuvo para los militantes el peso de ser trabajos menos valorizados, incluso mal vistos por sus pares ¿Cuántos/as militantes hubo en el trabajo de exploración, documentación, propaganda, aseguramiento médico o enlaces? No se sabe con certeza y son pocos quienes han encontrado un escenario de recepción propicio para la escucha. Una realidad es que las historias que se han destacado públicamente son aquellas que han sustentado el ideal del sujeto revolucionario, el relato heroico y el valor de lo armado.

La división sexual del trabajo operó como regulación de los roles de género y cristalización de las relaciones sociales entre los sexos en ese contexto y espacio político específico: tanto para las masculinidades subalternas, como en la subestimación de las labores feminizadas y las transgresiones de las militantes en los espacios con mayor jerarquía. Sin embargo, ¿se puede pensar la guerra, las guerrillas o la lucha clandestina sin la red de aseguramiento, trabajo médico, cocina, comunicaciones, propaganda, enlaces e infiltración? No es una opción viable y aun así esas labores realizadas por mujeres son escasamente puestas en valor en la reconstrucción historiográfica (Álvarez, 2007; Bravo, 2017; Rojas, 2011), en las memorias personales y en las memorias de la propia organización. Así también el trabajo realizado por las otras mujeres comunistas, quienes demostraron en su militancia y en la gestión de lo cotidiano la importancia de las economías reproductivas, de las organizaciones populares, de la disputa de las calles y el valor que tuvieron sus trayectorias de vida y cultura política en las organizaciones que impulsaron.

Ideas finales

Las mujeres no estuvieron en las primeras páginas de la historia que se construyó una vez terminada la dictadura. A pesar de la vasta producción académica de la época –también acto de resistencia y sublevación–, como fue la realizada por FLACSO o el Programa de Economía del Trabajo que ponían un especial énfasis en el análisis de los movimientos sociales de mujeres y en el estudio de la política desde el género, la escritura de la historia pareciera haber sido ciega ante las fuentes que mostraban la prolifera participación de las mujeres en la lucha por la democracia. Es posible que, como advirtiera el compañero de Francisca, las experiencias de las mujeres en el espacio público no se hayan mantenido en el tiempo para disputar los espacios de la democracia recuperada.

No obstante, uno de los propósitos del presente artículo fue reflexionar en torno a la participación de las comunistas en distintos frentes de lucha y cómo el género fue uno de los elementos constitutivos de su experiencia militante. Es posible que ese aspecto de sororidad, de comunidad por enfrentarse a las desigualdades sexo genéricas de la sociedad en los partidos, en la escuela, en las universidades, en los sindicatos y en la casa, posibilitara que las comunistas establecieran relaciones de cooperación y trabajo colaborativo con mujeres opositoras de diversos sectores. En este sentido, como bien plantea Scott (2001) cuando habla de la experiencia, no es posible entender un solo elemento en la construcción de las identidades. El peso de la cultura política, de la clase, del género, de las trayectorias de vidas, entran en juego al momento de afrontar la vida, la historia y reconstruir las memorias.

Asimismo, mirar las prácticas políticas de las mujeres comunistas tuvo como propósito relevar el aporte que realizaron ellas en los diversos espacios narrados, comprender la experiencia militante en ese espacio y lugar específico: la cultura política comunista desde el género. El PCCh no tuvo una política explícita hacia el trabajo de mujeres, tampoco una definición cercana al feminismo; no obstante, era considerado un espacio de disputa en cuanto a la lucha de masas. En este sentido, sería mezquino no reconocer el aporte de las comunistas a la historia de las mujeres en la política, como tampoco analizar situadamente cómo la diferencia se construyó durante la década de los 80 al interior de la vida partidaria.

Las mujeres estuvieron en cada una de las acciones relatadas y para llevar adelante las tareas asignadas tuvieron que superar las barreras invisibles del género, la desconfianza de sus superiores sólo por el hecho de ser mujeres. En muchos casos tuvieron que conciliar las labores del hogar, el cuidado de sus hijos/as y equilibrar los tiempos

de la vida cotidiana con los de la militancia. No obstante, fue imposible que ambos espacios no se trastocaran y repercutieran en las formas de vivir la política. De ahí que se plantee que el género fue constitutivo en la construcción de la identidad militante y en la experiencia política de los sujetos.

Queda por ahondar detenidamente la interrelación que hubo entre el movimiento feminista y las militancias comunistas durante la década, cuánto se nutrieron unas de otras, o las tensiones que se develaron en la lucha por una causa mayor que fue derrotar a la dictadura. Asimismo, en las historias de la generación de hijos/as de desaparecidos/as que entraron a militar tempranamente en las filas de las Juventudes Comunistas, que acompañaron a sus madres desde muy pequeñas a los tribunales de justicia para interponer recursos de amparos, que hicieron de la Vicaría de la Solidaridad su hogar. Una cuestión es clara: las mujeres corrieron las barreras del género, vencieron el miedo, y con ello contribuyeron a derrotar la dictadura.

Referencias

- Álvarez, R. (2003). *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. LOM.
- (2007). *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)*. Tesis de doctorado en Historia. Universidad de Chile.
- (2008). Clandestinos 1973-1990. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas. En *Historias de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo de 1925 a nuestros días*. Taurus.
- (2009). Los “hermanos Rodriguistas”. La división del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el nacimiento de una nueva cultura política en la izquierda chilena. 1975-1987. *Revista Izquierdas*. 2, 3, 1-9.
- (2011). *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990*. LOM.
- Álvarez, R. y V. Bravo (2006). La memoria de las armas: para una historia de los combatientes internacionalistas chilenos en Nicaragua. *Lucha Armada en Argentina*, 5.
- Bonnefoy, P., C. Pérez y Á. Spotorno (2009). *Internacionalistas. Chilenos en la Revolución Popular Sandinista*. Latinoamericana.
- Bravo, V. (2017). *Piedras, barricadas y cacerolas. Las Jornadas Nacionales de Protesta. Chile 1983-1986*. Alberto Hurtado.
- Bruey, A. (2018). *Bread, Justice, and Liberty: Grassroots Activism and Human Rights in Pinochet's Chile*. University of Wisconsin Press.
- Carrera, J.M. (2010). *Misión internacionalista. De una población chilena a la revolución sandinista*. Editorial Latinoamericana.

- Collin, F. (1996). Historia y memoria, o la marca y la huella. En F. Birulés (comp.), *El género de la memoria*. Pamiela.
- Falquet, J. (2007). División sexual del trabajo militante: reflexiones en base a la participación de las mujeres en el proceso revolucionario en El Salvador (1981-1992). En M.L. Femenías, *Perfiles del feminismo iberoamericano*, vol. 3 (pp. 93-122). Catálogos.
- Fernández-Niño, C. (2009a). *La muchacha comunista se incorpora a la lucha popular. La militancia femenina comunista. Una aproximación a la cultura política del Partido Comunista de Chile, 1965-1973*. Tesis de licenciatura en Historia, Universidad de Santiago de Chile.
- (2009b). “Y tú mujer junto al trabajador.” La militancia femenina en el Partido Comunista de Chile. *Revista Izquierdas*, 3, II.
- Hardy, C. (1986). *Hambres + Dignidad = Ollas Comunes*. Programa de Economía del Trabajo - Academia de Humanismo Cristiano.
- y Legassa, V. (1989). *La ciudad escindida (los problemas nacionales y la Región Metropolitana)*. Programa de Economía del Trabajo - Academia de Humanismo Cristiano.
- Hiner, H. (2015). ¿El “Nunca más” tiene género? Un análisis comparativo de las comisiones de la verdad en Chile y Argentina. *Estudios de Sociología*, 20 (39).
- Idini, M. (2005). *Detrás de cada combatiente, un sujeto cotidiano: motivaciones, afectos y emociones en el Proyecto Rodriquista*. Mimeo, Universidad de Chile.
- Illanes, M.A. (2012). *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente*. LOM.
- Iturriaga, J. y K. Quijada (2012). *Rebeldes y milicianas. Un acercamiento a las mujeres del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, 1980-1987*. Tesis de licenciatura en Historia y Ciencias Sociales. Universidad Arcis.
- Lecourt, Y. (2005). *Relaciones de género y liderazgo de mujeres dentro del Partido Comunista de Chile*. Tesis de magister. Universidad de Chile.
- Martínez, L. (2004). *El Frente Patriótico Manuel Rodríguez, 1980.1987*. Tesis de licenciatura en Educación, Universidad de Santiago.
- Oberti, A. (2015). *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Edhasa.
- Olivares, J. (2017). *Guerrilla. Combatientes chilenos en Colombia, El Salvador y Nicaragua*. Ceibo.
- Orellana, V. (2020). La deuda interna de la democracia y su crisis en el estallido de octubre. Precios, salarios y deuda morosa en el Chile actual. *Aletheia*, 10 (20).
- Pérez, C. (2008). Violencia y política en las publicaciones clandestinas bajo Pinochet: La palabra armada en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Chile, 1983-1987”. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, XII, 2, pp. 71-90.
- Pérez, C. (2013). Compañeros, a las armas: combatientes chilenos en Centroamérica (1979-1989). *Centro de Estudios Públicos*, 129, pp. 141-164.

- Pinochet, A. (1977). *Nueva institucionalidad en Chile*. s/ed.
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En D. Schwarzstein (comp.), *La historia oral*, pp. 36-51. Centro Editor de América Latina.
- (2013). Sobre los usos de la memoria: memoria-monumento, memoria involuntaria, memoria perturbadora. *Sociohistórica*, 32, 2° semestre.
- (2016). Sobre la diferencia de la historia oral. En A. Portelli, *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. UNLP-Prohistoria.
- Robles, J. (2020). Las comunistas en la lucha contra la dictadura. La rebelión popular y las agrupaciones de derechos humanos. En D. D'Antonio, K. Grammatico y A. Valobra (coords.), *Historia de mujeres en la acción política. De la Revolución Rusa a nuestros días*. Imago Mundi.
- y Vidaurrazaga, T. (2021). La muerte cotidiana: militancia femenina y lucha armada en Chile, el MIR y el FPMR (1970-1990). *Revista de Humanidades*, 43, pp. 173-210.
- Rojas, L. (2011). *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la historia política y militar del Partido Comunista de Chile y del FPMR, 1973-1990*. LOM.
- Salgado, A. (2014). Una pequeña revolución. Las Juventudes Comunistas ante el sexo y el matrimonio durante la Unidad Popular. En R. Álvarez, y M. Loyola (ed.), *Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX*. Ariadna - América en Movimiento.
- Scott, J. (1992). El problema de la invisibilidad. En J. Scott, *Género e Historia*. Instituto Mora-UAM.
- (2001). La Experiencia. *Revista de Estudios de Género. La Ventana*. 13, pp. 42-73.
- Schkolnik, M. y B. Teitelboim (1988). *Pobreza y desempleo en Poblaciones. La otra cara del modelo neoliberal*. Programa de Economía del Trabajo - Academia de Humanismo Cristiano.
- Valdés, T. (1987). *Las mujeres y la dictadura militar en Chile*. FLACSO, 94.
- (1993). *El movimiento social de mujeres y la producción de conocimientos sobre la condición de la mujer*. FLACSO.

ARTÍCULOS

Filosofía, historia y marxismo. Aportes desde el debate Sartre - Merleau-Ponty

Maximiliano Basilio Cladakis

Universidad Nacional de San Martín, Argentina -
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
maxicladakis@yahoo.com.ar
ORCID: 0000-0002-0537-2693

Título: Philosophy, history and Marxism. Contributions from the Sartre - Merleau-Ponty debate

Resumen: El presente estudio tiene por objetivo abordar la relación entre filosofía, historia y marxismo desde el debate entre Jean Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty. Dicha relación excede el campo teórico para extenderse sobre el campo histórico-político. Precisamente, para ambos autores la filosofía se da en un anudamiento con el mundo de la vida imposible de evitar. Con esta finalidad, trataremos el debate entre Sartre y Merleau-Ponty teniendo en cuenta sus miradas y posicionamientos con respecto a los acontecimientos que hicieron a su contemporaneidad.

Palabras clave: existencialismo – marxismo – Sartre – Merleau-Ponty

Abstract: This study aims to address the relationship between philosophy, history and marxism from the debate between Jean Paul Sartre and Maurice Merleau-Ponty. This relationship exceeds the theoretical field to extend over the historical-political field. Precisely, for both authors the philosophy is knotted with the world of life impossible to avoid. For this purpose, we will discuss the

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.320>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - Compartir Igual)

debate between Sartre and Merleau-Ponty taking into account their views and positions regarding the events they made to their contemporaneity.

Keywords: existencialism – marxism – Sartre – Merleau-Ponty

Recepción: 25 de marzo de 2021. **Aceptación:** 3 de julio de 2021

* * *

Introducción

El presente trabajo tiene como finalidad exponer la problemática del marxismo desde las posiciones de Jean Paul Sartre y de Maurice Merleau-Ponty teniendo en consideración la articulación entre la dimensión teórica y la dimensión política del debate. La relevancia del tema se abre en una serie de perspectivas complementarias. Por un lado, se trata de una cuestión que pone de manifiesto la relación profunda entre los dos filósofos, donde los puntos de convergencia y los puntos de divergencia se dan sobre un suelo común de influencias y de objetivos. En ambos autores, el interés por la filosofía convive con la preocupación por el mundo histórico-político en una relación de penetración recíproca donde ninguno de los dos elementos puede pensarse de manera aislada el uno del otro. Por otro lado, suele ocurrir que se reduce, tanto el pensamiento de Sartre como el de Merleau-Ponty, a una especie de exégesis o traducción a la filosofía francesa de la fenomenología alemana. Esto último es muy frecuente, sobre todo, en las lecturas realizadas sobre Merleau-Ponty. Si bien es innegable la impronta que han tenido autores como Husserl y Heidegger sobre los dos filósofos mencionados, también lo es la influencia de Hegel y de Marx. Por otra parte, el pensamiento de los filósofos mencionados se gesta no sólo a partir de influencias teóricas sino por la particularidad de la época en que se desplegaron sus obras y por la urgencia que ambos sentían de tener un rol activo en la historia que se abría ante ellos.

Con esta finalidad el trabajo se encuentra estructurado en cuatro apartados. En el primero de ellos, se expondrá la relación intrínseca entre filosofía e historia para ambos autores. Ni Sartre ni Merleau-Ponty piensan la filosofía como algo que pueda estar abstraído del mundo en el que los hombres llevan a cabo sus vidas. En este sentido, la noción de compromiso será fundamental, así como también la preocupación en torno al marxismo. El segundo apartado tendrá como eje la discusión en torno al *socialismo real* y la forma en que Sartre y Merleau-Ponty tomarán posición con respecto a las políticas de la URSS y del Partido Comunista francés (PCF). En el tercer apartado, se abordará la forma en que, en la *Crítica de la razón dialéctica*, Sartre concibe al marxismo como

la filosofía insuperable de su tiempo. Dicha afirmación contiene, en sí, una preocupación no solamente teórica sino también práctico-política. El cuarto y último apartado se centrará en la comprensión del marxismo como momento de la *a-filosofía* que lleva a cabo Merleau-Ponty en una de sus últimas notas de curso, *Filosofía y no-filosofía después de Hegel*, lo que significa, entre otras cosas, una oposición explícita a la afirmación que Sartre realiza en la *Crítica*.

Filosofía e historia

Desde el inicio de su relación, Sartre y Merleau-Ponty consideraron que entre la filosofía y el mundo histórico había una imbricación recíproca e ineludible. Ninguno de ellos pensaba que la filosofía podría ser comprendida como algo autónomo de los acontecimientos que emergen del mundo de la vida. El interés por la fenomenología, por las obras de Husserl y de Heidegger, corría en paralelo con la preocupación acerca de las problemáticas que atravesaban la época. En su homenaje a Merleau-Ponty, luego de su muerte, Sartre dice que, tras el reencuentro entre ambos, producido durante la ocupación, “pronunciamos las palabras fundamentales: fenomenología, existencia y descubrimos nuestras verdaderas preocupaciones” (Sartre, 1965a, p. 10). Sin embargo, junto a la fenomenología y el existencialismo, se hallaba la experiencia de la ocupación, de la Resistencia, la preocupación por el destino de Europa y de la democracia.

En 1945 se lanzó el primer número de *Los tiempos modernos*. La revista llegó a ser el órgano más importante de la intelectualidad francesa de izquierda en la posguerra. Si bien Sartre sería la cara visible de la revista, se trataba de un proyecto de ambos. “Soñábamos con la revista desde 1943” (Sartre, 1965a, p. 10). Merleau-Ponty era el editor político de la publicación. En el primer número, Sartre escribe que “el porvenir de nuestra época debe merecer nuestros cuidados” (Sartre, 2003, p. 11) y a continuación realiza las siguientes preguntas, preguntas que serán movilizadoras de las reflexiones que se manifestarán en la revista: “¿Cuándo acabará la guerra? ¿Cómo se reconstruirá el país? ¿Cómo se desarrollarán las relaciones internacionales? ¿Cuáles serán las reformas sociales? ¿Triunfarán las fuerzas de la reacción? ¿Habrá una revolución y, si la hay, en qué consistirá?” (Sartre, 2003, p. 11).

El planteo de Sartre abre una perspectiva acerca del acto de escribir y de la reflexión teórica que se aleja de la idea del pensador de gabinete.¹

1. En *Elogio a la filosofía*, Merleau-Ponty emplea la figura de gabinete como signo de la profesionalización de la filosofía, a la cual contraponen la figura de Sócrates como encarnación de la función real del filósofo con la polis.

Por el contrario, escribir es un acto de compromiso con el presente y con el porvenir del hombre. En el artículo “¿Para quién se escribe?”, Sartre sostiene que el acto de escribir tiene como destinatario el propio periodo histórico de aquel que escribe (Sartre, 2003, p.86-98). Es la coyuntura, la situación, el mundo experimentado en toda su inabarcable presencia, lo que convoca a la escritura. La historia nos interpela y esa interpelación que se lanza implacablemente sobre nosotros hace que escribir implique tomar una posición con respecto al período histórico que se abre, con todas sus sinuosidades, a nuestro alrededor. Escribir es develar algunas de las tramas que subyacen en el mundo y comprometerse con ese mundo que intentamos comprender. Toda comprensión, pues, significa un acto de compromiso, donde la subjetividad se entremezcla con lo que se intenta comprender y se vuelve parte de ello. Escribir es siempre comprometerse. La escritura no comprometida no existe.² Es conocida la apuesta de Sartre por la idea de escritor comprometido. Para Sartre, develar el mundo es comprometerse a cambiarlo. “El escritor comprometido sabe que la palabra es acción, sabe que revelar es cambiarlo y que no es posible revelar sin proponerse el cambio, Ha abandonado el sueño imposible de hacer una pintura imparcial de la sociedad y la condición humana” (Sartre, 2003, p. 26).

En el caso de Merleau-Ponty también se da esta centralidad de idea de compromiso. Dicha centralidad no se manifiesta únicamente en las editoriales de *Los tiempos modernos*, sino, también, en ensayos, artículos y en varios capítulos de sus obras. Si bien en los años 50, sobre todo en *Las aventuras de la dialéctica*, Merleau Ponty realiza una aguda crítica a la perspectiva sartreana, la idea de compromiso es fundamental dentro del despliegue de su pensamiento. La idea merleau-pontyana de compromiso tiene como correlato la toma de conciencia acerca del mundo y de su historicidad.³ El compromiso merleau-pontyano no es

2. Sobre la cuestión del compromiso en Sartre es recomendable el texto *Sartre. De la náusea al compromiso*, de Alfredo Gómez-Muller (2008). En este texto el autor lleva a cabo una interesante revisión acerca de la forma en que el pensamiento y la literatura de Sartre parten, en un primer momento, desde una perspectiva individualista para, luego, reconfigurarse a partir de la noción de una subjetividad que se realiza socialmente y donde el compromiso aparece como ineludible.

3. En *Las aventuras de la dialéctica*, texto que escribe tras la ruptura con Sartre, Merleau-Ponty llega a decir que lo que el autor de *El ser y la nada* entiende por compromiso no es un compromiso auténtico. Si bien es un tema de suma relevancia, extendernos sobre ello significaría exceder los límites de nuestro trabajo. Sin embargo, como se verá en el trabajo, puede observarse una transformación en la idea de compromiso sartreana ya que, a partir de la década del 50, esta idea del escritor como aquel que revela el mundo pasa a un segundo plano y el compromiso del escritor se manifiesta como toma de posición frente a las partes de un conflicto.

un compromiso abstracto sino con la propia época histórica. El propio Sartre señala que, tras la diáspora de quienes conformaron el primer comité editorial de *Los tiempos modernos*, “Merleau-Ponty salvó la revista haciéndose cargo de ella como redactor en jefe y director político de ella” (Sartre, 1965a, p. 23) Incluso Sartre dice que Merleau-Ponty le enseñó a descifrar los acontecimientos. “Después que aprendió historia no volví a ser su igual. Yo todavía interrogaba los hechos cuando él intentaba hablarle a los acontecimientos” (Sartre, 1965a, p. 23).

En el artículo “La guerra tuvo lugar”, por ejemplo, se habla acerca de la forma en que la inminencia de la Segunda Guerra Mundial significó un resquebrajamiento de los principios y valores sostenidos por gran parte de la intelectualidad francesa de ese momento. Las ideas de progreso, el pacifismo abstracto, la exaltación de un humanismo desencarnado se daban en un mundo atravesado por la violencia, por los campos de concentración y por las persecuciones a los judíos. En una afirmación de dura autocrítica, Merleau-Ponty afirma que “habíamos secretamente decidido ignorar la violencia y la desgracia como elementos de la historia, porque vivíamos en un país demasiado feliz y demasiado débil para poder tan sólo otearlas” (Merleau-Ponty, 1977, p. 211).

En este sentido, tanto Merleau-Ponty como Sartre critican la noción de un compromiso con ideas abstractas que no encuentren su fundamento en la experiencia concreta de los hombres. En ambos autores esto es uno de los ejes de sus críticas al liberalismo. Sartre y Merleau-Ponty coinciden en comprender al liberalismo como un sistema de ideas abstracto que no sólo oculta sino que sirve de fundamento a relaciones de opresión. En la presentación de *Los tiempos modernos*, Sartre sostiene que la racionalidad analítica del liberalismo oculta el carácter situado del hombre. En *Reflexiones acerca de la cuestión judía*, afirma que el humanismo de las democracias liberales encubre un antisemitismo ya que el demócrata liberal quiere destruir al judío en tanto judío “para no conservar en él sino al hombre, sujeto abstracto y universal de los derechos del hombre y del ciudadano” (Sartre, 1988, p. 53). Es decir que, para Sartre, las democracias liberales fomentan un humanismo abstracto que conlleva un antisemitismo también abstracto. Este antisemitismo abstracto es, en lo concreto, un antisemitismo ya que aceptan al judío sólo como hombre universal, no en tanto judío, lo que significa que lo reconocen si él niega su historia, su identidad y sus tradiciones. En el caso de Merleau-Ponty, en *Humanismo y terror*, hace referencia a la hipocresía de las críticas liberales a la violencia comunista. Merleau-Ponty dice que “el anticomunista se niega a ver la violencia en todas partes” (Merleau-Ponty, 1956, p. 44).

La reflexión en torno a la experiencia concreta de los hombres, las críticas al liberalismo, a las valoraciones morales abstractas, tienen

como correlato en Merleau-Ponty la problematización en torno a la filosofía de Marx. Precisamente, el fenomenólogo francés descubre en Marx una comprensión del hombre como ser situado e histórico, rodeado e interpelado por los otros. En el artículo “Marxismo y filosofía”, publicado en *Sentido y sinsentido*, Merleau-Ponty retoma varias de las tesis explícitas de Marx para señalar una comprensión del problema en torno a lo humano que hace de lo social una dimensión constituyente de su ser. “El individuo es un ser social. El hombre es un ser existente para sí mismo, por tanto, un ser genérico. El hombre no está en la sociedad como un objeto en una caja, la asume por aquello que posee de más interior” (Merleau-Ponty, 1977, p. 189). La comprensión marxiana del hombre como ser genérico, que remite a su vez al universal particular hegeliano, hace del hombre un complejo sistema de relaciones en donde lo interior se articula con lo exterior en una relación dialéctica en la que ninguna de las dos dimensiones queda anulada.

En este sentido, la posición de Merleau-Ponty frente al pensamiento de Marx es muy clara y se evidencia al responder la pregunta en torno al “motor de la historia”.

Si no existe ni una naturaleza social dada fuera de nosotros, ni el Espíritu del mundo, ni el movimiento propio de las ideas, ni la conciencia colectiva, ¿cuál es pues para Marx el conductor de la historia y el motor de la dialéctica? Es el hombre comprometido en un cierto modo de apropiación de la naturaleza en la que se dibuja el modo de sus relaciones con los demás, es la intersubjetividad humana concreta, la comunidad sucesiva y simultánea de existencias en vías de realización en un tipo de propiedad que ellas sufren y que ellas transforman, cada una creada por otro y creándolo. (Merleau-Ponty, 1977, p. 189)

El pensamiento de Marx se presenta, entonces, como un elemento central a la hora de intentar pensar el mundo histórico. En el caso de Sartre, también habrá una problematización, aún no sistematizada, acerca del marxismo como filosofía. “Materialismo y revolución” es uno de los textos principales de la década del 40, donde el filósofo francés se adhiere a algunas de las tesis sostenidas por Marx al mismo tiempo que critica la idea de materialismo y la ve, incluso, como contraria a la de revolución.

Comunismo, anti-comunismo y a-comunismo

En el devenir del compromiso de ambos autores y, a partir de los temas planteados en el apartado anterior, la cuestión en torno a la Re-

volución Rusa y a la URSS adquiere una importancia nodal. Un sistema político, económico y social se proclama marxista. Como se ha señalado, la problematización del marxismo como filosofía de lo concreto, que da cuenta de la experiencia histórica y que, además, tiene como objetivo instituirse en experiencia histórica, se ha vuelto, al menos discursivamente, una realidad efectiva.

Frente a la crisis de Europa, Sartre y Merleau-Ponty han optado por el socialismo y por una posición de izquierdas.⁴ El advenimiento del llamado “socialismo real” no implicó únicamente el inicio de un mundo bipolar, sino que, además, representó una serie de discusiones dentro de amplios sectores que se adherían al marxismo. La emergencia de la URSS tuvo como correlato teórico y político el debate acerca de si se trataba realmente de una revolución marxista, de los límites y legitimidad de la violencia, de si había que dar un apoyo o no a las políticas soviéticas y, en caso de que la respuesta fuera afirmativa, pensar si el apoyo era relativo o absoluto.

La importancia de estas cuestiones fue de tal magnitud que llevó a la ruptura entre Sartre y Merleau-Ponty.⁵ Sin embargo, antes de la ruptura hubo un desarrollo de las posiciones de ambos que no se manifestó de manera rectilínea, sino en un zigzag, tal como se desarrollaban los acontecimientos. Acercamientos y alejamientos con respecto a la URSS y al PCF se dieron en un rumbo complejo, atravesado por las vicisitudes de las coyunturas y contradicciones del mundo histórico, de una época colmada de esperanzas pero también de incertidumbres.

En un primer momento, cuando Merleau-Ponty y Sartre deciden fundar *Los tiempos modernos*, una de sus principales ideas es denunciar la explotación y la opresión donde sea que estas se den, tanto en Francia como en la Unión Soviética, como en los Estados Unidos. “*Los tiempos modernos* exigía de sus fundadores que no se adhirieran a ningún par-

4. Como señala Leonardo Eiff en *Filosofía y política existencial: Merleau-Ponty, Sartre y los debates argentinos*, “está posición ya se encontraba presente en los momentos de la Resistencia con la conformación del grupo Socialismo y libertad.. Una Francia desolada y humillada por la ocupación [...] es el contexto que marca el nuevo comienzo de la amistad. En el momento de apogeo de la empresa de conquista nazi y con el trasfondo ominoso de una París lúgubre, algunos intelectuales comienzan a frecuentarse; liderados por Sartre y Merleau-Ponty, forman un grupo de «resistencia» a la ocupación alemana compuesto básicamente por profesores y alumnas y alumnos de la École y otros liceos” (Eiff, 2012, p. 22).

5. Acerca de dicha ruptura, es muy interesante la lectura de la colección de cartas entre ambos pensadores publicadas en *Parcours deux* bajo el título “Cartas de una ruptura” (Merleau-Ponty, 1994, pp. 129-139), donde se presenta la voz de uno y otro filósofo tocando el tema y, en más de una ocasión, trasladando el debate político a cierta discusión personal. De este texto no hay traducciones al español.

tido, a ninguna iglesia, porque no se puede repensar la totalidad si se está ya ligado a una concepción de la totalidad” (Merleau-Ponty, 1957, p. 211). No se debía estar ni con la URSS ni con Estados Unidos, tanto un sistema como el otro debían ser siempre sometidos a crítica.

En 1947, Merleau-Ponty escribe *Humanismo y terror*. Motivado por la publicación de *El cero y el infinito* de Koestler, el texto aborda la cuestión del comunismo y su realización histórica. La obra de Koestler se basa en los procesos de Moscú. Este autor problematiza la situación de la URSS. En efecto, hay un Estado que se dice marxista; sin embargo, en este Estado existen políticas represivas e, incluso, parece promover un terror semejante al de 1793. Al igual que en el período jacobino de la Revolución Francesa el Estado concibe el terror como un medio que se legitima por la idea de Revolución. Los partidos comunistas a nivel mundial operan como satélites de la URSS. Ellos estarían legitimando acciones que sólo serían comprensibles a partir de la Razón de Estado. Y bajo esta Razón de Estado las libertades individuales muchas veces son soterradas e, incluso, bajo el rótulo de traición se imparten condenas a muerte.

Para Merleau-Ponty, el planteo de Koestler es en parte correcto.

La jerarquía social en la URSS se ha acentuado considerablemente desde hace diez años. El proletariado tiene un papel insignificante en los congresos del partido. La discusión tal vez se continúa en el interior de las células, pero nunca se manifiesta públicamente. (Merleau-Ponty, 1956, p. 10)

Merleau-Ponty no ignora que, en los últimos años, se había iniciado un proceso de burocratización en la URSS acompañado, también, de cierto terror. Sin embargo, tampoco ignora que las críticas al comunismo muchas veces terminan por colocar a quienes las proclaman en el anti-comunismo lo cual es funcional al capitalismo.

Nos encontramos, pues, en una situación inextricable. La crítica marxista del capitalismo sigue siendo válida y es evidente que el anti-sovietismo reúne hoy la brutalidad, el orgullo, el vértigo y la angustia que han encontrado su expresión en el fascismo. Por otro lado, la revolución se ha inmovilizado sobre una posición de repliegue: mantiene y acrecienta el aparato dictatorial al mismo tiempo que renuncia a la libertad revolucionaria del proletariado en los Soviets y en su Partido y a la apropiación humana del Estado. No se puede ser anticomunista, no se puede ser comunista. (Merleau-Ponty, 1956, p. 15)

Merleau-Ponty ve el núcleo del problema. Si bien la URSS posee aspectos criticables, dichos aspectos también los posee el mundo capitalista. Como se ha señalado en el apartado anterior, lo que desde el lado liberal se critica del comunismo también se da en el mundo del liberalismo. Incluso tal vez a mayor escala. El liberalismo, pues, “se asienta sobre el trabajo forzado de las colonias y sobre veinte guerras” (Merleau-Ponty, 1956, p. 43). En *Humanismo y terror* Merleau-Ponty establece una actitud de espera con respecto al comunismo ya que, más allá de todo lo que se le pueda criticar a éste, es consciente de que incurrir en el anti-comunismo puede implicar asumir una posición apologetica del orden social capitalista. Sin embargo, esta actitud no implica de ninguna manera no realizar críticas a la URSS.

Cabe señalar que, durante la década del 40, Merleau-Ponty estaba más cerca de los comunistas que Sartre. Se reunía con ellos, y si bien criticaba algunas de sus políticas, mantenía dicha cercanía. Sartre, por el contrario, asumía una actitud de distancia. En *Los caminos de la libertad* realiza una parodia de los marxistas comparándolos con los fanáticos religiosos; en *Las manos sucias* denuncia sin tapujos y de manera violenta la burocratización del partido; en *Materialismo y revolución* sostiene que la teoría materialista es incompatible con la idea de revolución. Todo esto generó un rechazo de los comunistas hacia Sartre. En *Sartre por él mismo*, el autor dice que, entre los años 1946 y 1947, “lo mejor que podía esperar de la URSS, si se producía una ocupación, era el campo de concentración” (Sartre, 1979, p. 105).

Esta situación cambiaría con el inicio de la guerra de Corea. A partir de este hecho Merleau-Ponty se alejaría tanto de los comunistas como de la política en general. Si bien era el responsable de los editoriales políticos de *Los tiempos modernos*, tras el comienzo de las actividades bélicas le pide a su colega: “no digamos una palabra más de política” (Sartre, 1965a, p. 43). Sartre, por su parte, no se sintió afectado, al menos no de la misma manera que su amigo, por este hecho. Precisamente, por esa época comienza a acercarse al Partido Comunista. Este acercamiento llega a su punto más alto con la publicación de “Los comunistas y la paz”.

Si Merleau-Ponty creía que el anti-comunismo podía implicar una ubicación a favor del capitalismo, en “Los comunistas y la paz” Sartre va más allá y afirma que no sólo el anti-comunismo es siempre funcional a la derecha, sino que no hay más alternativa que el comunismo. El comienzo de la Guerra Fría, la consolidación del Plan Marshall, la alineación de Europa Occidental con Estados Unidos, la persecución a miembros del Partido Comunista, sumado al hecho de que intelectuales de izquierda o marxistas comienzan a ser cada vez más críticos de la URSS, Sartre dice que se está obligado a optar por un lado o por otro,

que no hay tercera posición: o se está con la URSS y el comunismo o se está con Estados Unidos y el capitalismo. En lo concerniente a las críticas provenientes desde la misma izquierda contra el PC y la URSS, Sartre teme que sean funcionales al capitalismo. Precisamente, él mismo sostiene que su texto está dirigido a la izquierda anti-comunista: “Yo me dirijo una vez más a todos los que se llaman al mismo tiempo marxistas y anticomunistas, y se regocijan hoy porque la clase obrera está a punto de separarse del PC” (Sartre, 1966, p. 69). Y agrega que el revolucionario “debe asociar indisolublemente la causa de la URSS y la del proletariado” (Sartre, 1966, p. 67).

Las nuevas posiciones de Sartre hacen que Merleau-Ponty se aleje definitivamente de *Los tiempos modernos*. Recién en 1955, con *Las aventuras de la dialéctica*, volverá a ocuparse del comunismo. Su posición ya no es la misma que la sostenida en *Humanismo y terror*. Si en el texto de 1947 lo que se planteaba era una actitud de espera, en 1955 la espera terminó. Merleau-Ponty sostiene que la Revolución de Octubre no cumplió las expectativas. Para él, al consolidarse en el poder la Revolución traicionó el movimiento por el cual se había originado. Sin embargo, esta actitud no implica un compromiso con el mundo capitalista. Merleau-Ponty no habla de anti-comunismo sino de a-comunismo; es decir, una posición de izquierda que se mantenga a la misma distancia tanto de Estados Unidos como de la URSS.

El a-comunismo, condición estricta para el conocimiento de la URSS porque confronta con su ideología lo que sabemos de su realidad, es al mismo tiempo y sin paradoja, la condición de una crítica moderna del capitalismo, porque es el único que vuelve a plantear en términos modernos los problemas de Marx. (Merleau-Ponty, 1957, p. 251)

Merleau-Ponty coincide con Sartre en que, en una situación determinada, el anti-comunismo podría implicar un enfrentamiento con la clase obrera ya que ésta es comunista. Sin embargo, esto no significa que el Partido no pueda ser sometido a crítica como así tampoco que se tenga que estar ineludiblemente de su lado. “Hay lucha de clases y es preciso que esta lucha exista puesto que hay clases y mientras las haya” (Merleau-Ponty, 1957, p. 251). Merleau-Ponty sostiene que la huelga, las manifestaciones, incluso los medios ilegales son legítimos ya que en la sociedad capitalista existe la opresión y la explotación. Todas las críticas al sistema capitalista son válidas; sin embargo, eso no implica que haya que apoyar a la URSS. El mundo se encuentra dividido en dos, lo que no se debe hacer es verse obligado a estar ciegamente del lado del uno o del otro. “Una izquierda no comunista se da entonces como tarea

constante eludir la enemistad de los antagonistas, desarmar las trampas que el uno prepara para el otro, poner al descubierto la complicidad de sus pesimismos” (Merleau-Ponty, 1957, p. 251).

Una sola filosofía por época histórica

En 1957, tras la invasión a Hungría, Sartre también se distancia tanto del PCF como de la URSS. El regreso a las posiciones críticas se ve claramente en el artículo “El fantasma de Stalin”, donde se denuncia la burocratización soviética y su política expansionista (Sartre, 2004, pp. 123-240). Sin embargo, el alejamiento de los comunistas no implica, para Sartre, un alejamiento del marxismo como filosofía. Por el contrario, se sumerge en esos años en el pensamiento de Marx como quizá nunca lo había hecho antes, y el producto de este movimiento se expresa en la publicación de *Crítica de la razón dialéctica*.

Crítica de la razón dialéctica es, sin lugar a dudas, la segunda gran obra filosófica de Sartre. Su complejidad, su intento de sistematicidad, la elaboración de categorías conceptuales originales y la puesta en cuestión de las premisas ontológicas presentadas en *El ser y la nada* en 1943 lo convierten en un texto de vital importancia dentro del despliegue del pensamiento sartreano. Se trata de una obra difícil, ardua, cuyos objetivos son múltiples. Según el propio Sartre (2004b), la finalidad del escrito es establecer una antropología estructural e histórica, pero también sacar al marxismo de su estado de esclerosis y establecer los límites y posibilidades de la razón dialéctica.

Con esa pluralidad de intenciones, que bien puede ser pensada como una pluralidad que constituye un plexo integral y unitario, Sartre sistematiza una serie de reformulaciones conceptuales que habían ido presentándose en sus ensayos filosóficos y políticos, luego de la publicación de *El ser y la nada*, y que trasvasan las categorías de la ontología fenomenológica expresadas en esa obra. En este sentido, *Crítica de la razón dialéctica* supone un replanteamiento sistemático del pensamiento sartreano, al mismo tiempo que el intento de establecer las premisas de un pensamiento totalizador que haga inteligible la experiencia humana en su doble dimensión, es decir, tanto individual como comunitaria.

A diferencia de Merleau-Ponty, la pregunta por la filosofía no es una cuestión recurrente en Sartre. En “Materialismo y revolución” (1965b), puede encontrarse el atisbo de un planteamiento semejante, sin embargo, la pregunta sartreana no es acerca de la filosofía en general, sino sobre la posibilidad de una filosofía de la revolución.⁶

6. En este escrito Sartre sostiene que la doctrina materialista tal como la plantea

Recién en la *Crítica* se da una problematización acerca de la filosofía propiamente dicha. En “Cuestiones de método”, texto escrito en 1957 para una revista polaca y que luego sería una especie de prefacio a la obra mencionada, el filósofo francés da una serie de definiciones acerca de la filosofía que culminan en la conocida tesis de que el marxismo es la filosofía insuperable de nuestra época.

Cabe destacar que la afirmación precedente surge a partir de la definición de la filosofía como “abstracción hipostasiada” (Sartre, 2004b, p. 15) que Sartre da en las primeras páginas de la *Crítica*. A partir de esta definición, la filosofía no es otra cosa que la sistematización de las ideas propias de un momento histórico determinado. Desde este supuesto, el filósofo francés arriesga la afirmación de que no hay más que una sola filosofía viva por época histórica.

A partir de esta concepción, Sartre dice lo siguiente con respecto a los itinerarios de la filosofía moderna:

En primer lugar (la filosofía) es cierta manera de tomar conciencia de sí de la clase ascendente; y esta conciencia puede ser neta o confusa, indirecta o directa: en los tiempos de la nobleza de toga del capitalismo mercantil, una burguesía de juristas, de comerciantes y de banqueros, algo captó de sí misma a través del cartesianismo; siglo y medio después, en la fase primitiva de la industrialización, una burguesía de fabricantes, de ingenieros y de sabios se descubrió oscuramente en la imagen del hombre universal que le proponía el kantismo. (Sartre, 2004b, pp. 15-16)

La filosofía es presentada como un saber que totaliza y sistematiza lo característico de una época histórica y de la clase ascendente correspondiente a dicha época. En este sentido, al continuar siendo el proletariado la clase en pugna con la burguesía y al no haber sido superadas las condiciones históricas que le dieron origen, las tesis del marxismo continúan siendo insuperables por lo que “una pretendida superación del marxismo no pasará de ser en el peor de los casos más que una vuelta al premarxismo, y en el mejor, el redescubrimiento contenido en la idea que se pretende superar” (Sartre, 2004b, p. 17).

Como se ha visto en el punto anterior, ni Sartre ni Merleau-Ponty conciben la idea de una filosofía alejada del mundo histórico y de la praxis. En la *Crítica* se afirma enfáticamente que “toda filosofía es práctica,

Engels y luego sus seguidores es incompatible con la idea de revolución ya que la deriva del materialismo en un objetivismo metafísico hace que “el materialista, después de superar toda subjetividad y, asimilado a la pura verdad objetiva, se pasea en un mundo de objetos habitado por hombres objetos” (Sartre, 1949, p. 142).

aunque en un principio parezca de lo más contemplativa; el método es un arma social y política” (Sartre, 2004b, p. 16). En este punto, Sartre retoma, evidentemente, la tesis que Marx expone en la “Introducción a la crítica de la Filosofía del derecho de Hegel”, en donde Marx (2014) reivindica el carácter esencialmente práctico de la teoría y habla de las armas de la crítica y de la crítica de las armas.

Ahora bien, Sartre observa que el marxismo ha entrado en un estado de esclerosis. Transformado en un dogma, no puede dar cuenta del momento histórico sino que se limita a “aplanar” lo existente a un modelo de pensamiento causalista determinado por el proceso de tesis, antítesis y síntesis. Si bien en la *Crítica de la razón dialéctica* Sartre sólo se refiere a Lukács como un representante del marxismo dogmático a partir de la lectura del texto *Existencialismo y marxismo* (Sartre, 2004b, p. 29), entre lo dicho por Sartre y lo dicho en *Historia y conciencia de clase* del joven Lukács hay varios puntos en común. Para Lukács (1985), la filosofía es un saber totalizador que mantiene un lazo ineludible con la praxis y la historia. Precisamente, para Sartre, la filosofía da cuenta del mundo histórico operando a su vez sobre dicho mundo histórico. Es por eso que cuando una filosofía entra en crisis significa que la época, de la que dicha filosofía es el correlato, entró también en crisis. Para Sartre, las distintas formas en que se presenta la filosofía “son insuperables en tanto no se supera el momento histórico del que son expresión” (Sartre, 2004b, p. 21).

Sartre propone como modo de revitalizar el marxismo la integración a este del existencialismo. En este punto es importante señalar la diferencia existente, para el pensamiento sartreano, entre el saber y la ideología. El saber es la totalidad sistemática que da cuenta del mundo histórico y que opera sobre él. La ideología, por su parte, representa, para Sartre, esferas relativas que, o bien operan integradas dentro del saber, acondicionando ciertas teorías o extendiendo los territorios de estas; o bien intentan negar, desde su relatividad, dicho saber, representando alguna filosofía ya superada por la historia. Para Sartre, el existencialismo tiene el *estatus* de ideología. “Y ya que tengo que hablar de existencialismo, habrá de comprenderse que para mí sea una ideología; es un sistema parásito que vive al margen del Saber, al que en un primer momento se opuso y con el que hoy trata de integrarse” (Sartre, 1985, p. 21).

Dicha integración es doblemente necesaria puesto que, así como el marxismo necesita del existencialismo para poder regresar a lo concreto, el existencialismo necesita integrarse al marxismo para dejar de ser una simple ideología y formar parte del saber. Si bien el marxismo, en su origen, daba cuenta de la totalidad concreta, su transfiguración en un dogma hizo que se alejara de la particularidad, por lo que incurre en

una noción abstracta de totalidad. El existencialismo es el pensamiento de la particularidad, por lo tanto, su integración al marxismo significa la integración de la particularidad a la totalidad.

Para Sartre, la oposición entre un pensamiento de la totalidad y uno de la particularidad tiene en el siglo XIX como referentes, por un lado, a Hegel y, por otro, a Kierkegaard. Frente a esta oposición, el filósofo francés dice que “Kierkegaard tiene tanta razón frente a Hegel como Hegel tiene razón frente a Kierkegaard” (Sartre, 2004b, pp. 21-22) Ahora bien, para Sartre, el pensamiento de Marx se ubicaría como un punto intermedio entre el de Hegel y el de Kierkegaard. “Marx tiene así razón a la vez contra Kierkegaard y contra Hegel, ya que es el primero en afirmar la especificidad de la *existencia* humana, y porque toma con el segundo al hombre en su realidad objetiva” (Sartre, 2004b, p. 24).

Ahora bien, si ya en Marx se da la mutua reciprocidad entre la especificidad de la existencia humana y su realidad objetiva, entre el pensamiento de la totalidad y el pensamiento de la particularidad, cabe preguntarse acerca de las razones por las cuales Sartre dictamina la imperiosa necesidad de introducir el existencialismo en el marxismo. Pues bien, se debe volver, entonces, a lo dicho unos párrafos atrás: el marxismo se ha detenido, más allá del pensamiento de Marx, por lo cual se lo debe someter a una revisión crítica que lo vuelva a habilitar como pensamiento concreto de la historia, y, para Sartre, el existencialismo es una instancia nodal para cumplir dicho objetivo. Cabe a su vez una pregunta más: ¿qué existencialismo debe introducirse en el marxismo? La pregunta tiene una validez más que importante, ya que el propio Sartre sostiene, poniendo como ejemplo la obra de Jaspers, que el existencialismo es el “arma” de la burguesía contra el capitalismo. “Esta ideología de repliegue expresaba bastante bien, aún ayer, la actitud de cierta Alemania con sus derrotas y la de cierta burguesía europea que quiere justificar sus privilegios por medio de una aristocracia del alma” (Sartre, 2004b, p. 25).

Negación y realización de la filosofía

Como se ha mencionado en el apartado anterior, a diferencia de Sartre, en el desarrollo de su obra Merleau-Ponty ha problematizado de manera recurrente el concepto de filosofía. Cabe mencionar que no se trata de un tema que Merleau-Ponty haya trabajado de manera sistemática, “sino que se ha tratado esencialmente de esbozos fragmentarios, muchas veces ambiguos y no exentos de contradicciones entre sí; puede encontrarse, no obstante, una línea de continuidad que subyace a los diversos textos en los que el tema es trabajado” (Cladakis, 2012, p. 159). A pesar de ello, puede entreeverse el intento de configurar un

pensamiento que se encuentre “más acá” del pensamiento reflexivo y que se encuentre abierto al mundo y a la historia.

En “Filosofía y no-filosofía después de Hegel”, la obra de Marx aparece presentada como “a-filosofía”, término con el cual se hace referencia a un pensamiento que intenta ser filosofía negando la filosofía. La a-filosofía aparece, pues, como un acontecimiento que, surgiendo del mundo histórico, funda nuevos sentidos y nuevas realidades. En palabras del propio Merleau-Ponty: ella es “filosofía negativa, en el sentido de «teología negativa», «teología negativa» que abre acceso al absoluto, no como un «más allá», segundo orden positivo, sino como otro orden que exige un más acá, el doble, que sólo es accesible a través de sí mismo” (Merleau-Ponty, 1996, p. 275).

Es aquí donde aparece la mención a la *Crítica de la razón dialéctica*, más precisamente a “Cuestiones de método”. Merleau-Ponty presenta la cuestión: “Sartre: un texto de la *Crítica de la razón dialéctica*, para ver, si como él dice, Marx es la filosofía insuperable, o un momento de la historia de la a-filosofía” (1996, p. 278).

A partir de este planteo, se abren una serie de divergencias nodulares entre los pensamientos de Sartre y de Merleau-Ponty. Ante todo, no habría una oposición radical entre Hegel y Kierkegaard, ni Marx sería una síntesis superadora de dicha oposición. Por el contrario, las obras de Hegel, Marx y Kierkegaard son pensadas como momentos dentro del despliegue mismo de la a-filosofía. La a-filosofía emerge como un hiato con respecto a la filosofía tradicional. No se trata de concebir la historia de la filosofía como momentos que superan a los momentos anteriores. Esto hace que pensadores como Hegel, Marx o Kierkegaard, el propio Nietzsche incluso, más allá de las diferencias inobjetables entre ellos, ninguno representa la superación del otro. Se trata, más bien, de distintas perspectivas, de diferentes planteos que transitan en paralelo tras la disolución de la filosofía tradicional.

Cuando se aboca a la exposición e interpretación de los textos de juventud de Marx, Merleau-Ponty señala que las críticas que se realizan al idealismo no deben ser comprendidas como “una suerte de positivismo según la cual la broma idealista es desprovista de sentido, sino como verdad de esta filosofía, en su forma mistificada” (Merleau-Ponty, 1996, p. 275). Merleau-Ponty observa que, para Marx, la filosofía, comprendiendo a esta bajo la forma del idealismo, es una de las formas alienadas de la existencia humana, de la misma manera que lo son la religión y la economía política. Sin embargo, es por esto mismo que tienen un valor: son la expresión de una circunstancia histórica determinada.

Si en los *Manuscritos de 1844*, Marx acusaba a los jóvenes hegelianos de desear que el mundo devenga en filosofía, esto se debía a que su planteo era el inverso. Merleau-Ponty lo señala de manera bien clara:

“Necesita más que el «mundo devenga en filosofía», que la filosofía devenga en el mundo” (1996, p. 323). Si bien algunos marxistas suponían aquella concordancia entre filosofía y praxis en un futuro incierto, ya en la introducción a *Signos* Merleau-Ponty señala que esa esperanza en un mundo futuro, y, por lo tanto, imaginario, iba en contra de lo planteado por el mismo Marx. “La apelación a un porvenir indefinido conserva la doctrina como manera de pensar en el momento en que encuentra obstáculos como manera de vivir. Lo cual es exactamente, según Marx, el vicio de la filosofía” (Merleau-Ponty, 1964, p. 15). Esta enunciación está, pues, dirigida a los marxistas contemporáneos que, al no ver realizada la unidad entre teoría y praxis en el presente, la proyectan como algo a darse en el futuro. En este aspecto, Merleau-Ponty señala que muchos seguidores de Marx incurren en la misma actitud que Marx criticaba de los jóvenes hegelianos.

Merleau-Ponty señala que las críticas de Marx van dirigidas a la escisión entre lo que sostiene la filosofía alemana y la realidad histórica que se encontraba atravesando realmente Alemania. Por un lado, la filosofía alemana era la única que estaba a la altura de las revoluciones que estaban sacudiendo a Europa; por otro, la situación económica, social y política de ese país se encontraba atrasada con respecto a Francia e Inglaterra. Merleau-Ponty dice que en Marx: “La filosofía se vuelve contra el mundo que ella critica (la realidad alemana atrasada), deviene en un lado del mundo, su relación con él es una relación de reflexión, tensión contra un otro” (1996, p. 329). Al devenir crítica del mundo, la filosofía no niega solo al mundo sino que, también, se niega a sí misma como filosofía separada. Sin embargo, al negarse a sí misma se realiza. Lo que era una forma alienada de la existencia humana se vuelve una forma de existencia verdadera, aunque ya no es más filosofía.

Siguiendo, en parte, los planteos de Husserl en la *Crisis de las ciencias europeas*, el fenomenólogo francés piensa la época contemporánea como una época de crisis, tanto en sentido teórico como en sentido práctico. En este aspecto, hay un punto de convergencia con Sartre. La crisis teórica y la crisis histórica se encuentran ligadas en una articulación dialéctica. Al igual que el autor de *La náusea*, Merleau-Ponty toma como referente de esta crisis la conversión del marxismo como dogma. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre ambos filósofos. Para el primero, como se ha señalado, la crisis del marxismo es la crisis del saber de nuestra época histórica. En cambio, para Merleau-Ponty, el problema del marxismo se encuentra ya en el propio Marx, más precisamente en el momento en que el pensador de Tréveris intenta instituir su obra como ciencia sistemática. La reconfiguración del pensamiento de Marx como pensamiento abierto al mundo es, para Merleau-Ponty, similar al de Hegel.

El pensamiento de Marx compartiría con Kierkegaard y con Hegel dos aspectos fundamentales: no tratarse de un pensamiento de sistema y concebir a la filosofía como algo que surge de una experiencia vital más profunda. Con respecto al hecho de que el pensamiento de Hegel no sea pensado como el “sistema de Hegel”, si bien puede resultar llamativo a primera vista, lo que ocurre es que Merleau-Ponty continúa manteniendo la misma posición que en su estudio sobre “El existencialismo en Hegel”: la *Fenomenología del espíritu* y las obras anteriores a ésta se diferencian de la *Ciencia de la Lógica* y de la *Enciclopedia* en tanto que no plantean un sistema filosófico acabado donde todas las contradicciones se resuelven en una síntesis última, sino que en ellas se expone que el saber se va realizando junto a la historia sin llegar ésta a ninguna realización final.

Merleau-Ponty opondrá el Hegel de 1807 con el posterior, al mismo tiempo que lo opondrá con las versiones de manual. El mismo Hegel sería un representante de esta anti-filosofía que, en un primer momento, puede pensarse como particularmente anti-hegeliana. Esta misma oposición entre un “primer Hegel” y un “segundo Hegel” es establecida también con respecto a Marx. Precisamente, Merleau-Ponty relaciona al Marx de la *Crítica a la Filosofía del Derecho* y de los *Manuscritos de 1844* con el Hegel de la *Fenomenología del espíritu*, mientras que compara al Marx de *El capital* con el Hegel de la *Lógica*. “Notablemente, el pasaje del joven Marx a *El capital* no será tanto el pasaje de la filosofía a la ciencia como el pasaje de la *Fenomenología* a la *Lógica*” (Merleau-Ponty, 1996, p. 325).

Esta frase representa una toma de posición de Merleau-Ponty con respecto a la discusión en torno al Marx “pre-marxista” de los textos de juventud y al Marx “marxista” del *El capital*. Lo que pasaría en el pasaje de un período a otro sería similar a lo que sucedía en Hegel: Marx dejaría atrás la comprensión de la filosofía como negación de la filosofía para establecer un sistema metafísico. Es interesante destacar la manera en que Merleau-Ponty ubica un momento de ruptura dentro de la obra de Marx que es el mismo que el realizado por Althusser con su reconocida teoría de la “ruptura epistemológica”. Sin embargo, la valoración entre un momento y otro es opuesta. Para Althusser, entre el Marx de los escritos de juventud y el Marx maduro, momento que se iniciaría con *La ideología alemana* y que llegaría a su punto con *El capital*, se produce una ruptura con la filosofía hegeliana, con el humanismo burgués y “con la ideología burguesa del mundo dominante, en el poder, y que reinaba no sólo sobre las prácticas sociales, sino también en las ideologías prácticas y teóricas, en la filosofía y hasta en las obras de la economía política y del socialismo utópico” (Althusser, 2008, p. 185). En cambio, para Merleau-Ponty, ese pasaje significa la transfiguración del pensamiento de Marx en modelo clásico de filosofía tradicional que

pierde la potencia de sus obras de juventud al desear instituirse como sistema filosófico-científico.⁷

Conclusión

Tanto para Sartre como para Merleau-Ponty, la filosofía no debe ser pensada de manera escindida del mundo histórico. En este aspecto, teoría y praxis se articulan en una relación dialéctica donde un elemento no puede ser disociado del otro. El hombre está en el mundo, involucrado en una situación, junto a otros hombres. A partir de ello, para ambos autores, la noción de compromiso se entrelaza con la acuciante preocupación por el marxismo como filosofía que busca no sólo interpretar el mundo, sino también transformarlo.

Desde este punto de convergencia, acontecen las divergencias entre los dos filósofos. Sus diferencias frente al denominado socialismo real son el correlato de una forma de comprender la filosofía que no se limita a la simple especulación teórica. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial, de la ocupación, del colaboracionismo, como así también la irrupción de la Revolución Rusa, su devenir en campos de concentración, y la emergencia de la Guerra Fría son acontecimientos frente a los cuales ni Sartre ni Merleau-Ponty permanecieron ajenos.

Dentro de ese complejo entramado histórico, el socialismo real se presentaba como el devenir mundo del pensamiento de Marx. Sartre y Merleau-Ponty siempre se opusieron a la escolástica marxista a pesar de sus diferencias políticas; sin embargo, la manera de repensar el marxismo en sus momentos de crisis fue muy distinta. Como se ha visto, Sartre intenta revivificar el marxismo al que considera la filosofía insuperable de su época atribuyéndole una denominación que no hubiera realizado en la década de los 40.

Por su parte, la posición de Merleau-Ponty difiere radicalmente. Si bien este autor considera al marxismo como una herramienta fundamental para la comprensión de la realidad, no piensa que este sea el “Saber” de nuestra época. Precisamente, Myriam Revault d’Allones (2001) señala que, frente a la tesis sartreana que hace del marxismo la filosofía real de nuestra época en tanto las condiciones que lo crearon no han sido superadas, Merleau-Ponty afirma al marxismo como un método de duda radical. Precisamente, a partir de su idea de a-filosofía, Merleau-Ponty

7. Sobre la cuestión en torno a la ruptura epistemológica resulta sumamente interesante el artículo de Pedro Karczmarczyk, “La ruptura epistemológica, de Bachelard a Balibar y Pêcheux” (2013) donde el autor expone el desarrollo del concepto a partir de su origen con Bachelard, su apropiación por parte de Althusser y los análisis posteriores por parte de los seguidores de este último.

revalida el momento negativo del pensamiento de Marx, es decir, como crítica del mundo. Y en este sentido, como se ha visto, piensa en paralelo la obra de Marx con la de Hegel, Nietzsche y Kierkegaard.

Si bien este debate ya posee más de cincuenta años, continúa vigente hoy día. La pregunta acerca del marxismo, de su estatus epistemológico, de su posibilidad de realización en la praxis, de los límites y alcances de su posible realización, de su posibilidad de ser una crítica o una alternativa integral al capitalismo, son preguntas que continúan realizándose en el campo de la filosofía, de la política y de la filosofía política.

Referencias

- Althusser, L. (2008). *La soledad de Maquiavelo*. Akal.
- Caeymaex, F. (2009). La *Critique de la raison dialectique*: une phénoménologie de la praxis. *Alter. Revue de Phénoménologie*, 17, 29-44.
- Cladakis, M. (2012). "Filosofía y a-filosofía: una aproximación a la lectura Merleau-pontyana del pensamiento de Hegel". *Investigaciones Fenomenológicas*, 9, 157-172.
- Desan, W. (1971). *El marxismo de Jean-Paul Sartre*. Paidós.
- Eiff, L. (2012). *Filosofía y política existencial: Merleau-Ponty, Sartre y los debates argentinos*. Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Gómez-Muller, A. (2008). *Sartre. De la náusea al compromiso*. Siglo del Hombre.
- Karczmarczyk, P. (2013). "La ruptura epistemológica, de Bachelard a Balibar y Pêcheux". *Estudios de Epistemología*, 10, 9-33.
- Lukács, G. (1985). *Historia y conciencia de clase*. Grijalbo.
- Marx, K. (2014). *Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel*. Pretextos.
- Mazora, M. (2017). *Marx, discípulo de Engels*. Universidad Nacional de San Martín.
- Merleau-Ponty, M. (1956). *Humanismo y terror*. Leviatán.
- Merleau-Ponty, M. (1957). *Las aventuras de la dialéctica*. Leviatán.
- Merleau-Ponty, M. (1969). *Filosofía y lenguaje*. Proteo.
- Merleau-Ponty, M. (1977). *Sentido y sinsentido*. Península.
- Merleau-Ponty, M. (1964). *Signos*. Seix Barral.
- Merleau-Ponty, M. (1994). *Fenomenología de la percepción*. Planeta-Agostini.
- Merleau-Ponty, M. (1996). *Notes des cours au Collège de France. 1958-1959 et 1960-1961*. Gallimard.
- Merleau-Ponty, M. (2000). *Parcours deux, 1951-1961*. Verdier.
- Sartre, J.P. (1949). *Situations III*. Gallimard.
- Sartre, J.P. (1965a). *Historia de una amistad*. Nagelkop.
- Sartre, J.P. (1965b). *La república del silencio*. Losada.
- Sartre, J.P. (1966). *Problemas del marxismo 1*. Losada.
- Sartre, J.P. (1979). *Sartre por él mismo*. Losada.
- Sartre, J.P. (1988). *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Sur.

Sartre, J.P. (2003). *¿Qué es la literatura?* Losada.

Sartre, J.P. (2004a). *Problemas del marxismo II*. Losada.

Sartre, J.P. (2004b). *Crítica de la razón dialéctica*. Losada.

Revault d'Allonnes, M. (2001). *La chair du politique*. Michalon.

Rodríguez García, J.L.(2004). *Jean Paul Sartre. La pasión por la libertad*.
Bellaterra.

TRAMAS:

**Cooperativismo e izquierdas
en la primera mitad del siglo XX**

El Partido Socialista y El Hogar Obrero. Un análisis de las primeras experiencias cooperativas en el cambio de siglo

María Natalia Rabasa

Universidad de Buenos Aires, Argentina - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas -
Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas
mnrabasa@gmail.com
ORCID: 0000-0002-1423-2000

Título: The Socialist Party and “El Hogar Obrero”. An analysis of the first cooperative experiences at the turn of the century

Resumen: El artículo examina los antecedentes, la fundación y las primeras acciones de la cooperativa El Hogar Obrero (EHO), fundada en 1905 por impulso de Juan B. Justo y otros miembros del Partido Socialista (PS). Procuramos rastrear la lenta conformación del ideario cooperativo del PS desde sus orígenes; analizamos el escenario en el que se constituyó EHO y examinamos sus primeros proyectos llevados a cabo, así como sus alcances y limitaciones. Ello lo hacemos, principalmente, a través de *La Vanguardia*, órgano oficial del PS, así como con fuentes propias de la cooperativa como estatutos, actas de asamblea y de directorio y su publicación *La Cooperación Libre*.

Palabras claves: El Hogar Obrero – Partido Socialista – cooperativismo

Abstract: The article addresses the antecedents, the foundation and the first actions of the cooperative “El Hogar Obrero” (EHO), founded in 1905 at the impulse of Juan B. Justo and other members of the Socialist Party (PS). We attempt to trace the gradual formation of the cooperative ideology of the PS from its origins. We explore and analyse the scenario in which EHO was established,

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.324>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

its first projects carried out, as well as its scope and limitations. We achieve this, mainly, through *La Vanguardia*, the official organ of the PS, as well as with the cooperative's own sources such as statutes, minutes of assembly and board of directors, and its publication *La Cooperación Libre*.

Keywords: El Hogar Obrero – Socialist Party – cooperativism

Recepción: 25 de marzo de 2021. **Aceptación:** 3 de julio de 2021

* * *

En junio de 1896 se constituyó el Partido Socialista (PS) argentino, coronando así un proceso organizativo que se había iniciado casi una década atrás. Al poco tiempo, Juan B. Justo se hizo de la conducción del partido y comenzó un lento e incesante camino en el que buscó imprimirle su orientación programática. Consolidado como una alternativa moderada y progresista, el PS apuntó al “perfeccionamiento de las instituciones democráticas, el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases subalternas y la modernización del país” (Camarero, 2015). A poco de su creación el partido estableció que la lucha socialista se debía dar en tres áreas: la política, la gremial y la cooperativa.

Por impulso de Justo y otros dirigentes del PS, el 30 de julio de 1905 se fundó una cooperativa de crédito y edificación a la que denominaron El Hogar Obrero (EHO). Por trayectoria y longevidad puede ser considerado el proyecto cooperativo de mayor envergadura llevado adelante por el Partido Socialista. A pesar de su importancia, ha sido escasamente abordado por la historiografía. Las primeras elaboraciones sobre su historia han sido escritas por personalidades de EHO y, aunque acríticas, ofrecen una reconstrucción pormenorizada del itinerario de la cooperativa (Repetto, 1976; Carracedo, 1980). El trabajo de Verónica Ronchi (2016) se constituye como la primera historia institucional de EHO realizada desde un ámbito académico, donde se prioriza la exposición de datos por sobre el análisis. Anahí Ballent (2014) realizó un estudio sobre los proyectos habitacionales entre su fundación y 1941, a través de un análisis global que entrecruza vivienda y ciudad. Por su parte, el PS ha sido abordado desde múltiples perspectivas, tales como su acción política (Wellhofer, 1975; Walter, 1977; Adelman, 1989; Martínez Mazzola, 2008; Poy, 2020); su vínculo con el movimiento obrero (Horowitz, 2004; Iñigo Carrera, 1996; Camarero, 2015; Tortti, 1989; Ceruso, 2017); la experiencia cultural y educativa (Barrancos, 1991; Becerra, 2003); sus intelectuales (Graciano, 2015); el rol de las mujeres dentro del partido (Barrancos, 2005; Palermo, 2018), entre tantos otros puntos de análisis, pero donde el cooperativismo, a pesar de ser central en el despliegue del PS, aún no ha sido abordado en profundidad sino tangencialmente. El

trabajo de Carlos Herrera (2016), centrado en el período 1945-1955, es de los pocos que examina el PS desde sus tres esferas de acción.

El presente trabajo, que pretende encarar lo que consideramos una vacancia historiográfica, tiene por objeto analizar los inicios de El Hogar Obrero en el marco del proyecto socialista. Para ello es necesario reconstruir cómo se forjó al interior del PS el ideario cooperativo e indagar sobre los ensayos previos a EHO. Por lo tanto, nuestro recorte temporal abarca desde los años previos a la fundación del Partido Socialista hasta entrada la década de 1910.

¿Cómo se constituyó la doctrina cooperativa del PS? ¿En qué escenario se fundó EHO? ¿Qué alcances y limitaciones tuvo la cooperativa en los primeros años de existencia? ¿Cuál fue el vínculo que se tejió entre el PS y EHO? Para nuestra investigación, guiada por estas preguntas, nos serviremos, principalmente, de fuentes como *La Vanguardia*, órgano del PS, documentos propios de EHO como estatutos, actas de asamblea y de directorio, y su publicación oficial, *La Cooperación Libre*, entre otras.

Los inicios cooperativos del Partido Socialista

Juan B. Justo se interesó tempranamente por el cooperativismo, doctrina que estaba en boga entre los socialistas europeos a fines del siglo XIX. Si bien habría que esperar al Congreso de Copenhague de 1910 para que la Segunda Internacional¹ abordara profundamente este tópico, lo cierto es que ya era un tema contemplado en la Asociación Internacional de Trabajadores y discutido por las corrientes socialistas incluso con anterioridad. Como hombre vinculado al movimiento socialista internacional (Aricó, 1999), Justo se encontraba al corriente de algunas experiencias cooperativas, tanto locales² como extranjeras, y también de sus principales exponentes europeos, tales como Robert Owen, Louis Blanc, Charles Fourier, entre tantos otros.

Su temprana atracción por el cooperativismo se plasmó en algunos escritos publicados en *La Vanguardia* antes de la fundación del PS. En su primer artículo sobre este tema, que data de 1894, se limitó a reproducir algunos datos sobre dos cooperativas en particular, una italiana y otra belga, las cuales, desde su perspectiva, probaban los beneficios de

1. Sobre el debate en torno a las cooperativas en el Congreso de Copenhague, ver Vandervelde (1913), Lenin (1977).

2. En el último cuarto del siglo XIX, se desarrollaron varias experiencias cooperativas en Argentina, fundadas en su mayoría por inmigrantes. De tinte socialista, podemos nombrar dos: la Cooperativa de Pan, iniciada por alemanes en 1888 y la Cooperativa de Consumo, creada por un grupo de emigrados franceses en 1885. Ambas tuvieron una corta vida (Repetto, 1944).

este tipo de sociedades, ya que mejoraban las “condiciones materiales de vida del obrero” y permitían “emplear y desarrollar sus aptitudes para la asociación y la cooperación voluntaria e inteligente”.³ Al año siguiente realizó un viaje a Europa que le permitió tener una visión de primera mano de los avances y las características del movimiento cooperativo. En su recorrido procuró conocer las experiencias socialdemócratas siendo Bélgica el país que, desde la óptica de Justo, había alcanzado el mayor desarrollo en este aspecto. La *Vooruit* de Gante y la *Maison du Peuple* de Bruselas, ambas adheridas al Partido Obrero Belga (POB), eran la prueba de la potencia cooperativa: además de ser “grandes escuelas de asociación y administración”,⁴ eran provechosas para el partido, puesto que traccionaban asociados a sus filas “que de otro modo no ingresarían a él”⁵ y destinaban parte de las utilidades a propaganda partidaria. A la vez, los tres diarios del POB habían sido fundados y sostenidos por la cooperativa de Gante y por *La Presse Socialiste*, rama de la *Maison du Peuple*.⁶ El socialismo belga se presentaba como un modelo ejemplar donde el ala cooperativa, además de los múltiples beneficios para la clase trabajadora, servía directamente a los fines del partido.

Durante el congreso fundacional del Partido Socialista, Justo pronunció el discurso en nombre del Comité Ejecutivo. En un pasaje de su exposición resaltó la necesidad de observar el devenir de los partidos socialistas europeos a fin de aprovechar la experiencia acumulada. En ese sentido, comparó los casos de Inglaterra, Alemania y Bélgica:

En la primera empezó como movimiento gremial, y así conserva siendo esto una de las causas de su estancamiento y de atraso; en Alemania predominó el carácter político del movimiento, y en esa forma ha adquirido gran desarrollo; en Bélgica, donde empezó después, al carácter gremial y político, se agrega desde un principio el elemento cooperativo, y en esta forma llega a adquirir una importancia relativa mayor que en cualquier otra parte.⁷

El arquetipo belga presentaba un equilibrio entre el desarrollo político y gremial, a la vez que adicionaba el elemento cooperativo, superando

3. “Cooperativas obreras: dos buenos modelos”, *La Vanguardia*, 3 de noviembre de 1894, p. 1.

4. “Cooperativas socialistas”, *La Vanguardia*, 26 de octubre de 1895, p. 1

5. “Cooperativas socialistas”, *La Vanguardia*, 26 de octubre de 1895, p. 1

6. “Las cooperativas socialistas”, *La Vanguardia*, 2 de noviembre de 1895, p. 2.

7. “El Primer Congreso Socialista Obrero Argentino. Primera sesión”, *La Vanguardia*, 4 de agosto de 1896, p. 1.

al caso inglés y al alemán. Lo cierto es que el POB era una federación de organizaciones socialistas, secciones sindicales y cooperativas de consumo (Kriegel, 1986); y si bien eso no era exactamente lo que quería replicar, Justo reparaba en que aquella experiencia le permitiría posicionar la organización partidaria con tres esferas de acción.

Las ideas sobre cooperativismo, que hasta el momento se encontraban dispersas en breves artículos, fueron sintetizadas y explicadas con mayor detenimiento por Juan B. Justo en una conferencia realizada en diciembre de 1897. Allí mostró una conformación más acabada de su doctrina que, aunque no estaba exenta de contradicciones, se constituyó como “la primera teorización justista” sobre el tema (Herrera, 2016, p. 100). En aquella disertación expuso los principios básicos del cooperativismo, recapituló los aportes de sus grandes teóricos y repasó las experiencias europeas. A la vez, diferenció las cooperativas de producción de las de consumo, inclinándose por estas últimas ya que eran más viables por no requerir ni grandes capitales ni extensos estatutos. En palabras de Justo, las cooperativas de consumo eran

una manifestación más elocuente aún del poder económico de la clase obrera. Ellas mejoran el modo de vivir de los asociados, aceleran la evolución industrial, suprimiendo los pequeños productores y comerciantes, educan a los cooperadores y son al mismo tiempo una prueba de su educación.⁸

Por otro lado, si bien insistió en que era necesario desplegar los tres campos de acción, afirmó que la cooperación no reemplazaba la acción gremial y política. De hecho, entre ellos se establecería una interrelación: por ejemplo, el ámbito cooperativo debía ser defendido con acción política.⁹ Distanciándose del modelo belga que había exaltado dos años atrás, Justo planteó que era un error enlazar la cooperación a los fines del partido, tal como hacía la *Maison du Peuple*, que explicitaba en la libreta de cada cooperador que la sociedad era “un grupo político socialista”. En ese sentido, sentenció: “No nos dejemos cegar por preocupaciones de partido, ni engañar por los mirajes de la utopía. Hagamos cooperación por la cooperación misma, sin propósitos partidistas”.¹⁰

En suma, en el breve período transcurrido entre 1895 y 1897 Justo forjó una primigenia conceptualización del cooperativismo que se amoldaba a la forma en la que él pretendía que tuviese el PS, un partido centrado en la acción política, que en su lógica equivalía a acción par-

8. “Cooperación obrera. Continuación”, *La Vanguardia*, 29 de enero de 1897, p. 2.

9. “Cooperación Obrera”, *La Vanguardia*, 15 de enero de 1898, p. 1.

10. “Cooperación obrera. Continuación”, *La Vanguardia*, 29 de enero de 1897, p. 2.

lamentaria, y donde las otras acciones serían subsidiarias de aquella. Esas ideas estaban atravesadas por ciertas contradicciones, entre las que se destaca la más palpable: si el partido tenía que intervenir en tres áreas de acción, pero a la vez el cooperativismo no debía tener propósitos partidarios, ¿qué vínculo se establecería entre la acción cooperativa y la acción política? ¿Cuál sería, a su vez, la relación que se forjaría con el tercer plano, es decir, el gremial?

En aquel período inicial, el partido llevó adelante dos proyectos cooperativos: la Cooperativa de Publicaciones (CP) y la Cooperativa Obrera de Consumo (COC). La primera fue fundada en 1896, apenas unos días antes del congreso constituyente del Partido Socialista. Inspirada en la práctica belga, la CP surgió del impulso de Juan B. Justo y Augusto Kühn, con el propósito de crear una sociedad que respondiera a los fines del partido e imprimiera, principalmente, *La Vanguardia*. El reglamento de *La Presse Socialiste* de Bruselas se tomó de ejemplo, y fueron Justo, Kühn y Juan Schaefer los encargados de redactar uno propio. Nació así la Cooperativa de Publicaciones con un doble objetivo: adecuar los bienes con los que se producía *La Vanguardia* al proceso de institucionalización partidaria (Buonuome, 2014, p. 39) y fomentar la difusión de obras y periódicos socialistas.¹¹

Por otro lado, y en consonancia con las ideas promulgadas en la conferencia de 1897, por iniciativa de Justo se fundó en 1898 la COC. El estatuto de esta nueva sociedad demostraba la completa adhesión a los principios rochdalianos:¹² se determinaba la incorporación voluntaria de los asociados; el capital de la cooperativa se formaría con las acciones de sus socios; cada socio representaría un voto; habría neutralidad política y religiosa; las compras se harían al contado, sin incorporar el crédito. Desde las páginas de *La Vanguardia* se celebró el surgimiento de la COC afirmando que constituía uno de los primeros pasos para materializar las ideas presentes entre ellos hacía años y se invitó a todo trabajador que tuviese la posibilidad económica a asociarse cuanto antes “en bien de sí mismo, de su familia y de la clase trabajadora en general”.¹³ La Cooperativa Obrera de Consumo inició sus ventas en diciembre de aquel año, y si bien la lista de productos ofrecidos era muy escueta, lentamente se fue ampliando.¹⁴ Únicamente los socios podían comprar

11. “Cooperativa de Publicaciones”, *La Vanguardia*, 20 de junio de 1986, p. 1.

12. En 1844 veintiocho tejedores de la localidad inglesa de Rochdale fundaron una cooperativa de consumo llamada *Rochdale Equitable Pioneers Society*. Allí se establecieron unos principios básicos que luego se convertirían en la base del movimiento cooperativo moderno.

13. “Cooperativa de Consumo”, *La Vanguardia*, 13 de octubre de 1898, p. 1.

14. Cuando abrió sus puertas, la COC vendía yerba, aceite italiano, kerosene, arroz,

allí y las transacciones se realizaban unos pocos días a la semana en horario nocturno. La sociedad funcionó en la calle México 2070, sede del Centro Socialista Obrero, donde también se localizaban la Asociación Obrera de Socorros Mutuos, la Biblioteca Obrera, la redacción, imprenta y administración de *La Vanguardia*, y varias sociedades de ebanistas, tejedores, escultores, entre otros.

En paralelo al surgimiento y consolidación de la COC, la Cooperativa de Publicaciones evaluaba cómo continuar sus actividades. En 1899 reformó sus estatutos y abandonó su adhesión al PS. Este quiebre con el partido se debía a la necesidad de obtener el reconocimiento legal: “pues sin la personería jurídica esta no tendría facilidad ni seguridad de sus operaciones, y es sabido que, si aparece ligado al Partido Socialista o a las ideas, le será imposible hacerse autorizar por el Estado como sociedad anónima”.¹⁵ De todas maneras, la ruptura del vínculo fue de tipo formal, ya que tanto las convocatorias a asambleas como sus publicidades continuaron apareciendo en *La Vanguardia*. Incluso, cuando se disolvió a finales de 1901, la CP decidió traspasar sus activos al PS, invitó a los asociados a ceder sus acciones al partido y el capital existente se donó en partes iguales al consultorio médico del Centro Socialista Obrero y a la biblioteca obrera.¹⁶ En los pocos años que funcionó, la cooperativa imprimió *La Vanguardia*, *El Pintor*, *L’Emigrato* y *ABC del Socialismo* (Oddone, 1983, p. 277).

Por aquel entonces la Cooperativa de Consumo no corría mejor suerte. Poco tiempo atrás se habían propuesto diversas opciones para ampliar las ventas, tales como el pago de viáticos para aquellos socios que viviesen lejos o el reparto a domicilio. Nicolás Repetto, en nombre del Centro Socialista Norte, propuso reforzar el carácter socialista de la cooperativa y, en esa línea, se invitó a todos los centros socialistas a tomar acciones de la COC. A la vez, más cercano al modelo belga, se propuso destinar el 3% de las ganancias brutas a la caja del PS, para propaganda. A pesar de los grandes esfuerzos, en 1902, con apenas trece socios presentes, se votó la disolución de la Cooperativa Obrera de Consumo. La comunicación en *La Vanguardia* la firmó Máximo Schulze, quien unas semanas atrás había informado el mismo destino que había tenido la Cooperativa de Publicaciones.

La puesta en práctica había ayudado a los socialistas a definir su cuerpo de ideas sobre cooperativismo y a ganar experiencia en ese te-

sal fina y gruesa. A la semana sumó aceite nacional, café molido, chocolate, jabón y garbanzos. Al año siguiente la lista ya incluía distintas marcas de galletitas, harina, dulce de membrillo, velas, fideos, porotos chilenos y distintos tipos de cafés.

15. “Cooperativa de Publicaciones”, *La Vanguardia*, 29 de julio de 1899, p. 3.

16. “La Cooperativa de Publicaciones”, *La Vanguardia*, 11 de enero de 1902, p. 2.

rreno, que volcarían años después en una cooperativa exitosa, con una vida casi centenaria, como fue El Hogar Obrero.

La fundación de El Hogar Obrero y el debate cooperativo en el mundo gremial

Tras la disolución de la CP y la COC, el tema cooperativo seguía en agenda. En el VI Congreso del Partido Socialista, realizado en 1904, se resolvió “declarar necesario fomentar la propaganda en pro de las cooperativas”.¹⁷ En esa línea, el PS difundió algunos proyectos a través de *La Vanguardia*, como el ideado por la Asociación de Socorros Mutuos para producir pan,¹⁸ y también acompañó o brindó algún tipo de ayuda, como a la Cooperativa de Obreros Herradores, quienes utilizaron las instalaciones del local de México 2070 para vender sus acciones.¹⁹

Promediando el mes de julio de 1905, unos veinte afiliados del PS se reunieron con la iniciativa de adquirir un local para el partido, pero también para *La Vanguardia*, la Unión General de Trabajadores y la Cámara de Trabajo. Se acordó constituir una sociedad titulada “Casa del Pueblo” y se comenzaron a reunir fondos en vistas de iniciar las acciones necesarias para adquirir un establecimiento propio. Se convocó a una asamblea para el día 30 de julio, en horario nocturno, en la sede partidaria de la calle México. En ella se daría lectura a los estatutos revisados por Enrique Del Valle Iberlucea y se nombraría al primer directorio que se encargaría de expandir la “empresa proletaria”.²⁰

La agenda socialista había fijado otra asamblea para aquella fecha, en horario de la tarde, a realizarse en el local del Círculo Artístico, situado en el centro porteño. Esta tenía como finalidad la fundación de una cooperativa de préstamos y construcción, proyecto que había sido presentado a principio de mes desde *La Vanguardia* como la idea de “un grupo de ciudadanos” preocupado por el problema de la vivienda y con la convicción de “hacer socialismo práctico”.²¹ Juan B. Justo fue el gran impulsor de esa asamblea, y junto a Nicolás Repetto, Ángel Giménez, Enrique Dickmann y otros quince hombres vinculados al PS fundaron una cooperativa que bautizaron El Hogar Obrero. El objetivo de esta nueva sociedad era brindar, a través del esfuerzo mancomunado de sus

17. “Sexto Congreso del Partido Socialista. Tercera sesión”, *La Vanguardia*, 2 de julio de 1904, p. 2.

18. “Cooperativa en proyecto”, *La Vanguardia*, 11 de junio de 1904, p. 2.

19. “Cooperativa de Obreros Herradores”, *La Vanguardia*, 18 de junio de 1904.

20. “Pro-Casa del Pueblo”, *La Vanguardia*, 29 de julio de 1905, p. 1.

21. “Cooperativa de construcción”, *La Vanguardia*, 1 de julio de 1905, p. 2.

asociados, una respuesta a uno de los problemas más acuciantes para la clase trabajadora: la vivienda.

En la asamblea, presidida por Repetto, fue Justo el que tomó la palabra y explicó la utilidad de formar una cooperativa que proporcionase créditos y edificase hogares para aquellas personas que pudieran realizar pequeños ahorros. Serían tres las operaciones que realizarían: prestar dinero para edificación, con garantía hipotecaria; comprar terrenos y construir casas para luego venderlas o rentarlas; prestar dinero a los socios en casos especiales (Repetto, 1976, p. 18). El proyecto de estatuto, discutido y aprobado en aquella reunión, no hacía mención alguna al Partido Socialista: ni adhesión partidaria ni destino de utilidades.

Con EHO ya fundado se desarrolló la mencionada asamblea de la Casa del Pueblo. Adrián Patroni explicó las decisiones que se habían tomado en aquella reunión:

Creímos oportuno en la asamblea llevada a cabo el domingo a la noche para los trabajos pro-Casa del Pueblo dar por disuelta la sociedad en cuestión aconsejando a sus adherentes y a la clase obrera en general se inscriban como socios de El Hogar Obrero, toda vez que esta asociación –si así lo manifestara gran número de sus accionistas– se interesará en la construcción de un gran local para las organizaciones obreras, ya que hallaría en ello un medio de tener una buena renta, prestando a la vez un señalado servicio a la clase trabajadora. Los presentes en aquella asamblea así lo resolvieron incorporándose en el nuevo organismo cooperativo.²²

El proyecto de la Casa del Pueblo, tal vez ideado originalmente con una impronta más vinculada al partido, quedaba trunco o en el mejor escenario postergado. La nueva cooperativa formada por cuadros del PS, pero sin adherencia explícita al partido, lo había absorbido.

Cuando El Hogar Obrero se dispuso a comenzar con sus primeras acciones tuvo que hacer frente a un gran obstáculo. Aquel año se había aprobado en la Cámara de Diputados un proyecto de ley que establecía que toda sociedad por acciones, incluidas las cooperativas, debían pagar una patente anual cuyo monto oscilaba entre los \$1.000 y los \$7.000. En ese escenario, los socios Repetto y Patroni se entrevistaron con el presidente de la Comisión de Hacienda del Senado para solicitarle la modificación de la patente. Sin un resultado favorable, en septiembre de 1905 se envió una carta a la comisión de presupuesto del Senado en la que se explicitaba que El Hogar Obrero era “una verdadera institución

22. “Pro-Casa del Pueblo. Cooperativa de préstamos y construcción «El Hogar Obrero», *La Vanguardia*, 5 de agosto de 1905, p. 1.

popular creada por y para gente laboriosa y modesta”,²³ en la que cada uno aportaba en beneficio del bien común, siendo las patentes una prohibición a su desarrollo, como también ocurriría con otras cooperativas obreras. Las argumentaciones fueron desoidas.

Como ya lo había anticipado Justo años atrás, la cooperación debía ser defendida en el terreno político. En julio de 1906 Alfredo Palacios presentó un proyecto de ley para eximir a las cooperativas del pago de patentes. En su discurso en la Cámara de Diputados repasó los grandes beneficios del cooperativismo, con gran presencia en países como Bélgica, Inglaterra, Francia, Suiza y Alemania. El objetivo de su exposición era emparentar el funcionamiento de las cooperativas obreras con los valores del progreso y el desarrollo imperante en “las naciones más adelantadas del mundo”, mientras que en Argentina:

Solo tenemos empresas equívocas, demasiado turbias, casas trampas, donde los incautos depositan los ahorros que han de enriquecer a los iniciadores del negocio. [...] en Inglaterra, en Bélgica, en Estados Unidos, etc., las cooperativas que no ofrecen ganancias a los especuladores, que no aseguran situaciones privilegiadas a los iniciadores, están exentas de impuesto de patente. Las leyes de esos países favorecen la implantación de las cooperativas obreras [...] Modificar nuestra ley de patentes, en este punto, es progresar, incorporándonos al movimiento civilizador de otros países que favorecen la asociación de obreros en instituciones realmente populares.²⁴

En definitiva, para el Partido Socialista el cooperativismo aparejaba, por lo menos, dos grandes beneficios: por un lado, una mejora material para la clase trabajadora; por otro, funcionaría como una herramienta civilizadora, que ayudaría al progreso y a la modernización del país.

Finalmente, el proyecto fue aprobado en enero de 1907 y a partir de entonces se exceptuaron del pago de patentes a las sociedades cooperativas que no tuviesen capital preferido y que no asegurasen en su administración a los iniciadores.²⁵ Con ese obstáculo superado, el paso siguiente fue conseguir la personería jurídica de la sociedad, que se obtuvo gracias a los trámites llevados a cabo por Mario Bravo. En junio

23. “Pro-Hogar Obrero”, *La Vanguardia*, 22 de septiembre de 1905, p. 1.

24. “Por las cooperativas obreras. Discurso del diputado Palacios”, *La Vanguardia*, 26 de julio de 1906, p. 1.

25. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados 1906*. Tomo II: *Sesiones Extraordinarias*, Talleres Gráficos de la Penitenciaría, 1907, p. 1185.

de aquel año, a casi dos de haber sido fundado, EHO se encontraba en condiciones de iniciar sus actividades.

El PS avanzaba en su despliegue cooperativo en un escenario en el que la temática distaba de ser ajena al movimiento obrero. Por caso, la Federación Obrera Argentina (FOA), que había surgido en mayo de 1901 con presencia anarquista y socialista, abordó esta temática en su II Congreso desarrollado en abril de 1902. Fue allí donde se produjo el quiebre entre ambas corrientes, siendo los socialistas quienes abandonaron el congreso. Con los votos anarquistas, se acordó recomendar la creación de cooperativas de consumo ya que suprimían los intermediarios que “explotan y envenenan”, mientras que las cooperativas de producción “solo deben aceptarse como medio accidental de defensa”.²⁶ Por pedido de varios integrantes de la federación, en *La Organización Obrera*, órgano de la FOA, se habilitó una sección para discutir sobre el tema cooperativas.²⁷

Tras la fundación de la Unión General de Trabajadores (UGT), central opositora a la FOA, orientada por dirigentes de filiación socialista, pero con fuerte presencia de los que luego engrosarían las filas del sindicalismo revolucionario,²⁸ esta se posicionó a favor de las cooperativas a partir de su III Congreso, desarrollado en agosto de 1905, unos pocos días después de la fundación de EHO. Allí se consideró que “las instituciones de cooperación socialista son las más excelentes escuelas administrativas en que pueda adquirir la clase trabajadora la necesaria competencia para gestionar un día sus propios intereses con completo conocimiento de causa” y, a la vez, proporcionaban a los trabajadores “beneficios de orden material, y positivos tales como condiciones mejores de trabajo y seguridad, difíciles de obtener en los talleres de propiedad privada”. Por lo tanto, resolvió:

Incitar a los trabajadores organizados a la implantación de cooperativas de molde socialista en aquellos gremios industriales en que el proyecto sea de factible realización, con el objeto de mejorar las condiciones de trabajo e intensificar nuestra propaganda, procurando excluir de ellas todo sentimiento de estrecho corporativismo; y reclamar de las asociaciones adheridas a la Unión el estudio de un plan a realizarse de cooperativa socialistas de consumo y de producción de artículos de primera necesidad para utilidad entera de la clase trabajadora argentina

26. “2° Congreso gremial de la Federación Obrera Argentina”, *La Organización Obrera*, abril de 1902, p. 2

27. “Sobre cooperativas”, *La Organización Obrera*, septiembre de 1902, p. 2.

28. Sobre la fundación de la UGT y los vínculos con el PS, ver Belkin (2020).

y que puedan en momentos críticos de la lucha contribuir a robustecer su resistencia al capitalismo.²⁹

Por su parte, la FOA tomó una postura crítica al cooperativismo en su III Congreso, de 1903, calificando tanto a las cooperativas de consumo como a las de producción como “perjudiciales a la clase trabajadora” porque fomentaban la ambición (Bilsky, 1985, p. 202). De todas formas, el rechazo se tornó más categórico en 1906, durante el VI Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), llamada así desde 1904 y estatutariamente afín al comunismo anárquico desde 1905:

Considerando que las cooperativas, por ser obras de acumulación, son contrarias a la acción de los obreros; que el mayor éxito de estas equivale a un alto mejoramiento económico de los cooperativistas, son contrarias al principio de la emancipación de los trabajadores, puesto que la acción de estos dentro de las cooperativas es velar por la conservación de sus capitales y puesto que esa defensa de interés es un egoísmo puramente burgués y no la emancipación del capital [...]. El 6° Congreso declara: Puesto que el éxito de los cooperativistas es la derrota de los proletarios; puesto que, cuando triunfan, son instituciones burguesas que aceptan la ley y a ella recurren para perseguir a sus deudores, descuentan giros de dinero, colocan sus capitales y especulan en sus empresas terminando con ser un verdadero enemigo del proletariado, recomiéndase a todas las sociedades que combatan por todos los medios la implantación de cooperativas (Bilsky, 1985, p. 221).

En un contexto donde el cooperativismo era un eje de debate en el movimiento obrero, pero también en el PS, El Hogar Obrero se encontraba en condiciones de comenzar a operar. Se daba inicio así a una cooperativa que empezaría a crecer en proyectos y asociados, hasta posicionarse, varias décadas después, como una de las empresas argentinas más importantes en término de volumen de negocios (Ronchi, 2016).

El cooperativismo como solución. Las primeras acciones de El Hogar Obrero

A principios del siglo XX, el paisaje porteño combinaba desde fabulosas mansiones de estilo francés hasta suntuosas obras arquitectónicas

29. “Cooperativas”, *La Unión Obrera*, septiembre de 1905, p. 5.

con cientos de conventillos donde vivían miles de familias obreras.³⁰ Como es conocido, desde el último tercio del siglo XIX este tipo de vivienda precaria devino en una de las formas de habitación más extendidas en la ciudad, en un marco de enorme crecimiento demográfico. El hacinamiento, la falta de aire y luz y los materiales utilizados transformaban a estos lugares en focos de enfermedades infectocontagiosas (Armus, 2007), algo que los socialistas, desde una mirada higienista, observaron con preocupación.³¹ Como señala James Scobie (1977), otra parte de la población porteña habitaba en pensiones, departamentos pequeños o casas que albergaban a más de una familia, donde las condiciones de vida generales no distaban demasiado de las del conventillo. Ante esta problemática, existieron algunos proyectos estatales para construir viviendas destinadas a trabajadores, aunque no llegaron a representar una respuesta significativa, incluso otros tantos nunca se realizaron. Los socialistas estaban informados al respecto, y desde *La Vanguardia* lanzaban críticas y sospechas.³² Este era el escenario en el que El Hogar Obrero alegaba intervenir.

Una vez habilitada para operar, la cooperativa empezó a buscar terrenos en remates públicos en vistas de construir viviendas rápidamente. A mediados de 1907, una comisión designada por el directorio compró cuatro lotes en el actual barrio porteño de Villa Luro, donde se proyectó levantar cuatro casas, una con tres dormitorios y las restantes con dos. Por reglamento, las casas se venderían al mejor postor, tomando como base su costo³³ y en este caso los valores de referencia fueron entre \$5.000 y \$6.900.³⁴ Para acceder a una, el socio debía tener el 10% del valor de la propiedad en el capital social y pagar una mensualidad cercana a los \$60.

Mientras EHO se encontraba construyendo ese pequeño grupo de viviendas, se estaba desarrollando en la ciudad de Buenos Aires la llamada huelga de inquilinos. Si bien el PS reconoció como válido el reclamo, se distanció de la estrategia. Esta concepción no era nueva, pues ya en 1897 ante una posible huelga de este estilo, desde *La Vanguardia* se

30. Para un análisis de la ciudad de Buenos Aires hacia el cambio de siglo ver Lier-nur, 2014.

31. Uno de los socialistas higienistas más destacados que formó parte del núcleo fundacional de EHO fue Ángel Giménez. Obtuvo su título de médico luego de defender su tesis en 1901, titulada “Consideraciones sobre higiene del obrero en Buenos Aires”.

32. “Casas para obreros. Que no las hagan la municipalidad ni el gobierno” *La Vanguardia*, 31 de enero de 1909, p. 1; “La habitación económica e higiénica. Será del pueblo o no será” *La Vanguardia*, 3 de febrero de 1909, p. 1.

33. Art. 32, Reglamento de El Hogar Obrero, 1907.

34. “El Hogar Obrero”, *La Vanguardia*, 24 de noviembre de 1907, p. 2.

afirmaba que era “un grave error confundir la relación inquilino-propietario con la de obrero-patrón”.³⁵ Diez años después mantenían una postura similar, advirtiendo que el origen de los precios exorbitantes por habitaciones antihigiénicas era la falta de oferta de casas accesibles para obreros. Bajo su seudónimo Rienzi, Enrique Dickmann señalaba:

Faltan casas. Tal es el mal. Hay que construir muchas viviendas cómodas y baratas. Tal es el remedio. Hay que estimular y fomentar por todos los medios la edificación de casas para obreros, o para hombres, como alguien dijo. Y no cabe duda de que no pagando el alquiler y dañando a la propiedad, rompiendo puertas y ventanas, no se fomenta la edificación de nuevas casas. Todo lo contrario. [...] Las cooperativas de edificación son eficacísimas para realizar una parte del ideal. Construir casitas para que sean habitadas por los mismos socios y con el alquiler ir amortizando el valor de la propiedad es contribuir eficazmente a la solución del problema. En ese sentido “El Hogar Obrero” es un modelo y es un ejemplo. Ojalá se multiplicaran y difundieran esta clase de instituciones.³⁶

Así, EHO se presentaba como una solución frente a los problemas tanto estructurales como coyunturales de la clase trabajadora.

Los anarquistas, principales protagonistas de la huelga de inquilinos, rechazaron la postura socialista y criticaron fervientemente el cooperativismo. Desde *La Protesta*, calificaron a dicha doctrina como “una simpleza y una tontería” ya que pensar en “expropiar a la burguesía con el dinero de los obreros o constituir una producción netamente obrera frente a la producción que explotan los capitalistas, es un sueño muy lindo, pero de realización imposible”. Los ácratas afirmaban que la posesión de una vivienda propia repercutía negativamente en el salario, pues aquel que no pagaba alquiler podría aceptar una merma en el jornal. A la vez, cuestionaban el alcance del cooperativismo, señalando que, si bien unos pocos obreros podían conseguir una vivienda por esa vía, eran “solamente algunos”.³⁷ En este sentido, es válido preguntar cuántos asociados accedieron a una vivienda a través de EHO en sus primeros años de actividad. Se debe contemplar que, hasta finales del año 1910, la cooperativa llevó adelante tres acciones: construyó casas individuales; prestó dinero para edificación con garantía hipotecaria, y levantó pequeños barrios obreros, donde cada unidad se vendía o alquilaba

35. “La cuestión alquileres”, *La Vanguardia*, 18 de septiembre de 1897.

36. “El problema de la habitación”, *La Vanguardia*, 24 de noviembre de 1907, p. 1.

37. “La conquista del techo”, *La Protesta*, 9 de febrero de 1909, p. 1.

con opción a compra. Hacia finales de la década, cuando contaba con poco más de mil doscientos socios, ciento treinta asociados obtuvieron una vivienda gracias a EHO. Se desprende otro interrogante: ¿quiénes podían realmente acceder a una casa a través de EHO? Centrándonos en las construidas directamente por la cooperativa, podemos pensar que sus valores representaban un monto bastante elevando respecto al salario promedio de un obrero.³⁸ El directorio de EHO era consciente de eso, tal como lo manifestó en la asamblea ordinaria de febrero de 1909:

Hasta ahora las construcciones de El Hogar Obrero, a pesar de su modestia, no han estado al alcance de las familias trabajadoras, cuya cuota mensual entre alquiler y ahorro no puede pasar de veinticinco o treinta y cinco pesos. En Ramos Mejía³⁹ hemos construido casitas de un tipo nuevo y económico [...]. La cuota mensual mínima para adquirir una de ellas, calculada sobre el costo, ha sido sin embargo de cincuenta y cinco pesos y sesenta centavos [...]. Necesitamos construir habitaciones más baratas [...] Debemos poner nuestro mayor empeño en construir casitas de tres mil pesos.⁴⁰

El primer barrio obrero fue proyectado a comienzos de 1910, cuando el directorio compró un terreno en la localidad bonaerense de Ramos Mejía, a tres cuadras de la estación del ferrocarril. Allí se edificaron veintiuna casas, todas de igual tamaño y distribución, que seguían el modelo inglés *cottage*: comedor, pequeña cocina, baño en la planta baja y dos dormitorios en la planta superior. La inauguración de este conjunto de viviendas, un año después, fue una verdadera celebración a la que asistieron más de cuatrocientos socios. Justo pronunció un discurso en el que expresó que esas casas “eran la primera manifestación importante del pueblo trabajador del país para organizarse con fines económicos, la prueba visible de su aptitud para asociar sus ahorros y administrarlos por sí mismos, sin intervención de una clase directora

38. A modo de referencia, para el año 1909 en la ciudad de Buenos Aires, el salario diario de un maestro albañil era de \$5 a \$5,50; el de un oficial marmolero era de \$5,50 a \$7; un oficial talabartero cobrara alrededor de \$4; un prensista, de \$4,50 a \$6; el jornal de un oficial carpintero, oficial tornero u oficial alpargatero era de \$4 a \$5; oficiala en sombreros, de \$3,50 a \$4. *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, N°10, septiembre de 1909, pp. 352-359.

39. La cita refiere al segundo grupo de casas construido por EHO. En 1908 el directorio compró un terreno en Ramos Mejía, donde edificó cinco casas.

40. *Acta de Asamblea de El Hogar Obrero N°8*, febrero 1909.

y parasitaria”.⁴¹ En este caso, los valores de cada casa rondaron los \$4.000, y sus mensualidades eran cercanas a los \$45.⁴²

Por aquel entonces, la cooperativa se encontraba ampliando sus áreas de acción. En 1909, por impulso de algunos asociados, se había comenzado a debatir la posibilidad de crear una sección de consumo, por lo que se formó una comisión especial para evaluar su factibilidad. Finalmente, luego de un gran consenso, se aprobó la creación de la nueva sección destinada a la compra, elaboración y venta de toda clase de artículos.⁴³ El Hogar Obrero, a poco de haber iniciado sus actividades, y presta a poner en práctica las enseñanzas que tiempo atrás había dejado la COC, se convertía en cooperativa de crédito, edificación y consumo.

Para garantizar su viabilidad, la flamante sección de consumos debía instalarse próxima a “sectores urbanos que concentraran población popular” (Ballent, 2014, p. 257). La cooperativa logró conjugar ese requerimiento con la necesidad de dar una respuesta a una problemática que atravesaban muchos socios: la imposibilidad de adquirir una vivienda propia. Desde *La Cooperación Libre* tiempo después explicarían:

La tarea de construir pequeñas casitas diseminadas por el extenso radio del municipio y sus arrabales no contribuía sino a medias a la solución del problema de la vivienda obrera que asume en esta capital aspectos realmente pavorosos. Era necesario pensar también, y, sobre todo, en aquellos obreros que por la índole de sus salarios están irremisiblemente condenados a vivir en una casa alquilada sin la esperanza de llegar a ser un día propietarios de la vivienda que ocupan. En una palabra, era necesario resolver el problema de la vivienda obrera colectiva suprimiendo los horribles aspectos y caracteres del clásico conventillo.⁴⁴

El Hogar Obrero reconocía sus limitaciones y entendía que era necesario construir viviendas confortables, higiénicas y asequibles para la clase trabajadora. Se proyectó, entonces, la construcción de una casa colectiva en la ciudad de Buenos Aires, que fuese propiedad de la cooperativa, que ofreciese las viviendas en alquiler y que a la vez incorporase almacenes cooperativos.

41. “La fiesta de Ramos Mejía – Inauguración de 21 casitas para obreros”, *La Vanguardia*, 10 de enero de 1911, p. 2.

42. *La Vanguardia*, 16 de agosto de 1910, p. 4.

43. *Estatutos de El Hogar Obrero cooperativa de crédito, edificación y consumo (limitada)*, 1913.

44. “Breve reseña histórica”, *La Cooperación Libre*, n° 1, noviembre de 1913, p. 3.

Hacia finales de 1910, el directorio adquirió un amplio terreno en Bolívar y Martín García, en la intersección de los barrios porteños de La Boca y Barracas. Allí construyó un edificio compuesto por sótano, planta baja, entrepiso y cuatro niveles con treinta y dos departamentos. Este proyecto, que plasmaba el tipo arquitectónico de casa colectiva, ofrecía diversos espacios comunes que habilitaban un habitar compartido. En el entrepiso se ubicó la Sociedad Luz, lo que significó el acceso a cursos y espacios de formación a quienes allí vivían. El Hogar Obrero puso a disposición una enorme biblioteca, con una gran cantidad de libros sobre diversos temas, entre ellos, cooperativismo. En la planta baja se localizó la sección de consumo, donde los socios de la cooperativa podían abastecerse de una amplia gama de productos.

El 9 de julio de 1913, en el aniversario de la Independencia argentina, fue inaugurada la primera casa colectiva de El Hogar Obrero. Juan B. Justo fue uno de los oradores, y en su discurso afirmó: “Nos asociamos a la solemnidad nacional del día con este acto, que es también una fiesta de la independencia, de la independencia económica de los trabajadores” (citado en Repetto, 1976, p. 39). Al evento concurren decenas de socios y los miembros del directorio, a los que se les sumaron varios legisladores nacionales, algunos concejales porteños, delegados municipales uruguayos y el intendente municipal Joaquín Anchorena. En aquella ocasión, el PS demostraba lo que era capaz de realizar la acción cooperativa en beneficio de la clase trabajadora, pero también del país, puesto que ofrecía soluciones a problemas que el Estado desatendía.

Un año después, fueron inauguradas otras seis casas “higiénicas y baratas”⁴⁵ en la localidad de Turdera, evidenciando que el modelo de viviendas individuales no había sido abandonado. El terreno había sido comprado en remate en 1911, y allí se edificaron viviendas que contaban con dos dormitorios, baño, comedor, cocina pequeña y porche. Lentamente, se comenzó a instalar en la cooperativa un debate que, si bien en su superficie era arquitectónico, encubría aristas más complejas: “casa colectiva versus casa individual”. Esta controversia, que seguiría latente por mucho tiempo, despertó diversos argumentos en torno a la vivienda, la sociabilidad y la propiedad. Este debate no sería exclusivo de los socialistas, pues hacia 1915, con la creación de la Comisión de Casas Baratas, llegaría también al Parlamento y a otros ámbitos estatales.

Otro rasgo por resaltar de este período fue el despliegue de la sección de consumo. Teniendo en cuenta que la vieja Cooperativa Obrera de Consumo había fracasado por las pocas ventas que realizaba, desde

45. “Página informativa. Sección construcción”, *La Cooperación Libre*, n° 1, noviembre de 1913, p. 4.

El Hogar Obrero se trabajó fuertemente en atraer más asociados y que estos se abasteciesen en los almacenes cooperativos. En ese sentido, las mujeres comenzaron a ser interpeladas por ser vistas como las encargadas del hogar. Con los años este discurso se fue intensificando. En palabras de José Bogliolo, quien fuera presidente de EHO en la década del 30, las mujeres tenían una función vital para las cooperativas:

Dada la característica de los problemas que encara la cooperación, corresponde y debe preocupar esta acción en mayor grado a la mujer. Es ella la que tiene a su cargo la misión de adquirir los artículos de consumo, de abrigo, etc., y por lo tanto es quien maneja los dineros indispensables para su compra. Por eso mismo conviene hacerle conocer las funciones que realizan estas organizaciones (“las cooperativas son aliadas de las amas de casa, por cuidar su salud –ofrecer buenos productos– y sus dineros –no especular–”). La cooperación libre debe ser entendida por las madres.⁴⁶

El área de consumo puso en el centro de la escena a las mujeres, pero en su rol de “mujeres domésticas”: amas de casa, esposas y madres (Nari, 2004). Si bien excede al presente trabajo, podemos sugerir que, en las décadas siguientes, a medida que la sección se fue ampliando, les fue necesario fortalecer esta postura e instalar la idea de que era imprescindible que las mujeres comprendiesen la doctrina cooperativa y fuesen parte activa de EHO.⁴⁷ Cabe preguntarse si este fue un discurso que quisieron imponer los varones de la cooperativa y del partido, o si fue compartido por las mujeres de dichos espacios. Una respuesta tentativa puede ser buscada en las palabras de socialistas cooperativistas, como ha sido Alicia Moreau de Justo, una de las pocas mujeres que integró el directorio de El Hogar Obrero. Ella afirmaba que:

un sistema económico basado sobre el interés del consumidor, como lo es la cooperación, debe apoyarse forzosamente, para su progreso y extensión, en la mujer y esta, a su vez, encontrar

46. “Exhortación a las mujeres en el día de la cooperación”, *Vida Femenina*, julio de 1936, p. 12.

47. Esto puede verse en diversos artículos de *La Cooperación Libre* pero también en *Vida Femenina*, publicación del PS destinada a mujeres. Algunos ejemplos son: “Fidelidad cooperativista”, *La Cooperación Libre*, n° 2, diciembre de 1913, pp. 1-3; “Apoyo femenino en las cooperativas”, *Vida Femenina*, junio de 1937, n° 47, año IV, p. 7; “La mujer en el movimiento cooperativo”, *Vida Femenina*, junio de 1937, n° 47, año IV, p. 35.

en el sistema cooperativo el medio más eficaz para llenar con toda eficiencia su función de directora económica de la familia.⁴⁸

Las concepciones de Moreau de Justo pueden pensarse desde un “feminismo maternal”, donde “la transformación de las mujeres en seres autónomos y actuantes, con dignidad social, no debería descuidar y menos romper la célula familiar, indispensable para anidar una buena sociedad” (Barrancos, 2005, p. 166).

Conclusiones

A poco de su fundación, el Partido Socialista estableció que sus terrenos de acción serían el político, el gremial y el cooperativo. Tempranamente, Juan B. Justo buscó establecer los lineamientos teóricos cooperativos, moldear su paso a la faz práctica e insertarlo en una lógica de lucha económica. Si en un primer momento fue el modelo belga el que más exaltó, puesto el estrecho vínculo entre el partido y las cooperativas, conforme pasaba el tiempo, el líder socialista comenzó a poner en entredicho los beneficios de esa simbiótica relación.

Como reflejo de ese ideario en plena conformación, hacia fines del siglo XIX se materializaron dos proyectos: la Cooperativa de Publicaciones y la Cooperativa Obrera de Consumo. La primera, adherida al partido y con su estatuto inspirado en el de *La Presse Socialiste*, fue un reflejo del prototipo que ofrecía Bélgica. Su creación fue simultánea a la constitución oficial del partido, por lo tanto, su origen se enlazó con la necesidad de institucionalizar los bienes y la impresión de su órgano oficial, como así también de folletos y otras publicaciones socialistas. La segunda, creada con posterioridad a la conferencia de 1897, puede pensarse como la concreción de varias ideas allí presentadas: la relevancia de las cooperativas de consumo por sobre las de producción, la factibilidad de llevarlas a cabo con poco capital y simples estatutos y el lábil, cuando no prescindible, nexo explícito con el partido. De todas maneras, y evidenciando las contradicciones todavía presentes, cuando la COC atravesó uno de sus peores momentos, las soluciones presentadas fueron pensadas en clave del modelo belga: reforzar su carácter socialista y destinar utilidades a las cajas partidarias para favorecer la publicidad.

Con una experiencia acumulada, y una doctrina aún en configuración, un grupo de socialistas, con Justo como principal promotor, fundó en 1905 la cooperativa de crédito y edificación El Hogar Obrero. Aunque su inicio no fue inmediato, raudamente se evidenció el modo en el que

48. Citado en Rodríguez Tarditi, 1970, p. 132.

el partido buscó la vinculación de la esfera cooperativa con la política mediante el canal parlamentario. Cabe recordar que EHO no estaba ni adherido al PS ni destinaba utilidades al partido, entonces llegamos a una pregunta clave: ¿qué nexo se debía forjar entre el PS y EHO? ¿Y entre la acción política y la acción cooperativa? En los momentos fundacionales de El Hogar Obrero estos interrogantes parecían persistir dentro del PS, pero podría pensarse que para aquel entonces Juan B. Justo comenzaba a saldar esa disyuntiva a favor de una independencia de la acción cooperativa respecto del partido.

Para el socialismo, la acción cooperativa ofrecía grandes ventajas para la clase trabajadora brindando un sendero civilizatorio y educativo que permitía vehicularla como una herramienta de progreso y modernización para el país. En cuanto a las acciones concretas de El Hogar Obrero, observamos que en el período aquí analizado un puñado de asociados accedió a una vivienda a través de la cooperativa, ya sea adquiriendo las construidas por la sociedad o a través de préstamos hipotecarios. El modelo arquitectónico ensayado en un primer momento fue el de la casa individual, para luego dar lugar al de casa colectiva. Se originó al interior del PS y EHO un debate sobre cuál era el mejor modelo para llevar adelante, despertando diversos argumentos sobre vivienda, sociabilidad y propiedad. Queda como tarea a futuro analizar en detalle esta controversia y examinar cómo se materializó en los proyectos habitacionales.

Un acontecimiento importante en el desarrollo de EHO en sus primeros años fue la ampliación al área de consumo. Esta nueva sección puso en el centro de la escena a las mujeres por ser consideradas las directoras del hogar. ¿Este discurso se intensificó con el correr del tiempo? ¿Aumentó la presencia femenina en EHO en las décadas siguientes? Si fue así, ¿qué lugar ocuparon? Por otro lado, trazando un puente entre vivienda y género cabe preguntarse si las construcciones de EHO, tanto casas colectivas como individuales, plasmaron materialmente esta concepción de “mujeres domésticas”.

Un tema que requiere profundización, especialmente para el período que se abre luego de la ley Sáenz Peña, es el modo en el que el PS y EHO se posicionaron frente al Estado. Mientras que a comienzos de siglo los socialistas se mostraban escépticos y críticos de la labor estatal, se observa que ese discurso se fue matizando con el tiempo. Ciertamente podría pensarse la acción cooperativa como un vector que le permitió al PS sumar una pieza más en su proyecto de institucionalización en la vida pública nacional. En ese sentido, se presentan los siguientes interrogantes: ¿influyó en EHO la mayor presencia de socialistas en el Parlamento? ¿Qué postura se adoptó respecto al rol del Estado en el terreno de la vivienda?

Durante la primera década del siglo XX tuvo lugar la transformación de un concepto clave: si a fines del siglo anterior el partido hablaba de “cooperación socialista” o “cooperación obrera”, a poco de fundado EHO se empezó a acuñar el término “cooperación libre”. Justo la definía de la siguiente manera:

La cooperación libre es la solidaridad para hacer y exige de los asociados un grado mucho más alto de capacidad histórica que la acción gremial negativa en las huelgas; es el campo en que los proletarios adquieren derechos y contraen obligaciones entre sí, entre iguales; es para ellos, permanentemente sujetos a la relación extorsiva del salario, la primera ocasión de un verdadero contrato. Y si bien participan en la cooperación libre elementos de distinta posición social, ella es ante todo uno de los métodos de la emancipación obrera, una de las modalidades de la moderna lucha de clases. (Justo, 1948: 405)

La cita ofrece una serie de concepciones que irían coagulando con nitidez en Justo y en el PS acerca de la intención de encauzar aquello que se entendía por emancipación obrera y lucha de clases en una práctica reformista, en plena utilización de los mecanismos de la democracia imperante y con objetivos civilizatorios. De modo evidente, el cooperativismo constituía allí una columna central a partir de la cual erigir el proyecto socialista.

Referencias

- Adelman, J. (1989). Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la Primera Guerra Mundial. *Anuario del IEHS*, 4.
- Aricó, J. (1999). *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Sudamericana.
- Armus, D. (2007). *La ciudad impura: salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*. Edhasa.
- Ballent, A. (2014). Socialismo, vivienda y ciudad. La cooperativa El Hogar Obrero. En: A. Ballent y F. Liernur. *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna* (pp. 237-284). Fondo de Cultura Económica.
- Barrancos, D. (1991). *Educación, cultura y trabajo (1890-1930)*. CEAL
- (2005). Socialismo y sufragio femenino: Notas para su historia (1890-1947). En H. Camarero y C. Herrera. *El Partido Socialista en Argentina: Sociedad, política e ideas a través de un siglo* (pp. 159-183). Prometeo.
- Becerra, M. (2003). *Socialismo, Estado y nación: un análisis de la producción de hegemonía educativa estatal en Argentina*. Tesis de Maestría, FLACSO.
- Belkin, A. (2020). La fundación de la Unión General de Trabajadores y

- sus vínculos con el Partido Socialista: Tendencias antipolíticas en el movimiento obrero argentino a comienzos del siglo XX. *Izquierdas*, 49, 3545-3566.
- Bilsky, E. (1985). *La FORA y el movimiento obrero, 1900-1910*, 2 vols. CEAL.
- Buonuome, J. (2014). *La Vanguardia, 1894-1895. Cultura impresa, periodismo y cultura socialista en la Argentina*. Tesis de Maestría, Universidad de San Andrés.
- Camarero, H. (2015). El Partido Socialista de la Argentina y sus espinosas relaciones con el movimiento obrero: un análisis del surgimiento y disolución del Comité de Propaganda Gremial, 1914-1917. *Izquierdas*.
- Carracedo, O. (1980). *El Hogar Obrero, vanguardia de la economía social*. Ediciones Cooperativa "El Hogar Obrero".
- Ceruso, D. (2017). El Partido Socialista y la cuestión gremial. Debates internos durante la primera mitad de la década infame. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 10, 119-139.
- Graciano, O. (2015). Prácticas académicas y producción de saber de los intelectuales de izquierda en la universidad argentina, 1900-1930. *Secuencia*, 92, 114-138.
- Herrera, C.M. (2016). *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*. Imago Mundi.
- Horowitz, J. (2004). *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*. Eduntref.
- Iñigo Carrera, N. (1996). *Documentos para la historia del Partido Socialista*. UNCPBA.
- Justo, J.B. (1948). *Teoría y práctica de la historia*. La Vanguardia.
- Kriegel, A. (1986). *Las internacionales obreras (1864-1943)*. Orbis.
- Lenin, V.I. (1977). El problema de las cooperativas en el Congreso Socialista de Copenhague. En V.I. Lenin, *Obras Completas*, t. XVI (pp. 273-281). Akal.
- Liernur, F. (2014). Precariedad y modernización. La habitación popular en el umbral de la metrópolis. En A. Ballent y F. Liernur. *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna* (pp. 57-109). Fondo de Cultura Económica.
- Martínez Mazzola, R. (2008). *El Partido Socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)*. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- Nari, M. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*. Biblos.
- Oddone, J. (1983). *Historia del socialismo argentino [1934]*. CEAL.
- Palermo, S. (2018). Palabras e imágenes de mujeres en el Partido Socialista: la campaña presidencial de 1916 en Argentina. *Estudios Sociales*, 55.
- Poy, L. (2020). *El Partido Socialista argentino, 1896-1912. Una historia social y política*. Ariadna.
- Repetto, N. (1976). *Cómo nace y se desarrolla una cooperativa*. Ediciones Intercoop.

- (1944). *Lecciones de cooperación*. Ed. FACC.
- Rodríguez Tarditi, J. (1970). *Juan B. Justo y Nicolás Repetto en la acción cooperativa*. Ediciones Intercop.
- Ronchi, V. (2016). *La cooperación integral. Historia de “El Hogar Obrero”*. Ediciones Fabro.
- Scobie, J. (1977). *Buenos Aires. Del centro a los barrios. 1870-1910*. Ediciones Solar.
- Tortti, M.C. (1989). *Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical*. CEAL.
- Vandervelde, E. (1913). *La coopération neutre et la coopération socialiste*. Librairie Félix Alcan.
- Walter, R. (1977). *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*. The University of Texas at Austin.
- Wellhofer, E.S. (1975). Political Party Development in Argentina. The Emergence of Socialist Party Parliamentarianism. *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, 17.

Entre la reproducción del capitalismo y la preparación de la revolución: el anarcosindicalismo catalán ante el cooperativismo (1900-1939)

Jason Garner y José Benclowicz

Universidad Nacional de Río Negro, Argentina - Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y
Procesos del Cambio - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
garnersjfc@hotmail.com – jd.benclowicz@gmail.com
ORCID: 0000-0001-7888-4027 / 0000-0001-7779-7773

Título: Caught between strengthening capitalism and preparing the revolution: Catalan anarchosyndicalism and cooperativism (1900-1939)

Resumen: Este artículo examina la conflictiva relación establecida entre los anarquistas españoles y el movimiento cooperativo desde la fundación de la Confederación Nacional del Trabajo hasta la Guerra Civil, centrándose en el caso de Cataluña. Teniendo en cuenta los antecedentes de esa relación, se analizan las tensiones presentes en los discursos de los padres fundadores del anarquismo, los posicionamientos disímiles que habilitaron y los sentidos que fueron asumiendo en función de la evolución del contexto histórico, pasando de un fuerte rechazo inicial a un acercamiento signado primero por el fracaso del movimiento huelguístico de posguerra y luego por el curso que fue asumiendo la Guerra Civil.

Palabras Clave: anarquismo – cooperativismo – CNT – anarcosindicalismo – movimiento cooperativo

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.325>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

Abstract: This article investigates the position adopted by Spanish anarchists (especially in Catalonia) towards cooperativism from the birth of the anarcho-sindicalist Confederación Nacional del Trabajo until the end of the Civil War. After an initial look at the antecedents of this relationship it then analyses the positions put forward by leading anarchist thinkers and the reasons behind the original distance between the two ideologies. The collapse of the postwar strike movement in Spain led some anarchists to reappraise their tactics and turn their attention to cooperation. The changes brought about by the Civil War eventually resulted in the adoption of aspects of cooperativism by the anarchists.

Keywords: anarchism – cooperativism – CNT – anarcosindicalism – cooperative movement

Recepción: 31 de marzo de 2021. **Aceptación:** 20 de agosto de 2021

* * *

Introducción

La naturaleza pacífica y gradual de los movimientos cooperativos en general tendió a acercarlos a la socialdemocracia desde finales del siglo XIX, lo cual alentó el distanciamiento de los sectores revolucionarios, incluyendo al anarquismo (Birchall, 1997, p. 76). En el caso de Cataluña, la debilidad del socialismo resultó incluso inicialmente en una preponderancia de contactos entre dirigentes de la Cámara de Cooperativas y partidos liberales, lo cual cambiaría luego de la fundación de la Unió Socialista de Catalunya (USC) en 1923 (Alcaraz i Gonzalez, 1987, p. 10). Con todo, en teoría al menos, el movimiento cooperativo compartía con los anarquistas un objetivo parecido: la transformación social, reemplazando una sociedad basada en la competencia por otra basada en la cooperación (entendida en su sentido más amplio). Asimismo, ambos enfocaban su lucha para alcanzar su objetivo final en el campo económico, evitando la interferencia política del partido o del Estado. En el período que analizamos, el anarquismo español tendió a depositar su esperanza en la posibilidad de conseguir una transformación social a partir de los sindicatos; en esta línea, jugó un papel central en la organización y desarrollo de distintas centrales sindicales, primero de Solidaridad Obrera (1907-1909) y luego de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) que se fundó en 1910 (Cuadrat, 1976). Por su parte, el cooperativismo catalán, a pesar de su presencia en distintos sectores de la economía, se centraba principalmente en las cooperativas de consumo. En el presente estudio abordamos la relación entre ambos, considerando en particular el punto de vista de dirigentes claves de la CNT, que durante el período se embarcaron en una revisión de las

tácticas anarquistas luego del fracaso del movimiento huelguístico de posguerra (Benegochea, 1998; Pradas Baena, 2003).

La historiografía del anarquismo español no ha prestado mucha atención a la cuestión de la cooperación más allá de los primeros congresos de la Federación Regional Española (FRE) de la AIT en la década de 1870 (Álvarez Junco, 1991; Termes, 2000). Los trabajos sobre la CNT, cuando abordan el tema de la ideología o las tácticas de la central se enfocan generalmente en la batalla entre el anarquismo y el sindicalismo. Esta tendencia se manifiesta incluso en los estudios de los dirigentes anarquistas que más interés mostraban por la cooperación (Gabriel, 1975; Elorza, 1974). Por su parte, los estudios clásicos del movimiento cooperativo catalán no profundizan sobre las relaciones con la CNT o anarquismo en general después de la FRE (Pérez Barò, 1989; Reventós Carner, 1960). Durante un largo período, la supuesta distancia y el desinterés de los anarquistas por la cooperación no fueron cuestionados. Sin embargo, durante los últimos años han visto la luz distintos estudios de caso sobre el movimiento cooperativo en Cataluña, que muestran que muchos asociados de las cooperativas también militaban en los sindicatos de la CNT, además de hacer hincapié en el papel socio-económico que algunas cooperativas desempeñaban en los barrios y pueblos obreros de la región (Dalmau Torvà y Mirò i Acedo, 2010; Duch i Plana, 1993; Casanovas i Prat, 1998). Asimismo, ha habido un resurgimiento del interés por la figura de Juan Peiró, defensor de la cooperación, relacionado con el 75° aniversario de su ejecución en 1942, dando lugar a investigaciones que se centran en sus ideas sobre el tema (Garau Rolandí, 2011). Sin embargo, aún no ha sido abordada acabadamente la cuestión de la relación entre anarquistas y cooperativistas y la influencia de las ideas cooperativas sobre los debates internos del movimiento anarcosindicalista catalán, especialmente las que se desarrollaron en torno a las tácticas económicas en la preparación de la revolución, la transición revolucionaria y la sociedad futura.

El objetivo de este trabajo es empezar a rellenar este vacío, atendiendo a una reevaluación de las tácticas políticas y económicas dentro del anarquismo en los años 20 y 30, que se desarrolló a la luz de las repercusiones de la Revolución Rusa y del fracaso del movimiento revolucionario en la posguerra. Teniendo esto en cuenta, en los dos primeros apartados repasamos los antecedentes del período bajo observación repasando los primeros desarrollos del cooperativismo y del anarquismo en Cataluña y luego las divergencias primigenias del anarquismo ante el cooperativismo hacia las últimas décadas del siglo XIX; en el tercero encaramos la cuestión de las complejas relaciones entre anarquismo y cooperativismo a principios del siglo XX en Cataluña; en el cuarto analizamos los acercamientos que se produjeron durante la década de

1920, atendiendo especialmente al pensamiento de Juan Peiró; y en el quinto identificamos cambios y continuidades en la relación entre ambos en el contexto de la Segunda República y de la Guerra Civil. En el último apartado exponemos las conclusiones del trabajo.

Primeros desarrollos del cooperativismo y del anarquismo en Cataluña

En los orígenes del movimiento obrero en Cataluña el cooperativismo fue la ideología más influyente entre los trabajadores organizados, pero fue desplazado por el anarquismo (colectivista y luego comunista) con la llegada de la Primera Internacional a España (Termes, 2000, pp. 84-93). Las primeras cooperativas en Cataluña fueron cooperativas de producción fundadas por obreros con el fin de producir un producto y venderlo. Estas estuvieron normalmente vinculadas de manera estrecha a los sindicatos e inspiradas en las ideas de los cooperadores franceses de la época. Sin embargo, va a ser la cooperación de consumo la que dominará el movimiento cooperativista en Cataluña desde 1865 hasta el franquismo; de ahí que nos centremos en ésta y no en la de producción. El modelo para el movimiento cooperativo fue proporcionado por la Sociedad Equitativa de los Pioneros de Rochdale (Inglaterra), fundada en 1844, que redactó los siete principios que pronto serían adoptados por los movimientos cooperativos de otros países y por la Alianza Cooperativa Internacional creada en 1895: la libre adhesión y libre retiro de socios, el control democrático, la neutralidad política, radical y religiosa, las ventas al contado, la devolución de excedentes, el interés limitado sobre el capital y la educación continua. Los objetivos inmediatos de las cooperativas de consumo eran suministrar a sus socios productos de mayor calidad a un precio justo y, si el negocio prosperaba, usar un porcentaje de los beneficios para proporcionarles ayuda mutua para afrontar enfermedades, desempleo y jubilación. Sin embargo, el objetivo final era remplazar el sistema capitalista por una sociedad en la cual las diferentes formas de cooperativas se encargarían de la economía, fabricando, suministrando y distribuyendo los productos a los ciudadanos en todos los países. Las cooperativas de consumo estaban generalmente ubicadas en las zonas urbanas donde residía la clase obrera y donde había evidentemente elementos anarquistas y secciones de la CNT. En Cataluña las cooperativas que seguían a esa ideología se adhirieron a la Cámara Regional de Cooperativas de Cataluña (1899-1918) y su sucesora la Federación de Cooperativas de Cataluña (1920-1939).

Como movimiento ideológico, el anarquismo nació en los debates internos de la Primera Internacional, sobre todo entre Mijaíl Bakunin y Karl Marx. Aunque en su momento Bakunin y sus seguidores en la Internacional se llamaron colectivistas, fueron evolucionando y acla-

rando sus ideas y pronto adoptaron el término anarquistas para describirlas. Subsiguientemente, el anarco-comunismo de Pyotr Kropotkin se hizo fuerte dentro de las filas del anarquismo en España, pero el anarco-colectivismo mantuvo su influencia sobre todo con relación a la organización de los obreros. Tanto el cooperativismo como el anarquismo vieron estancado su crecimiento durante las últimas décadas del siglo debido en el primer caso a la debilidad de la economía española (Nadal, 1975). Por su parte, el anarquismo quedó expuesto a la intensa represión de las autoridades y al fraccionamiento producto de diversos debates internos, destacándose las querellas entre los defensores del colectivismo y del comunismo. Los colectivistas solían estar más asociados con los sindicatos y fue predominantemente esta sección la que evolucionó hacia el anarcosindicalismo de la CNT, que presentó una rama específica del sindicalismo. Su prehistoria puede rastrearse en la FRE y la sección bakuninista de la Primera Internacional, aunque incorporó el anarco-comunismo cuando declaró en 1919 que su fin era la instalación de una sociedad comunista libertaria (Bar, 1981, pp. 479-556). A fin de examinar los posicionamientos de la central ante el cooperativismo, resulta pertinente repasar los del anarquismo clásico y los de los anarquistas catalanes hacia las últimas décadas del siglo XIX.

Divergencias primigenias del anarquismo ante el cooperativismo

Bakunin no desarrolló una gran teoría sobre la cooperación, pero sí expresó una posición general que desarrollarían sus seguidores y que echa bastante luz sobre las razones de la desconfianza de muchos anarquistas frente al cooperativismo. Distinguió dos corrientes dentro de la cooperación, la corriente burguesa y la corriente puramente socialista. Consideraba que en las asociaciones de consumo, crédito y producción promovidas por los socialistas “burgueses” (los partidos socialistas) “encontramos los elementos de la economía política burguesa: el interés generado sobre el capital, dividendos, y primas” (Cutler, 1985, p. 151). Estas cooperativas eran una continuación en el seno del mundo obrero de la práctica burguesa de explotar al trabajador a través del capital. En el caso de que una cooperativa obrera pudiera sobrevivir a la competencia capitalista –un caso que Bakunin consideraba poco probable– ésta explotaría a los obreros de la misma manera que cualquier otro negocio logrando eventualmente sacar a unos pocos obreros de la pobreza, transformándolos en burgueses y alejándolos de la revolución. Para Bakunin este tipo de cooperación tenía consecuencias nefastas para la unidad obrera y los que la practicaban eran “los aprovechadores y enemigos de la clase obrera” (Cutler, 1985, p. 152).

Sin embargo, la cooperación puramente socialista sí tenía un papel

importante para la preparación de la revolución. El pensador ruso entendía que “es deseable que cuando llegue el momento de la liquidación social haya asociaciones cooperativas en cada país y localidad: si están bien organizadas y sobre todo fundadas sobre los principios de la solidaridad y la colectividad en lugar del exclusivismo burgués, entonces la sociedad pasará de su realidad actual a una de igualdad y justicia sin demasiada agitación” (Cutler, 1985, p. 153). Para Bakunin la cooperación no podía liberar a las masas de las condiciones existentes, pero organizada de manera colectivista “ofrece la ventaja, aun ahora, de acostumbrar a los obreros a unirse, organizarse y gestionarse sus asuntos independientemente” (Statz, 1990, pp. 201-202).

Para Errico Malatesta, amigo y seguidor de Bakunin –además de figura referente del anarquismo internacional con una presencia constante en la prensa libertaria de España–, los anarquistas tenían que estar donde estaban los obreros. Si los trabajadores estaban en los sindicatos, los anarquistas debían estar allí, si estaban en las cooperativas, también debían actuar en ellas. Malatesta rechazó el cooperativismo como ideología pero, siguiendo a Bakunin, sostuvo que las cooperativas eran herramientas que, si se las utilizaba de manera correcta, podrían asistir a la emancipación de la clase obrera:

Las cooperativas y los sindicatos, bajo el régimen capitalista, no conducen, ni naturalmente ni por su valor intrínseco, a la emancipación humana [...] hoy [pueden ser] organismos de conservación o de transformación social, mañana [pueden servir a] las fuerzas de la reacción o de la revolución. Todo depende de si se limitan a su función verdadera como defensoras de los intereses inmediatos de sus miembros o si están animadas e influidas por el espíritu anarquista, que hace que sus ideales sean más fuertes que sus intereses seccionales. (Richards, 1993, p. 116)

Siguiendo a Malatesta, la naturaleza de las cooperativas era conservadora y podía incluso ser reaccionaria, pero si los anarquistas estaban dispuestos a afiliarse a ellas, las podían dirigir en la dirección correcta y así ayudar a convertirlas en las cooperativas socialistas de las que hablaba Bakunin. Aunque muy general, se había esbozado la base de una posible relación entre el anarquismo y el cooperativismo.

Como se señaló, en Cataluña la cooperación fue la ideología más influyente entre el movimiento obrero, pero perdió esta posición en el primer congreso de la FRE en 1870, donde los principios colectivistas de la sección asociada internacionalmente con Bakunin triunfaron. El segundo tema tratado en el congreso fue justamente la cooperación, y en el mismo se acordó que no podría emancipar a la clase obrera, sino

que sólo podría servir como “medio indirecto” para “aliviar un poco la situación de algunos de nosotros y de animarnos a que trabajemos para el logro del objetivo verdadero”. No obstante, el Congreso aceptó que la cooperación de consumo tenía “un valor inmenso positivo” (sic), como medio de convocar a esos trabajadores que no serían atraídos normalmente por los sindicatos, al movimiento de la clase obrera (Termes, 2000, pp. 59-62). Así que, en teoría, no se planteaba un rechazo de la cooperación como posible herramienta para preparar el camino hacia la emancipación social. De hecho la FRE en Barcelona tuvo su propia cooperativa, la Cooperativa Solidaria de consumos que se fundó a finales de 1873.¹ Sin embargo, en general las cooperativas fueron separándose de las principales tendencias del movimiento obrero organizado y centrándose más en aspectos económicos de supervivencia que en la revolución.

Para muchos anarquistas, al aceptar las reglas de juego del sistema, la cooperación se convertía en una ideología capitalista. Podían señalar, sin apartarse demasiado de los señalamientos de Bakunin y Malatesta, que entorpecía el sentido revolucionario de la clase creando una elite egoísta con fines puramente materialistas. Desde esta perspectiva, la cooperación fue “una deserción de las filas obreras revolucionarias” (Reventós Carner, 1960, p. 95). A finales del siglo XIX, hasta el movimiento social católico apoyó la cooperación como solución a la creciente crispación social, por lo cual no debe sorprender que los comentarios anarquistas fueran despectivos (Álvarez Junco, 1991, p. 353). Ahora bien, en la medida en que el movimiento obrero inició un proceso de reorganización a principios de siglo, impulsado sobre todo por anarquistas bajo la influencia de las ideas sindicalistas de la CGT francesa, la Cámara Regional de Cooperativas de Cataluña buscó aumentar la posición del cooperativismo dentro del mismo y, debido a su influencia, lo intentó en consecuencia en el campo del anarquismo. Veamos.

Anarquismo y cooperativismo a principios de siglo en Cataluña

A principios del siglo XX, la revista de la Cámara, *La Revista de la Cooperación Catalana* (RCC) empezó a mostrar un interés en la relación entre anarquismo y cooperación publicando artículos sobre las posiciones de anarquistas extranjeros en los cuales éstos se mostraban favorables a la cooperación. Sobre todo elogiaba la posición del anarquista francés Daudé Bancel, quien había abogado por lo que él llamó “el neo-cooperativismo” que era esencialmente un cooperativismo colectivista en el cual los anarquistas deberían entrar en cooperativas de consumo apolíticas

1. *La Federación*, 6 de diciembre de 1873 y 9 de enero de 1874.

y “a-religiosas” y aplicar los beneficios de éstas “a la conquista progresiva, realizada por los trabajadores estrechamente organizados, de la industria comercial”.² Según esta teoría, las cooperativas de consumo en una región o una ciudad deberían unirse para juntar sus beneficios en un fondo colectivo que luego sería utilizado para la creación de un banco.³ Las cooperativas tomarían así el control de la producción y la distribución y de ahí acabarían controlando la economía capitalista.

Muchos de los artículos de la RCC mostraban una posición que no difería mucho de la de Bakunin sobre todo en cuanto a la importancia del concepto de la solidaridad que proporcionaba y la unión de los trabajadores por trabajo colectivo que beneficiaría la economía del futuro, si se basaba en los principios de la cooperación socialista.⁴ Sin embargo, la mayor parte de los anarquistas catalanes optaron por desarrollar una posición hostil hacia el movimiento del cooperativismo. Es probable que fueran las actividades de la Cámara Regional en general y los artículos de su presidente Salas Antón los que provocasen un análisis crítico de parte del anarquismo español, plasmado por la pluma del viejo internacionalista Anselmo Lorenzo en su libro *Via libre* de 1905. Según Lorenzo, la cooperación representaba un peligro que desviaba a los obreros de “la verdadera vía progresiva y revolucionaria”, bajo su influencia el obrero estaba “empapado en los negocios [...] empequeñecido y aburguesado por el bienestar relativo y la esperanza de mayores beneficios”. Lorenzo criticó severamente a Salas Antón enfatizando las contradicciones entre la pretensión de la Cámara Regional de que el cooperativismo podría llegar a la transformación social y la realidad del movimiento. En sus conferencias y desde las páginas de la prensa de la Cámara, Salas Antón intentaba atraer a los obreros a la cooperación hablando de los beneficios ganados por las cooperativas en otros países, sobre todo en Inglaterra, “con sus grandes edificios, almacenes repletos y hasta barcos” (Lorenzo Asperilla, 1905, p. 83). Según Lorenzo, así se convertiría al trabajador en un negociante y se bloqueaban las perspectivas de transformación social.

En resumen, las acciones dentro del mercado por parte de las cooperativas contradecían las palabras que prometían la emancipación del mismo. La realidad de la cooperación catalana fue que pocas cooperativas

2. RCC, diciembre de 1900.

3. De ahí que figuras como Bancel y Salas Antón hablaran del cooperativismo colectivista que se refería a cooperativas que proveían fondos colectivos para tareas sociales y educativas de sus miembros y para ayudar al desarrollo del movimiento en general, lo cual no debe confundirse con el colectivismo gremial bakunista de la Primera Internacional.

4. RCC, enero de 1903.

extendían la participación en los beneficios a sus dependientes, empleados u obreros. Pero más allá del caso catalán, Lorenzo tendía a sacar conclusiones más generales. La cooperación dividía a la clase obrera, creando y fortaleciendo el “burguesismo obrero,” una elite capitalista de obreros: “Mientras la lucha contra el explotador y el gobernante une a los trabajadores, la cooperación los divide” (Lorenzo Asperilla, 1905, p. 102). Por su parte, Ignacio Claría, el editor del periódico *Huelga General*, argumentó que si una cooperativa pretendía ser socialista, debía ser colectivista también y dedicar todos los beneficios a proyectos sociales o educativos en vez de devolver un porcentaje al individuo, lo que no ocurría en Cataluña.⁵ Salas Antón apuntó oportunamente que él también apoyaba esa forma de cooperación colectiva. Aceptaba que el movimiento no estaba aún al nivel de sus promesas, aunque no por falta de moral o ideales sino por necesidad económica.⁶ Esto, sumado al fuerte posicionamiento de Lorenzo, que gozaba de gran respeto entre los trabajadores, pareció zanjar por un tiempo la cuestión en contra de la cooperación.⁷

El periódico *Huelga General* fue fundado en 1901 por Francisco Ferrer i Guardia, al que Anselmo Lorenzo dedicó su libro. Ambas publicaciones llegaron en el contexto de una nueva fase en la evolución del movimiento obrero catalán iniciado a principios del siglo XX, que llevaría a la formación de organizaciones obreras locales y regionales inspiradas en el sindicalismo revolucionario francés y a la creación de la CNT en 1910.

Una nueva oportunidad para la cooperación

Antes de la Primera Guerra Mundial la CNT fue una organización relativamente débil y fue prohibida en 1911. Sin embargo, durante la guerra creció rápidamente a la par de la economía, pasando de 15.000 afiliados en 1916 a más de 700.000 en 1919 (alrededor de 400.000 en Cataluña) y se convirtió en la central más grande del país. La reacción de los patrones a esta expansión no se hizo esperar. Entre 1920 y 1922, Barcelona fue el escenario de una guerra civil virtual, con la CNT involucrada en una lucha contra bandas de pistoleros pagados por la Federación Patronal, en la cual muchos cenestistas prominentes perdieron sus vidas. Finalmente, en 1923 la violencia social fue la excusa para el golpe militar que resultó en el ascenso de Miguel Primo de Rivera al poder. Un año más tarde, la central obrera fue prohibida y no volvería

5. “Cooperativa comunista”, reproducido en *RCC*, noviembre de 1901.

6. “El Procedimiento y el Ideal”, *RCC*, septiembre de 1902, y “La Cooperación de consumo en Cataluña en 1915”, *Cooperatismo*, 1 de agosto de 1916.

7. “El interrogante”, *Acción Cooperatista*, 2 de julio de 1926.

a la legalidad hasta 1930. La proscripción y desactivación efectiva de la CNT llevó a que finalmente dos de sus dirigentes más destacados, Juan Peiró y Ángel Pestaña, mostraran interés por la cooperación.

Peiró era miembro de la junta de *Forn de Vidre* en Mataró, una cooperativa de producción no afiliada a la Federación de Cooperativas de Cataluña. Después de la prohibición de la CNT emprendió una reevaluación de las tácticas y de la organización de la central sindical que publicó en una serie de artículos en la prensa sindicalista (Colomer i Rovira, 1986, pp. 51-60). Fue su búsqueda de un nuevo camino para hacer avanzar al movimiento sindicalista y a la clase obrera catalana lo que lo llevó a prestar más atención a las posibilidades del cooperativismo. Para Peiró “el sindicalismo construía la expresión moderna del anarquismo, el camino para la realización plena del comunismo libertario”, los sindicatos unirían la fuerza y organización necesarias necesarias derrocar al capitalismo y formar la base de la nueva sociedad, y en este proyecto revolucionario el cooperativismo sería un medio para complementar las tareas del sindicalismo (Paniagua, 1982, p. 166). El anarquismo clásico asociado con Bakunin y Kropotkin no había profundizado sobre los modos en que debería tomarse el control de la producción y la distribución en el marco de un proceso revolucionario, lo cual tuvo sus consecuencias, siguiendo a Peiró, en el período posguerra cuando la CNT llegó al cenit de su poder para luego caer frente a las fuerzas del Estado sin haber podido mostrar que tenía un plan para transformar las huelgas en un verdadero movimiento revolucionario capaz de organizar los aspectos centrales de una economía de transición. Frente a lo que veía como incoherencia y falta de realismo de los proyectos revolucionarios de sectores radicales anarquistas dentro de la CNT, Peiró planteó una visión basada en el estudio de la economía capitalista y su funcionamiento y las necesidades concretas para ir remplazándola (Elorza, 1972; Vega, 1980). Abordar la discusión ideológica entre anarquismo y anarcosindicalismo durante esta época nos apartaría demasiado del enfoque central del trabajo, pero es necesario apuntar que esa lucha ideológica dentro del movimiento libertario español tuvo como telón de fondo el acercamiento de militantes anarcosindicalistas al cooperativismo.

En *Trayectoria de la CNT*, que se publicó en 1925, Peiró dedicó un capítulo entero al cooperativismo. El punto de partida del argumento de Peiró fue el dictamen sobre la cooperación adoptado por la FRE en el Congreso de 1870, mencionado arriba, en el cual, desde su perspectiva, “en manera alguna era contrario al cooperativismo”. Peiró fue más allá del mismo dictamen afirmando, en línea con las formulaciones de Bakunin que valoraban al cooperativismo de consumo, que era “un medio directo para combatir al sistema capitalista y que es obra constructiva con aplicación a la presente sociedad y a la sociedad futura” (Peiró,

1979, pp. 87-88). Aceptó la crítica de Lorenzo en lo que hace al derrotero del cooperativismo catalán después del Congreso de la FRE; para él había resultado en un movimiento “restringido, egoísta, degenerado”. Pero para Peiró eso no restaba valor al cooperativismo, sino que había sido responsabilidad de los dirigentes de las cooperativas. Haciéndose eco también de Malatesta, sostuvo que una razón principal para que los anarquistas actuaran dentro de las cooperativas era precisamente la necesidad de contrarrestar la corriente reformista dominante en el movimiento (Peiró, 1945, p. 30).

Para Peiró, el cooperativismo aportaba beneficios para los anarquistas tanto en la sociedad del momento como en una posible transición revolucionaria hacia el comunismo libertario. Si la CNT adoptara una política pro-cooperativista, podría atraer a muchos campesinos a sus filas a través de una táctica basada en las ideas del trabajo y la distribución en común, lo cual implicaría “una practica del comunismo [...] los primeros cimientos de la sociedad futura” (Peiró, 1979, p. 90). Una segunda razón aludía a que una cooperativa socialista, o sea colectivista, podría usar los beneficios para facilitar la realización de la propaganda, sobre todo en relación a la educación (pp. 96-97).

Leal a su fe anarcosindicalista, Peiró sostuvo que “la organización económica, la estructura toda de la sociedad futura, ha de ser fecundada en las entrañas mismas de la actual sociedad”. Pero mientras que en general los anarcosindicalistas no dudaban en señalar que la organización de la producción de la nueva sociedad estaría a cargo de los sindicatos, Peiró lamentaba que pocos parecían haberse preocupado por la distribución, tema central para él ya que “la distribución organizada será un elemento de orientación del pueblo desde el primer momento de la revolución, en cuanto a la provisión de víveres [...] depende de ello el triunfo de la revolución”. De ahí la importancia de tener prevista la distribución por medio de las cooperativas, que pasaban a jugar en este esquema un papel central: sin preparación económica de la distribución a través de las cooperativas peligraba el éxito de la revolución social (Peiró, 1945, p. 91).

Ya en 1930, con el horizonte para el anarquismo español más prometedor, Peiró profundizó su visión del proceso revolucionario que debería seguir España. El éxito de la revolución social dependería de tres factores:

- a) Fuerza organizada para imponerse y defender la toma de posesión de la tierra y de todos los medios y útiles de producción.
- b) Preparación técnica para organizar la producción.
- c) Preparación relativamente suficiente para la distribución de la producción al consumo. (Peiró, 1979, p. 30)

Los sindicatos se ocuparían del primer factor, pero las cooperativas tendrían el papel principal en el tercero y uno importante en el segundo. Peiró elaboró el proyecto de formación pre-revolucionaria que incluyó centros de Estudios y de Cultura “reforzados con las aportaciones y la colaboración de las organizaciones sindicales y cooperativistas”. En cuanto al tercer factor, Peiró insistió con su argumento previo (Peiró, 1979, p. 38).

El cooperativismo de consumo armaba a la clase obrera con la experiencia y conocimientos necesarios para asegurar que la revolución serviría al pueblo y no lo dejaría con hambre. Peiró adaptó el borrador general de Bakunin y Malatesta sobre la posibilidad de trabajar en y con las cooperativas para desarrollar una forma de cooperativismo colectivista que ayudaría a educar y preparar a los trabajadores en las tareas necesarias para organizar la economía, sobre todo la distribución, de la sociedad futura. Quizás como resultado de las inquietudes de Peiró, otro dirigente destacado de la CNT, Ángel Pestaña, también se interesó por el mundo cooperativo escribiendo en el periódico republicano *El Diluvio*, que

las cooperativas pueden ser un factor importantísimo en la lucha contra el régimen capitalista; pero [...] lo serán a condición de que abandonen los resabios de autoritarismo que las caracteriza para convertirse en instrumentos de progreso, de cultura y de fraternidad.⁸

Mientras tanto, el movimiento cooperativo se encontraba atrapado en un círculo vicioso: su aislamiento del movimiento obrero, y por ende de la lucha de clases, hacía que se enfocara más en objetivos materialistas para pretender algún éxito, y esto mismo lo hacía menos atractivo para la clase trabajadora. La Segunda República ofreció nuevas condiciones para terminar de allanar el vínculo entre ambos.

Segunda República, Guerra Civil y acercamiento anarquista a la cooperación

Durante la Segunda República, Pestaña y Peiró fueron miembros de los llamados “treintistas” que se escindieron (o fueron expulsados) de la CNT por oponerse a la línea radical que terminaron imponiendo los llamados faístas en la CNT. Los faístas – llamados así porque muchos eran miembros de la Federación Anarquista Ibérica (FAI)–, creían que la inauguración de la nueva república abría un contexto revolucionario que había que aprovechar inmediatamente antes de que se consolidara

8. “Contestando a una invitación”, *El Diluvio*, 19 de abril de 1928.

el nuevo régimen. Apostaban a las tácticas clásicas del anarquismo: la organización de revueltas populares y las huelgas constantes como parte de una política de “gimnasia revolucionaria” para provocar el desgaste del nuevo gobierno. En oposición a los radicales, los treintistas –llamados así porque clarificaron sus ideas en un manifiesto firmado por 30 destacados dirigentes de la CNT en 1931– vieron la nueva apertura que conllevaba el cambio político –legalización de los sindicatos, reducción de la censura, etc.– como un momento adecuado para reorganizar la CNT y hasta cierto punto reorientar sus tácticas. Por ende, se trataba de aprovechar esta nueva coyuntura, lo que no implicaba apoyar abiertamente la República (Vega, 1980, p. 212).

El treintista Sebastián Flor criticaba el movimiento cooperativo catalán; su falta de conexión con la clase obrera, su espíritu “estrecho del tendero”, sus “vicios doctrinales” que resultaban sobre todo “por las influencias burguesas de los elementos políticos que lo dirigen”, o sea la dominación de los grupos socialistas (USC en Cataluña). Sin embargo, “lo que cabe es estudiarlo bien, para conocer los vicios doctrinales de que adolezcan por las influencias burguesas de los elementos políticos que lo dirigen”. Además, consideraba que fuera de criticar el “aburguesamiento” de las cooperativas no había que olvidar que “mientras el sistema capitalista afirma su posición sobre principios egoístas de un individualismo inmoral, el cooperativismo lo afirma sobre un colectivismo racional”. Lo que faltaba era hacer un “labor “socializante” en las cooperativas.⁹

El argumento de que la sociedad futura no se podía basar únicamente en la producción, era un tema constante de los treintistas pro-cooperación, y la lógica de su posición se haría evidente durante la guerra civil. La intención era que las cooperativas de consumo fueran apéndices del sindicalismo revolucionario y no del socialismo, que era como los treintistas las veían.¹⁰ La readmisión de los treintistas a la CNT en mayo de 1936 abrió la posibilidad de llevar el argumento pro-cooperativista de la teoría a la práctica. En efecto, el regreso de los treintistas en el particular contexto del estallido de la Guerra Civil redundó en cierto interés por parte de la prensa cenetista a propósito de la cooperación. *Solidaridad Obrera* parecía haberse vuelto menos intransigente con la publicación de algunos artículos que explicaban los conceptos básicos

9. “Cooperatismo y sindicalismo”, *Solidaridad Obrera*, 14 de enero de 1931; “Cooperatismo y Sindicalismo”, *Cultura Libertaria*, 11 de marzo y 22 de abril de 1932; “Comentario a un artículo”, *Cultura Libertaria*, 12 de diciembre de 1932; “Reflexiones sobre cooperativismo”, *Sindicalismo*, 24 de marzo de 1933.

10. Pere Sagarra Boronat, “Por el cooperativismo”, *Solidaridad Obrera*, 3 de enero de 1932.

de la cooperación, considerada “de una importancia capital en los presentes momentos”.¹¹

La derrota de los militares en Cataluña fue la chispa que desencadenó una revolución espontánea a través de la región: los trabajadores tomaron las fábricas y los campesinos la tierra que trabajaban. Debido al papel de sus afiliados en la victoria contra los militares rebeldes, la CNT se convirtió en un poder clave en la región. Después de una sugerencia de Lluís Companys, presidente de la Generalitat, se formó el Comité Central de Milicias Antifeixistes en el cual fueron representadas las distintas organizaciones obreras. El comité, que estaba dominado por la CNT, actuó como un gobierno regional hasta septiembre de 1936, con la Generalitat relegada a aprobar maquinalmente sus decisiones. En octubre la Federación emitió una declaración en la que hizo público que “en estos momentos trascendentes de la vida del nuestro país, el movimiento cooperativo reclama también un lugar de Vanguardia”.¹² Para poder tener la influencia que deseaba necesitaba el apoyo de la CNT, que experimentaba un aumento espectacular en afiliación desde el inicio de la Guerra Civil: en abril de 1937 la CNT tenía más de dos millones de afiliados en España, la mitad en Cataluña (Termes, 2011, p. 593).

Pero los acercamientos entre la CNT y el movimiento cooperativo eran por entonces incipientes. Después de la derrota de la sublevación militar en Cataluña, los obreros habían tomado control de la gestión de las fábricas y negocios abandonados por sus antiguos dueños. Para dar un marco legal a lo que ya estaba ocurriendo, el gobierno catalán aprobó el Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero el 24 de octubre de 1936, que sería la base de la economía revolucionaria. Significativamente, el decreto no mencionaba siquiera a las cooperativas. Dividía a la economía en dos tipos de empresas: colectivizadas y privadas (Castells Duran, 1996, p. 12).

Pronto la oposición al alcance revolucionario unió a los republicanos de la Esquerra Republicana y a los comunistas del Partido Socialista Unificado de Cataluña, que se mostraron ansiosos por mostrar las credenciales democráticas de la República para atraer apoyo internacional a su causa, sobre todo de Francia y Inglaterra. Esta tensión explotó en luchas callejeras entre las facciones en mayo de 1937. El resultado de los hechos de mayo fue un triunfo rotundo para los comunistas que ya habían remplazado a los sindicalistas y anarquistas como el poder de la región, y desde este momento el gobierno catalán inició un proceso de

11. “Sociedades cooperativas”, *Solidaridad Obrera*, 18 y 29 de agosto de 1936.

12. “Una declaración de la Federació de Cooperatives de Catalunya”, *Acció Cooperativa*, 16 de octubre de 1936.

“estatización” de la economía (Casanova, 1997, pp. 221-234; Termes, 2011, pp. 587-596).

Entre la introducción del decreto de Colectivización y los hechos de mayo de 1937, la CNT había prestado poca atención al movimiento cooperativo. Sin embargo, con su influencia en declive y el crecimiento de las cooperativas obreras, la CNT se fue haciendo menos intransigente. En octubre de 1937 el comité ejecutivo de la Federación de Cooperativas envió una carta a los partidos políticos y sindicatos de la izquierda revolucionaria en la cual clarificó las tácticas y objetivos del movimiento cooperativo. Las dos primeras respuestas fueron de la CNT y de la FAI. Juan Doménech, secretario general de la CNT, agradeció a la Federación por la iniciativa y tomó nota de la oferta de más información.¹³ La naturaleza cordial de la respuesta hace pensar que la CNT ya estaba revisando su política hacia el movimiento cooperativo. Además del debilitamiento de su posición, este cambio de actitud podría haber sido resultado de otros factores, como los defectos en su programa económico en cuanto a la distribución, aspecto que había previsto Peiró.

Tal como ocurrió con la CNT, el contexto bélico había transformado al movimiento cooperativo. Durante la guerra las cooperativas asociadas a la Federación de Cooperativas de Cataluña experimentaron un aumento considerable, se acogieron miles de nuevos socios.¹⁴ En su congreso en 1938 el presidente de la Federación de Cooperativas de Cataluña Felip Barjau, antiguo dirigente de la CNT que había unido a la USC en los años 20, declaró que el movimiento había crecido de 9.000 familias organizadas cooperativamente en 1937 a unas 388.000 en 1938.¹⁵ Muchos de estos nuevos socios habrían sido miembros de la CNT atraídos por el papel de las cooperativas en la distribución de productos básicos.

La guerra y la resultante reorganización de la economía provocaron graves problemas de abastecimiento. Faltaba género, transporte, y un plan claro de distribución. Al principio se creaban comités de abastecimiento bajo el control de los sindicatos en los barrios y pueblos. Algunos efectuaban ventas, pero pronto se quejaron de la falta de organización, arbitrariedad y favoritismo de éstos. Además, según parece, los antiguos detallistas y tenderos habían ingresado en los sindicatos

13. “Orientació Cooperatista”, *Acció Cooperatista*, 1 de octubre de 1937. La FAI limitó su respuesta a un “gracias” educado.

14. En Barcelona las cooperativas de la Federación tenían 9.000 socios en septiembre de 1936, una cantidad que subió a 21.000 en septiembre de 1937 antes de dispararse y llegar a 98.000 en septiembre de 1938. Esta tónica se generalizó por toda la región.

15. “Les tasques del VIè Congrès de la Federació de Cooperatives de Catalunya”, *Acció Cooperatista*, 5 de agosto de 1938.

para poder continuar con sus actividades previas.¹⁶ Pero en el curso de 1937 la política fue cambiando. Guiado por el Consejo Superior de Cooperación de la Generalitat y sus subcomités que incluían muchos cooperativistas, el movimiento cooperativo se vio beneficiado, mientras que las medidas tomadas reflejaban más la visión colectivista de los dirigentes de la Federación de Cooperativas. Las cooperativas tenían cada vez más responsabilidad para distribuir a sus socios y hasta al público no asociado. Además, en septiembre de 1937, Miquel Mestre, dirigente prominente de la Federación de Cooperativas, fue nominado jefe de la Dirección General de Abastecimientos de la Generalitat. Colaborando con Mestre había otros tres cooperativistas, también había varios cooperadores en las juntas regionales de abastecimientos.

Mientras avanzaba la guerra, la situación para la República se volvía cada vez más complicada, el abastecimiento de los productos básicos del consumo se hacía cada vez más escaso y los precios más exorbitantes. La economía se iba centralizando debido a la necesidad de aumentar su eficacia en aspectos como el abastecimiento de los productos, lo que dio como resultado una creciente influencia del Consejo de la Economía de la Generalitat en el funcionamiento de las cooperativas de consumo, las cuales desarrollaban un papel fundamental para evitar estos problemas. La situación bélica y la debilidad de la CNT en relación con los primeros meses del conflicto, sumado a la necesidad de velar por el bien de sus afiliados, muchos de los cuales ya se habían asociado a las cooperativas de consumo del barrio o localidad, provocó que los dirigentes de la CNT se volvieran más flexibles frente al cooperativismo, posición que fue favorecida por las ideas ya avanzadas de Peiró y otros.

Este crecimiento en números e influencia tuvo su impacto en los dirigentes de la CNT. En diciembre del 1937, *Acción Cooperatista* anunció con entusiasmo que *Solidaridad Obrera* se había declarado a favor de la cooperación, citando como prueba un editorial publicado en el diario que marcaba este cambio de dirección. El editorial sostenía que era hora de que los sindicatos y las cooperativas trabajasen juntos y reconocía que

una de las graves lagunas del movimiento de transformación económica iniciado en España desde julio de 1936, es no haber apreciado justamente, o más bien, haber casi completamente ignorado el valor de las cooperativas como instrumento de reconstrucción.¹⁷

16. "I dels Comitès de proveïments, què?", *Tremp*, 1 de diciembre de 1936.

17. "«Solidaridad Obrera» se pronuncia por la Cooperación", *Acción Cooperatista*, 31 de diciembre de 1937.

Ese mea culpa fue amortiguado con la afirmación de que la responsabilidad por estas “lagunas” en el pasado era del movimiento cooperativo debido a sus contactos con la socialdemocracia que lo había hecho reformista, burgués y contrarrevolucionario. Ahora, en la España revolucionaria, esto había cambiado. Según el editorial de *Solidaridad Obrera*, para superar las deficiencias de la colectivización se debería promover la creación de cooperativas de consumo y producción. Era la

hora de que Cooperativas y Sindicatos ocupen un plano igual, con fases elementales y constructivas de un proceso revolucionario inaugurado por los trabajadores y que ellos por su número, por su capacidad social y la misión a cumplir, resolverán en una síntesis inevitable al final de la lucha.¹⁸

Como puede observarse, el texto hace suyos los planteos esbozados por Peiró desde la década de 1920.

El cambio de posición fue confirmado en un Pleno Nacional de la CNT celebrado en Valencia el 21 enero 1938. Sin embargo, la CNT no aconsejó a sus miembros que se afiliasen a las cooperativas de la Federación, sino que propuso que creasen sus propias cooperativas urgentemente.¹⁹ Se crearon varias cooperativas cenetistas, aunque es difícil determinar si tenían mucha influencia o éxito (Pérez Barò, 1974, pp. 115-116). Sin embargo, las negociaciones entre la CNT y el sindicato socialista (Unión General de Trabajadores) sobre una fusión entre las dos centrales sindicales pronto provocaron un reajuste en la posición de la CNT.

Al principio de 1938, con las negociaciones entre la CNT y la UGT sobre una posible fusión bastante avanzadas, la UGT presentó un programa de acción colectiva a la CNT que incluía una sección sobre cooperativas de consumo. La respuesta de la CNT también contenía una sección haciendo referencia a las cooperativas de consumo:

Las cooperativas de consumo, forma imperfecta de colectivización, serán divulgadas y protegidas por la CNT y la UGT para hacer frente a la especulación actual e ir venciendo el espíritu de la burguesía en el comercio menor.²⁰

18. “El movimiento cooperativo es también un canal reconstructivo y revolucionario”, *Solidaridad Obrera*, 24 de diciembre de 1937.

19. “En la sesión de la tarde, se entra a considerar el establecimiento de las cooperativas confederales”, *Solidaridad Obrera*, 22 de enero de 1938.

20. “Les Bases de la CNT i les Cooperatives”, *Acción Cooperatista*, 18 de febrero de 1938.

Su punto de partida para las negociaciones fue en lo esencial el mismo adoptado al final de 1937 y reportado en *Acción Cooperatista*. La CNT todavía esperaba mantener sus cooperativas independientes de otras organizaciones políticas. Sin embargo, después de las negociaciones, la posición de la CNT se alineó con la de los socialistas. El artículo 8 del Pacto de Unidad de Acción firmado por las dos centrales sindicalistas en abril declaró que:

La UGT y la CNT en Cataluña, velarán porque los trabajadores y sus familias puedan disponer de un mínimo de artículos alimenticios a precios relacionados con el tipo de salario vigente, propugnarán el ingreso de todas las familias obreras en las Cooperativas de consumo y el establecimiento de comedores populares, comedores colectivos o de empresa.²¹

No obstante, la CNT todavía no estaba dispuesta a retractarse, al menos oficialmente, de su posición anterior frente a las cooperativas. Aunque comentaba favorablemente el sexto congreso cooperativo de 1938, donde por primera vez la CNT había mandado un representante –Valerio Más, que había sido el confederal representante en el Comité central de abastos–, *Solidaridad Obrera* insistió en que el acercamiento entre el movimiento cooperativo y el sindical había sido el resultado de cambios en la política y naturaleza del primero. En los últimos años, observó el periódico cenetista, el movimiento cooperativo catalán había superado sus problemas, había adoptado una personalidad más ideológica, y “ha servido para que varios elementos, con auténtica visión proletaria, se hayan capacitado en la técnica comercial, sin olvidarse de este sentido eminentemente social que debe tener la cooperación”.²² El diario confederal concluyó felicitando al movimiento cooperativo por el hecho de que muchos libertarios eran socios de las cooperativas y podrían, por lo tanto, asegurar que esta tendencia eminentemente social y práctica se mantendría. Finalmente, según la versión del diario cenetista, se había ajustado al cooperativismo socialista vislumbrado por Bakunin y puesto al día por Peiró y otros treintistas.

Conclusiones

A lo largo de este artículo examinamos las tensiones que se de-

21. “Pacto de Unidad de Acción entre la CNT y la UGT en Cataluña”, *Solidaridad Obrera*, 20 de abril de 1938.

22. “El Congrèss d’enguany i els Congressos d’ahir”, *Acción Cooperatista*, 12 de agosto de 1938.

sarrollaron entre los movimientos anarquista y cooperativo hasta la Guerra Civil. Desde sus inicios, el anarquismo manifestó interés por la cooperación, si bien más a nivel teórico que de acción. Los principales pensadores libertarios le asignaron dotes positivas, aunque con avisos, que fueron fuente de posicionamientos disímiles durante las primeras décadas del siglo XX. Identificamos, en el primer sentido, una serie de discursos que destacaban su capacidad educativa y su potencialidad para organizar a la clase obrera en un trabajo de conjunto autogestionario y no individualista. Contrapuesta a esa evaluación positiva fue la gran preocupación sobre la tendencia reformista o burguesa que podría apropiarse del movimiento cooperativo, convirtiéndolo así en un arma del capitalismo, debilitando la naturaleza revolucionaria de las masas, orientándolos a aceptar el sistema capitalista del mercado y la competencia. Este fue el argumento que se hizo fuerte a principios del siglo XX entre los anarquistas catalanes. Éstos últimos siguieron principios esbozados ya por Bakunin y Malatesta, que no consideraban al cooperativismo como una ideología revolucionaria. Con todo, en un contexto de fuerte influencia liberal y luego socialdemócrata sobre el movimiento cooperativo, descartaron las potencialidades también presentes en los discursos de los padres fundadores del movimiento libertario. En particular, la consideración de que la trayectoria del cooperativismo dependía de sus afiliados, habilitaba la acción anarquista dentro de las cooperativas para socializarlas y convertirlas en herramientas útiles para la revolución. El anarquismo catalán se encontraba por entonces en crisis por la represión y los debates internos que debilitaban su vinculación con la clase obrera, mientras que el movimiento cooperativo no lograba despegar debido al atraso económico del país. Esta manifiesta debilidad tampoco lo hacía interesante a ojos de los anarquistas que concentraban sus esperanzas emancipatorias en torno al sindicalismo revolucionario. Sin embargo, la derrota del movimiento huelguístico de la primera posguerra mostró a algunos anarquistas la necesidad de reevaluar tácticas y en este punto llegaron de nuevo a considerar a la cooperación como útil. Con Peiró, Pestaña y Flor, entre otros, el análisis del papel potencial de la cooperación se profundizó, agregando la importancia de su rol en la distribución de los productos, a los otros beneficios ya sugeridos por los pensadores clásicos del anarquismo. Los treintistas pro-cooperación habían preparado una justificación táctica e ideológica para un acercamiento de los movimientos anarquistas y cooperativos, con tal de que ambos se guiaran por el colectivismo. Sin embargo, la influencia “burguesa”, o sea socialista, del movimiento vigente en Cataluña hacía que todavía la teoría no pudiera avanzar hacia la realidad. A su vez, aunque la CNT fue la fuerza dominante en Cataluña, en muchas otras regiones de la España republicana esta posición perte-

necía a los socialistas. De ahí que la CNT se viera forzada, por la lógica de la situación bélica, a adoptar una política de colaboración, primero apoyando la “unidad sindical” con la UGT y luego entrando al gobierno republicano presidido por el socialista Largo Caballero. El reemplazo de éste por Juan Negrín, más cercano a los comunistas, derivó en la expulsión de los anarquistas del gobierno y en su progresiva pérdida de influencia entre la clase obrera.

La Guerra Civil creó un contexto en el cual, eventualmente, la lógica de la posición treintista se hizo factible al mismo tiempo que el movimiento cooperativo se hacía más atractivo por su crecimiento y su papel a favor de la economía revolucionaria de la República.

La razón detrás del apoyo al papel cooperativo en los trabajos de Peiró y otros treintistas fue la necesidad de revisar las tácticas anarquistas a la luz de los cambios económicos y políticos del siglo XX, sobre todo en relación con la organización económica. Con la Guerra Civil esos planteos tuvieron su oportunidad, cuando las falencias del sistema de distribución de la revolución se hicieron evidentes mientras que las cooperativas mismas se vieron forzadas por el contexto y el aumento de afiliados a actuar más como cooperativas socialistas que burguesas. El nuevo contexto, signado por el progresivo debilitamiento de la CNT y el fortalecimiento del cooperativismo, propició el acercamiento entre ambos. Sin retractarse de sus posiciones previas, la central anarcosindicalista pasó a reivindicar el papel de las cooperativas en ese momento histórico, mientras que varios de sus cuadros se sumaban también a la dirección del movimiento cooperativo. Sin embargo, esta confluencia llegó demasiado tarde para poder analizar su potencial, por cuanto la victoria franquista a principios de 1939 pondría fin primero a los sindicatos de la CNT y luego a las cooperativas.

Referencias

- Alcaraz i González, R. (1987). *La Unió Socialista de Catalunya*. Edicions de la Magrana.
- Álvarez Junco, J. (1991). *La ideológica política del anarquismo (1868-1910)*. Siglo XXI.
- Bar, A. (1981). *La CNT en los años rojos: del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910-1926)*. Akal.
- Benegoechea, S. (1998). *El locaut de Barcelona (1919-1920)*. Curial.
- Beltran Denigra, J. (2010). *La ideología política del anarquismo a través del Productor*. Aldarull.
- Birchall, J. (1997). *The International Cooperative Movement*. Manchester University Press.

- Casanova, J. (1997). *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*. Crítica.
- Casanovas i Prat, J. (1998). *El cooperativismo a Osona*. Eumo.
- Castells Duran, A. (1996). *El proceso estatizador en la experiencia colectivista catalana (1936-1939)*. Nossa y Jara.
- Colomer i Rovira, M. (1986) *Cooperativisme i moviment obrer. L'exemple de la Cooperativa del Vidre de Mataró (1920-1944)*. Alta Fulla.
- Cuadrat, X. (1976). *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911)*. Ediciones de la Revista de Trabajo.
- Cutler, R. (ed.) (1985). *Mikhail Bakunin, From out of the Dustbin. Bakunin's basic writings, 1869-1871*. Ardis.
- Dalmau Torvà, M., e I. Mirò i Acedo (2010). *Les cooperatives obreres de Sants, 1870-1939*. Ciutat Invisible.
- Duch i Plana, M. (1993). *La Cooperativa Obrera Tarraconense: consum, treball i lleure a Tarragona*. El Medol.
- Elorza, A. (ed.) (1974). *Ángel Pestaña: Trayectoria sindicalista*. Tebas.
- Elorza, A. (1972). La génesis de la Federación Anarquista Ibérica, *Revista de Trabajo*, 39, pp. 44-45; 40, p. 45.
- Federació de Cooperatives de Catalunya (1937). *Memoria 1936-1937*. Federació de Cooperatives de Catalunya.
- Gabriel, P. (ed.) (1975). *Juan Peiró, Escrits, 1917-1939*. Edicions 62.
- Garau Rolandi, M. (2011). *Joan Peiró i Belis*. Cossetània.
- Lorenzo Asperilla, A. (1905). *Via libre. El trabajador. Su ideal emancipador. Desviaciones políticas y económicas*. F. Granada y Cia.
- Nadal, J. (1975). *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*. Ariel.
- Paniagua, J. (1982). *La Sociedad Libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español, 1930-1939*. Crítica.
- Peiró, J. (1945). *Problemas del sindicalismo y del anarquismo*. MLE.
- Peiró, J. (1979). *Trayectoria de la CNT*. Júcar.
- Pérez Barò, A. (1974). *30 meses de colectivisme en Catalunya*. Ariel.
- Pérez Barò, A. (1989). *Història de les cooperatives a Catalunya*. Crítica.
- Pradas Baena, M.A. (2003). *L'anarquisme i les lluites socials a Barcelona, 1918-1923*. L'Abadia de Montserrat.
- Reventós Carner, J. (1960). *El movimiento cooperativo en España*. Ariel.
- Richards, V. (ed.). (1993). *Malatesta, Life and Ideas*. Freedom Press.
- Statz, M. (ed.) (1990). *Bakunin. Statism and Anarchy*. Cambridge University Press.
- Termes, J. (2000). *Anarquismo y sindicalismo en España: la Primera Internacional (1864-1881)*. Ariel.
- Termes, J. (2011). *Historia del moviment anarquista a Espanya (1870-1980)*. L'avenç.
- Vega, E. (1980). *El trentisme a Catalunya. Divergències ideològiques en la CNT, 1930-1933*. Curial.

INTERVENCIONES

Sobre las ideas socialistas en el Río de la Plata en el siglo XIX

Hernán M. Díaz

Universidad de Buenos Aires, Argentina - Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas
hernandiaz59@gmail.com
ORCID: 0000-0003-4351-1647

Título: On socialist ideas on the Río de la Plata in the 19th century

Resumen: En el presente artículo se discute la denominación “socialismo romántico”, utilizada por Horacio Tarcus en una trilogía, publicada entre 2016 y 2020, que trata sobre la recepción de las ideas socialistas en la Argentina en el siglo XIX. Se realiza también una discusión acerca del socialismo anterior a Marx y su vínculo complejo con el romanticismo como movimiento literario o como filosofía de la historia.

Palabras clave: Tarcus – socialismo – siglo XIX

Abstract: This article discusses the name “romantic socialism”, used by Horacio Tarcus in a trilogy, published between 2016 and 2020, which deals with the reception of socialist ideas in Argentina in the 19th century. There is also a discussion about pre-Marx socialism and its complex link with romanticism as a literary movement or as a philosophy of history.

Keywords: Tarcus – socialism – 19th century

Recepción: 6 de abril de 2021. **Aceptación:** 12 de agosto de 2021

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.326>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - Compartir Igual)

* * *

Horacio Tarcus ha terminado de publicar un tercer volumen sobre la recepción de las ideas del socialismo francés en el Río de la Plata, abarcando desde la generación de 1837 hasta el fin del siglo XIX. Estos tres volúmenes (Tarcus, 2016 y 2020) son un producto, ampliado y reelaborado, de la tesis doctoral del autor, cuya primera aparición editorial fue el libro *Marx en la Argentina*, publicado en 2007 y que, en rigor, remitía al último tramo cronológico del estudio de la recepción del socialismo en la Argentina decimonónica. Así, estos cuatro volúmenes forman un cuadro amplio de los primeros pasos de las ideas de reforma social en nuestro país, desde la simple repetición o reconocimiento de las nuevas doctrinas hasta la conformación, a fin de siglo, de corrientes orgánicas que buscaban reconstruir en nuestro suelo las organizaciones proletarias ya desarrolladas en Europa.

Los tres volúmenes que analizamos hoy, *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)* y los dos volúmenes de *Los exiliados románticos. Socialistas y masones en la formación de la Argentina moderna (1853-1880)*, forman un conjunto homogéneo, relativamente distante de *Marx en la Argentina*, ya que estos tres nuevos libros indagan alrededor de unos grupos y personajes poco o nada transitados en la historiografía, al menos desde el punto de vista de su recepción del socialismo. La obra de Tarcus se instala, de esa manera, como un punto clave en la comprensión de la prehistoria del socialismo y el anarquismo argentinos y, en muchos aspectos, será también una obra de referencia, dada la escasez y la parquedad de las fuentes consultables. Las observaciones, las sugerencias e incluso las críticas que desarrollaremos no obstan para reconocer que la historia de los orígenes del socialismo en la Argentina encontrará en estos textos su comienzo insoslayable.

En el primer libro, el autor busca analizar la recepción del socialismo en el Río de la Plata en la época de Rosas, rastreable en la obra de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Miguel Cané (padre) y Andrés Bello. En el ámbito montevideano (por eso la apelación en el título al Río de la Plata), se releva un curso de economía política brindado por Marcelino Pareja, quien reproducía conceptos de Sismondi, y la obra de Eugène Tandonnet, partidario de las teorías de Charles Fourier. La recepción de las obras de los primeros socialistas (en particular, franceses) registra, en todos los casos, una variedad de actitudes: desde la cerrada crítica de Sarmiento (a quien, sin embargo, Tarcus también adjudica “fascinación” por ese cuerpo de ideas) hasta la aceptación variable de algunos postulados, pasando por el simple registro o la lectura atenta. Esa variedad es observable también en las fuentes leídas por los diferentes políticos y periodistas rioplatenses, ya que se pueden encontrar desde

los grandes sistemas socialistas, como Saint-Simon o Fourier, hasta sus continuadores y vulgarizadores como Pierre Leroux o Victor Considérant, o incluso pensadores que no eran en absoluto socialistas (como Jouffroy, Cousin, Lermínier, Michelet, Quinet, Lamennais), pero que el autor considera que forman parte del “pensamiento social” de la época.

Las lecturas de Pierre Leroux, y en mucha menor medida de Saint-Simon, permitieron a Echeverría y a Alberdi dejar de lado el enfoque meramente institucional y político de los primeros liberales argentinos, para tratar de forjarse una idea global de las fuerzas sociales y económicas que operaban en nuestro país. Acusaron a los unitarios de querer trasplantar los esquemas republicanos franceses sin conocer las particularidades del país en que actuaban y sin preocuparse de que maduren las condiciones que hicieron posible el liberalismo en una Europa desarrollada. Echeverría, en particular, utilizó por momentos la palabra “socialismo” (*Dogma socialista*) para referirse a una concepción política que atendiera a las necesidades de todos los sectores de la sociedad y no solamente a los de la clase culta de Buenos Aires.

El segundo y el tercer libro tienen un enfoque acotado a cuatro biografías de personajes poco conocidos, aunque a lo largo de su historia aparecen también otros personajes menores que también reciben la influencia del socialismo o de alguna teoría reformista afín. El primer volumen de *Los exiliados románticos* está dedicado al chileno Francisco Bilbao y al español Bartolomé Victory y Suárez. Bilbao actuó desde muy joven en las luchas políticas de su país, se exilió en Francia donde fue testigo de la revolución de 1848, regresó a Chile donde participó de la Sociedad de la Igualdad, con la que encabezó una revolución en 1851 contra Manuel Montt y se instaló finalmente en Buenos Aires, ejerciendo un periodismo de combate. Influido por las ideas de Lamennais, Michelet y Quinet, tuvo especial preocupación por conectarse con los sectores de artesanos y trabajadores. En sus textos utilizó un lenguaje ambivalente, cargado de metáforas y lleno de idealismo, acorde con el romanticismo de la época (Tarcus, 2016, p. 120). Pregonó la soberanía de la razón, lo cual lo acercaba más a Guizot que al socialismo (ídem, p. 134). Fue quizás el primero en hablar de “América Latina”, se opuso a la invasión francesa a México y en lo doméstico fue un enemigo de las políticas elitistas y oligárquicas.

Victory y Suárez, luego de mezclarse en las luchas republicanas de España, llegó a la Argentina en 1857. Dirigió en 1863 el periódico *El Artesano*, que promovía el desarrollo profesional y la asociación entre los obreros, y publicó una breve colección de libros, entre los que incluyó una traducción de un texto de Étienne Cabet, *El comunismo*, con un prólogo del mismo Victory donde planteaba su discrepancia con las ideas del francés, aun cuando le pareciera importante conocerlas. También

se vinculó a los primeros intentos de asociación obrera con carácter mutual y sindical, participando en la Sociedad Tipográfica Bonaerense y redactando alguno de sus manifiestos.

El tercero y último libro contiene las biografías del francés Alejo Peyret y del español Serafín Álvarez. Peyret participó de la revolución de 1848 y con el golpe de Luis Bonaparte debió exiliarse en nuestro país, donde residió hasta su muerte. Ejerció un periodismo de crítica democrática y fue administrador de la colonia San José, en Entre Ríos. Leyó y adhirió a las ideas de Proudhon, particularmente a su idea del federalismo, a la que asoció con la política de las provincias del interior argentino. Se inscribió en la política de fomento de las colonias migratorias de Urquiza, con quien mantuvo una relación política y económica. Vinculado de manera general al socialismo de su época, participó en el congreso fundacional de la II Internacional, en París en 1889, en representación de la militancia de Argentina, pero Tarcus se encarga de subrayar que Peyret estaba en Francia con un encargo oficial del gobierno, llegó por casualidad al congreso y no estaba munido de ninguna credencial que lo acreditara como representante.

El español Serafín Álvarez, nacido en Granada, estudió abogacía en Madrid y estuvo vinculado con los sectores democráticos y, tangencialmente, con el primer anarquismo de la Asociación Internacional de Trabajadores. Se tuvo que exiliar después de la experiencia republicana, en 1874, pero ya había escrito en su país *El credo de una religión nueva*, donde exponía su propia visión de un socialismo elemental, basado en la solidaridad y en la asociación, con fuertes tintes cristianos. Más que ofrecer una visión original del socialismo, Álvarez realizaba allí un sincretismo donde convivían diferentes fuentes del socialismo premarxista, y lo que predominaba era el componente moral más que el económico o el político. Ya en Argentina, se desempeñó en el periodismo, donde escribió páginas muy críticas contra el dominio de la oligarquía vacuna y la falta de democracia real para las grandes mayorías. A fin del siglo no adhirió al naciente Partido Socialista e incluso polemizó con esta nueva organización, pues concebía ya el socialismo como la marcha general de la ciencia y del estudio de la humanidad en su conjunto. Su vínculo y su influencia sobre el movimiento obrero fue así poco significativa.

El "Epílogo" del tercer libro sirve como marco teórico general para los tres volúmenes. Allí el autor concluye que ha apelado al método de la *biografía intelectual* para iniciar el camino de una *historia conceptual del socialismo* en el siglo XIX. En este sentido, no entiende el "socialismo" como una idea, sino que éste se corporiza en una serie de personas y corrientes que sostienen, argumentan y combaten alrededor de un concepto que se despliega en la historia. Lo que importa son los usos que los agentes concretos han realizado con esas ideas. De todas formas,

si la historia conceptual es el marco teórico explícito que sostiene la investigación, en el análisis puntual de cada uno de los actores de esta historia parece prevalecer más el recurso a la teoría de la recepción, que a la manera de Hans R. Jauss indaga en las formas de apropiación de las ideas y su traducción en tierras americanas.

Para agregar una dimensión crítica, que no quita mérito a la investigación realizada, creemos que no se debe confundir el *concepto* con la *palabra*. El concepto de “socialismo” existe más allá y más acá de la utilización de la palabra que lo designa. Más allá, porque la idea de socialismo se forjó desde mucho tiempo antes de que Pierre Leroux inaugurara el término (en un sentido negativo) en 1833, y era llamado, por ejemplo, “nuevo mundo” por los sansimonianos o “armonía” por Fourier. De la misma manera que la palabra “comunismo” nace o, mejor, se consagra en 1840, con el famoso brindis de los comunistas en Belleville, pero ya Babeuf hablaba de los almacenes y tierras comunes, o bien la noción era conocida como “comunidad de bienes” por los reformadores sociales aun cuando no adherían a ella. Y más acá, porque la utilización de ese concepto (y Tarcus insiste en que busca analizar los usos a que dio lugar) es inescindible de un conjunto de consideraciones ideológicas que lo acompañan, del marco metodológico en el que se inscribe, de las prácticas políticas a que da lugar, del proyecto social específico que quienes lo utilizan aspiran a realizar. Y aunque se insista en que se analiza el concepto de socialismo a través de sus usos, creemos que por momentos se desatienden una serie de aspectos que hacen que se debilite la historia del socialismo y de las reformas sociales en la Argentina, incluyendo en un mismo agrupamiento expresiones completamente disímiles.

El conjunto de corrientes de reformadores sociales que desarrollaron sus teorías antes de la revolución de 1848 (y que extendieron su influencia directa por varias décadas) fueron denominados por Engels “socialistas utópicos”. El pequeño libro donde los describió en escasas páginas tuvo un enorme éxito en Europa y el mundo entero, grabando a fuego una denominación que no hacía justicia a las enormes diferencias que se podían observar entre las distintas corrientes, que incluían tanto a reformistas como a revolucionarios, tanto a construcciones utópicas como a análisis profundos y visionarios. La propia denominación “socialismo utópico” postulaba que detrás de ese nombre existía una unidad, aunque sea en un nivel conceptual profundo, que lo diferenciaba y contraponía con todo el socialismo posterior. Hemos creído demostrar en un libro reciente (Díaz, 2020) que, por un lado, en el interior de esos movimientos las contradicciones políticas eran insolubles en una categorización general y, por el otro, que muchas o todas las corrientes socialistas previas a Marx y Engels reaparecieron de manera constante

en la historia de las luchas sociales y que no había ninguna diferencia epistémica o filosófica que justificara el confinamiento de una serie de pensadores a la infancia del movimiento socialista.

Tarcus acepta la idea de la unidad del socialismo premarxista e intenta renombrarlo como “socialismo romántico”. Ya hemos desarrollado, en el libro citado (ídem, pp. 134-139) la crítica a la utilización indiscriminada de ese término. Agregaremos algunos elementos más. El romanticismo fue un movimiento artístico y cultural esencialmente individualista, quizás la expresión más alta, en la historia de la humanidad, de exaltación del individuo, en consonancia con una sociedad (el régimen burgués) que nacía estructurada sustancialmente en el atomismo del egoísmo general y autorregulado. El socialismo, en cambio, en todas sus variantes, nace como una contraposición al individualismo como base de la organización social, y parte justamente de la búsqueda de condiciones para hacer coincidir el interés general con el interés particular. Para ello busca un basamento científico que, como toda ciencia, elimine el factor subjetivo en la resolución de los problemas sociales. Incluso la misma palabra que denomina al movimiento, “socialismo”, es un derivado de la palabra “asociación” con la que el nuevo movimiento se opone a la guerra de todos contra todos, característica de la sociedad capitalista. Es cierto que el romanticismo se opuso eventualmente al “burgués”, pero de la misma forma como se opone el orfebre y el artesano al trabajo industrial, automatizado e impersonal. Es antiburgués cuando quiere protestar por el empobrecimiento que la gran industria produce en el artesano. El romanticismo lucha por la libertad del individuo culto, y la masa le parece un conjunto de ignorantes perfectamente compatibles con la alienación del trabajo fabril.

Como acertadamente dijo Victor Hugo, “el romanticismo es el liberalismo en literatura”. Es decir que hay que considerar la clara continuidad entre el pensamiento liberal y la tendencia romántica en el arte. El socialismo, en cambio, en todas sus formas, nació como una crítica y una contraposición al liberalismo individualista. Pero para Tarcus, “el socialismo nació romántico” (2016, p. 24), o sea que el romanticismo incluye, comprende, subsume y determina al socialismo. Identifica al romanticismo con “la época”, incluso con la moda, todo queda subsumido en esa corriente intelectual, con lo cual le quita al socialismo de los orígenes toda posibilidad de autonomía con respecto a la “ideología dominante”.

Es cierto que hubo algunas pocas expresiones en el interior del socialismo que abrevaron en el individualismo y en el humanismo iluminista, pero fueron marginales frente al conjunto del movimiento obrero y de izquierda y, por cierto, enemigas del “socialismo”. Pierre Leroux, particularmente, cuando “inventó” la palabra socialismo lo hizo de ma-

nera crítica, para censurar el “exceso de igualitarismo” que implicaba el movimiento que nacía frente a sus ojos, y lo opuso al individualismo (propio de los liberales) como el error contrario y simétrico. Leroux, inventor del término, renegó así del socialismo, hasta que años después lo convencieron de que la palabra ya englobaba tantas corrientes diferentes que era más conveniente influir desde adentro del movimiento que desde afuera.¹

Se cae así en la mitología que considera que la infancia del socialismo, antes de Marx, era el delirio de un grupo de críticos soñadores, que maldecían por impotencia y se dejaban arrullar por las ilusiones de un futuro perfecto (véase el famoso texto de Lenin, 1946, pp. 5-12), y no se estudia el cúmulo de esfuerzos teóricos y prácticos que permitieron que más tarde surgiera un movimiento obrero fortalecido con una teoría específica de transformación social. Hablar de “socialismo romántico” es toda una elección ideológica: significa, en vez de entender el socialismo como elaboración colectiva, subsumir ese movimiento en la “filosofía del siglo” encarnada en el individualismo. Se insiste con la “filosofía de la época” como un determinante forzoso que impregnaría toda producción teórica y todo intento práctico de reforma, pero para demostrarlo se hace tabla rasa con las características concretas y reales que el movimiento socialista tuvo en su momento. Es verdad, como dice Marx, que la ideología dominante es la ideología de la clase dominante, pero si todas las expresiones ideológicas las sometemos a ese paraguas general, entonces no existen manifestaciones revolucionarias y el mismo marxismo sería parte de la ideología dominante. Que exista una ideología dominante (¿y el romanticismo lo sería?) no significa que determine toda producción teórica. Las ideologías se contraponen unas a otras de la misma manera que las clases sociales: el socialismo no es una mera variante del liberalismo, y menos aún del romanticismo.

Se destaca en Tarcus la intención de incluir cualquier influencia o recepción del socialismo anterior a Marx dentro de una denominación que sirva como reemplazo al calificativo canonizado por Engels. Esa sería la intención original para proponer la denominación de “socialismo romántico”. Pero si el romanticismo *determinó* cultural e ideológicamente las formas que debía adoptar el primer socialismo, entonces también el socialismo de Marx debería ser denominado romántico. Si no se incluye el socialismo “científico” en esa categorización, entonces lo que se está queriendo plantear es que el socialismo previo a 1848 fue casi una obra de literatos, de poetas, y en todo caso de liberales. Esto, claramente,

1. Tampoco se puede afirmar que Leroux representaba un “socialismo desde abajo” (Tarcus, 2016, p. 128). Lo más que se puede decir es que era parte de la “izquierda” francesa de la época.

no tiene nada que ver con las primeras generaciones de reformadores sociales que dieron origen al marxismo.

No queremos plantear que no exista, eventualmente, un romanticismo con aires socializantes o también socialistas que se inclinaron al romanticismo. Obviamente existieron muchos escritores románticos con sensibilidad por las clases pobres (pero ese simple sentimiento no es socialismo) y algunos socialistas que abandonaron las preocupaciones por el conjunto de la sociedad (como Pierre Leroux, pero no muchos más) y se refugiaron en las falsas consignas de los liberales: democracia, humanidad, libertad. Las gradaciones son atendibles, pero aquí no estamos hablando de una escala de grises sino de un intento por reducir el socialismo a una versión altruista del liberalismo, cuando en realidad el socialismo, como conjunto, nació y se desarrolló en una oposición tajante con el individualismo burgués.

Por otra parte, el conjunto de personajes que estudia Tarcus en su trilogía ni son todos socialistas, ni son todos románticos. ¿Hasta qué punto se puede insistir en el “sansimonismo” de Echeverría, más allá de que a su manifiesto lo llamó “Dogma socialista”?² ¿Y qué tienen de románticos Bartolomé Victory y Suárez, Alejo Peyret o Serafín Álvarez?

Tarcus retoma la interpretación de José Ingenieros, quien consideraba que la generación de 1837 (sobre todo Echeverría y Alberdi) había sido formada en el sansimonismo. El único objetivo de esta clasificación consiste en acercar a Echeverría y Alberdi a una especie de “premarxismo”, que nos permitiría entonces reverenciar a esos padres de la patria sin culpa. La misma operación pretendió hacer Milciades Peña cuando denominaba a Alberdi un hegeliano sin Hegel. Pero por más planteos democráticos que hayan realizado los dos próceres, no se puede dejar de señalar su inclusión en el corazón del naciente liberalismo argentino.

Se insiste en que Echeverría, en su estadía parisina, conoció a los sansimonianos, y que, en ocasión de la redacción de su *Dogma socialista*, no podía desconocer el significado que el término “socialismo” había adquirido en Europa hacia 1846 (Tarcus, 2020, II, p. 275). En vez de “socialista”, Echeverría podría haber utilizado el término “social”, que no tenía las mismas implicancias, y eso demuestra, afirma Tarcus, que la inclusión del término “socialista” fue deliberada y programática. Pero aquí hay un doble error. Es verdad que el socialismo para 1846 incluía un sinfín de corrientes, *la mayoría opuestas al liberalismo*, pero todas esas corrientes pugnaban por una reforma social que mejore la

2. Efectivamente, no es sólo en el título que Echeverría utiliza ese término. En el “Prólogo” afirma: “andamos en busca de *una luz de criterio socialista*” (Echeverría, 1873: 110; subrayado en el original). Pero, como veremos, es muy poco frecuente y no es definido en ningún momento.

situación de la enorme masa de proletarios que el liberalismo había abandonado a la suerte que le deparaba el "mercado". Por otra parte, el término "social" también era usado en los movimientos europeos de la época como sinónimo de "preocupado por la suerte de los pobres". Así, la propuesta de "una Europa social" o "un Estado social" era la consigna central para amplios sectores de las masas, que se habían apropiado de un término que parecía protegerlos.

¿Acaso Echeverría proponía algún tipo de reorganización de la sociedad argentina en beneficio de los gauchos? ¿Quizás tenía una propuesta de crear asociaciones cooperativas, o bien organizar el trabajo en beneficio de los más pobres? De ninguna manera. Lo que propone Echeverría, para superar la dicotomía entre los liberales bonaerenses que ignoraron la realidad del país y los federales bonaerenses que gobernaron de manera dictatorial, es recurrir a un símbolo: Mayo. La fecha de la revolución de 1810 debe ser un rasgo de unión que una a todos los argentinos. Echeverría inventa así la política "democrática" del siglo XX: unir al país detrás de un símbolo polifacético, que les permita seguir administrando el país en beneficio de la misma minoría que lo administraba antes. Su propuesta política es encaminar a la sociedad tras un símbolo-fetiché, que asegure la fraternidad aparente y otorgue el poder a la oligarquía de manera consensual. El problema de Echeverría es cómo crear una clase dirigente aceptable y digerible, no de qué manera beneficiar a las masas. Sólo busca una ficción de democracia que evite la manifestación de las contradicciones de clase. En ningún sentido de la palabra "socialismo" podemos encontrar este significado.

¿Soluciones económicas o sociales que beneficien a las mayorías? Para Echeverría, la Argentina debe desarrollar en lo posible la elaboración de las materias primas que se exportan. No entregarlas en bruto sino dar las pieles curtidas, las lanas escardadas, etc. "No nos hallamos en estado de fabricar con nuestras lanas paños, ni con nuestras pieles y crines cosas útiles, porque nos faltan elementos" (Echeverría, 1981: 266). No debemos ser un país industrial, agrega, pero hay que lograr un mayor valor agregado y una tecnificación del campo. Como reformador, ni siquiera llega a la insistencia en la industria de Saint-Simon: como gran hacendado, hace la defensa típica en su época de la conservación de la situación pastoril de nuestra economía, agregándole alguna mínima elaboración para mejorar los términos de intercambio con las grandes potencias industriales.

La palabra "socialista" en su *Dogma*, su gran capacidad literaria y su exilio crearon una confusión retrospectiva sobre Echeverría, magnificaron su reformismo democrático y velaron las intenciones originales de la Asociación de Mayo, confesadas en sus mismos escritos: lograr que

Rosas encabece el movimiento de reconciliación de la patria, aceptando una apertura paulatina del juego político.

La interpretación más coherente sobre el supuesto socialismo de Echeverría la cita el mismo Tarcus (aunque se opone a ella) y proviene de un filósofo liberal, Coriolano Alberini (1934). Echeverría no es en absoluto sansimoniano, afirma Alberini: no sigue a Saint-Simon y tampoco a sus discípulos. En todo caso sigue a Leroux, agrega el filósofo, pero no a la “sustancia” de su pensamiento sino a sus aspectos más superficiales. La palabra “socialista”, usada por muchos escritores de distinto color político, es sinónimo de “social”. En ese sentido, agregamos nosotros, es más una influencia vaga del socialismo que una demostración del sansimonismo de los primeros liberales argentinos.

Pero dejemos hablar a Echeverría (1981: 253), en una carta pública a Pedro De Ángelis, fechada un año después de la publicación del *Dogma socialista*:

¿Dónde, en qué página de mi libro ha podido hallar Ud. rastro de las doctrinas de Fourier, Saint-Simon, Considerant y Enfantin? ¿Por qué no me la cita?

¿Hay algo más en todo él que una fórmula económica de Saint-Simon adoptada generalmente en Europa, y aplicada por mí a toda la sociabilidad? ¿Y de aquí deduce Ud. que yo soy Falansteriano y Sansimoniano a un tiempo? ¿Qué puede haber más ridículo y extravagante que semejante deducción de su caletre?

Toda la generación del 37, incluidos Echeverría, Sarmiento y Alberdi, leyeron a los socialistas franceses, pero siguieron sobre todo a Pierre Leroux, que nació políticamente en el liberalismo doctrinario, fue después sansimoniano durante un año y medio y se convirtió rápidamente en un humanista democrático, defensor de la propiedad y enemigo del movimiento reformista que él ayudó a denominar como “socialista” (para él, en sentido crítico). Si en el Leroux humanista encontramos ecos de los socialismos previos, no van más allá de una consideración compasiva de los miserables, que abarcaban al 90% de la sociedad de su tiempo.

Las ambigüedades que pueda suscitar en 1846 el término “socialismo” no pueden ocultar el hecho de que Echeverría, al igual que Alberdi y que Sarmiento, son los pilares de la construcción del Estado oligárquico de la Argentina. Lo que sí queda claramente documentado es que toda esa generación, incluidos Cané, Andrés Lamas o Marcelino Pareja, leyeron a autores socializantes franceses de la época, pero los leyeron junto a, y en concordancia con, los autores liberales que tenían una pose de reconocimiento de los problemas sociales, como Quinet,

Lamennais o Michelet, ninguno de los cuales puede figurar en una historia del socialismo.

Se repite en los tres volúmenes un mecanismo de identificaciones que por momentos parecen exageradas. Marcelino Pareja es “un Sismondi rioplatense”, Francisco Bilbao es “un Lamennais”, Victory y Suárez “un cabetiano”, Alejo Peyret “un Proudhon de la colonización”. No señalamos una cuestión de estilo: se trata de identidades exageradas, presentes casi todas en los títulos de los capítulos, que no parecen marcar una verdadera congruencia entre el modelo y la copia. Francisco Bilbao fue verdaderamente un hombre de revolución, un político decidido y que se ubicó en la izquierda del arco ideológico de Chile y de la Argentina, incluso de Latinoamérica. Pero Lamennais fue el intento tardío de un ex ultramontano de arrebatarle al socialismo creciente las banderas de defensa de los proletarios, reencauzándolos por las sendas de la Iglesia, aun cuando esta institución lo expulsó de sus filas. Es un antecedente de la doctrina social de la iglesia, no del socialismo. Bilbao puede tener influencias de Lamennais, pero su actividad política lo lleva mucho más lejos que el predicador herético francés. No es un Lamennais, es mucho más.

Victory y Suárez no es cabetiano en ningún sentido, y de la misma biografía que traza Tarcus se desprende que no hay identidad entre uno y otro. Tradujo a Cabet (el folleto “Comment je suis communiste”), pero en el mismo prólogo aclaró que no coincidía con las ideas del francés. ¿Acaso Victory se reclamaba comunista? ¿Quizás propuso colonias perfectas en algún paraje rural de América o de Europa? En absoluto. Digamos al pasar que tampoco Cabet puede ser considerado “un demócrata” (Tarcus, 2020, II: 272). Su utopía comunista (basta con leer su *Viaje a Icaria*, pero también conocer su puesta en práctica en Texas) tiene poco que envidiarle a la pesadilla estalinista del siglo XX.

Finalmente, tampoco la lectura de Proudhon hace de Alejo Peyret un proudhoniano. Él sí era un demócrata, y se ubicó en el lugar políticamente más radical que le ofrecía la Argentina, pero la opción por el federalismo y su traslación a nuestras pampas no parece que permita realizar una operación de identificación tan estricta como aparece ya en el título del capítulo.

Un comentario al margen merece la mención de la masonería en los títulos (Tarcus, 2020) y en varias de las biografías. Aunque algunos personajes incursionan en la masonería (y también será el caso, más adelante, en el Partido Socialista), no queda claro qué rol tiene en la difusión del socialismo. En las conclusiones finales del libro no se ofrece una reflexión sobre el término. Entendemos que el secretismo de la masonería impide muchas veces al historiador evaluar la dimensión del fenómeno, pero si sólo se trata de un ámbito de “sociabilidad” y no hay

evidencias de un registro de obediencia o de jerarquías que ponga a esa enigmática sociedad en el primer plano, no se entiende que el tema esté presente en el título general de la obra. El registro de su importancia no se condice con la expectativa que se abre en el encabezamiento de los dos últimos volúmenes.

En definitiva, estamos frente a un esfuerzo de gran envergadura por rastrear desde las mínimas lecturas del socialismo francés hasta aquellos que siguieron algunos de sus postulados, antes de la aparición de los internacionalistas en la década de 1870 o de los socialistas y anarquistas en la última década del siglo. Algunas de las biografías, sobre todo las incluidas en los volúmenes dedicados al período 1853-1880, quedarán como un relevamiento inicial y fundamental para conocer las ideas sociales en la Argentina. No vemos siempre una clara congruencia entre lo que se afirma de estos personajes y sus referentes del socialismo francés y no nos parece adecuada la denominación “socialismo romántico” para señalar el socialismo previo a Marx, ya que, tal como se desprende de la obra, implica subordinar el socialismo al liberalismo, que por momentos es revolucionario pero siempre antisocialista. No consideramos que el socialismo sea una doctrina pura e incontaminada, definible en cierta perfección abstracta, pero las elecciones históricas y políticas implican partir de algún límite, que quizás Horacio Tarcus lleva demasiado lejos.

Referencias

- Alberini, C. (1934). La metafísica de Alberdi, en *Archivos de la Univesidad de Buenos Aires*, IX, junio-septiembre. Disponible en www.archivofilosoficoargentino.info.
- Díaz, H. (2020). *De Saint-Simon a Marx. Los orígenes del socialismo en Francia*. Biblos.
- Echeverría, E. (1873). *Dogma socialista*. Carlos Casavalle.
- Echeverría, E. (1981). *Antología de prosa y verso*. Editorial de Belgrano.
- Lenin, V.I. (1946). Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo [1913], en V.I. Lenin, *Obras escogidas*. Problemas.
- Tarcus, H. (2016). *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)*. FCE.
- Tarcus, H. (2020). *Los exiliados románticos. Socialistas y masones en la formación de la Argentina moderna (1853-1880)*, 2 vols. FCE.

Crítica de libros

Carlos Aguirre y Charles Walker, *Alberto Flores Galindo. Utopía, historia y revolución*, Lima, La Siniestra Ensayos, 2020, 234 pp.

El nombre de Alberto Flores Galindo (1949-1990) evoca una de las más destacadas expresiones de la historiografía y la intelectualidad de izquierda del Perú de la segunda mitad del siglo XX, que entrelazó las dimensiones del investigador universitario, del prolífico autor, del polemista, periodista y militante socialista, y del animador teórico-cultural. Es oportuna y valiosa, entonces, la aparición de este libro de Carlos Aguirre y Charles Walker, dedicado al perfil del intelectual peruano, a quien recuerdan por “el rigor académico, la pasión por la historia, una incesante curiosidad intelectual, y una tenaz intervención en el debate político”. Aguirre, docente-investigador en la Universidad de Oregon, es reconocido por sus estudios sobre la esclavitud, el crimen y el castigo, y la historia intelectual y cultural, de Perú y América Latina en los siglos XIX y XX. Walker, de la Universidad de California (Davis), es especialista en la sociedad peruana de los siglos XVIII y XIX, en la transición de la colonia a la república y en la rebelión de Tupac Amaru. Ambos entablaron relación con Flores Galindo en los años 1980, cuando éste enseñaba en la Universidad Católica del Perú, mostrando una destreza infrecuente para una historización amplia del país andino, en sus períodos prehispánico, colonial, republicano y contemporáneo.

¿En qué registro se puede leer este libro? Es una contribución a la historia intelectual, política y cultural de un individuo y su época. Se estructura en seis capítulos, referidos a ciertos ejes significativos de la vida, la obra y las ideas de Flores Galindo, incluyendo los que menos tratamiento habían merecido anteriormente. El primero, “Entre la utopía andina y la utopía socialista”, había sido publicado por los autores para prologar la edición en inglés del más aclamado libro de Flores Galindo, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. Esas páginas son eficaces para iniciar un recorrido

global de los textos (y sus contextos) del historiador nacido en El Callao. La travesía se inicia con un estudiante de la “generación del 68” bajo el gobierno de Velasco Alvarado, de militancia en la izquierda revolucionaria, lector de Mariátegui, Sartre y Gramsci, que comenzó haciendo una historia “desde abajo” de los mineros de Cerro del Pasco y que luego continuó con indagaciones de larga duración sobre Arequipa y el sur andino, antes de emprender sus estudios claves: su tesis de doctorado en Francia, acerca de la aristocracia y la plebe como puerta de entrada a la Lima de 1750-1830; sus numerosos ensayos sobre Tupac Amaru y los movimientos insurgentes, a partir de los conceptos de utopía, identidad, imaginario y representación; y sus investigaciones sobre la sociedad peruana en el apogeo y crisis de su república aristocrática. Su punto máximo llegó con dos proyectos: un abordaje de Mariátegui, para romper con su “canonización”, comprender su disputa contra el estalinismo en la Comintern y el reformismo del APRA, y repensar la revolución, el socialismo y el problema nacional, todo ello plasmado en su libro *La agonía de Mariátegui*; y su ambicioso *Buscando un inca*, en donde trazó un examen interdisciplinario de la “utopía andina” durante varios siglos, rastreando el intento de retorno a un pasado glorioso y antagónico al mundo occidental. En ese periplo Flores Galindo incorporó las perspectivas de Thompson, Hobsbawm, Vilar, Ginzburg y los estudios subalternos.

Es notable, en el segundo capítulo, la reconstrucción que Walker realiza de los estudios de Flores Galindo sobre la independencia del Perú, las guerras anticoloniales y la base social e ideológica del levantamiento tupamarista en Cusco, así como sobre la fragilidad de la aristocracia, la elite mercantil, la resistencia de las clases populares, el bandolerismo y la autonomía de la plebe limeña y del mundo andino. Es una revisión que rescata sus aspectos más originales y alternativos (contra las posturas tradicionales y teleológicas), en vistas a reanimar los debates en el actual bicentenario. El capítulo 3 recupera un artículo previo de Aguirre, en donde analiza a Flores Galindo como polemista e intelectual público y contestatario dentro de la ascendente cultura política de izquierda peruana de los años 70 y 80, y el lugar ocupado por la cultura impresa dentro de sus proyectos, siempre recorridos por un mandato por escribir, publicar e impulsar libros, editoriales y revistas, articulando historia académica e historia popular. Se repasan unas 300 publicaciones del historiador marxista, sopesando las desigualdades de calidad y examinando el estilo de su prosa “combativa”, que a veces ni siquiera renunciaba a la “propaganda”.

Aguirre explora la relación de Flores Galindo con Cuba y la utopía socialista en el capítulo 4. Descubre en el peruano una inicial alternancia entre la admiración (como militante del MIR y Vanguardia Revolucionaria) y la solidaridad frente a la agresión reaganiana, junto a cierto escepticismo e incomodidad frente al régimen castrista, actitudes que en parte modificó en sus últimos años, tras sus viajes a la isla y sus vínculos con Martínez Heredia, Fernández Retamar y la Casa de las Américas, cuando comenzó a

revindicar los cambios en la vida cotidiana como conquista de la revolución. El texto ilumina bien las contradicciones y aporías del último Flores Galindo, quien pareció ya no tener márgenes propios o volición para manifestar sus reservas públicas sobre el modelo político cubano.

Me detengo en el quinto capítulo, de Walker, pues considera otro problema crucial: el posicionamiento ante Sendero Luminoso y la cuestión de la violencia en los “hirvientes” años 80. Flores Galindo incursionó en el tema, sobre todo, en *Buscando un Inca*, donde rastreó el pensamiento apocalíptico andino. No se había reflexionado mucho sobre estos aportes, pese a que *La agonía de Mariátegui* surgió de un debate con profesores que prefiguraron la guerrilla de Ayacucho. Aunque debe recordarse que él no fue el mayor experto en la organización maoísta, al menos como lo fue su amigo, el antropólogo Carlos Iván Degregori, quien impugnó varias de sus caracterizaciones. Walker detalla los factores con los que Flores Galindo explicó este proceso: el papel de los radicalizados docentes de la Universidad de San Cristóbal de Huamanga y su “indebida apropiación” de Mariátegui; el origen de aristocracia empobrecida y de mestizos frustrados ayacuchanos de los dirigentes del grupo; el carácter sorpresivo de un fenómeno que hundía sus raíces en tradicionales reacciones frente a la modernidad capitalista y el racismo; el mesianismo de una organización serrana que reclutó miles de campesinos desheredados, pronto resignados y sometidos al autoritarismo senderista y el exterminio del terror estatal. Walker divisa debilidades del análisis de Flores Galindo: su asociación unilineal entre senderismo y eco en el campesinado más atrasado, cuando quizás lo haya sido en el más desorganizado. El capítulo es más débil en auscultar el modo en que el peruano avanzó o no en un ejercicio de cotejo con otras guerrillas latinoamericanas y en sus niveles de análisis sobre la propia tradición maoísta. Sí nos exhibe el compromiso humanista de Flores Galindo en su denuncia pública de la estrategia “anti-subversiva” del gobierno. Afrontó un desafío interpretativo: la feroz represión anticomunista pronto se combinó con comités de autodefensas y rondas campesinas antisenderistas. “Guerra silenciosa”, que derrotó a la guerrilla. Flores Galindo hizo una defensa integral de los derechos humanos, contra la brutalidad creciente y racista en la sociedad y el Estado, la masacre de presos en los penales y la naturalización de la tortura.

Flores Galindo se distinguió por su diálogo interdisciplinario con la sociología, la antropología, la historia del arte, el psicoanálisis y el ecologismo. Esa versatilidad incluyó otra dimensión, que Aguirre trata en el capítulo 6: la “pasión correspondida” con la novela y la poesía. Fueron improntas que marcaron el estilo narrativo del historiador, quien apeló a las fuentes literarias como representaciones del pasado válidas en sí mismas. Sofisticó sus iniciales miradas, que tomaban a estas fuentes sin mayor recaudo, para luego reflexionar acerca de los vínculos entre ficción, crítica literaria e historia, haciendo “juegos con el tiempo” y forjando una visión histórica multidimensional y totalizante. El capítulo reconstruye la trayectoria de un lector precoz, de amplios repertorios, desde los “clásicos” a los del *boom*

latinoamericano, pero que pronto priorizó a José María Arguedas. Aguirre puntualiza bien que, si el autor de *Todas las sangres* impactó en Flores Galindo –proyectaba una biografía sobre el escritor–, fue porque el historiador descubrió en aquél una originalidad creativa que habilitaba, desde lo literario y lo etnográfico, a la comprensión de la cultura quechua y el tópico campesino, a la vez que lo proyectaba como entrada a la historia peruana (a lo Flaubert o Dostoievski). Quizás, los indicios, apenas señalados en el capítulo, acerca de la valoración de Flores Galindo por el ensayo y la literatura en una común perspectiva mariateguiana, merecerían una consideración más profunda, pues el vínculo con el Amauta centellea en este libro.

Aguirre y Walker plasmaron una obra que, sin renunciar a la empatía por Flores Galindo, contuvo el necesario distanciamiento crítico, con juicios equilibrados. Nos entregan preciosos insumos para un balance de la intelectualidad peruana de izquierda entre 1968 y 1990. La ausencia de una conclusión y la apertura con una breve “Introducción” evidencia el registro particular de un texto que, antes que ofrecer una visión integral y definitiva en el tema, ofrece ensayos específicos dispersos (con contenidos que se reiteran), los cuales, empero, pueden leerse como una biografía política e intelectual de Flores Galindo en ciernes.

En un proceso de intercambio entre proyectos intelectuales marxistas tuve la fortuna de compartir actividades en Buenos Aires en 1997 con la amiga y colaboradora de Flores Galindo, Maruja Martínez, con la cual conversé acerca de la experiencia de SUR (Socialismo, Utopía y Revolución) Casa de Estudios del Socialismo y su revista *Márgenes*, proyectos impulsados en los años 80 por Flores Galindo y de la cual ella fue continuadora. El CEHTI y *Archivos* recogen una inspiración en este tipo de emprendimientos, como apuesta a una renovación de la cultura socialista y del debate historiográfico. Por eso me interesó particularmente este libro de Aguirre y Walker. Convo-co a leerlo, como una invitación a recuperar las huellas de una tradición intelectual de izquierda crítica, rigurosa y comprometida.

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

<https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.331>

ORCID: 0000-0002-5876-1772

* * *

Carlos Miguel Herrera, *En vísperas del diluvio: el gremialismo socialista ante la irrupción del peronismo*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario-EUDEM, 2019, 146 pp.

Las preguntas sobre los orígenes del peronismo siempre trajeron a cuestras un sinnúmero de definiciones y debates en torno a los cambios que presentó la escena nacional tras su aparición. Como fenómeno multidimensional, su abordaje se ha convertido, con el correr de los años, en tierra fértil para el desarrollo de nuevas investigaciones que intentan desentrañar las particularidades de este movimiento político y social.

Conforme a este campo, *En vísperas del diluvio* retoma la experiencia del gremialismo socialista, el Partido Socialista (PS) y sus históricos dirigentes, en los albores del peronismo. Y al hacerlo, pone sobre la mesa las tensiones que fue experimentando el movimiento obrero ante la aparición de una figura como la de Perón que obligó a revisar estrategias, acciones e identidades. Diversos estudios, desde los clásicos de Torre, Di Tella o Del Campo hasta trabajos más recientes, han dejado latentes preguntas referidas a la importancia del socialismo dentro del sindicalismo y el gremialismo en el marco de la irrupción del fenómeno peronista. Esos puntos suspensivos y las incógnitas que quedaron irresueltas en esos trabajos precursores comienzan a ser saldadas por Herrera.

Volviendo sobre líneas ya trabajadas en sus publicaciones anteriores, como *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo* (2016), Herrera nos invita a pensar el derrotero del socialismo frente a la estatalidad propuesta por las gestiones impulsadas desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, así como también las reacciones producidas en sus principales dirigentes y cómo éstas impactaron en los debates que ya venían teniendo presencia desde la década anterior. Las discusiones en torno a la prescindencia o la politización de los cuadros gremiales fueron sumando un capítulo definitivo ante la emergencia del peronismo, asociados a la creciente presencia del movimiento obrero nacional y las formas que fue adquiriendo su vinculación con el Estado. Consecuentemente, estos procesos y cambios de posición fueron marcando también la agenda del PS.

Las transformaciones que sobrevinieron dentro del movimiento gremial socialista en este período, que, como bien lo expone el autor, desencadenaron una sucesión de crisis que impactaron en la conformación y presencia del socialismo en la CGT y la pérdida del control de varios sindicatos, conllevaron a su vez una reelaboración de su estrategia sindical y política. La posibilidad que nos ofrece este trabajo, de bucear sobre otras experiencias obreras signadas por otros marcos de significación, nos adentra en abordajes alternativos del vínculo entre el sindicalismo, sus principales líderes y el naciente peronismo. Asimismo, vale destacar que el libro tampoco escapa a las complejidades y las discusiones internas dentro del socialismo frente al fenómeno peronista. Las diferencias provocadas por las adhesiones y resis-

tencias al peronismo también son un condimento importante para analizar lo acontecido con el PS y el gremialismo asociado a él.

Herrera estructura su trabajo en seis capítulos, que nos proponen un recorrido que puntualiza las evoluciones del gremialismo socialista y nos permiten observar las proyecciones de los principales dirigentes, los cambios experimentados dentro del socialismo, ya sea en su dinámica interna como externa, y su relación con el movimiento obrero y el gobierno. No obstante, esta periodización se conjuga con elementos sincrónicos a partir de hechos significativos. Estos intervalos de tipo episódicos o sucesos “críticos”, como la división de la CGT en 1943, el acto del 12 de julio de 1945 de la denominada Comisión de Unidad Sindical “en defensa de las mejoras obtenidas por los trabajadores por intermedio de la Secretaría de Trabajo y Previsión”, o las resistencias y reconfiguraciones tras el 17 de octubre de 1945, fueron definiendo internamente perfiles, acciones y estrategias dentro del socialismo y sus principales referentes.

Avanzando en un punteo más detallado, el primer capítulo nos adentra en la relación entre el PS y el activismo sindicalista en los años que anteceden a la llegada de Perón al poder. Esos momentos previos ya mostraban los entredichos de la posición socialista y las dificultades de la prescindencia para la consolidación de un proyecto político propio. Sumado a una presencia cada vez más activa de los comunistas en el plano gremial, las tensiones con la dirigencia sindical no tardarían en aparecer en el seno del PS.

Los siguientes dos capítulos recorren esas tensiones que se hicieron más evidentes ante la consolidación de la nueva conducción de la CGT, donde dos líneas representadas por dirigentes del socialismo forzaron la división de la central obrera en 1943. Este enfrentamiento, entre la postura representada por el ferroviario Domenech y la del histórico dirigente socialista Pérez Leirós, dejaba entrever, tal como lo expone Herrera, las diversas formas de inserción y tipo de vínculo que tenía cada uno con el socialismo partidario. Esta división en torno a las formas que adquiere la politización expresaba también una cuestión de fondo alrededor del cuestionamiento o reemplazo del PS como representante político de los trabajadores. Asimismo, a esas tensiones internas se sumaban las diversas posturas adoptadas ante las nuevas autoridades nacionales tras el derrocamiento de Castillo. El diálogo con el gobierno entrante, y más específicamente con la Secretaría de Trabajo y Previsión conducida por Perón, trajo consigo nuevas reconfiguraciones dentro de las filas del socialismo. Precisamente, el cuarto capítulo nos encuadra en las posiciones tomadas por el gremialismo socialista en términos de colaboración, oposición o neutralidad.

Ingresando ya en las páginas finales del libro, encontramos las estrategias de resistencia presentadas por el socialismo en relación al avance de la influencia de Perón en el campo gremial. Lo interesante del planteo de Herrera es que no se detiene solamente en las intervenciones llevadas en el plano local, sino que recupera las acciones a nivel internacional donde los dirigentes socialistas contaban con redes de integración y colaboración. La

reunión de la Federación Sindical Mundial, el Congreso de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) o la XXVII Conferencia de la Oficina Internacional del Trabajo de octubre de 1945, donde fueran rechazadas las credenciales de los delegados de la CGT a instancias de las gestiones de personalidades del socialismo como Pérez Leirós, son una muestra de eso.

Por último, Herrera nos muestra lo sucedido tras el 17 de octubre de 1945 y el horizonte inmediato del socialismo de sumar voluntades a la propuesta de la Unión Democrática para vencer a Perón en las urnas. Pese a la derrota en los comicios de febrero de 1946, en este último capítulo el autor analiza la estrategia del socialismo para consolidar un frente gremial con el fin de mantener su gravitación en el ámbito obrero y sindical. La creación del Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (COASI), compuesto por los gremios que habían conservado una conducción socialista, junto a las otras acciones de interpelación al movimiento obrero, ponía punto final a la prescindencia y exponía un cambio fundamental en la doctrina oficial del PS, aunque la maduración de ese viraje llegaba tal vez demasiado tarde.

El exhaustivo trabajo de Herrera nos deja entrever las transformaciones que fue transitando el socialismo durante el período y los pormenores que fueron sellando su propia suerte. El “diluvio”, como lo expresa el propio autor, había arrancado de raíz muchos de los pilares sobre los que se había construido el gremialismo socialista. El progresivo abandono de la prescindencia y el camino hacia la politización también fue encerrando al socialismo en un dilema. Sin lograr encontrar una traducción específica de esa politización a nivel partidario, se fue despejando la vía para que el intervencionismo estatal ocupara todo el lugar de lo político. Paralelamente, ante las diferencias presentadas con la dirección política del PS, el acercamiento con el gobierno y la Secretaría de Trabajo y Previsión fue visto por algunos dirigentes gremiales como un canal alternativo para fortalecer posiciones políticas por fuera de la conducción tradicional partidaria.

La obra de Herrera, al recuperar esas otras formas de construcción política sindical, nos permite advertir las maneras en las que han logrado pervivir esas líneas disidentes durante este período y poner en tensión esas lecturas monolíticas respecto al movimiento obrero con relación al peronismo. Tal como sucede con cada ejemplar de la colección “La Argentina Peronista”, dirigida por Gustavo Contreras, este libro constituye un nuevo convite a debatir, no sólo a quienes pertenecen al ámbito académico, sino a todos aquellos que pretenden desentrañar los pormenores de nuestro pasado reciente.

Santiago Regolo

Universidad de Buenos Aires

santiago.regolo@gmail.com

<https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.333>

Martín Bergel, *La desmesura revolucionaria. Cultura y política en los orígenes del APRA*, Lima, La Siniestra Ensayos, 2019, 382 pp.

El libro de Martín Bergel *La desmesura revolucionaria* es un hito fundamental en la historiografía sobre el APRA y un aporte ineludible para la historia latinoamericana del período de entreguerras.

La obra, conformada por once ensayos, redescubre el movimiento político asociado al liderazgo de Víctor Raúl Haya de la Torre a partir de algunos desplazamientos respecto de abordajes anteriores sobre el tema. Las preocupaciones que lo recorren no buscan saldar discusiones sobre la “verdadera expresión del APRA”, o dictaminar sobre sus contribuciones a la política peruana, tal el registro predominante en numerosas obras previas, sino indagar en experiencias vinculadas con la construcción de una cultura política. El libro de Bergel aporta nuevas preguntas, hipótesis, fuentes, protagonistas y escenarios para indagar en las características singulares del aprismo. La originalidad del enfoque radica en las posibilidades que ofrece para visitar la historia latinoamericana del período de entreguerras a través de los aportes de la historia intelectual y de la cultura impresa.

La indagación historiza la experiencia del APRA buscando diferenciar al menos dos momentos. El primero corresponde a sus años iniciales durante la década del 20, cuando resulta posible inscribir al APRA dentro de las distintas iniciativas enmarcadas en la cultura de izquierdas, cuyas apuestas revolucionarias estaban impregnadas por la idea de la capacidad redentora de la educación de las clases oprimidas. La segunda parte se ocupa de un momento posterior vinculado con el crecimiento vertiginoso del aprismo en Perú en los años 30 y su ¿metamorfosis? en un partido en el que predominan las referencias nacionalistas y las prácticas que pueden inscribirse dentro del repertorio de los populismos latinoamericanos.

La experiencia del APRA en sus orígenes, como señala Bergel, es la de un grupo de estudiantes peruanos no muy numeroso movilizado en torno del reformismo universitario, que debió partir tempranamente al exilio, conformando una “comunidad desterritorializada”. En ese marco se sostuvo una construcción política que buscó instalarse como alternativa al comunismo, a partir de una elaboración teórica presentada como una versión original del marxismo en función de las realidades sociales, económicas y políticas latinoamericanas. La iniciativa procuró trascender los marcos nacionales y construir un “frente de clases oprimidas” de escala continental para enfrentar al “imperialismo yanqui” y avanzar hacia un horizonte revolucionario.

¿Qué diferencia esas trayectorias y la impronta de la organización dentro del conjunto de expresiones del antiimperialismo y las izquierdas de esos años? Bergel identifica una serie de rasgos singulares que sostienen la hipótesis central del libro: en el aprismo conviven las marcas de sus orígenes ligados al anarquismo, y en general a la tradición iluminista preponderante en la cultura de izquierdas, con una serie de desplazamientos y origina-

lidades propias de una concepción específica de las prácticas políticas e intelectuales, cuyo aspecto distintivo es “la desmesura revolucionaria”. Los primeros ensayos se concentran en el análisis y la reconstrucción de esos aspectos, que se despliegan en una trama transnacional. La indagación atiende al tipo de prácticas intelectuales desarrolladas por los militantes peruanos, investidas de una ética sacrificial que se irá definiendo como una marca identitaria. El análisis que propone Bergel de las prácticas en los orígenes del APRA permite atender a las funciones que tuvieron la escritura de textos, los viajes y la correspondencia en el crecimiento de la organización. Estas prácticas estaban asociadas no sólo al poder redentor de las ideas, sino también a la posibilidad de movilizar las emociones a través de la constante apelación al compromiso revolucionario, concebido como una irrenunciable predisposición a la formación, la propaganda y el proselitismo, aún frente a las dificultades del exilio, las persecuciones o la cárcel. Si bien algunos de estos rasgos adquirirán mayor centralidad en el período siguiente, la organización y el crecimiento del aprismo en la década del 20 resulta inescindible del sentido de heroicidad al que se asociaba la práctica político-intelectual.

Ese registro se sostiene en los ensayos que se ocupan de algunas figuras puntuales del movimiento y de su protagonismo en la construcción de la experiencia aprista, como Luis Alberto Sánchez, Manuel Seoane o Luis Heysen. Se trata de personalidades relevantes, frecuentemente relegadas por una historiografía que sólo recientemente ha intentado eludir la centralidad de Haya de la Torre.

La segunda parte se ocupa de algunas dimensiones ligadas a la masificación del aprismo en Perú a partir de la década del 30. ¿Cómo se explica la vertiginosa transformación del APRA en un partido capaz de ganar amplias adhesiones y fundirse abruptamente con expresiones de lo nacional? Otros estudios habían indagado en la capacidad del aprismo de acercarse a la religiosidad y la cultura popular, a través de la centralidad otorgada a la figura de los mártires, o el mesianismo redentor asociado al partido y especialmente a su líder, investido de referencias que remitían a tradiciones indígenas. Bergel desplaza la atención hacia la centralidad de la producción y circulación de los textos impresos y las formas en las que el aprismo se vinculó con la cultura de masas en un contexto de expansión urbana. En este caso resulta también notable la originalidad de la propuesta, que sostiene la pregunta por el lugar de las prácticas letradas en la cultura política del aprismo. El primer ensayo de esta sección indaga en las características del diario *Tribuna* como un periódico moderno de circulación masiva, y en el lugar que ocupó en la construcción de los contornos del “pueblo aprista”. Bergel analiza también de forma especialmente original el lugar de los jóvenes o niños canillitas, tanto como representación icónica de los sectores sociales castigados por la crisis, como en su rol en la difusión del periódico. El autor sostiene que la circulación clandestina de textos cumplió un papel central en la construcción de una identidad ligada a la épica de la resistencia a las

persecuciones. Tal como manifiesta en el ensayo que reconstruye los usos de los objetos impresos y su lugar en el contexto forzado por la clandestinidad, “el acto de dar y recibir secretamente esos objetos reforzaba emocionalmente su identificación con la causa partidaria” (p. 324). La función de los textos se habría desplazado, así, hacia el fortalecimiento de los sentidos de pertenencia, abandonando las expectativas pedagógicas iniciales.

La reconstrucción de la cultura política aprista permite comprender las formas en las que el horizonte de la revolución impregnó y transformó las prácticas de las jóvenes generaciones de intelectuales latinoamericanos en los años 20. En las ideas y prácticas del aprismo convivieron, no sin tensiones, influencias del anarquismo, el marxismo, la revolución mexicana, el leninismo, el reformismo universitario, el indigenismo, el socialismo democrático, el Kuomintang chino y el nacional-populismo. Esas diversas tradiciones, muchas veces estudiadas de manera segmentada, nutrieron el repertorio de quienes buscaron moldear la lucha política sobre clivajes autóctonos, bajo el signo de una extendida sensibilidad antiimperialista.

En la década del 30 el aprismo viró hacia una organización de masas de anclaje primordialmente nacional, pero la pregunta por las prácticas intelectuales y el lugar de la cultura letrada introduce eslabones perdidos en las narraciones nacionalistas, que inscriben el nacimiento de las experiencias de rasgos populistas como rupturas de tradiciones políticas previas. La cultura política del aprismo y su transformación en un partido de masas no parece haber sido el resultado de un quiebre radical con la cultura de izquierdas, aunque haya experimentado una metamorfosis. Si bien el propio autor enfatiza la idea de una transformación y de un segundo momento “populista” del APRA, ligado también al abandono progresivo del internacionalismo de los años iniciales, resulta posible pensar en las conexiones entre un momento y otro.

Los ensayos que conforman el libro son entradas diferentes y complementarias, que logran una polifonía. Cada uno, aunque por momentos vuelva sobre argumentos ya presentados en los anteriores, despliega una aproximación original. Se trata, sin dudas, de una de las más enriquecedoras contribuciones a la historia latinoamericana del período de entreguerras.

Leandro Sessa

Universidad Nacional de La Plata

lesessa@yahoo.com.ar

<https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.332>

ORCID: 0000-0002-9085-9227

* * *

Juan Dal Maso y Ariel Petruccelli, *Althusser y Sacristán. Itinerarios de dos comunistas críticos*, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2020, 296 pp.

Althusser y Sacristán. Itinerario de dos comunistas críticos es un estudio profundo que constituye una recuperación justa y a la vez crítica de la obra de ambos intelectuales. Justa porque recupera la obra de un filósofo muy poco conocido como Manuel Sacristán, que ha tenido una elaboración muy lúcida y original en torno a problemas de interés y debate contemporáneo. También porque presenta una lectura alternativa a las canónicas sobre Althusser, que repara en su propia visión autocrítica de madurez y que no cae en el reduccionismo de limitar su pensamiento a la etapa “estructuralista”, o la visión que de él presenta E.P. Thompson en *Miseria de la teoría*. Por otro lado, es una recuperación crítica porque intenta leer las producciones de ambos autores en sus propios términos, encontrando sus nudos y contradicciones, las posibles soluciones que le quisieron dar a los problemas políticos de su tiempo y las lagunas que inherentemente todo pensamiento tiene. Desde esta perspectiva, la obra es tanto una muy buena introducción general al pensamiento de ambos autores como un aporte a la historia intelectual de los marxismos de la posguerra.

La obra está dividida en tres apartados generales. El primero, “Las batallas de Althusser” y el segundo “El realismo revolucionario de Manuel Sacristán”, están dedicados a las trayectorias de ambos filósofos, sus obras e intervenciones políticas. Por último, “Teoría y praxis en dos filósofos marxistas de la segunda posguerra” aborda comparativamente algunos aspectos específicos de sus producciones intelectuales: la noción de ciencia en el marxismo, sus lecturas de Antonio Gramsci y las bases desde las cuales propusieron repensar el marxismo y la política de los PC en Europa.

Los autores comienzan con la reconstrucción del proyecto político-intelectual de Althusser, centrado en completar un vacío dejado por la obra de Marx: una filosofía dialéctica y materialista, original, desprendida de sus residuos hegelianos, sistemática y conceptualmente rigurosa. Desde la perspectiva de Althusser, Marx habría elaborado esta filosofía, pero la habría dejado en estado práctico, utilizándola como base para escribir *El capital*, pero nunca plasmándola en una obra sistemática y publicada.

Siguiendo este eje, los autores marcan diversos planteos en las principales obras de Althusser que vendrían a ser la base para una reflexión del método marxista: la noción de sobredeterminación, los diversos niveles de generalidad que cada conocimiento posee o la noción de corte epistemológico. No se presentan estos conceptos en un recorrido lineal a través de la obra de Althusser, sino que marcan oportunamente los diversos “giros” en su pensamiento, explicitados por él mismo o visibles a la luz de los vaivenes políticos de su momento. Podemos ver entonces un Althusser estructuralista, que sostiene la idea de una historia “sin sujeto”; o una vuelta al humanis-

mo “antiteoricista”, al rescatar elementos de la subjetividad y dudar de la preeminencia de las estructuras impersonales.

En este recorrido, los autores parecen leer a Althusser en el marco de un derrotero. No porque no haya podido abordar o destrabar las dificultades teóricas que enfrenta, sino por la propia autolimitación de su intervención política, que lo lleva a no ser tan crítico frente a la dirección del Partido Comunista francés, la cual desconfiaba de las ideas del filósofo. Así, el pensamiento de Althusser parece renguear desde la perspectiva de los autores, o por lo menos su pierna filosófica avanzar más deprisa que su pierna política. Excepto en los momentos en que la lucha de clases se impone, cuando la realidad golpea como un baldazo de agua fría. Aquí y en otros pasajes, el libro parece caer en una cierta fetichización de los análisis “centrados en la lucha de clases”, cuando los autores consideran que estos son en sí mismos más fructíferos que las investigaciones teóricas y filosóficas más abstractas. Esto lleva a hacer confusa la distinción formal entre tomar la lucha de clases como objeto de análisis y tener en cuenta el contexto de lucha de clases para encarar una investigación cualquiera sobre la realidad social.

El segundo apartado se centra en Manuel Sacristán. Su obra es más diversa y fragmentaria, pero presenta un hilo en común: la reafirmación del marxismo como una filosofía de la ciencia rigurosa, con capacidades de construir conocimientos, con una operatividad metodológica que permitía abordar la realidad y transformarla de acuerdo a determinados fines políticos. Por eso sus escritos tienen una clave mucho más reflexiva, abstracta y solo en apariencia ajena a los problemas concretos de la coyuntura. Sin embargo, abordó problemáticas específicas como la crítica ecologista al desarrollo o debates en torno a feminismo y marxismo.

Las nociones de inmanentismo, totalidad e historicidad son las claves de su perspectiva sobre la ciencia y cómo esta debe abordar el mundo, corriendo los velos de la ideología (leída en el sentido que Marx y Engels le dieron en *La ideología alemana*) y el sentido común. Al igual que Althusser, considera que hay una incompletitud en la obra de Marx y Engels, que no sistematizan sus perspectivas científicas, y que, en ocasiones, como en el *Anti Dühring*, expresan puntos de vista que denotan una inmadurez del pensamiento filosófico. En este sentido, los autores rescatan un principio metodológico en la obra de Sacristán que bien debería ser tenido en cuenta en la actualidad: diferenciar la exégesis de la obra de Marx, totalmente necesaria, de la continuación de su tradición, paso imprescindible dada la necesidad de construir un sistema filosófico y una base científica sólidas.

El último capítulo nos remite a una discusión en claves más actuales, donde se abordan los numerosos entrecruces posible entre los pensamientos de ambos autores. Considero valioso rescatar uno de los señalamientos que hacen Dal Maso y Petrucelli: ambos filósofos eran conscientes de los enormes avances de la “ciencia burguesa” (siendo a la vez críticos de esta noción propia del Diamat), y consideraban que era necesario que el marxismo se pusiera a la altura, empezando por los cimientos de un proyecto

científico que saliera de los callejones sin salida en los que se habían metido los diferentes marxismos de principios de siglo XX.

Althusser y Sacristán constituye un gran aporte al estudio de dos intelectuales marxistas poco rescatados o leídos parcialmente. Y es también una lectura indirecta de los procesos de lucha de clases que atravesaron los movimientos obreros de España y Francia, y la claudicación de sus partidos con la política del eurocomunismo. En ese sentido, cumple el objetivo de construir una hipótesis de lectura más compleja y no reduccionista del pensamiento de estos autores y fundamentarla en base a un riguroso análisis de sus obras, documentos personales y más importantes intervenciones políticas. Sin embargo, el libro podría haber provisto mayores aportes a este campo de estudio si se hubiera posicionado en relación a otras lecturas sobre las obras de estos autores y los marxismos de la segunda posguerra. Algo se esboza sobre la emergencia de numerosos estudios y eventos científicos en torno a la figura de Althusser, pero no se ahonda en un estado de la discusión de estos temas en el ámbito de la academia, ni en el mapa político de las organizaciones y tendencias de izquierda. Finalmente, considero que volver a plantear la validez de nociones como las de totalidad, necesidad o determinación en el marco del surgimiento y la consolidación de epistemologías fragmentarias, con racionalidades limitadas y excluyentes, nos da aire fresco para superar las falsas dicotomías entre objetividad-subjetividad o las formulaciones dogmáticas como las del Diamat.

Ignacio Nicolás Cognigni

Universidad Nacional de Córdoba

ignacognigni@hotmail.com

<https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.334>

ORCID: 0000-0002-6824-3151

Instrucciones para los autores

1. Originalidad

Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. *Archivos* se compromete a acusar recibo en la semana de recibida la colaboración y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

2. Extensión

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacio (incluyendo las notas a pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacio.

3. Formato

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano e inglés.
- b) Nombre del autor/a o los autores/as y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 120 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.
- d) Correo electrónico de contacto.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor/a deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

4. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, con un blanco arriba y otro abajo.

5. Bibliografía

El sistema de citado empleado por la revista es el especificado por las normas APA. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989, pp. 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, N. (año de edición). Título del texto. Editorial. Ténganse en cuenta los siguientes ejemplos:

Libros (con autor individual):

Falcón, R. (1984). *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*. Centro Editor de América Latina.

Marx, K. (1987). *Trabajo asalariado y capital* (1849). Cartago.

Libros (con varios autores):

Batalha, C. H. M., Teixeira da Silva, F., y Fortes, A. (comps.) (2004). *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*. Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, P. (1984). La historia de los partidos comunistas. En R. Samuel (ed.). *Historia popular y teoría socialista* (pp. 150-165). Crítica.

Artículo de Revista:

Aricó, J. (1973). Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci. *Pasado y Presente*, 1, 87-101.

Libro en versión electrónica:

De Jesús Domínguez, J. (1887). *La autonomía administrativa en Puerto Rico*. <http://memory.loc.gov/>

Tesis:

Kalmanowiecki, L. (1997). *Military Power and Policing in Argentina 1900-1955*. Tesis Doctoral, New School for Social Research.

6. Evaluación

Todas las propuestas son recibidas por la Secretaría de redacción quien se ocupa de acusar recibo al autor/ra. A continuación, los trabajos son evaluados en primera instancia por el Equipo Editorial a fin de establecer si las temáticas se ajustan al alcance, objetivos y requisitos establecidos por la revista. En caso de no hacerlo, los aportes son rechazados. Cuando la primera evaluación es positiva, se escogen dos árbitros especialistas en el área para juzgar la calidad del trabajo. El sistema de evaluación adoptado por la revista es doble ciego preservando el anonimato de los/as autores y los/as evaluadores/as.

7. Código de ética

Con la intención adherir al consenso universal sobre la práctica editorial científica, el Equipo Editorial de la revista adhiere a la guía y las instrucciones elaboradas por el COPE: Committee on Publication Ethics.

Se invita a los/as autores/as, investigadores/as y evaluadores/as a interiorizarse en los lineamientos internacionales vinculados a la ética en publicación para evitar faltas que podrían generarse por su desconocimiento.

8. Política de plagio

El Equipo Editorial de *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda* adopta diversas herramientas para detectar plagio o prácticas de auto-plagio, fabricación de datos o problemas éticos, en general, presentes en las propuestas remitidas por los autores. Para ello se compromete a implementar medidas, a través de herramientas adecuadas como Similarity Check, Plagiarismdetector, Quetext, etc. Asimismo, se reserva el derecho de rechazar y/o eliminar todo artículo en el cual se haya detectado cualquier forma de plagio o prácticas de auto-plagio sin importar la etapa de edición en la que el mismo se encuentre.

